

CARLOS OCTAVIO BUNGE

• LA •

NOVELA

• DE LA •

SANGRE



VIVAN

LOS
FEDERALES

MUERAN

LOS

SALVAJES
INMUNDOS

TRAIADORES
UNITARIOS

DANIEL JORRO. — MADRID.

Calle de la Paz, 23

LA NOVELA DE LA SANGRE

CARLOS OCTAVIO BUNGE

LA
NOVELA DE LA SANGRE



1903
1903
1903

DANIEL JORRO. — MADRID

Calle de la Paz, 23

[1903]

ES PROPIEDAD

100-1101-1
100-1101-2
100-1101-3
100-1101-4
100-1101-5
100-1101-6
100-1101-7
100-1101-8
100-1101-9
100-1101-10

LIBRO PRIMERO

I

¡Aleluya! Terminada la ceremonia nupcial en el templo de Nuestra Señora de la Merced, en la noche del 25 de agosto de 1835, despedidos en la sacristía los muchos parientes y los pocos amigos, Regis y Blanca, los recién casados, llegaron, en la amplia carretela de familia, á su flamante casita, alegremente pintada de colores claros. baja, de techo de teja francesa y puertas y ventanas verdes.

Se habían mirado tanto, se habían dicho tantas y tantas cosas durante el noviazgo, que parecía que ya nada tuvieran que decirse... Vinieron, durante el trayecto, cada cual en su rincón, sin mirarse, sin hablarse, en una atmósfera cargada, silenciosos, nerviosísimos, como si uno y otro

temieran romper aquella extática quietud, precursora de las grandes tormentas. Él miraba, los ojos entreabiertos, por la ventanilla, sin verlo, el panorama de la noche sobre la ciudad dormida; ella se mordía impaciente el labio, con sus dientes blancos y cortantes. Parecía que reinara entre ambos un acuerdo tácito de esperar y respetarse...

El carruaje se detuvo. Apeáronse. Ella entró la primera y desapareció en el zaguán angosto y obscuro; él despachó al cochero, se enteró de que todo estaba en orden con una rápida mirada al patio, y mandó al criado mulato que los había esperado, que cerrase la puerta de la calle y se acostara, siguiendo luego á su esposa al interior de la casa...

Quedaron solos, — ¡al fin solos! — en una antesalita, débilmente iluminada, desde una puerta, por la luz de unas bujías que, en dos candelabros de maciza plata del Brasil, ardían en el cuarto contiguo, el dormitorio. Del patio, por otra puerta abierta,

entraban el silencio de la noche, el resplandor del plenilunio y el aroma de unas florecidas matas de sangrientos claveles de Andalucía. Ella arrojó el velo y la corona de azahares sobre un sillón; él, el sombrero, el abrigo y los guantes. Ambos, la una con las manos apoyadas en una consola, el otro con las suyas en el respaldo de una silla, quedaron de pie, frente á frente, pálidos de emoción, la respiración suspendida; ella casi llorosa, él casi triunfante, los ojos en los ojos... Tales dos gladiadores que fueran á embestirse en la arena del circo.

Y como si de súbito estallase una chispa magnética, atraídos el uno hacia el otro, cayó ella sobre su pecho pasándole los brazos en rededor del cuello; él le tomó rudamente entre sus manos la deliciosa nuca... Sus miradas se confundieron en un relámpago de pasión; y sus «afinidades electivas», tan largo tiempo contenidas durante el noviazgo, se sellaron sobre sus labios, que se buscaban ansiosamente, en

el primer beso libre, franco, sonoro, dado sin temor, sin testigos, ¡casi con ira!... Cuando les interrumpió bruscamente un insólito ruido: un reloj daba la hora...

Tan ensimismados estaban en su mutua contemplación, en esos tiempos españoles y románticos en que el amor en el matrimonio exigía un culto severo y recogido, tan absorbidos en su primer beso, que aquella interrupción fué como el despertar sobresaltado de un plácido sueño. En su estado de sobreexcitación, sonáronles acaso los pausados golpes como mazazos en el cráneo... Bruscamente se separaron el uno del otro, ella con la mirada baja, como avergonzada; él con los dientes apretados, como ofendido. Diríase que entre ambos habíase interpuesto un espectro.

Blanca, fruncido el ceño, ligeramente sonrojada, el busto echado hacia atrás, contó las campanadas:

— Una... dos... tres... seis... once... ¡Son las once!... ¡Qué tarde hemos llegado!

Efectivamente, para aquellas épocas

anormales en que el crimen político empezaba á enseñorearse de las calles de Buenos-Ayres, durante la noche, era muy tarde. Después de las nueve, raro era el intrépido que se aventuraba por las calles desiertas y obscuras como fauces de fieras. Habían llegado tan á deshora, porque quisieron casarse en silencio, á las nueve, la hora de la cena, y porque, al volver de la iglesia, habían tenido que pasar á saludar á la madre de la novia, doña Mercedes, anciana cegatona, que no había podido asistir á la ceremonia por sus achaques. Cuando partió la comitiva al templo, les había rogado que á la vuelta fueran á verla. La despedida de la buena señora y de Corina, una criatura huérfana, su sobrinita, que la acompañaba como una hija menor, había sido larga y conmovedora.

Todo contribuía á la nerviosidad de los desposados: el recuerdo de esa despedida, el silencio, el incipiente temor á las venganzas políticas de una dictadura triunfante, la neroniana dictadura de don

Juan-Manuel Rosas, jefe de un partido demagogo que ya se diseñaba en el horizonte...

De lejos, se oyó la voz del sereno, que cantaba, prolongando las notas, en la calle:

— ¡Las once han dado y sereno! ¡Viva la Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios!

Algo de tétrico había en ese grito, que era como el agorero graznido de una gran ave nocturna que amenazara con la muerte á los enemigos del gobierno... En su fuero interno, Regis y Blanca no podían simpatizar con la demagogia vencedora y amenazadora...

Con la voz temblorosa, Regis se dijo, simplemente:

— Son las once.

Hubo una pausa extraña que interrumpió otra vez la voz del sereno, cuyas notas largas, largas, parecían un quejido de ultratumba:

— ¡Las once han dado y sereno! ¡Viva

la Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios!

Blanca hubiera querido hablar, decir cualquier cosa, pero no se le ocurría nada. En su mente surgió, vago aún, el fantasma del Terror, el recuerdo de los secuaces de Rosas, qué ya empezaban á ejercer sus venganzas y persecuciones contra la gente culta, sus naturales enemigos. Un raro presentimiento le hizo subir el corazón á la garganta; y una leve brisa cerró la puerta que comunicaba con el dormitorio, dejando á los amantes en la penumbra, bañados por la argentina claridad de la luna. Ella sintió irresistible impulso de arrojarse á los brazos del esposo, de ocultar en su pecho su cabeza, como una avecilla que se refugia en el nido cuando el huracán estalla.

Y ya muy lejos, muy lejos, como un eco fatídico, se oyó por tercera vez el canto del sereno:

— ¡Las once han dado y sereno! ¡Viva la Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios!

Por un fenómeno de exacerbación nerviosa, los tic-tac del reloj, que antes no se oían, se empezaron á hacer sentir, metálicos, agudos.

— Es un reloj de pared que ha mandado poner mi madre en el comedor, — dijo Blanca; — para sorprenderte con el regalo...

Sin responder, Regis se dirigió lenta y resueltamente, con pasos de sonámbulo, al comedor, pieza vecina donde el tic-tic le sonaba y sonaba, penetrándole como un clavo ardiendo en los tímpanos... Su esposa lo seguía inquieta, con esa febril inquietud de quien espera, sin saber por qué, una revelación ó una catástrofe.

A la luz de la luna, la temblorosa mirada de Regis descubrió el reloj de largo péndulo de bronce, colgado á una pared, y sonando, sonando, sonando... Le lanzó una mirada de odio, lo descolgó sin decir una palabra, lo apretó en sus manos crispadas, lo arrojó al suelo con estrépito, y en sus labios se dibujó una sonrisa indefi-

nible. El reloj hizo un crac doloroso, sus vidrios estallaron, dió dos ó tres golpes de péndulo más, descompasados y desiguales como los hipos finales de un moribundo, y todo quedó otra vez en silencio. Un vago eco vibró en el aire, que podría bien ser el graznido de un buho ó el último grito del sereno que se alejaba...

Regis dió un puntapié lanzando abajo de un mueble los restos del reloj y salió del comedor en dirección del dormitorio; tomó uno de los candelabros de plata y procedió á cerrar la única puerta abierta de la antesalita y á verificar si las demás estaban bien cerradas. Era entonces ésta una precaución necesaria, pues los disturbios políticos habían anulado la acción de la policía y una turbamulta de foragidos de la campaña asolaba la ciudad, so pretexto de descubrir y castigar conspiraciones.

Muy pálida, Blanca había espiado con femenina sagacidad los movimientos rápidos é impulsivos de su esposo, su ira contra

un inocente objeto, su acto bárbaro de la destrucción del hermoso obsequio de su madre; y en su fuero interno la asaltó una duda terrible...

— ¡Regis, Regis! — gritó en una exhalación de angustia. — ¿Por qué has hecho *eso*? Ese reloj lo ha hecho poner ahí mi madre... ¿Por qué lo has roto? ¡Dios mío!...

Sintiendo que sus rodillas temblaban, arrojóse la desposada á un profundo sillón, estilo imperio.

Regis, siempre en silencio, terminaba de verificar si todas las puertas estaban bien cerradas, la mirada vaga, la cabellera ligeramente en desorden... Al observarlo, de vuelta á la antesala, Blanca se sintió más y más inmutada, dejó caer hacia atrás su cabeza; entornó los párpados; la respiración anhelante, levantaba y bajaba rítmicamente su seno... Recordaba que durante el noviazgo, le habían dicho que Regis era un mal «candidato», que tenía sus rarezas, sus manías... Alguien había llegado hasta

insinuarle que era «loco». Ella, muy enamorada, no había hecho caso; pero he ahí que, en la noche de bodas, parecía revelarse en un acto violento y absurdo...

«¡Dios mío, Dios mío, por qué me habéis engañado?» pensaba, y en sus descoloridos labios vagaba una plegaria...

Regis depositó sobre una mesa el candelabro, y quedó contemplándola en su postura de abandono. Sonrió con infinita ternura y sintió un deseo brutal de tomarla por su flexible talle, transportarla, vivificarla abrazando su espléndido busto y absorberle la vida por sus labios entreabiertos. Con un esfuerzo doloroso se contuvo. Comprendió la inquietud de su esposa, y le pareció más prudente tranquilizarla primero, explicarle su acto irreflexivo y pedirle perdón... En un taburete, sentóse á sus pies, le tomó su mano fría, y la sintió trepidar bajo su mirada inquisidora...

— Como esposo adivino todos tus pensamientos, mi Blanca, — le dijo en voz baja, con entonación monótona, firme y

cariñosa. — Sé perfectamente que mi proceder te ha alarmado; que no esperabas ese rapto de ira incomprensible en nuestra noche de bodas... Todo tiene su explicación; escucha la mía, y perdóname; te hablaré con sinceridad... ¡con mi corazón en la mano, como siempre te he hablado, Blanca!

En sus palabras había un ligero temblor, casi una humedad de lágrimas. La joven, cada vez más inquieta, aunque no lo mirara, porque había cerrado los ojos, lo presintía titubeando, subyugado por una emoción histérica...

— ¿Te acuerdas, Blanca, — continuó, — de aquella larga enfermedad que, después que nos comprometimos, tanto me hizo sufrir? De ahí data mi invencible horror á... ¡las campanas!

No pudo Blanca contener un ligero estremecimiento; á Regis le pareció más pálida...

— ¿Recuerdas el día aquel en que fuí á cenar á tu casa, afebrado ya? Me retiré temprano. Lloviznaba. Me acosté enfermo.

En mi imaginación vibraban los más raros arabescos. Refinado en Europa, toda la barbarie gaucha me estremecía, como un acorde disonante, lenta, lentamente prolongado. Al oír proferir las extravagantes expresiones de odio del partido federal triunfante, creí que soñaba una roja pesadilla. Tu amor sólo me sostenía, en medio de un vértigo de pasiones políticas que melancolizaban mi alma joven y utopista de patricio... ¡Habíame soñado otra patria!... Entonces recién volvía, vencedor de los indios del Sur, Rosas. En Buenos-Ayres se le aclamaba «Héroe del Desierto». La plebe de la campaña, venía con él, triunfante, ebria de odio á los caudillos del interior y el litoral, ebria de odio á los figurones cultos de la Capital. En la atmósfera cundía un delirio de revancha, como una epidemia... Las campanas de todas las iglesias saludaban la vuelta de Rosas, el vencedor de los indios, el futuro dictador... Su repiqueteo, su continuo; su sonoro, su infernal repiqueteo sonaba en mis nervios de en-

fermo y de ciudadano... Entonces, y ahora, creo todos los ciudadanos estamos enfermos de una fiebre mitad extenuación, mitad júbilo, mitad impulsos, mitad tristeza... Buenos-Ayres está debilitado por sus continuas luchas; y los pueblos, como los hombres, se vuelven fácilmente sugestionables cuando se debilitan... En esos momentos, las necesidades imponen los fanatismos políticos y religiosos... Sentíame yo también, por influencia del medio, débil y sugestionable...

Alarmadísima de esta extemporánea disertación, Blanca miró á Regis, con las pupilas centelleantes de mudo y dolorosísimo asombro... ¿A qué venía una arenga, y una arenga política, en aquel instante, instante único en la vida? ¿Era posible que un enamorado normal, sano, profanase, con preocupaciones extrañas, aquella santa soledad de las primeras caricias?... ¿A dónde iba á parar aquel palabreo insólito como el estampido de un cañón que interrumpiera una fiesta?...

— ¡Paciencia, mi Blanca! — continuó Regis, rápido, como deseoso de terminar... — Eres una niña inteligente, muy inteligente... y quiero explicarte por qué he realizado una acción tan inusitada en mi noche de bodas... como la de despedazar el obsequio de tu madre. Para eso me veo obligado á narrarte el estado de mi espíritu aquella noche de delirio en que caí enfermo... En fin, te diré, en una palabra, que la sobreexcitación *general* agravó mi estado *particular*... Cuando me acosté, me recorrían todo el cuerpo, como caravanas de hormigas, punzantes calofríos; quise dormirme, puse todo mi empeño en dormirme, y me dormí en mi desmantelado aposento de soltero... Me dormí enfermo de una doble enfermedad: mi enfermedad privada, que más tarde se diagnosticó, y una enfermedad *pública*, que era como un estado de ansiosa expectativa...

»Haría un cuarto de hora que dormía, ó dormitaba, mejor dicho, con una exótica pesadilla de fiebre, cuando me despertó

el tañido de las campanas de una iglesia vecina, que daban las doce. Principié á contar las campanadas: diez... once... doce... trece... veinte... cincuenta... Parecía-me que una y otra iglesia se respondía, en un inextinguible campaneó... Una á una, iban llamando todas las iglesias de la ciudad, lúgubrementé, en la lluvia y la noche. Cada vez aumentaba más su ruido diabólico, y más, y más, y más... Encendí luz, me revolqué entre las sábanas, me tapé los oídos con ambas manos, me puse á pasear sobresaltado por el cuarto... ¡Las campanas seguían *in crescendo, in crescendo, in crescendo!*

Como para contener la confesión, Blanca extendió sus brazos suplicantes; Regis continuó sin mirarla, animándose poco á poco:

— ¡Mi pesadilla era horrorosa! ¡Me volvía loco! Desperté á mi criado, lo hice levantar pronto y le pregunté si oía el tañer de *todas* las campanas de la ciudad... Me miró con asombro, creyendo que yo me burlaba de él, me dijo que no, y se retiró á dor-

mir, malhumorado, sin esperar á que yo se lo ordenara. En tanto, en mi cerebro, como si estuviera hueco, resonaban los campanazos, siempre en aumento, en aumento... Tocaban ánimas, misa, á muerto, á rebato, alarma, maitines, gloria, todo á un tiempo, á un tiempo, á un tiempo... ¿Dormir? Era imposible en aquel suplicio de ruidos fantásticos... Desolado, me levanté... Daba vueltas en la pieza; á grandes pasos, como una fiera enjaulada y hambrienta... Corría, corría, moríame, y el estruendo, en vez de alejarse de mí, se acercaba, se acercaba... ¡Y lo más extraordinario del caso es que yo comprendía que aquello era falso, que era una ilusión satánica de mis sentidos! Así pasaron horas y horas... Yo no me atrevía á despertar á nadie, esperando de un momento á otro el silencio... ¡Oh, qué cosa más grata que el silencio! ¿Tú no oyes el silencio?

Vencida, Blanca dejó caer los brazos, como muerta, y fijó en el techo tan angustiosa, tan angustiosa mirada, que sus ojos

parecían de vidrio. Las palabras de su esposo la convencían de su locura, de la locura de su amado, su único hombre...

— Todas las campanas del mundo se habían echado á vuelo en mis pobres tímpanos. Todos los suplicios del mundo escaraban en mis oídos. No hubo medio que no intentara para arrancar de mí a ~~aque~~ el horrisono, aquel infinito chirrido. Sumergía la cabeza en agua fría; cubríamela con almohadas; me la envolvía en los colchones; me echaba á muerto... Tapéme los oídos con cera: ¡oía más y mejor! Reía, gemía, lloraba... Lo más espeluznante era que yo me apercibía que aquellas campanas me sonaban á *mi* solo, ¡que eran *mis* campanas! Me creí loco, irremisiblemente loco, furiosamente loco. En mi desesperación, me acordaba de ti, de mis padres, de los míos; y me apretaba, me apretaba la cabeza entre mis manos, como si quisiera romperla; y tan frágil me parecía, que esperaba de un momento á otro su crujido, como si fuera un vaso de cristal. No sé cómo me vestí, y

qué idea inenarrable se clavó en mis sienes... Resultó que cargué una pistola, la metí en el cinto, y salí á la calle con un tiempo horrible, resuelto á... ¡á *matar* mis campanas! ¡á *matar* mis campanas!

Blanca lanzó un grito sordo por sus entrecerrados labios y quiso levantarse y huir, trémula, aterrada; contúvola Regis y siguió, con su voz temblorosa:

— Anduve vagando desesperadamente por las calles, en el fango, bajo la lluvia, calado hasta las huesos, inconsciente á todo lo que no fuera el prolongado trueno de *mis* campanas. Los serenos no me veían gracias á los mares de lluvia, y sólo los perros me ladraban. Alguno debió arrancar jirones de mi ropa y clavar, sin que yo lo sintiera, sus dientes en mis carnes... Anduve hasta por los suburbios, huyendo, huyendo, huyendo siempre del ruido que iba conmigo mismo, tenaz, como un demonio que lleva un alma condenada... Cuando amaneció una aurora lúgubre, me encontré sin saber cómo, ante la puerta del doctor Alcorta,

tiritando, próximo á desplomarme. Llamé, me abrieron; hice levantar al médico y le dije: «Estoy loco. Mi locura amenaza hacerse furiosa. ¡Enciérreme, enchaléque-me!...» Con pasmo infinito observó el doctor Alcorta mi extraña catadura, desgarrado, empapado, sangriento, moribundo... Parecía no haber visto nunca un loco de ese género... Llamó á su sirviente, dió ciertas órdenes y me preguntó: «¿Qué tiene usted, mi amigo? ¿Qué siente?» Con ira verdaderamente demente eché á rodar una mesa de un puñetazo, saqué mi pistola en un paroxismo de irritación, con mis ojos fuera de sus órbitas, y le dije: «¿Qué tengo? ¿Qué siento?... ¡Tengo, siento *mis* campanas! ¡Todas las campanas están llamando en mis oídos! ¡Cúreme ó me mato!...» Lo que pasó después, yo no lo sé; tú debes saberlo, Blanca...

La joven esposa, que bebía hinoptizada de interés ese extraño relato, no contestó...

— ¡Lo demás, tú lo sabes, Blanca! Me

dió un síncope y me llevaron enfermísimo á casa. Había estado delirando con treinta y nueve grados de fiebre. Tres días estuve entre la vida y la muerte. Cuando volví en mí, estaba ya fuera de peligro. Me ví en mi cama, rodeado de mi familia, y mi primer cuidado fué llamarte... Parece que tú espiabas ese llamamiento, pues, á pesar de los murmullos acerca de mi nerviosidad, — vamos... ¡de mi locura! — desoyendo á tu madre, desafiando las conveniencias sociales, viniste hacia mí y tomaste mis manos entre las tuyas... ¡Desde ese instante, mi convalecencia fué rápida! En mi noche sombría, tú fuiste la estrella que me guiaste hacia la Vida y la Felicidad...

Involuntariamente, sonrióse Blanca.

— ¡Pero no me olvido, nunca podré olvidar *mis* campanas! ¡Odio á las campanas! Cada vez que oigo sonar una me vuelve á la mente el recuerdo pavoroso de mi delirio y de mis horas de fiebre... Ahora bién, tú debes comprender que no puedo tolerar en mi casa relojes con campanas...

¡Perdóname! Esta es mi pequeña manía...
¡Sonó tan intempestivamente el reloj de tu madre! ¿Quién lo hubiera aguantado en mi caso? ¿Quién no tiene *sus* campanas? ¡Las mías son tan inofensivas! ¡Y tan incómodas las tienen otros: quienes en la política, quienes en la literatura, quienes en el vicio! Mira á nuestros amigos y conocidos: Echegarriá las tiene en la poesía, Alberdi en su metafísica, Sarmiento en su orgullo, en su ambición Rosas... ¡Pero *mis* campanas son tan simples! ¡Son mis *únicas* campanas! No tendrás, oh mi mujercita, que aguantarme otras... ¡Y no todas las esposas tienen que perdonar sólo tan insignificantes campanas á sus maridos: las hay mortales!...

Blanca, serenada, le pasó cariñosamente las manos por el cabello, en silencio, como si alisara la sedosa piel de un gato.

— Ahora, Blanca mía, de rodillas te lo pido, ¿me perdonas *mis* campanas?

Y como no se le respondiera, Regis pro-

siguió exaltándose, inconsciente del calor de sus frases, conteniendo la caricia que le hormigueaba en la sangre:

— ¡Mírame, Blanca, mi Blanca! ¿Qué hallas en mí para no perdonarme, si todo lo que hay en mí eres tú misma? El mundo, la libertad, la vida, todo lo he pospuesto á ti en mis afectos... ¡Es necesario que me comprendas!... ¡Si queda el concepto de Dios en mi espíritu, sobre todas las cosas, es porque pienso que Dios ha puesto en un hombre como yo, en un pobre y pequeño hombre, una pasión tan pura y tan intensa!... Dicen mis amigos que soy el más capaz de entre ellos... ¡Pues yo no quiero el Talento porque me basta el Amor! Y si venero á Dios es porque venero en ti la bondad de Dios; y si amo á mi patria y á los míos, es porque encuentro en ti un reflejo de los míos y mi patria... ¡Blanca, Blanca! Todo lo que hay en mí es tuyo. Cada gota de mi sangre es tuya. Cada fibra de mis nervios es tuya. Tuyos son cada sentimiento, cada idea, cada ideal de

mi espíritu. ¡Tú eres la mejor parte de mí mismo! ¡Tú lo eres todo en mí mismo!... Y ahora... Blanca, mi Blanca, ¿me has comprendido? ¿Me perdonas *mis* campanas?...

Ante su mirada suplicante y ansiosa, Blanca bajó sus ojos, húmedos de felicidad... ¡Al fin, había comprendido!... El color volvía á sus mejillas; sus manos recuperaban el calor y la vida; y sus labios, otra vez rojos, dibujaron una amable sonrisa que parecía decir: «¡Gracias, Dios mío, de que haya pasado por mí este cáliz de amargura! ¡Gracias, mi esposo! ¡Te entiendo al fin, porque has disipado mis dudas más íntimas, y te perdono *tus* campanas!... Si no te las disculpase, ¿podríamos vivir felices? ¡Cuán desgraciados los esposos que no se sepan perdonar sus pequeñas manías! Me has jurado que no tienes ni tendrás otras... ¡Gracias, mi Dios, gracias!...»

Entonces sus callados labios se encontraron otra vez, reanudando el beso in-

terruptido, el beso de al rojo blanco, el beso eterno: el primer beso de desposados... ¡Aleluya!...

Y escuchóse de nuevo la voz del sereno, que cantaba:

— ¡Las doce han dado y nublado! ¡Viva la Federación! ¡Mueran los salvajes inmundos unitarios!

Y de súbito interrumpióse otra vez el silencio de la noche por el pesado traqueteo de una copiosa cabalgata que llegaba por la calle á galope tendido y paraba ante la puerta de la casa... Oyóse un ruido de espuelas, y algunos broncos juramentos de soldados... Los vidrios temblaron sonoramente por unos violentos aldabonazos que se daban en la casa contigua, ocupada por don Valentín Válcena, el padre de Regis, y su numerosa familia...

— ¡En nombre de Su Excelencia el Ilustre Restaurador de las Leyes, abran! — gritaron los de afuera, intercalando soeces in-

terjecciones y zamarreando la puerta como si quisieran forzarla...

Una trémula voz de mujer respondió desde adentro:

— ¡Un momento! Ya ya...

II

En un céntrico paraje de la ciudad de Buenos-Ayres, sobre las calles Victoria y del Empedrado, poseía don Valentín Válcena una ancha propiedad, de edificación antigua. En la esquina funcionaba, bajo su dirección, un establecimiento comercial; una « tienda » al estilo de la época, en la que se vendían, por mayor y menor, variadísimas clases de artículos, como ser telas, muebles, comestibles. A la calle del Empedrado daba frente la espaciosa casa colonial de la familia; familia compuesta por don Valentín, su hermana doña Dámasa, solterona, su señora doña Mauricia de Azcárate, cinco hijos varones (de los cuales había entonces un ausente) y tres niñas. Pared por medio había hecho

construir una bonita casita para que la habitase Regis, su hijo mayor, cuando casase con Blanca Castellanos, entonces su prometida. Los tres edificios (el almacén, el caserón de la familia y el nido de los novios), se comunicaban por dentro, por los jardines del fondo, plantados de higueras; lo cual facilitaba la vida de familia y la inspección de la «tienda» que en breve quedaría á cargo exclusivo de Regis. En aquellos tiempos, ambas circunstancias eran considerables. La primera, porque no haciéndose casi vida social, las personas necesitaban más de la vida de familia para distender sus nervios. La segunda, porque no habiendo policía bien organizada, cada comerciante debía velar por sí sobre sus mercaderías. Era uno de los rasgos de la época: cada cual por sí y el Gobierno fuerte por todos...

Ese Gobierno fuerte era el segundo de Juan-Manuel de Rosas, el prestigioso caudillo de la campaña, en cuyas manos había depositado la Sala de Representantes la

«Suma del Poder Público»; de cuyo poder se había hecho cargo, después de reiteradas renunciaciones farsaicas, el 13 de Abril de 1835. Cuatro meses habrían pasado desde esa fecha, y el caudillo preludiaba ya el régimen del Terror, como único medio de retener, contra la oposición, el poder omnímodo...

Los espíritus cultos, sorprendidos por sangrientas y grotescas arbitrariedades, sentían pesar sobre la ciudad una como sombra funesta; pero ¡ay de los que se revelaban! Amenazábalos la destitución, el destierro, la cárcel, acaso el fusilamiento ó el asesinato... Aunque Rosas no había dado sino el primer paso, ¿qué lo detendría una vez lanzado en la pendiente de la dictadura por el Terror?... Este problema llenaba de inquietud todas las imaginaciones; respirábase ese aire cargado que precede á las grandes tormentas...

De vuelta de la ceremonia religiosa del casamiento de Regis y Blanca, la familia

se había reunido en el patio, sentados todos en hemiciclo, bajo los naranjos prematuramente en flor aquél año, pues los calores habían anticipado la primavera al mes de Agosto. Reinaba un viento caliente del noreste, que traía en sus alas ciertas vagas y acres emanaciones de los trópicos, de esas que exasperan los nervios de los temperamentos impresionables. En silencio, bien cerradas las puertas y ventanas exteriores — ¡prudencia indispensable! — el perfume capitoso de los azahares esparcíase en ondas refrescantes...

Dos temas se comentaban: la boda y la política. Porque la gente, sólo comentaba entonces la política en el seno de la familia, cuchicheando al oído cuando los negros del servicio, espías posibles, se detenían á escuchar...

— Se han casado de noche, tarde, en privado y *á la francesa*, — observaba maliciosamente un joven de fisonomía simpática, Alberto Riglet, íntimo de la casa, quien se hallaba de visita. — Los amigos de Manue-

lita Rosas nos van á criticar. Lo merecemos.

La frase envolvía un grave retintín... En esos tiempos de lucha, la boda privada, sin invitarse al dictador, á Rosas, al «Ilustre Restaurador de las Leyes» y á los suyos, con quiénes la familia de Válcena tenía amistad y hasta un lejano parentesco, podía importar algo como un desacato. Y otro desacato podría ser el casamiento «á la francesa», en época en que ciertas reclamaciones del cónsul de Francia habían inculcado á la gente «federal» una honda antipatía contra dicho país, en el temor de una guerra próxima á estallar, que favorecería al partido de oposición, denominado de los «salvajes inmundos unitarios»...

— Blanca está de luto por su padre, — se apresuró á decir doña Mauricia, — y por lo tanto no es de extrañar que no hayamos invitado á nuestras relaciones.

— El casamiento no ha sido «á la francesa» como dijo usted, Alberto, — agregó alguien. — Yo no sé qué puede entenderse

por casarse «á la francesa»... En todo el mundo la gente se casa lo mismo... Diga más bien que Regis y Blanca se han casado *á la inglesa*, como nos cuenta que se casan en su tierra míster Mendeville, el cónsul inglés.

Esta aclaración era prudente. Si los federales estaban muy disgustados con los franceses (á los que llamaban «chanchos», y al rey Luis Felipe, el «Rey Guarda-Chanchos»), en cambio Rosas simpatizaba con el representante de S. M. B.... — Todos quedaron, pues, convencidos que debían propalar que el casamiento había sido «á la inglesa», aunque nadie supiera en qué consistía casarse á la inglesa... Y con esta idea, algunos suspiraron, como si ella les quitase un peso de encima.

Alicia, una de las niñas, á quien llamaban por el diminutivo de Licia, aun alarmada, dijo á Riglet:

— ¡Cuidado con repetir eso de «á la francesa», que por un descuido puede divulgarse!

Alberto se alzó de hombros, como respondiendo que él no era capaz de semejantes indiscreciones; que su observación había sido una broma, y de mal gusto...

Emocionada aún por el casamiento de su hijo mayor y predilecto, con los ojos enrojecidos por el llanto, doña Mauricia exclamó, sencillamente:

— ¡Dios nos proteja!

Todos guardaron silencio, ensimismado cada cual en sus propios pensamientos. Había en el aire un algo de hostil, como si el fantasma del Presentimiento estuviéramos allí y les insinuase al oído frases vagas é inquietantes; como si el espíritu del tiempo, de un tiempo de angustia y tiranía aun incipientes, se apareciese á enfriar las expansiones afectuosas; tal, en el festín de Macbeth, la sombra de Banquo...—Alberto, la visita, pensó en retirarse, porque en esos tiempos cualquier hora de la noche era tarde; pero se contuvo, mirando con expresión de cariño y temor el rostro de Licia... Diríase que el espíritu invisible lo

retenía. Además, Regis y Blanca, que de la iglesia habían pasado á saludar á la madre de ésta, pobre señora viuda, no habían vuelto aún; los oídos aguzados esperaban con ansia inusitada oírlos llegar á la casita contigua... Un criado estaba encargado de avisarles cuando vinieran, por la puerta de comunicación del fondo.

En el silencio, llegaba de una puerta interior el murmullo monótono de una mujer que hacía rezar á un niño. Era la tía Dámasa, que dictaba en voz alta todas las noches sus oraciones cotidianas á Tito, su sobrino y ahijado queridísimo, el chico menor y mimado, el Benjamín de la casa, de once años de edad, que distraída y dócilmente las repetía.

— ¡Falta el Credo, tía! — se oyó que objetaba el niño al terminar el Bendito.

— Pero ¿qué te pasa? — regañaba la tía. — Ya hemos repetido dos veces tu Credo; si rezas así, papando moscas, la oración no vale y la Virgen Santísima te castigará por falta de devoción, Tito. Por esta noche basta. Persígnate.

El niño se persignó; dió un sonoro beso á su tía, y, cuando ésta, apagó la luz, gritó para que lo oyeran sus padres desde el patio:

— ¡La bendición, papá! ¡la bendición, mamá!

— Buenas noches, hijito, duerme, — contestó doña Mauricia.

Pancho, el negro, pasó una bandeja con refrescos. La tía Dámasa vino á sentarse, silenciosa, en el hemiciclo, bajo los naranjos en flor. Sonó una nota destemplada en aquella atmósfera de vaga expectativa: Licia, que reía de algo que le decía Alberto al oído... Doña Mauricia, tan complaciente siempre con la alegría de los demás y especialmente de sus hijos, la miró con severidad, acaso sin saber bien por qué, como si su buen humor disonase en el momento, haciéndola ruborizar... La brisa hacía mover las lucés de las lámparas, que al proyectar sobre las paredes las sombras de los árboles dibujaban extraños y temblorosos arabescos.

— ¡Todavía no vuelven! — exclamó doña Mauricia, alarmada, como hablándose á sí misma.

Oyóse el chirriar de un grillo que, á saltos descompasados, se acercaba á la luz. Nadie le prestó atención.

— Ya volverán, mujer, — replicó don Valentín á su señora, sin poder disimular también una vaga inquietud. — ¿Qué podría haberles pasado?

— Nosotros ya hace media hora que hemos vuelto, — se dijo á media voz la matrona.

— Sí, pero tú debes saber, mamá, — observó Clarita, la niña menor, una charlatana que á duras penas contenía su lengua, — que la señora madre de Blanca quiso que fueran de la iglesia á su casa, á despedirse allí de ella... ¡Estaba tan triste por su luto y la separación de su hija y sus achaques, sus cataratas en los ojos!... Porque tú sabes que está casi ciega... ¡Todavía estará abrazándolos y llorando!

Alberto sacó el reloj y miró la hora: eran

las once. Parecióle que ya podrían estar de vuelta los novios. Levantóse, fué á informarse por el fondo, volvió y nada dijo. Nada le preguntaron tampoco, porque todos tenían conciencia de que aun no habían vuelto. Un trueno lejano, muy lejano, exasperó más los nervios, ya tan tirantes... Pero como si este trueno anunciara la llegada de los desposados, se oyó el ruido de la pesada carretela que se acercaba al trote por la calle del Empedrado... Todos los rostros se animaron de tranquilizadora alegría.

— ¡Ahí llegan! — exclamó doña Mauricia, poniéndose de pie á pesar de su gordura y de su calma.

— Quédate ahí, mujer, — le observó su esposo; — ya te has despedido de ellos. ¡Déjalos en paz esta noche! Mañana podrás verlos hasta cansarte...

— Si es que ellos se dejan ver, — murmuró entre dientes Riglet, mirando en los ojos á Licia, la encantadora niña mayor...

Doña Mauricia se sentó con los ojos hú-

medos y volvió á suspirar, por centésima vez, en aquella noche de emociones...

— No es para tanto, señora, — le objctó el bueno de don Valentín, con forzada sonrisa, emocionado él también, acaso por contagio.

Oyóse, desde la calle, el eco lejano de la voz del «sereno» que, rondando por el orden público, prolongaba en trémolos melancólicos su canto característico:

— ¡Las once han dado y sereno! Mueran los salvajes unitarios! Viva la Federación!

Doña Mauricia volvió á suspirar; y la tía Dámasa como un eco, exclamando á su vez, *sotto voce*:

— ¡Dios nos proteja!

Silvio, el hijo tercero de los esposos Válcena, estudiante de derecho, mozo de unos veinte años, fogoso, inteligente, aunque aficionado á la contradicción y á las ideas propias hasta la paradoja, compañero de Alberto Riglet y miembro de un selecto grupo de jóvenes intelectuales, en el que sobresalían un tal Echevarría y un tal Al-

berdi, — no pudo contener un movimiento de impaciencia:

— ¿Dios nos proteja?... ¿De qué?... — exclamó exabruptamente.

Pero fué interrumpido por la voz de Tito, que gritaba de adentro, acostado en su cama:

— ¡Yo quiero decir buenas noches á Regis y á Blanca!

— Mañana los verás, — respondióle su madre. — Hoy duerme.

— Si no duermes, — añadió la tía Dámasa, — te voy á encerrar á obscuras....

— ¡Buenas noches, madrina! — gritó otra vez el chico.

— Buenas noches, — respondióle su tía secamente.

Como callara el niño, continuó Silvio:

— ¿Dios nos proteja?... ¿De qué?... ¿Que Dios nos proteja contra las violencias del dictador Rosas, es lo que quieres decir, tío, mamá? ¿Qué tenemos que temer nosotros, pacíficos ciudadanos, que nunca nos hemos inmiscuído en política? Se dice que el dic-

tador está amasando con sangre su gobierno... ¿Es posible, me pregunto yo, que se afiance algún gobierno en esta época de crisis y en esta bendita tierra semi-bárbara sino por la sangre y el escarmiento? ¡Y bien necesitamos un gobierno fuerte! ¿Qué sería de nosotros si continuáramos entregados á la anarquía, esa furia que nos desgarrar las entrañas?...

— ¡Estás bien elocuente, Silvio! — interrumpió Alberto, á una burlesca seña de Alicia.

— Y tanto, — agregó ésta, — que quizás convenga hacerte notar que no estás en la clase del doctor Alcorta...

Imperturbable, como si no los hubiera oído, continuó Silvio:

— Por el Norte anúnciásenos la guerra de Bolivia. Por el Este y el Sud nos acosan los indios. Por el Oeste, Ribera, Oribe, el Brasil... Francia nos amenaza, y entre un extranjero y un Rosas... El gabinete británico intriga por medio de sus cónsules, y ya sabemos cuánto co-

dician los ingleses estas ricas tierras. Esto por fuera. Por dentro, la nación segregada, herida, dividida en feudos salvajes, los unos en guerra con los otros, y todos en sorda hostilidad contra Buenos-Ayres, la hacendada, la orgullosa, ¡la que quería el gobierno unitario para imponer su voluntad á las demás! Y todavía, como si todo ello no bastara, las guerras civiles y las secas y las inundaciones han mermado lamentablemente las últimas cosechas, las carnes y los cueros... ¿Qué hacer en esta situación difícil? ¿Cuál provincia, como un hermano mayor, debe asumir ante el extranjero la representación de la nación, sino Buenos-Ayres? ¿Y cómo? ¿Por las utopías unitarias? ¡Hay que solidificar un gobierno local, porteño, dentro del federalismo impuesto por los caudillos del interior! Y no hay otro medio de afianzarlo sino la Fuerza...

Callóse un instante, pues su verbosidad disgustaba á todos, menos á don Valentín que la admiraba como elocuencia; y conti-

nuó luego, excitándose por grados, como le acontecía en sus raptos de entusiasmo:

— Y ese Gobierno fuerte, que es una necesidad fatal, no puede afianzarse sino por la Fuerza... ¡Por la fuerza, contra los partidos enemigos de la misma provincia! ¡Por la fuerza, contra los enemigos caudillos de las demás provincias, que vienen á robarnos nuestras haciendas hasta la plaza de la Victoria! ¡Por la fuerza, contra las agresiones del extranjero, que nos desprecia, nos insulta y nos codicia, en defensa de la integridad nacional! ¡Esta es la situación, que los calzonudos miopes del Cabildo no pueden ni quieren ver! ¡El pueblo porteño, la plebe rural, el gauchaje analfabeto, con Rosas á la cabeza, esos sí tienen el instinto sino la conciencia de nuestras miserias: porque tienen más razón!

Rascóse perplejo su venerable calva don Valentín; pensaba si él, que hubo de ser cabildante en el año 1819, no era casi uno de esos «calzonudos miopes», á los cuales

pertenecían indudablemente sus principales amigos, los que se reunían casi todas las tardes á tomar mate en lo de don Blas Santana...

Sobre doña Mauricia, las ideas de su hijo Silvio, tan vehementemente expresadas, producían dos impresiones contradictorias... Por una parte, alegrábase de que este muchacho tan inteligente y bueno como imprudente y fogoso, se separase de las audaces ideas antirrosistas de sus amigos Alberdi, Echevarría, Frías y otros, á quienes, con sus ojos maternales, veía acechados por ocultos peligros. Pero, por otra parte, sentía también una secreta amargura al ver á Silvio del lado del dictador, contra lo que ella llamaba la «gente decente»... Optó por no decir nada, dejando correr vagamente sus resquemores...

Cuando Silvio pensaba proseguir su arenga, sosteniendo que el pueblo no estaba preparado para las instituciones democráticas; que la inercia y la ignorancia de las masas imponía la dictadura como una

dolorosa necesidad... interrumpiéronle, casi al propio tiempo, un gesto imperioso de su padre para que callara, una carcajada de Alberto Riglet, á quien Licia había dicho algo muy chusco en voz baja, y la irrupción de Tito en el patio...

Nervioso por la boda y desvelado por la conversación, el chicuelo no había podido aguantar más tiempo insomne; había saltado sigilosamente de la cama, habíase calzado y puesto un abrigo de lana blanca que caía de sus hombros como una túnica griega, sobre el camisón de dormir, y así ataviado se presentaba, buscando refugio en las rodillas de su padre y mirando á todos con esa sonrisa graciosa peculiar de los niños mimados que esperan siempre el perdón de sus travesuras.

— ¿Qué es esto? — exclamó severamente la madre. — ¡A la cama, pronto!

— No me voy á resfriar, mamá, porque estoy bien abrigado, — dijo suplicantemente el chico, envolviéndose con el pañolón. — ¡Déjame un ratito, por favor!

Tenían todos demasiado tirantes los nervios para discutir con Tito, y le dejaron allí, por un momento; la misma tía Dámasa, con toda su severidad inquisitorial, hizo como si no lo viera... Tito le agradeció su benevolencia haciéndole morisquetas, cuando por distracción dió vuelta ella la cara hacia su lado.

— ¡Este chico está insoportable! ¡Así no se puede educar, si todos lo miman! — rezongó la solterona, quien hubiera acaso deseado ser la única persona con derecho de mimar á su ahijado y de retarlo.

Este llevó su audacia hasta pedir á Pancho, el negrito que los servía, y con mucha y muy grave autoridad, «un mate de leche con mucho azúcar»; que el criado, en vista de que nadie se lo prohibía, se lo sirvió, sonriendo con sus dientes blancos:

— ¡Aquí lo tiene, amito, con mucho, mucho azúcar!

— Dicen que Rosas es un malvado, un pillo, un loco, — prosiguió Silvio sin poder guardar más silencio. — Puede que lo sea;

pero hasta ahora se ha portado como un hombre hábil y cuerdo, que sabe dónde le ajusta la bota de potro que calza. Yo quisiera ver cómo obrarían en su lugar los que hablan... No se puede obrar en estas circunstancias sino con mano de hierro, acaso á sangre y fuego, ¡y hay que obrar! Puede que el Poder Sumo lo maree; ¡pero ese mareo de sangre es un accidente!...

— ¡Un accidente! ¡Un accidente! — interrumpió con ira don Valentín. — ¡Desgraciados de nosotros si llegase ese mareo de sangre, que se aproxima como una nube de tormenta!

— Esas crueldades no importan mucho á la historia, papá, — prosiguió Silvio, — cuando la *salus populi*...

— ¡Sí importa, sí importa! — interrumpió enérgicamente Tito, deseoso de apoyar con su importante opinión la de su padre.

— ¿Por qué, Tito? — le preguntó Alberto Riglet.

— ¡Porque Rosas es un gaucho malo!

— contestó éste triunfante. — Yo no lo quiero nada. ¡Es un asesino!

La opinión de Tito cayó como una bomba... ¿Dónde la había oído el niño? Indudablemente era prematura; pero todos abrigaban precisamente el secreto temor de que el dictador no fuera sino eso, un gaucho malo, siempre pronto á convertirse, según sus impulsos, en asesino... Tito se prendió ávidamente á la bombilla de su mate, para gozar, al mismo tiempo, del mucho azúcar de éste, que ya estaba bastante frío, y de su triunfo oratorio...

— No está caliente, amito, — observó el negrillo.

— ¡Está bien! — repuso Tito, con dignidad de oidor.

Más no pudo concluir su mate, porque, alarmados todos con su imprudente frase, lo increparon. Él comprendió que había soltado una necedad, una necedad tan grande como una «mala palabra», y se sintió próximo al llanto. Entonces don Valentín en persona lo llevó á su cuarto y

allí le prohibió terminantemente que repitiese, en público ó en privado, lo que sobre Rosas había dicho, amenazándolo con serios castigos si reincidía. Acostóse el chico y se durmió lloriqueando.

— ¡Hay que corregir á este muchachito! — dijo Carlos, un muchachón de diez y siete años, uno de los tantos de la familia, física y moralmente vivo retrato de su padre.

Volvió á reinar el silencio, cuando volvió don Valentín á sentarse en el hemiciclo. Todos habían quedado molestos con las palabras de Tito. La tía Dámasa dió las buenas noches y se retiró, porque iría al día siguiente á misa de seis á la iglesia de Montserrat. Carlos, Laura y Teresa, que muy poco ó nada habían terciado en la conversación, — como que, en aquel tiempo los jóvenes de esa edad debían guardar silencio ante sus mayores, mientras no fueran interrogados, — se despidieron, besando uno á uno á sus padres en la frente, y se retiraron á sus aposentos. Quedaron don

Valentín, doña Mauricia, Alicia, Silvio y Alberto Riglet, prolongando la tertulia, animados todos por la conversación y por sus respectivas preocupaciones. Y volvióse á oír la voz del sereno larga, triste, fantástica en la soledad de la noche:

— ¡Las doce han dado y nublado! ¡Viva la Federación! ¡Mueran los salvajes inmundos unitarios!

É interrumpióse aquí también de pronto el silencio de la noche por el pesado traqueteo de una cabalgata que venía por las calles desiertas... Todos aguzaron los oídos y suspendieron la respiración en una expectativa angustiosa. Alberto Riglet, que iba á despedirse, se acercó á la puerta á escuchar... Allí mismo, ante la casa, detúvose la cabalgata; oyóse el piafar de los caballos y los broncos juramentos de la soldadesca...

Como tocados de un resorte, todos pusieron de pie, pálidos, aterrorizados casi... Los vidrios temblaron por unos violentos aldabonazos...

— ¡En nombre de Su Excelencia, el Ilustre Restaurador de las Leyes, abran! — gritaron los de afuera.

Los soldados quisieron forzar las puertas, exclamando soeces juramentos; una voz autoritaria los contuvo... Sorprendidos los de adentro, nadie contestó en el primer momento... Alicia fué la primera que habló, trémulamente, colocándose junto á su madre:

— ¡Un momento! Ya va...

Silvio abrió la puerta... Entró un emponchado de bombachas rojas, que lucía en el kepi los galones de coronel: era don Manuel Corvalán, edecán de S. E. Rosas. Al reconocerlo, don Valentín adelantóse á recibirlo, extendiéndole cariñosamente la mano... Hacíanse inútiles y hasta peligrosos los preámbulos, y el militar, haciendo sonar sus pesadas espuelas de hierro sobre las baldosas, avanzó, saludando á los presentes, no sin cortedad. Doña Mauricia, sin poder tenerse más de pie, pues las

rodillas temblorosas se le doblaban, no se sentó, sino se desplomó sobre su asiento; y Silvio ofreció una silla al intruso, quien, con voz entrecortada y como pesarosa, dijo:

— ¡No se asuste, mi compadre don Valentín! Me manda don Juan-Manuel, pero no es para nada malo... Él mismo siente mucho tenerlos que molestar á esta hora tan avanzada... Necesita á don Regis, á quien quiere encargar no sé qué comisión... honrosa y delicada... Conoce las buenas prendas y muchas letras del mozo, y quiere aprovecharlas para la Santa Causa de la Federación. . .

Nadie se atrevió á replicar en el primer momento, palpitantes todos de angustia. Sentóse don Valentín y apretó la frente entre las manos... Silvio, con mucha entereza, tomó la palabra:

— Todos queremos servir en esta casa á don Juan-Manuel, á quien Dios guarde, y á la Federación... Buenos federales somos, y Regis más que ninguno... Pero, señor coronel, Regis se ha casado esta noche...

Acaba de llegar á su casa con su mujercita... ¿No seré lo mismo yo para desempeñar esa comisión del señor Gobernador?... Voy á tomar mi sombrero y ahora mismo nos vamos; ¡estoy ardiendo por prestar también mis servicios de federal á don Juan-Manuel!

Corvalán movió la cabeza enérgicamente:

— No, no es á usted á quien busco, Silvio, sino á su hermano... y no debo retardarme en vanas discusiones.

Silvio fué á tomar su sombrero, que tenía ahí á la mano sobre una silla, y alegremente repuso:

— Usted no puede impedirme, don Manuel, que yo sirva como deseo á la Federación... Don Juan-Manuel necesita un hombre, un joven de confianza y de estudio, y aquí estoy yo, que de mil amores voy... — Y dando un beso en la frente á su madre, añadió: — ¡Hasta mañana! Me marchó con el coronel, que Su Excelencia manda llamar á uno de nosotros; y ¡ojalá pueda servirlo á medida de mis deseos!

Más enérgicamente aún, hizo un gesto negativo el militar:

— ¡No! Su Excelencia quiere á don Regis y no á Silvio... ¡Tú puedes quedarte, muchacho!

En esto aparecieron Regis y Blanca, que habían venido por la puerta del fondo al sentir á los intrusos; él firme y decidido; ella, en su traje de desposada, el peinado semi-deshecho por los dedos amantes de su esposo, temblando como una paloma blanca que siente proyectarse sobre su cabeza la sombra del halcón...

— Esta discusión no tiene objeto; — afirmó Regis con toda su autoridad de hermano mayor. — Si Su Excelencia me manda llamar, aquí estoy para servirlo, aunque sea en la misma noche de mi casamiento. ¡Vamos!

Comprendió Regis que con Rosas no era posible discutir; que todos aquellos hombres tendrían orden de proceder á viva fuerza si él cometía la torpeza de resistirse; y ¡sabe Dios cuáles serían los efectos de una resistencia descabellada!

— Si Su Excelencia me llama, — dijo con resolución á los suyos, — es porque me necesita urgentemente; y yo siempre estoy dispuesto á servirle. No hay de qué afligirse, ¡es un honor que se me dispensa!

— ¡Y hay que partir ya, en seguida, sin perder un minuto!... Así son las órdenes que he recibido del señor Gobernador, — añadió perentoriamente el coronel, muy contento de que el joven comprendiera el caso y no se rebelara ni acudiera á dilaciones ni subterfugios que sólo podrían empeorar su causa y complicar á su familia; y agregó conciliadoramente: — No tengan cuidado, mi compadre, su señora y esta hermosa niña recién casada... Don Juan-Manuel tiene mucho aprecio por don Regis... Probablemente si hubiera sabido que estaba de casorio hubiese aplazado su orden de que comparezca inmediatamente... Pero, ¿qué le hemos de hacer? La Federación exige muchos sacrificios á los buenos federales; y todos tendrán su recompensa... Si quiere puede montar ya,

don Regis... Don Juan-Manuel me ha dado un caballo para usted, y, ¡es un pingo de mi flor!

— Nosotros lo acompañaremos, — dijeron á un tiempo Silvio y Riglet.

— No, amigos, no es posible, — objetó terminantemente el coronel. — A. él solo debo llevar, y hasta creo que es para una misión secreta...

Aunque doña Mauricia, inmóvil como una matrona romana, con la mirada baja, nada dijera, su respiración anhelante denotaba que se sentía presa de pavorosos pensamientos... Don Valentín, no menos alarmado, se acercó á Corvalán, y mirándole en los ojos, con voz solemne y lacrimosa, díjole:

— ¡Usted sabe lo que es ser padre, amigo mío! Dígame si corre peligro Regis, se lo ruego, dígamelo...

— No creo que corra peligro, — repuso el militar, recalcando las palabras, con voz un sí es no es conmovida.

— ¡Júremelo por Dios, usted que desde tantos años ha sido mi amigo!

Corvalán reflexionó, y en voz baja, casi al oído, repúsole:

— Le juro que creo que... al menos por ahora... no corre peligro. — Y como desagrado de su condescendencia, agregó en voz alta y destemplada, dirigiéndose á Regis:— ¡Amigo, demasiado tiempo hemos perdido ya! ¡Partamos en seguida!

— ¡Vé... y vuelve! — dijo Blanca á su esposo, conteniendo el llanto y besándolo en los labios; y cuando él se desprendió de sus brazos, ella, á pesar de toda su valentía, sintió un dolor indescrptible, casi físico, como si una fiera oculta le arrancara con sus garras las entrañas.

— Estoy pronto, — repuso Regis; saludó á sus padres, y partió, seguido de Corvalán.

Un rayo que hubiese caído en la casa no hubiera dejado más consternada á la familia. Prorrumpieron en llanto las mujeres, y los hombres mismos no pudieron disimular sus temores... De la puerta, todavía les gritó, ya á caballo, Corvalán:

— ¡No se asusten!... Me olvidaba comunicarles que tengo orden de don Juan-Manuel de manifestar á ustedes que quiere guarden un absoluto secreto de la misión que encomendará á Regis... Les prohíbe que den, hasta nueva orden, el menor paso para averiguarla... Si tratan de descubrir su paradero, serán considerados como traidores á la Federación y como inmundos unitarios... ¡Mucha discreción, pues, y esperar! ¡Buenas noches!

Ya afuera y montado, Regis hizo varias recomendaciones al oído de Silvio, que lo había seguido, agregando luego en voz alta y tranquila como la de un guerrero seguro de su estrella:

— ¡Hasta mañana! Tengan fe en mí; sabré servir á don Juan-Manuel y volveré pronto. ¡Buenas noches!

Respondióle un grito atronador de la soldadesca:

— ¡Viva don Juan-Manuel, viva! ¡Mueran los salvajes asquerosos inmundos traidores unitarios! ¡Mueran!

Y el convoy se alejó al galope entre las sombras de una ciudad que dormía bajo las grandes alas desplegadas del Angel del Terror.

..

..

III

En el trayecto hacia la casa del dictador, con una extraordinaria lucidez de memoria, fué Regis recordando, silencioso, los últimos años de su vida. En 1829, joven de veinte años entonces, fué á Europa, mandado por su padre, en un buque de vela mercante, á terminar su educación. Recordaba con cuánto pesar, con qué desesperación juvenil, había abandonado estas playas, enamorado ya, con un amor de adolescente, de Blanca. Su padre le había dicho que era preciso «hacerse hombre» para casarse; que nada formaba mejor el carácter á un joven que siempre había vivido en el regazo de la familia, que la independencia y la experiencia que adquiriría viajando solo en países extraños; que

si era verdad que él amaba á Blanca y que ésta le correspondía, la ausencia probaría y consolidaría ese amor de niños... Como un buen muchacho que era, se dejó vencer; si su buen padre se lo mandaba, ello debía ser bueno... Además, no le desagradaba la idea de conocer de cerca la civilización, la verdadera civilización, la europea, tan encomiada de quienes habían podido conocerla y avalorarla.

Con todo, no fué feliz en la travesía; la graciosa silueta de Blanquita, entonces un capullo de rosa blanca que se entreabría en la primavera de la vida, era la sombra inseparable de su inquieto pensamiento. En los primeros mareos maldijo más de una vez su mala suerte; creía morir. Hubo de bajarse en Montevideo, pero el temor á incurrir en la desaprobación de los suyos y acaso en la rechifla de sus amigos, lo contuvo en el buque, donde siguió viaje de tan mala gana como un galeote cristiano amarrado á los remos de una galera turquesa. El mar, con sus grandiosi-

dades, con su variada monotonía, lo distrajo. Pensando en Blanca y contemplando las ondas se le pasó el mes de viaje, menos largamente de lo que al principio temiera.

Una vez desembarcado, en el «otro mundo» ya, la civilización de las grandes ciudades europeas lo absorbió, lo fascinó, distrayéndole de sus melancolías de enamorado romántico y de veinte años. Visitó Roma, estuvo en París, y, de acuerdo con los deseos de su padre, fijó su residencia por ocho meses en Londres. Un año de expatriación era lo que éste le imponía; él creyó que ese año se le haría un siglo; que el cautiverio de su alma en Babilonia no tendría término; y cuando terminó el año ¡oh contradicciones de la juventud! le pareció que el plazo había terminado demasiado pronto, y si se hubiera atrevido á sondear claramente su corazón, habría hallado que la idea de prolongar su extrañamiento no le era del todo ingrata...

De regreso, tuvo la felicidad de hallar bien á todos los suyos, un poco más crecidos los hermanos, un poco más viejos los padres, y Blanca... Blanca se había transformado: era ya una mujer, y una mujer ideal, de ojos profundos y soñadores. Entonces recién se comprometió en forma. Diversas circunstancias, como ser la muerte del padre de su novia y las dificultades de crearse una posición independiente, demoraron todavía algunos años el casamiento. ¡Eran tan jóvenes!

De vuelta en sus lares, ¡cuántas cosas y qué inauditas cosas había visto sucederse en estos últimos años en la política de su país, casi bárbaro aún, absolutamente inepto para amoldarse á las bellas instituciones republicanas soñadas, en 1810, por los prohombres de la revolución de la independencia! ¡Qué rápida y qué tumultuosamente se vivía en estas tierras! ¡Los gobernantes, las guerras civiles, las batallas, se sucedían como sombras chinescas, llenando el alma de amargura y regando im-

productivamente el suelo de sangre y más sangre! Había contemplado todo eso con ojos de europeo, y se sentía con el alma envenenada por el desencanto; poco ó nada esperaba ya de su patria, á lo menos en aquel primer siglo de su vida como nación independiente... Todas las ilusiones del patriota de veinte años se habían ido desvaneciendo, una á una; habían caído muertas en su espíritu, como las pintadas mariposas del verano cuando llegan las primeras heladas. Todas sus pasiones, todo el ideal de su generoso pecho, se habían concentrado entonces en Blanca, astro radiante en cuyo seno iban á buscar el calor de la vida las últimas mariposas de la primavera de su alma.

Había visto sucederse en esos pocos años, en el gobierno de su provincia y en el de su nación, á Rivadavia, Vicente López, Dorrego, Lavalle, Rosas, Balcarce, Maza... ¡Por todas partes el desorden, las facciones y los asesinatos, los motines y los combates! La anarquía imperaba, y su reino

era un reino de barbarie, de pobreza y de muerte...

¿Qué haría, qué podía hacer él, hombre culto, hombre europeo, casi un artista, en aquel torrente bramador? ¡No! Él se retiraría á la vida privada, se casaría, formaría un hogar, trabajaría y se enriquecería para el futuro, para sus hijos... Aunque lo inquietara, es verdad, la nostalgia del Leicester Square, de la civilización, esa nostalgia tenía un fácil remedio en el amor de Blanca y en el cariño de los suyos. Se sentía fuerte para no huir, para esperar de pie la tormenta y presentarle, aunque desgarrado por dentro, una sonrisa de fingida indiferencia...

Y he ahí que un inoportuno llamado del Gobernador, del «Ilustre Restaurador de las Leyes», del «Héroe del Desierto», del déspota omnipotente, del terrible neurótico que tenía en sus manos la «Suma del Poder Público», venía á sacarlo de su retiro, y, ¡en qué momento! ¡Cuán refinada crueldad revelaba este acto de Rosas! Porque Ro-

sas no podía ignorar su enlace público y notorió en aquella capital-aldea, ¡y en la misma noche de sus bodas, lo arrancaba, apenas llegaba á su nido, de los brazos de su esposa, interrumpía su primer beso de amor con un toque de clarín, sembrando el espanto en el seno de su familia! Y rebelarse no era posible, so pena de atraerse sobre sí y sobre los suyos la ira del tirano, el cuchillo de la Mazorca, compañía de «federales» desalmados, que ya empezaba á mellarse en gargantas inocentes...

¡Qué patria! ¡qué tiempos! Y no podía menos de recordar con profunda melancolía á la civilización, la verdadera civilización, la europea, la de las grandes capitales, donde no se desconocía la dignidad humana y el hombre podía gozar á su gusto de todos los adelantos, ¡de todos los admirables refinamientos del siglo XIX! ¡La veía tan distante, tan distinta, como si ella fuera patrimonio exclusivo de pueblos de otro planeta, de los dichosos habitantes de Marte ó de Júpiter!

Vueltas sus miradas á la tierra, devanábase los sesos por adivinar qué quería de él el dictador, á esa hora y en ese día... Conocíale personalmente Rosas, pues durante su primer gobierno, en 1830, cuando volvió de Europa, había ido á ofrecerle sus servicios, en la esperanza de que, por este acto de cortesía, se le dejara vivir tranquilo...

Pensó que era víctima de alguna broma, de alguna de esas sempiternas bromas trágicas del tirano. Trataba de recordar, como antecedentes, otras semejantes, y los recuerdos se agolpaban en su imaginación... Decíase que Rosas hacía comer inmundicias á los invitados en su propia mesa... Festejaba las barrabasadas de sus dos ó tres locos familiares; pero les hacía apalear, atar, soplar... Teniendo que recibir á un diplomático muy galante, ponía á su hija á pisar maíz en un mortero, para que éste se comidiera á relevarla, y con tal motivo lo obligaba á que pasara la tarde en esa ingrata faena de negros; á otro di-

plomático que tenía miedo á las víboras, en una partida de campo, se las hacía enroscar, cuando dormía, en sus propias piernas, y luego lo despertaba pinchándolo para que se creyera picado del venenoso reptil... Otras veces sus burlas eran más graves, y diz que costaron, á más de un hombre, la vida... A los extranjeros que no sabían andar á caballo, — á quienes el vulgo gauchesco llamaba despreciativamente «gringos», — les hacía montar potros, para verlos caer, y quebrarse tal vez el espinazo... Acusaba de «traidores» ante los caudillos amigos á infelices indiferentes, á quienes éstos hacían fusilar... ¿Qué broma le preparaba ese bufón siniestro, que solamente por su cultura debía odiarlo, como odiaba todo lo que se oponía á su cacical poder?

Otros pensamientos más graves aún le inquietaban. Él no era unitario, no creía posible para su patria, en el actual estado de cosas, el régimen unitario; pero estaba vinculado á muchos unitarios, como lo eran

la mayoría de los jóvenes distinguidos de Buenos-Ayres; y aun los había aconsejado para dar más eficacia á sus planes políticos. Había traído ideas nuevas de Europa á Silvio, su hermano, y al grupo de sus discípulos y amigos, Echeverría, Alberdi, Frías y otros, opositores entonces platónicos de Rosas, quienes le habían escuchado con respeto, como mayor y más experimentado en la vida; estas ideas eran propiamente políticas, y, aunque de orden práctico, revolucionarias.

¡Si todo ello había llegado á oídos de Rosas, tenía que temer por su cabeza! Este pensamiento le produjo un escalofrío horrible, y tanto, que hasta pensó en apostar de sus ideas europeas ante el omnipotente dictador... Recordó, entre otros casos, el de uno de sus antiguos compañeros de colegio, el joven teniente-coronel Montero, en quien Rosas, previendo un opositor peligroso en 1829, en los albores de su primer gobierno, lo mandó con una «carta de recomendación» á su hermano Prudencio, co-

mandante militar del Sud; el joven entregó la carta, y Prudencio le preguntó si sabía su contenido; Montero contestó que no; oído lo cual, díjole el hermano de Rosas que era una orden para fusilarlo; y así lo hizo sin otra forma de proceso, ¡sin darle siquiera un confesor! Y otros muchos hechos recordaba de esa especie: fusilamientos de individuos indefensos y aun de masas rendidas y capituladas: los catorce capitulados de Córdoba, que se fusilaron por su orden, entre los cuales se encontraba Montenegro, un niño de quince años; los cincuenta hombres del comandante Vázquez Novoa, degollados; y así tantas ¡y tantas víctimas obscuras y olvidadas! ¡Y todo por conservar el poder, sólo por el poder, sin miras ulteriores de progreso!...

Aun en este caso, en caso de que se le acusara de traidor, de unitario, pensaba él, jugar el todo por el todo; hacer al tirano toda clase de promesas y juramentos y sacar sano el pellejo... Una vez fuera de peligro inmediato, huiría de aquella ciudad

maldita, con su familia, adonde Dios le permitiera... Tres ó cuatro meses no más habían transcurrido desde que la Sala de Representantes, — de Representantes «del Pueblo» naturalmente, — había elegido Gobernador á Rosas, entregándole la «Suma del Poder Público», dándole los títulos de «Ilustre Restaurador de las Leyes» y de «Héroe del Desierto»; tres ó cuatro meses no más habían transcurrido de esa reelección por cinco años, y ya, ¡cuántos desmanes se habían cometido!

¡Y el Pueblo, el Pueblo mismo debía estar loco! ¡De otro modo no era explicable, para su criterio europeo, su actitud de adoración fanática! En un plebiscito, ese Pueblo había asentido casi por unanimidad á la elección de la Sala de Representantes, confirmándole esa «Suma del Poder Público»! Ese Pueblo había abanderado sus calles; había levantado arcos de triunfo para el Restaurador; lo había aclamado con el delirio expansivo de las multitudes; había paseado su retrato en

un carro triunfal; matronas de la sociedad más distinguida habían tirado de ese carro; poetas populares lo habían alabado en versos heroicos; las iglesias habían repicado echando á vuelo sus campanas; habíanse cantado, oficiando el obispo Medrano, *Te-deums* en acción de gracias por su exaltación al poder; los sacerdotes lo aclamaban desde los púlpitos; ¡su retrato desalojaba la Cruz de los altares!...

¡Ah, sí, ese Pueblo, que otrora rechazara valerosamente las invasiones inglesas y proclamara su independencia, estaba loco, rematadamente loco! Sufría esa locura colectiva, ese Vértigo del Diablo que atacaba, en la edad media, las poblaciones en masa, lanzándolas, en farándulas infernales, á través de las calles, tomados todos de las manos, los menesterosos, los ricos, los magnates, macabramente bailando y bailando en un delirio frenético, hasta caer extenuados, agotados, desarticulados, muertos! Era la Danza de la Muerte de las poesías medioevales: «¡A

la danza mortal venit los nascidos!» Y la Muerte los llamaba, por su orden, á todos: los papas, los emperadores, los reyes, los nobles, los mercaderes, los burgueses, los siervos... Ahora llamaba también á los argentinos; á la nación, á las provincias, á las ciudades, á los ejércitos, á los ciudadanos... ¡Y ahora le tocaba también á él, Regis Válcena, que, lleno de un gran sueño, corría en una carrera fantástica, á través de las sombras de un cementerio que fué ciudad, acaso hacia la pálida, la fría, la victoriosa, la eterna Muerte!

Regis y Corvalán galopaban adelante, seguidos por el escuadrón. Iban en silencio: el uno, porque lo absorbía su pensamiento exaltado, que vivía, en una trayectoria de unos minutos, horas de horas; el otro, porque había recibido la consigna de callar. De pronto llegaron, deteniéndose en la esquina de la casa que habitaba el dictador. Aunque habían galopado sólo unas pocas cuadras, Regis se admiró de que hubieran

tardado tanto en llegar. Apeáronse, y Corvalán lo guió hasta el zaguán, á obscuras. Díjole que lo aguardara un instante, y penetró en el interior.

Regis, que quedó solo, esperando, se estremeció al ver que se le acercaba una silueta humana; pensó que se le quería matar allí, cobardemente... Los esbirros del tirano dirían luego que lo habían pillado *in fraganti* delito de penetrar en la casa sagrada del Restaurador, con el objeto de asesinarlo... Se arrinconó y acarició instintivamente el mango de un puñal, que se había colocado en el cinturón, al salir, resuelto á vender cara su vida... Adelantábasele la sombra... Parecióle distinguir una mujer, cuando la luna, antes oculta tras una nube, reapareció... Era doña Manuelita de Rosas, una niña, casi una criatura todavía, la hija, la predilecta del dictador, de precocidad admirable, que venía á su encuentro, y le habló así, cariñosamente:

— ¿Está usted ahí, don Regis? He sabido

que usted venía y quería hablarlo antes que mi padre... Usted sabe cuánto quiero á Blanquita, su mujer, y á su hermana Alicia... ¿Las ha dejado usted bien?

— Bien, gracias, — repuso Regis, saliendo de la sombra y extendiendo la mano á su joven interlocutora.

— ¡Cómo me alegro de verlo! — exclamó ésta, tomándole con zalamería la mano. — Quería hablarlo á toda costa... Se dicen tantas atrocidades de tatita, que me temía que usted interpretase mal el que se le llamara en esta noche... ¿Quién sabe? Tal vez usted y su familia creen que se le tiende una celada... ¡Calumnian tanto la generosidad de tatita esos pícaros unitarios!... Además, me temo que usted imprudentemente, quiera desconocer esta noche las órdenes de tatita...

Regis hizo un gesto de protesta.

— ¡Mire, don Regis, — prosiguió Manuelita con tono de firmeza y de afección, — le aconsejo que baje la frente y cumpla!... No se lo aconsejo sólo por la Causa

de la Federación, sino por usted y por su familia... — Y casi al oído le añadió: — Tatita no le quiere mal á usted; pero le han hablado mal de usted... Se lo han pintado como un furibundo unitario... Usted tiene que destruir esa impresión, sirviéndolo como buen federal en lo que le mande, sino... sino... su mujer, sus padres, sus hermanos, todo peligra; porque aunque tatita sea clemente y perdone, la nueva Sociedad Popular Restauradora es mala y no perdona á los enemigos de tatita... ¡Pobre tatita, sufre tanto con este gobierno! ¡Pero hay que ser buen patriota y hay que aguantarlo todo por la Santa Causa de la Federación!

No pudo menos Regis de hacer un gesto de compasión con la cabeza, por aquel pobre «tata» de Manuelita. Esta prosiguió, acercándosele más aún:

— Si se le manda con alguna misión al Sud... ó al Norte... nada tema usted... ¡Le juro que no corre más peligro que el de las balas enemigas!... Vaya no más sin miedo.

que pronto volverá... Yo misma iré á visitar á sus padres y á Blanquita, aunque usted no nos haya invitado para su casamiento, y les diré todo... y les tranquilizaré... No tenga usted cuidado, que tatita lo quiere bien á don Valentín, y si lo ha mandado llamar á usted es porque sabe que usted es un mozo ilustrado, y él necesita de federales ilustrados...

Aquí doña Manuelita tendió la mano á Regis y desapareció, diciendo:

— ¡Valor y fortaleza, Válcena! Nada le pasará á usted, se lo aseguro, si sabe portarse... ¡Tenga fe en tatita, y en mí, que soy su amiga! ¡Buen viaje!

Alejada la niña, Regis quedó otra vez solo, con sus propios pensamientos, meditando en la sombra. No se cansaba de lamentarse de su torpeza de «gringo» en haberse casado privadamente, sin invitar, sin dar «parte» siquiera á don Juan-Manuel... En la capital-aldea no podía hacerse eso... Si don Juan-Manuel le tenía ojeriza antes del casamiento, como mucho

se lo temía, por su cultura é ilustración, ¡cuánto más no le tendría hoy, después de su olvido, que podría tomar á desaire! Don Valentín y doña Mauricia algo le habían dicho al respecto; él les había respondido que se casaba entre su familia y sus íntimos, que no quería extraños... Entonces sus buenos padres habían resuelto acudir á visitar y á «dar parte» á don Juan-Manuel y á su esposa doña Encarnación de Ezcurra; por diversos motivos se les había pasado el tiempo sin hacerlo y habían dejado su visita para la semana próxima. ¡Cuán arrepentidos estarían ahora todos de esta prescindencia y esta postergación, cuya idea asociaban al ímpestivo llamado de Regis! ¡Y qué de recuerdos, de ejemplos terribles evocaba este llamado, y de temores y de presentimientos!

Ocurriásele que Rosas no lo recibiría aquella noche, y que, sin verlo, lo mandaría á cualquier parte, á una misión difícil, á un cuartel, á un calabozo, tal vez al ca-

dalso, porque á pesar de la tranquilizadora palabra de doña Manuelita, todo era de esperarse... Arrepintióse entonces de haber ido, dejándose engañar... Recordaba que Rosas no daba así nó más audiencia á cualquiera; que hacía llamar á algunas personas, aun del campo, las retenía semanas, meses, aun años, obligándolas á hacer infructuosamente antesalas diarias, posiblemente con el objeto de vigilarlas mejor; hasta que, cansadas de tanto esperar, solían volverse á sus casas, dejando una humilde solicitud de disculpa al dictador... Algunos nunca llegaban á saber el objeto á que fueran llamados, y por el cual habíanse visto á abandonar sus trabajos y familias, así como hubo presos y aun condenados á muerte, que jamás conocieron el delito de que se les acusara...

En estas reflexiones, sorprendiólo el coronel Corvalán, que venía á hacerlo pasar, de parte de S. E. Regis adelantó, mudo, como soñando; hizosele entrar por una puerta del primer patio, la única iluminada; y

penetró en una sala amplia, rectangular, pintada de blanco, embaldosada y casi desmantelada, pues no tenía más muebles que unas cuantas sillas y una mesa cuadrilonga en el centro, cubierta de papelotes y con una prendida lámpara de kerosene. De un lado estaba sentado en silencio un amanuense, escribiendo; enfrente, el dictador parecía tan ensimismado en la lectura de los documentos que tenía entre sus manos, que, cuando entró su edecán seguido de Regis, ni levantó la cabeza, continuando su lectura. Los recién llegados esperaron, de pie, guardando respetuosa distancia, sin anunciarse.

— ¡Estos infames unitarios! — exclamó de pronto Rosas, dirigiéndose al escribiente y dando un puñetazo sobre la mesa. — ¡Parece que están corrompiendo á la juventud, especialmente á los estudiantes de la universidad, metiéndoles en la cabeza ideas disparatadas de desobediencia y rebelión! ¡No lo aguantaré, no, por nuestra Santa Causa Federal!... ¡A ver, Rodríguez,

avise mañana á Mariño que es preciso que publique en «La Gaceta» un artículo contra los mequetrefes insolentes que se atreven á murmurar de la Federación en la universidad! ¡Haré cerrar la universidad si es necesario!...

Regis comprendió, muy pálido, que Rosas lo había sentido entrar y sabía que lo tenía ahí esperando, de pie, á su lado; que toda su perorata era una farsa pérfida, destinada á asustarlo ó á prepararlo... Notó que el escribiente lo miraba disimuladamente, de reojo, bajo sus anteojos ahumados, plegando sus labios con una sorda sonrisa irónica... Rosas continuó, animándose por grados:

— ¡Es necesario escarmentar á los mocosos unitarios! ¡Y escarmentar también á los zánganos que los azuzan! — Y aquí agregó unas enérgicas interjecciones.

Lo último fué un rayo de luz para Regis: recordó que varias veces había conversado en estas últimas semanas con varios jóvenes universitarios, amigos de Silvio; les

había combatido muchas ideas románticas inaplicables á la política argentina, y les había asimismo esbozado lo que él creía el único medio de hacer oposición á la dictadura, describiéndoles las secretas logias italianas que había tenido ocasión de conocer en su viaje... ¡Rosas lo había sabido y lo llamaba para pedirle cuenta de sus imprudentes conversaciones!

— Al fin y al cabo los muchachos, — continuó Rosas, fingiendo que se hablara á sí mismo, desbordando de inquietud, — no saben lo que hacen... Los culpables son los traidores y asquerosos unitarios que, disfrazados de federales, los aconsejan... ¡Sirvense de otros más jóvenes y más inocentes porque tienen miedo de obrar por sí mismos! ¡Es preciso un escarmiento, y un escarmiento ejemplar!

En esto, tosió, sin querer, tal vez de emoción, Regis. Rosas se dió vuelta como sorprendido, afectando un estremecimiento de alarma...

— ¡Caramba! ¡Estaba usted ahí! Me asus-

tó... Los cobardes unitarios andan por asesinarme, según dicen, y temí fuera alguno... — Y ponía una cara de pavor y de asco, que daría envidia al mejor cómico... Pero cambió instantáneamente de máscara, presentó un rostro afable de bienvenida; levantóse, y estirando la mano á Regis, como si recién lo apercibiera y reconociera, dijo: — ¡Tanto gusto, joven, de ver á usted! Me ha de disculpar, amigo Válcena, que lo haya hecho esperar, ¡tengo tantas preocupaciones con nuestra Santa Causa, que, abstraído en mis lecturas y meditaciones, no lo había visto! — Volvió á sentarse, sin ofrecer una silla á Regis, que permaneció de pie, tembloroso como una laucha con la que un gato juega á zarpazos. — Necesito el concurso de todos vosotros, los jóvenes ilustrados, amigo Válcena, y espero que me lo prestaréis... Pero antes de continuar, dígame, ¿cómo sigue mi compadre don Valentín, á quien tanto tiempo hace que no veo?

— Mi padre sigue bien, gracias, V. E.

— ¡Cuánto me alegro! ¿Y su demás familia?

— Bien, gracias, V. E.

— Manuelita me ha solido hablar de sus hermanas de usted, ¡las quiere mucho!... Creo que casi somos parientes...

Y aquí, Rosas, como distrayéndose de nuevo, volvió á engolfarse en la lectura de sus papeles. Corvalán se sentó y Regis continuó de pie. Sólo se oía el ruido de la pluma del escribiente que rasgaba el papel. Largos y largos momentos pasaron en esta cruel expectativa, hasta que Rosas, dejando los papeles y como recordando de nuevo que tenía delante una persona á quien había hecho llamar á hora tan intempestiva, díjole, casi melifluamente:

— Me olvidaba de usted, amigo Vál-cena... ¡Perdone! Lo he llamado recordando que usted cuando llegó de Europa, me visitó y me ofreció sus servicios... ¿No es verdad?

— Es verdad, V. E.

— Yo le respondí que más adelante...

alguna vez los utilizaría... ¿No es verdad?

— Es verdad, V. E.

— Ahora bien, ha llegado el momento de utilizarlos, — agregó el dictador negligentemente, volviéndose á engolfar, como distraído, en su interminable y absorbente lectura de documentos. . .

Regis esperaba, con harta paciencia, sabiendo que no se podía dirigir primero la palabra á aquel hombre, y que, por su temperamento irascible y variable, había siempre que esperar que él hablase... Sin embargo, no pudo contenerse y atrevidamente le observó:

— Será para mí un honor y un alto placer servir á V. E. en lo que pueda... Mis fuerzas y mi vida están á la disposición de V. E... Y estoy ansioso por saber en qué debo servir á V. E... ¡Mande, pues, V. E. y obedeceré!

Como si nada oyese, inmóvil en su actitud de estatua de la atención, continuó Rosas su lectura... Sintió el alma altiva de Regis esta nueva farsa como un insulto;

subiéronsele al rostro los colores; instintivamente, tocó el mango de un puñal que traía al cinto, pensando si, nuevo Bruto, haría obra de razón clavándoselo en el pecho, allí mismo, á aquel gaucho taimado y cínico que tiranizaba su patria... Y al mirarlo de arriba á abajo, no pudo contener un gesto de desprecio y antipatía...

Era un hermoso tipo, rubio, blanco, de ojos claros, mirada penetrante y dominadora, nariz ligeramente aguileña, alta y pálida frente, facciones regulares, manos aristocráticas, labios delgados y boca pequeña, irónica y cruel. No vestía entonces su pintoresco y favorito traje de gaucho, sino, sencilla y militarmente, chaqueta y pantalón de paño azul oscuro, con visos rojos, siendo muy ancho el pantalón, ya porque estuviese acostumbrado al rústico chiripá, ya para disimular un leve defecto plástico de sus pantorrillas. Lo tenía Regis al alcance de su mano, ahí, burlándose como siempre, con su burla trágica...

Fingiendo nuevamente fastidio por sus

distracciones, Rosas se volvió hacia el joven, y con más dulzura que nunca, casi quejumbrosamente, díjole:

— ¡Necesito de usted, mi buen amigo! Necesito del apoyo de todos los buenos federales, y yo sé que usted es un buen federal! ¡Sí! ¡Un buen federal!...

— Lo seré, para servir á V. E.

— ¡Y no lo ha sido siempre! ¿Cómo es eso? — interrumpió Rosas de pronto, simulando una gran cólera. — ¿Que no ha sido usted siempre, Válcena, un buen federal? ¡Ya me lo habían dicho, aunque yo no podía creerlo, que usted no simpatizaba con la Federación! ¿Será posible que un hijo de mi compadre, don Valentín, sea un pérfido traidor unitario?

— No, no, — protestó Regis, temeroso de que fuera á venderse con un gesto de indignación y de cólera...

Sin oírlo, y afectando ahora una mirada doliente y un tono lacrimoso, prosiguió aquel extraordinario gobernante, que mudaba de actitudes y colores como un cama-

león, en sus pláticas expresivas, terribles y bufonas:

— ¡Sí! ¡Todos me abandonan, hasta los hijos de mis amigos más queridos! — Y pasando otra vez á un diapasón enérgico, continuó, como hablándose á sí mismo: — Pero debo distinguir los buenos y los malos servidores, para castigar á aquéllos y premiar á éstos... ¡Y vive Dios, que los distinguiré y premiaré y castigaré!... De usted, por ejemplo, amigo Válcena, me han dicho que enseña cómo deben hacerme oposición varios mozalbetes estudiantes como su hermano Silvio, un tal Alberdi, un tal Echeverría, un tal Frías y otros... ¡Yo no puedo creerlo, porque si lo creyera!... — Y se contuvo lanzando chispas por los ojos é irguiéndose como una cobra pisada al descuido...

— ¡Mal han informado á V. E., y yo sabré probar por mis servicios cómo sé servir á la Santa Causa de la Federación! — repuso Regis, con el aplomo, con la fría seguridad de ciertos movimientos de defensa

instintiva. . Y asombróse, al oírse, de la firmeza de su réplica, él, que odiaba la adulación y la mentira, que se creía incapaz de adular y de mentir...

Manifestándose satisfecho por esta contestación, Rosas, que adoptaba ahora un continente solemne y reservado:

— ¡Pues te hago teniente de blandengues, — díjole, — y desde esta noche te ocupo en una delicada comisión, en prueba de mi afecto!

A Regis mismo no extrañó este nuevo cambio en la actitud de su interlocutor, que ahora lo tuteaba familiarmente, á lo que podía bien tener derecho por haberlo conocido, como amigo de don Valentín, desde su infancia... Atribuyéndolo á sus protestas de fidelidad, sintióse algo más calmado...

Tampoco le extrañó mucho que se le improvisara militar, pues Rosas había comenzado su gobierno absoluto por el Terror administrativo, — precursor del *otro*, del de la Sangre, — destituyendo en masa

innumerables funcionarios y empleados civiles y militares, que suponía no le fuesen enteramente adictos; y había que reemplazar esos jefes y oficiales del ejército dados de baja, esos magistrados y sacerdotes destituidos, y á falta de profesionales, el dictador los inventaba entre sus fieles...

— ¡Ah! — exclamó de pronto Rosas, dándose una palmada en la frente, como si recordara algo importante y desagradable; y dirigióse á Corvalán: — ¡Despiérteme á don Eusebio, Coronel!

Corvalán salió, sin replicar; y Regis quedó otra vez suspenso y atemorizado, pensando para qué podía necesitarse á don Eusebio... El tal don Eusebio era un semi-loco y un pícaro redomado, uno de los bufones que acompañaban generalmente al dictador, sirviéndole, ya como objeto directo de pesadas bromas, ya como instrumento de sus burlas á los demás, que tantas veces eran originales y sangrientas... Recordándolas, Regis sintió que le corría un temblor por todo el cuerpo; miró

angustiosamente á su verdugo, cuyos delgados labios se contraían con una sonrisa diabólica, pero tan disimulada que sólo los ojos sagaces de una víctima podían descubrirla. ¿Qué nueva ocurrencia había nacido de aquel cerebro singular de Falstaff injerto en Tiberio?...

— Es que yo impongo á todos los empleados, — dijo Rosas á Regis, como disculpándose embarazosamente y evitando su mirada, — un juramento sagrado de fidelidad á la Santa Causa de la Federación, indispensable para hacerse cargo de sus funciones... ¡Hay tantos traidores! — y aquí suspiró, como oprimido por una dolorosa preocupación: — Y no quiero que sea Corvalán, por ser mi edecán, quien le tome el juramento, que yo tampoco puedo tomar... Me disculpará, señor Válcona, — aquí dejó ceremoniosamente de tutearlo, — de que no tenga otra persona despierta en casa á estas horas, para que le tome juramento, que... el mariscal don Eusebio.

Otra vez sintió Regis que su indignación se transformaba en imprudente cólera. Encendíansele las mejillas; apretábansele los dientes; chispeábanle los ojos; y la diestra acariciaba el mango del cuchillo oculto bajo el cinto... Rosas, no sin cierto temor instigativo, como calmáudolo, le dijo:

— Usted me perdonará, mi amigo; pero es urgente que usted parta... Yo lo preciso; preciso mucho de sus luces y de su energía, como le he dicho... ¡La Patria lo llama!... Y no tengo aquí á nadie más para tomarle el juramento...

Después de una pausa, queriendo hablar con varonil firmeza, y tartamudeando sin sentirlo, bajo la fría y cínica mirada del dictador, replicó Regis:

— No tengo el menor inconveniente en jurar por mi Dios fidelidad á mi Patria... y á la Santa Causa de la Federación, señor Gobernador. ¡Pero desearía que una persona tan digna como soy yo me tomara ese juramento sagrado!

Las últimas palabras se le ahogaron en

la garganta... Y Rosas fingió enfurecerse otra vez:

— ¡Cómo! ¿Que usted cree que mi buen servidor don Eusebio no es una persona *digna*? — Y calmándose, piadosamente: — ¡Así es el mundo! ¡Calumnia y desprecia á mis más fieles y queridos servidores!

Regis hizo un gesto de negación.

— ¡Así es! ¡así es! Por ahí se principia, — y aquí volvió á enfadarse hasta gritar, — y luego se me calumnia á mí, á Encarnación, á Manuelita...

Su voz temblaba cómo por una pena sincera; suspiró; tomóse la cabeza entre las manos y quedó pensativo... Cuando la levantó, ¡Regis creyó ver húmedos sus ojos!

— También desearía decir á V. E.... V. E. me disculpará...

— ¿Qué? ¿Que no quiere prestar el juramento?

— ¡No, no, estoy dispuesto! Pero me he casado recién esta noche... Mañana serviré en lo que guste á V. E.... Recién llegaba á mi casa con mi esposa...

— ¿Es posible? ¡Pero es posible! — exclamó Rosas, como presa del más profundo asombro, mientras que sus labios se estiraban en una sonrisa felina y sus ojos brillaban de alegría. — ¡Nunca lo hubiera creído! ¿Y cómo mi compadre don Valentín podría no haberme avisado á mí, su amigo, su pariente? ¡No, no, usted se burla, señor Válcena!

¡Y volvió á dar un puñetazo en la mesa, indignado de que se burlaran de él! Regis no sabía qué pensar de esta otra comedia, pues hubiera sido infantil admitir que Rosas ignoraba su reciente enlace, cuando su casa era el centro de todos los chismes de aquella aldea-capital...

— Papá y mamá iban á venir á darle parte á V. E. y á doña Encarnación, á quien Dios guarde muchos años, — repuso, con timidez. — Nos hemos casado en familia por el luto de Blanca.

— ¡Blanca! ¿Blanca? ¿Qué Blanca?

— Mi mujer, — contestó simplemente Válcena, que bien sabía que Rosas no podía ignorar con quién se había casado.

— ¿Cómo se llama su mujer? ¡No puedo ser adivino, si todo me lo ocultan los amigos y compadres como don Valentín!... ¿Habrá sido un casamiento secreto?

— He tenido el honor de decir á V. E. que mis padres pensaban venir á comunicárselo mañana... Por distintas cosas independientes á su voluntad, no han podido venir antes, como querían...

— Pero ¿con quién diablo se ha casado usted?

Regis vaciló un momento; y luego, bajando la cabeza, pálido de ira, murmuró:

— Con Blanca Castellanos.

— ¿La hija de Juan-Pedro Castellanos, ese inmundo traidor emigrado á Montevideo?

— No... Su sobrina... No tiene padre.

— ¡Ah sí! ¡Ya recuerdo, sí! Creo que es amiga de Manuelita... Es decir que lo era *antes*... — Y se detuvo á saborear este «antes», pasándose la lengua por los labios, como un gato goloso: — ¡Sí, sí! Era amiga antes de que ustedes nos desairaran; porque

creo que no han invitado tampoco á Manuelita... ¿No es así?

Regis hizo un gesto de afirmación, sin darse cuenta clara de la pregunta, mecánicamente, fascinado casi por aquella larga tortura moral que le inflingía el tirano, con el delicado arte de un suplicador chino.

— ¡Pobre Manuelita, cómo lo ha de sentir cuando lo sepa! — continuó S. E., quejumbrosamente. — ¡La quería tanto á su hermanita y á Blanca!

En esto entró Corvalán, trayendo á violentos empellones á un individuo estrafalario y repugnante, de tez aceitunada, flaquísimo, maloliente, de facciones irregulares hasta lo fantástico, nariz chata, barba hirsuta, cabellera copiosa y desgredada, casi desnudo, descalzo, vestido con una camiseta mugrienta y sobre ella un poncho sucio y raído que parecía haber sido rojo en un tiempo y que alcanzaba á cubrirlo hasta las rodillas, mostrando unas piernas zambas, flacas y velludas como las de un mono.

Venía refunfuñando porque se le había despertado en lo mejor de su sueño, restregándose los ojos con los puños y masticando palabras obscenas é insultantes. Resistiéndose aún en el umbral, se negaba á avanzar, y se echaba hacia atrás como un beodo. Dos ó tres «pechazos» del edecán lo pusieron á la luz... ¡Oh curiosa estampa de demencia, de bajeza, de miseria! Parecía un repugnante vampiro, con su boca trompuda y sus ojos encandilados, y agitando, como alas erizadas de púas, los pliegues del poncho; de donde salían dos manos de uñas tan largas y sucias que parecían garras...

Rosas se puso de pie, respetuosamente, como si entrara un emperador, y lo presentó:

— ¡Es el mariscal don Eusebio de la Santa Federación!

En aquel cúmulo de locuras y perversidades, á Regis le pareció natural la intromisión de semejante aborto humano, y lo saludó como si fuera el mismo S. E., ¡el

«Héroe del Desierto», el «Ilustre Restaurador de las Leyes»!

Como á Pedro el Grande, gustábale á Rosas tributar farsaicamente á un tercero, se diría que burlándose de las vanidades propias, los honores que reclamaba para sí; pero ese tercero era siempre alguno de los degenerados bufones familiares de que acostumbraba rodearse. Entre ellos, los más notables eran el loco Eusebio y el idiota Biguá. A Eusebio, anteponiásele siempre el «don» y dábasele el tratamiento de «mariscal», que él no quiso aceptar cuando le fué ofrecido por la Junta de Representantes, de la que otros dictados recibiera tanto más enfáticos, pero menos declaradamente monárquicos. Al llamado Biguá, nombre de un repelente pajarraco zambullidor, que no vuela, denominábalo «Su Reverencia el Padre Biguá». Al loco mariscal rendíale todos los honores militares; al idiota reverendísimo, los religiosos. ¡Y permitiéndoles más familiaridades que á nadie, hacíase

tutear de uno y otro, que, como su hija, le decían «mi padre» y «tatita»! Pero, ¡guay de los histriones en sus días de melancolía y en sus instantes de ira!...

— ¡Salude al teniente Válcena, pues, amigo! — ordenó imperiosamente Rosas á don Eusebio, cambiando ¡otra vez! de tono.

El idiota lanzó un terno espantoso que hizo reir al escribiente, — por debajo de sus anteojos, se entiende, — y al mismo Corvalán...

— ¡Es que don Eusebio está de mal humor porque lo hemos despertado! — apuntó Rosas. — ¡Desencandilaos, don Eusebio, desencandilaos, que venís en buena hora á tomar juramento al teniente Válcena!... ¡Preguntadle si jura por Dios y por la Patria, como sabéis hacerlo, don Eusebio, fidelidad á *nuestra* Santa Causa!

Don Eusebio hizo ademán de echarse á dormir en el suelo; pero un feroz puntapié del Gobernador lo despabiló por completo, y dió un estridente gemido, agarrándose la parte magullada por la bota... ¡Cosa

extraña! De las piezas interiores, como un eco que saliera del fondo de una tumba, llegó muy apagado un sobrehumano bramar ó maullar: ¡era el R. P. Biguá, que contestaba, soñando, á su compañero de martirio y de privanza!

— ¡A ver si le tomas de una vez el juramento en la forma que se te ha enseñado, hijo de perra! — concluyó colérico Rosas.

Corvalán le repitió al loco la fórmula, y éste extendió la mano y dijo á Válcena, con dramática solemnidad:

— ¿Juráis por Dios, teniente, fidelidad á la Patria?

Sin saber lo que contestaba, como un eco:

— Sí, juro, — repuso Regis.

— ¡No, no, no, — interrumpió Rosas, — falta el Crucifijo!

Corvalán salió á buscarlo. Mientras volvía, desperezóse formidablemente don Eusebio y se tendió en el suelo, esta vez efectivamente, cuan largo era... Un nuevo puntapié lo enderezó, cuando Corvalán entraba con el Crucifijo pedido... Tomólo el

idiota en una mano, berreando y rascándose con otra las partes doloridas, y preguntó, en voz alta é inteligible sin embargo, dirigiéndose á Regis:

— ¿Juráis por Dios fidelidad eterna á la Santa Federación?

— Sí...

— ¿Y á mi padre, el ilustre Restaurador de las Leyes?

— Sí...

— ¡Si cumplís, Dios os lo premie; si faltáis, Dios os castigue!

Dijo y cayó pesadamente, muerto de sueño; y abrazándose al Crucifijo y roncando, quedó dormido como una piedra.

— ¡Pobre don Eusebio! — exclamó Rosas. — ¡Está cansado de tanto servir á la Federación! ¡Debían tomar ejemplo de él los malos federales!

Sintió Regis que por sus mejillas corrían sordamente dos gruesas lágrimas de indignación y de vergüenza... Agachó la frente y esperó: estaba resignado á sufrirlo todo, hasta que le llegara el momento oportuno

de su venganza, ¡y de hombre y de ciudadano!... ¡No valía la pena desahogarse entonces, para que esa misma noche se le fusilara anónimamente en un cuartel!

Con tono variable, ora perentorio, ora cariñoso, S. E., el gran cómico, le explicó entonces que le encargaba de una comisión delicada ante su compadre don Estanislao López, el caudillo gobernador de Santa-Fe; entrególe un pliego cerrado y le dijo que lo acompañaría el capitán Julio Pantuci, con una partida de soldados que lo esperaba ya montada; que tenían que partir aquella misma noche, aprovechando el plenilunio, y llegar cuanto antes al Rosario, donde se embarcarían con destino á la ciudad de Santa-Fe. Allí López, le daría en su nombre nuevas órdenes...

Corvalán llamó luego al capitán Pantuci, que había sido amigo de infancia de Regis; despidiéronse ambos del Gobernador y de su edecán, y salieron, bajo los ronquidos estruendosos de don Eusebio de la Santa Federación...

En el zaguán, doña Manuelita detuvo otra vez á Regis, muy bondadosa; le juró que «nada malo le pasaría» y que corría de su cuenta el instruir á su familia y hacerlo volver pronto y con seguridad. Con su propia mano le prendió en la chaqueta, á la izquierda, sobre el corazón una «divisa federal», un cintillo de cinta roja en el que se había estampado esta leyenda: «¡Viva la Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios!» Y con nuevas demostraciones de aprecio, lo despidió, obsequiándolo con una dorada naranja, recién venida del Paraguay:

— Mañana visitaré á los suyos, Regis y les llevaré un cesto de estas mismas naranjas, que están deliciosas... ¡Hasta pronto!

Regis le extendió la mano, y siguió, acompañado de Pantuci. Montaron ambos á caballo, y con la escolta que les había sido destinada, partieron, entre las sombras de la noche, á galopar cuarenta, cincuenta, cien leguas, por caminos desconocidos y solitarios, tal vez hacia la Muerte...

IV

¡Noche de ansiosa expectativa fué, para la familia de don Valentín Válcena, la de la imprevista partida de Regis! Nadie pensó ya en acostarse, por más que cada cual tratara de disimular su inquietud, para evitar explosiones de pesar en Blanca y doña Mauricia, la esposa y la madre. La esposa, infinitamente excitada por la brusca é ingrata sorpresa, parecía una ánima en pena, caminando de un lado á otro, sin poder contenerse un instante, como arrastrada por el demonio de la movilidad; la madre, en su sillón, era la imagen del anonadamiento. Silvio, y Alberto Riglet, que decidió esperar allí la madrugada, trataban en vano de hacer argumentos tranquilizadores.

— Rosas es un bromista, — decía Riglet, — y esto no pasa de ser una broma pesada...

— Claro, y una hábil advertencia, — concluía Silvio. — Suponiéndonos tibios federales, ó acaso opositores encubiertos, nos ha querido dar una lección... que, por cierto, ¡aprovecharemos!

Nada decía don Valentín, aunque se inclinaba á esta opinión... La tía Dámasa, que cuando llevaron á Regis estaba acostada, habíase levantado, y al saber la noticia, hizo al Corazón de Jesús una promesa para que saliese su sobrino pronto, sano y salvo, de su aventura. Carlos, Laura y Clarita, todos se concentraron en el patio, sin pensar ya en acostarse. Tito mismo, despierto por el ruido de voces, con su inteligencia precoz, comprendió algo del caso, y muy quedo murmuró al oído de Alicia:

— ¿No les dije? Rosas es un gaucho malo... ¡un asesino! Tenía razón mi padrino don García cuando dijo que todos nos debíamos ir á Montevideo... ¡Es un

asesino!... Yo le hago «cruz diablo», ¡«cruz diablo»! — y se echó á llorar, afligido por la aflicción de su familia, en las faldas de su hermana, en las que, poco á poco, se durmió lagrimeando.

Plantéaronse varios proyectos. Alicia y Blanca debían ir á visitar al día siguiente á Manuelita, la hija de Rosas, como si nada hubiera pasado; doña Mauricia debía escribir una carta á doña Encarnación... Y las explicaciones vendrían entonces, y las protestas de amistad y de fidelidad política... Todo se arreglaría con calma, sin apresuramiento. Era necesario demostrar la seguridad de la inocencia, para que el dictador no los supusiese opositores. Luego, ¡Dios proveerá!

Silvio explicó la política de Rosas; demostró que era un simple acto de «intimidación preventiva» que no tendría ulteriores consecuencias; que Regis no corría peligro; que él mismo, en caso del dictador, y dada la situación de este país ingobernable, procedería así: «previendo é

intimidando» con órdenes arbitrarias é insólitas. Había que esperar uno, dos ó tres días más, en resignado silencio, que ya volvería Regis, ¡y triunfante de la desconfianza del tirano!

— Y no hay que temer ninguna imprudencia de parté de Regis, — añadía Silvio. — Es un muchacho circúnspecto, reflexivo, que sabe colocarse á la altura de las circunstancias, evitar los peligros y disimular sus antipatías...

En estas reflexiones, sin haber decidido todavía nada, los sorprendió la aurora, una gloriosa aurora de primavera.

En cuanto aclaró un poco, Blanca, que no había emitido todavía su opinión, escuchando á todos sin oírlos, sin poder estarse quieta, traduciendo su intranquilidad moral en movimiento físico, paróse y dijo, en tono firme y resuelto:

— Así como estoy voy á ver ahora mismo á Manuelita, á Encarnación ó á Rosas mismo... ¡Hasta luego!

Desencajada por aquellas cuatro ó cinco

horas de angustia, parecía una convaleciente de una terrible enfermedad... Hasta entonces había podido contener sus nervios y sus lágrimas rompiendo su pañuelo de encajes con sus uñas y sus dientes; ya no podía más... ¡Tenía que proceder! — ¡Pero su decisión era insensata!... Los serenos y los centinelas no le dejarían entrar á esa hora en casa del dictador; y si entraba, encontraría á todos durmiendo; aunque lo pidiera, nadie se atrevería á despertarlos; y si se les despertaba, ¡cuál sería la cólera de S. E.!

— ¡No, no! — protestaron todos.

— ¡Es una locura, Blanquita! — dijo con inusitada autoridad don Valentín. — Ahora tú te acuestas, y luego, cuando sea tiempo, yo iré á ver á mi compadre don Juan-Manuel y tú á Encarnación y á Manuelita, con Alicia, si quieres!

— Y ¿cuándo será tiempo? ¿cuándo será tiempo?

— Después de almorzar... A las dos ó las tres de la tarde...

— ¡A las dos ó las tres de la tarde!
¡Esperar todavía cuatro ó cinco horas! ¡No
puedo; no puedo!...

Y vencida por la fatiga, ocultó su cabeza en el seno de doña Mauricia y estalló al fin, en sollozos vibrantes y secos como hipos, que, más que llanto eran un ataque de sus nervios, que ya demasiado habían resistido... Se la transportó á un lecho y se le prodigaron toda clase de cuidados domésticos.

Poco después, Silvio y Carlos, acompañados también de Alberto Riglet, manifestaron su resolución de salir á la calle á buscar noticias, á pedir las á algunos amigos militares, sin dirigirse directamente á Rosas y su familia. Riglet, que era amigo del ministro don Felipe Arana, proyectaba ir á verlo; mas don Valentín, usando de su autoridad de padre y jefe de la familia, les impuso á todos que aguardaran, encerrados, acuartelados en la casa...

En vista de la advertencia que les hiciera Corvalán, toda diligencia, pudiendo llegar

luego á oídos del Gobernador, era imprudente, y sus resultados serían, según todas las probabilidades, infructuosos. Porque Rosas buscaba, en aquellos primeros meses de su dictadura, la sombra y el silencio para sus arbitrariedades; no las dejaba trascender al público sino á la larga, después de consumadas; y aun entonces, las presentaba á su modo, en su diario, «La Gaceta Mercantil», ocultando una parte de los hechos, y desfigurando, en su descargo, la otra.

En aquellos momentos recordó con pena don Valentín que, á pesar de varias insinuaciones de los federalés, unos meses antes, él, antes miembro de la «Sociedad del Estímulo», no había querido formar parte de la «Sociedad Popular Restauradora», fundada para sostener la dictadura. El general Rolón, su presidente-fundador, se lo propuso, cuando Rosas recién tomaba las riendas del gobierno, triunfalmente aclamado por todos, hasta en los púlpitos... Él se había negado, pues no

quería meterse en política, deseoso de que se le dejase en paz con su familia y su comercio, y temiendo, por otra parte, que alguna vez esa «Sociedad Popular Restauradora», en un momento de revuelta, asumiese un carácter criminoso y trágico... Aunque había en ella gente buena, no le gustaban muchos de los miembros que la componían, cabezas ligeras y exaltadas, almas de fanáticos...

Y, en efecto, apenas constituida esa sociedad, habíase congregado, á su amparo, una banda de foragidos «federales», que, so pretexto de servir á la Santa Causa, cometían inauditos atropellos contra los particulares que suponían «unitarios», é iban en vías de cometer terribles crímenes. Habiendo adoptado como símbolo una mazorca de maíz, llamábase la compañía, que *operaba* con anuencia tácita del dictador y de las autoridades policiales, — la Mazorca.

A eso de las nueve de la mañana presentóse en la casa de los Válcena un negro

que venía con un cesto de naranjas del Paraguay y un recado de doña Manuelita Rosas á Alicia: ¡la hija del dictador anunciaba su visita para las diez! Se la esperó con impaciencia rabiosa, toda la familia en conciliábulo, conjeturando... ¡Pocos Mesías fueron tan deseados! Contábanse los minutos, los segundos... Dieron las diez, y doña Manuelita no aparecía...

Quiso otra vez Blanca salir á buscarla, y se la contuvo con esfuerzo. Alberto Riglet tomó su sombrero para ir á ver si venía, á la calle, con ánimo de volver pronto corriendo á traer la noticia... Pero no se le dió tiempo, pues topóse en el zaguán con la mismísima doña Manuelita, quien llegaba acompañada de una criada mulata, afablemente saludando.

Se la condujo á la sala, sentóse, y toda la familia agrupóse á su alrededor, esperando la tranquilizadora frase que prometían sus sonrisas. Miró doña Manuelita á todos lados, y no pudo menos de sentir compasión por la ansiedad que en los pálidos rostros se reflejaba...

— No tienen ustedes nada que temer, — dijo. — Tata aprecia mucho á su compadre don Valentín, y conoce las buenas cualidades de Regis. Lo ha hecho teniente y le ha confiado una misión secreta... ¡y sin peligros! de la que pronto volverá.

— ¿Cuándo? — preguntó Blanca.

— ¡Muy pronto, Blanquita! Te lo prometo, como á él le prometí, cuando lo ví al partir, que vendría á verlas para tranquilizarlas. ¡Ya ven cómo cumplo con mi palabra, como buena federala que soy!

— Aquí también, Manuelita, todos somos buenos federales, y queremos mucho á su tatita...

— Es mi padrino, — dijo Silvio, que, en efecto, era uno de los tantos ahijados del caudillo.

— Ya sé, — dijo doña Manuelita, que posiblemente no lo sabía.

— ¿Y puede saberse á dónde se le ha enviado? — preguntó don Valentín.

— ¡No! Yo misma no lo sé... — repuso doña Manuelita. — En fin, les diré que sí

lo sé, pero no puedo decirlo... Es un secreto de Estado.

— ¿Muy lejos? — preguntó doña Mauricia, que, sentada al lado de la hija del dictador acariciaba zalameramente sus manos.

— Regular... Regular... ¡No puedo decirlo!

Hiciéronle á doña Manuelita las más vivas protestas de fino amor y respeto, informándose todos de la salud y bienestar de los suyos; agradeciósese, como si fueran de oro, sus naranjas del Paraguay; se recordó la antigua amistad y el parentesco; se la obsequió como se pudo, rogándole que se quedara á almorzar; lo que ella no aceptó, «no porque no quisiera sino porque no podía, pues su tatita la esperaba»... Como se manifestase muy *bon enfant*, tendiéronsele muchas celadas para que dijese algo más sobre la misteriosa comisión confiada á Regis; pero ella se defendió con habilidad, evadiendo siempre el dar mayores datos.

Blanca la llamó aparte, y con lágrimas en

los ojos, invocando la buena amistad de su infancia, la conjuró á que fuese, en reserva, más explícita... Defendióse vivamente doña Manuelita, riéndose de la inquietud de su amiga, y prometiéndole siempre su apoyo. La conversación, animada, alegre casi, se prolongó hasta las once, hora en que se retiró la visita, cargada de expresiones, de recuerdo y de *gratitud* para su madre y su tatita, prometiéndole todos más largos besamanos para más adelante.

Cuando se alejó, la inquietud volvió á reinar en la familia... Las cosas habían cambiado poco... Regis era teniente; pero ¿de quién? ¿para qué? ¿hasta cuándo?... Don Valentín se mostró entonces muy confiado, casi contento; infundió ánimo á todos; les garantizó que él no dudaba un momento de su compadre, quien en el fondo era un buen hombre; que ese mismo día iría á agradecerle la «distinción» con que había agraciado á su hijo, y á interceder porque, por ahora, se le diera licencia; añadiendo que era cobardía y torpeza in-

quietarse... En fin, acabó por reír y bromear, á punto de que el almuerzo no fué del todo lánguido, haciéndose mil proyectos y combinaciones. Y en su afán por distraer y tranquilizar á la madre y á la esposa, todos se engañaban y tranquilizaban un poco á sí mismos, contagiados por la confianza que demostraba el jefe de la familia.

Pero cuando, después de haber comido todos, se retiró á su aposento don Valentín Válcena y se encerró con llave, diciendo que quería dormir, hundió su cabeza cana entre sus manos temblorosas y crispadas: y lloró como un niño. Recordó cuán feliz había sido en la vida de familia, en el viejo caserón colonial, donde casi era un patriarca; cuán dulcemente se habían deslizado los años de su vida, junto á su buena y querida Mauricia, de angelical carácter, hoy encanecida también pero no agobiada; cuán fecundo de robustas y buenas criaturas había sido ese matrimonio ejemplar; ¡cuántas bendiciones había derramado Dios hasta entonces sobre su cabeza!

¡Él no había sido bastante agradecido con el buen Dios! ¡Al contrario! Formado en la generación volteriana de Mariano Moreno y Bernardino Rivadavia, todo empapado en el espíritu de los filósofos y enciclopedistas del siglo XVIII, lleno de la Revolución francesa y de la época en que vivía, había sido un descreído, ¡y hasta un blasfemo! A pesar de su carácter tranquilo, allá en su juventud, á los veinte años, él también había tenido una revuelta contra las ingenuas creencias de sus mayores, contra su religión española! Había provocado con su rebelión religiosa las iras y hasta la maldición de su buen padre, don Sancho Velazco de Válcena y Castro, piadoso hidalgo de vieja cepa castellana, apresurando acaso con el disgusto su muerte de tísico. Con todo, en los últimos momentos, cuando se arrodilló ante el lecho del moribundo, él lo había perdonado, mas no sin pronosticarle un terrible castigo del cielo si persistía en su apostasía...

Aunque el patriarca de hoy no olvidara

este episodio -de su juventud de ayer, tampoco había recuperado la fe de su infancia, moderando apenas sus chanzonetas de descreído revolucionario, ante su bella y virtuosa mujer, buena católica.

Recién al presentir la cuchilla de un tirano pendiente sobre la cabeza de su hijo mayor, venían á herir en su memoria, como avispas alborotadas, los recuerdos de su cristianísima educación... ¿No sería éste el castigo de Dios con que lo amenazara la mano trémula y transparente de su padre, el hidalgo agonizante? ¡Su entereza mental empezaba á flaquear en la primera desgracia! Y dentro de su espíritu debilitado por el tiempo se trabó una lucha cruel entre las reminiscencias religiosas de la infancia, y singularmente de su educación materna, y el volterianismo de su juventud y su madurez... «¡Es la decrepitud, — pensaba, — que me arrastra hacia el fanatismo y la ignorancia!» Y otra voz le respondía, dentro de sí: «¡No, aplaca la ira de Dios, que hoy te castiga por tu ateísmo sobre la ca-

beza de tu hijo Regis! »... En esta lucha interna, sus rodillas temblorosas dieron en tierra y, después de cuarenta y tantos años de descreimiento, oró, ¡oró como en los mejores días de su infancia!

Tranquilizado por la oración, trató, rindiéndose de cansancio como estaba, de reposar un rato en su lecho, para ir más tarde á hacerle *rendez-vous* á su compadre. Recostóse entregándose á ese sueño nervioso de la angustia y la fatiga en que la imaginación trabaja como en la vigilia. Soñó que oraba y oraba de rodillas, y que Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia, los miembros de la antigua «Sociedad del Estímulo», todos los amigos revolucionarios y anticatólicos de su juventud, los muertos y los vivos, los presentes y los ausentes, se burlaban de su piedad, riendo y blasfemando... ¡Habían llegado hasta á colocarle, como en la escuela, dos orejas de asno de cartulina, para su vergüenza! Y él oraba y oraba, para que Dios lo perdona-se y salvase á Regis...

Después, el sueño fué cambiando y cambiando, como en un caleidoscopio... Acabó por soñar embarcado en un esbelto bajel que se deslizaba por un delicioso arroyuelo que íbase ensanchando hasta convertirse en un amplio y tranquilo río; su barca seguía, serena como un cisne, por las ondas suaves como pétalos de una flor gigantesca... ¡Cuando, de súbito, las aguas se derrumban en una alta catarata cubierta de riscos y malezas, que traga su buque con sus fauces siempre abiertas, y lo masca con sus dientes de piedra!... En aquella suprema sensación, llena la frente de un sudor helado, despertóse y púsose de pie: ¡ya era tiempo de ir á saludar á S. E. Rosas!

V

Al frente de un pelotón de caballería compuesto de unos quince hombres, cumpliendo las urgentes órdenes de Rosas y aprovechando el plenilunio, galopaban el flamante teniente Regis Válcena y el capitán Julio Pantuci. Bajo y flaco, de aspecto enfermizo y cutis terroso, poseía éste, aunque deshonrada por un eczema, una fisonomía juvenil y atrayente; el ojo vivo, la boca móvil y expresiva, bien arqueadas las cejas. Una ligera «tonada» cantante, unas veces zumbona, otras afectuosa, muchas astuta, revelaba, en su habla, su origen provinciano.

Soldados y oficiales iban bien montados, con instrucciones de llegar hasta Luján sin detenerse y cambiar allí algunas cabalga-

duras, para proseguir luego viaje hasta la ciudad del Rosario. Guiábanlos dos reputados «baqueanos», de esos que hallan siempre las huellas y el camino, aun á obscuras y en tierras desiertas y desconocidas.

Pensaba Regis en su extraño destino, jurándose vengarse, llegada la oportunidad, de la sangrienta broma del tirano. ¡Pero aun no había llegado la hora de desertar!

No habiéndosele dado tiempo para mudarse de ropa, vestía aún su traje de bodas, que contrastaba con los rojos uniformes: antes parecía un preso que un oficial con mando. Sólo se le había permitido cambiar sus escaarpines por unas gruesas botas de montar que Corvalán le había entregado conjuntamente con un poncho carmesí, que debía usar á modo de uniforme, unos pliegos cerrados para Estanislao López, el gobernador de Santa-Fe, y unos cincuenta pesos fuertes, como anticipo de sueldo para sus gastos. ¡Don Juan-Manuel era tan generoso que todo lo preveía! Aunque con invencible repugnancia, Regis, que no lle-

vaba un céntimo en el bolsillo; tuvo que tomar este dinero, en la creencia de que ya llegaría el momento de devolverlo, ¡y con intereses!

Capitán y teniente, trabando una amable conversación, demostráronse, desde el primer instante, la mejor voluntad. Recordaron el antiguo afecto que los había vinculado en la adolescencia, y se prometieron renovar el compañerismo del colegio en la camaradería de las armas. Habíanse querido, en otra época, como amigos íntimos, siendo Julio el primer confidente de la juvenil pasión de Regis.

Pero cuando éste volvió de Europa, le llegó el «chisme» de que Pantuci, enamorado á su vez de Blanca, la había cortejado durante su ausencia, traicionando sus confidencias y su amistad. Nunca quiso Válcena esclarecer el hecho; pero la sola sospecha de la infidencia de su antiguo amigo, que en su fuero interno hallaba por cierto casi disculpable, enfrió su cariño, á punto de que dejó

de verlo y ni siquiera lo invitó á su casamiento. Ya porque se sintiese ofendido, ya porque no se hallase exento de reproches, Julio no trató tampoco de tener con Regis una explicación definitiva, rehuéndola también por su parte. Es que, en efecto, violentamente apasionado por Blanca Castellanos, había empleado todos los medios posibles de seducirla en el año de viaje de Regis, sin el menor éxito, llegando hasta sufrir, en silencio, su desprecio. ¡Años hacía ya que se había secado su llanto de amor y de despechò! Así es que abrió fraternalmente los brazos á Regis, quien, confiado y afectuoso como siempre, lo estrechó en el amargo momento de la partida, derramando acaso, sobre su pechò, alguna lágrima.

— ¿Te acuerdas? — decía Pantuci: — Yo era un año menor que tú, y tú me protegías en el colegio de San Carlos, cuando me peleaban los mayores, mofándose del provincianito...

— Es cierto. Pero tú eres hoy el capitán

y yo el teniente. Me devolverás la antigua protección...

A pesar del carácter íntimo del diálogo, ni una palabra dijo el teniente á su capitán sobre Blanca y su enlace; y éste, por su parte, afectó ignorarlo todo. Era lo prudente. En cambio, Regis, llevado por su temperamento expansivo, no pudo ocultar á Pantuci sus temores respecto al destino que Rosas le diera.

— ¿No llevaré aquí, en estos pliegos cerrados, — le dijo sonriendo amargamente, — una orden de que se me fusile, como aquel pobre Montero, que de niño conocimos, te acuerdas?... ¡El que llevó, creyendo que era una carta de recomendación, la orden de Rosas de que se le fusilara, á su hermano don Prudencio, y éste lo fusiló sin pérdida de tiempo, en su campamento del Sud!

Pantuci protestó, con convicción. Aseguró que los documentos de que era portador Regis eran de su puño y letra; que Rosas se los había dictado á él mismo, no

teniendo en aquel momento otro amanuense disponible; que sólo iban en ellos instrucciones políticas para Estanislao López... Nada tenía que temer, sino el desagrado de verse obligado á quedarse en Santa-Fé por unos cuantos días, á la orden de López, hasta que éste lo despachase de vuelta con las contestaciones pertinentes; porque eso sí, con Rosas no había vueltas: ó someterse al servicio ó exponerse á castigos ejemplares...*

Lo que no dijo Pantuci es que él también llevaba en sus faltriqueras un pliego cerrado, con órdenes de Rosas, y respecto á Válcena, para López; para ese mismo López que le había entregado los capitulados de Córdoba y hecho de carcelero del general José-María Paz durante años; para ese mismo López que, según decía ¡secretamente! la *vox populi*, había servido de cómplice al tirano en el asesinato del general Facundo Quiroga, y de verdugo en otras muchas muertes, ora aparentemente legales, ¡ora alevosas!

— De todos modos, por esta vez, — manifestó Regis, — tengo el presentimiento de que saldré victorioso.

— Así lo espero y lo deseo de todo corazón, — repuso Pantuci, con sinceridad y quizás no fingida melancolía.

En estas pláticas, á galope tendido atravesaron la ciudad, interrumpidos por uno que otro sereno, que les daba el: «¡Alto! ¿quién vive?» Respondían: «La Federación»; y continuaban su «marcha forzada», una vez que el centinela había reconocido los uniformes. Cruzaron la calle del Emperado, la plaza del Retiro (antes de Toros), las calles Juncal y Larga de la Recoleta, Palermo, el arroyo Maldonado, fácilmente vadeable; más allá, entraban ya en las Pampas, sometiéndose á los dos «vaqueanos» que como guías expertísimos llevaban.

La tormenta que amenazaba habíase despejado, y lucía una noche admirable, de esas que invitan al amor y al romanticismo. De cuando en cuando, Regis suspiraba con impaciencia, al recordar su nido.

abandonado; y, por un movimiento instintivo, apretaba con la espuela los flancos de su caballería, como si al apurarla, apresurase su vuelta. En su imaginación, llevaba á Blanca á su grupa, tal que una ninfa raptada por un centauro. Había sido tan violenta su separación, que no acostumbrado aún á la idea, se sentía todavía á su lado, como ciertos enfermos que, teniendo un órgano tumefacto y dolorido, hácese lo amputar, y después de la amputación lo siguen sintiendo, cual si lo conservaran en su cuerpo...

Es que Blanca era como una parte integrante de Regis. Habíala tenido tantos años grabada en su pensamiento, con letras de fuego, asociada á todas sus ideas, sus proyectos, sus afecciones, que formaba, en su naturaleza, una segunda naturaleza. No era posible pues apartarla de su mente, y menos en aquella santa noche de nupcias, que coincidía con un plateado plenilunio de primavera...

Estanciero de las Pampas, Regis era

buen jinete; pero, como cabalgara poco en los últimos años, su cuerpo, desacostumbrado á este ejercicio, sufría horriblemente en aquel largo galope. Aunque aguantó bien las dos ó tres primeras leguas, á la cuarta empezábanle ya á doler todos los músculos; sentía sobre su espalda el peso de la fatiga como una joroba de plomo. Para colmo, su caballo resbaló una vez, y la caída, que no pudo evitar, le produjo una penosa recalcadura de la muñeca izquierda. Había que soportarlo todo sin quejarse, ante aquella tropa sufrida y burlona, que lo despreciaría si adivinaba sus torturas, pues apreciaba el mérito de los hombres por su resistencia física.

Pronto hubo que darle uno de los caballos de repuesto que se llevaban, tomados en el cuartel del Retiro, pues su impericia y su mal humor, espoleando injustamente al dócil animal que al partir le dieran, lo habían aplastado antes de tiempo.— Este incidente produjo sordas burlas, permitiéndose el sargento José Martínez, un gaucho

semi-indio, cejijunto y procaz, borracho de «pulpería», algunas guasadas de mal gusto, que demostraba una disciplina bastante equívoca.

— Si así andamos cambiando de «parejero» cada dos leguas, — dijo con sorna, — no nos alcanzará ni la tropilla de «azulejos» de don Juan-Manuel.

Una violenta carcajada se hizo eco de esta burla. Regis dióse vuelta, rojo de ira, á ver quien le insultaba con su risa: era un cabo, llamado Lucas Ferragut, con el sobrenombre de «Mono-tuerto», también gaucho semi-indio, de siniestro aspecto, que llevaba retratados sus vilísimos antecedentes en su rostro, de ignoble fealdad...

«Hombre de acción», había sido preso, durante el breve gobierno del coronel Dorrrego, por varios robos y homicidios cometidos en la campaña; condenado á muerte, habíasele conmutado la pena, por gracia, un 9 de Julio, día de la patria, en presidio perpetuo. Rosas, que vació más de una vez las cárceles para aumentar la peonada

de su estancia del río Salado y la soldadesca de su tropa cacical, lo sacó de la prisión, en 1830, enrolándolo en las filas del ejército que reclutaba para la campaña del desierto, contra los indios del Sud... Esta liberación valióle al caudillo un servilismo sin límites de parte del «chino» liberado, quien se portó muy bien en esa «guerra», mejor dicho, en esa caza de indios... Allí se distinguió en perseguir cruelmente á aquellos infelices, que amaestraban sus caballos para que huyeran aun con las cuatro patas enredadas en las «boleadoras» enemigas... Corriendo á un indio que huía con su caballo «boleado», éste se dió vuelta, y de un lanzazo feroz, le vació el ojo izquierdo, dejándolo tuerto para siempre... De ahí que su antiguo apodo de el «Mono», con que se le llamaba por su pequeñez y fealdad, trocose en el de «Mono-tuerto». — Este era el personaje que apoyaba, con su risa grotesca, los sarcasmos del sargento Martínez.

Regis sintió una honda sacudida, al en-

contrar la mirada de su ojo único, de pupila pequeña y vivaz, despestañado y sanguinolento... ¡Aquel ojo lo desafiaba, lo increpaba, lo befaba, con su mirada de hielo! Y la demás tropa, contagiada, reía también... Algo como un vértigo de asco y de cólera se apoderó de Regis; pero felizmente, muy á tiempo, el capitán Pantuci lanzó un terno é impuso silencio, recomendando amistosamente al teniente que cuidase mejor su nuevo caballo; lo que éste, molido, triturado por sus dolores físicos y morales, aceptó sin responder, tragando saliva.

A la alborada llegaron al caserío de Monte-Caseros, adonde debían hacer alto, dar resuello á los caballos, trocar algunos, desayunarse, y, después de dos horas de descanso, partir de nuevo. — Pantuci se llevó á Regis y á sus respectivos asistentes al rancho y «pulpería» de un tal don Benito Robles, quien despierto ya y «mateando», los recibió con la afabilidad del amigo y hasta del correligionario político:

comó buen gaucho, era también buen federal. No se sorprendió de la inesperada llegada, pues estaba acostumbrado á ver ir y venir tropas con frecuencia, en aquellos tiempos de interminables guerras civiles.

No se bajó, sino se tiró del caballo Regis. Sus piernas, doloridas por cuatro horas consecutivas de estar enorquetadas en la montura, apenas podían sostenerlo, y el ardor de la muñeca recalcada le arrancaba, sin que pudiera contenerse, sus quejas... Don Benito, gaucho viejo y redomado, lo miró burlonamente, acariciándose su larga barba gris de patriarca.

— Es bisoño, — aclaró Pantuci, disculpando á su teniente: — Hace apenas algunas horas que don Juan-Manuel lo ha hecho teniente, y todavía no está acostumbrado...

— Ya... ya se ha de acostumbrar, con el tiempo, — replicó don Benito, mirando de reojo, y no sin sospechas, á aquel teniente sin uniforme.

Y como le dijeran que traía dislocada la muñeca derecha, le ayudó á estirla y le dió algunas friegas de grasa de potro... Luego, Regis, sin esperar á que se le invitara, se tiró cuan largo era en un rincón, sobre su poncho. Pantuci, don Benito, y un asistente, el cabo Ferragut, le dieron una friega de aguardiente de «caña» con almidón, á objeto de curarle el cuerpo y refrescarlo, y, antes de que le cebaran un mate, quedó dormido; tal era su fatiga.

Dejósele dormir durante una hora y media, y á las seis se le despertó, cuando ya había aclarado completamente, para que se desayunara y luego continuase, con los demás, su ruta.

En un asador, sobre el fuego encendido en el suelo en el medio del rancho, que no tenía otra alfombra que la tierra pelada, despedía un costillar de carnero un apetitoso olor de campo y de salud. A su alrededor, Pantuci, don Benito, el cabo Ferragut y tres ó cuatro gauchitos hijos del dueño de casa, «churrasqueaban»; comían

á la moda criolla y campestre, sin tenedores, tomando con los dedos y cortando con el afilado «facón» del cinto.

— ¡Atraque no más, teniente, y priéndale, que hay pa todos! — dijo don Benito á Regis, en su familiaridad gauchesca.

Este se incorporó, un tanto sofocado por el humo que llenaba el rancho, á pesar de tener la puerta y la ventana abiertas, como una vivienda de esquimales. Sintió apetito, un apetito nervioso. Desperezóse, tomó un leño que hacía de banco, acercóse al fuego, sacó su cuchillo, y empezó á comer con los dedos, á estilo gaucho, que presenta á quienes lo ensayan por primera vez, el inconveniente de quemarse y ensuciarse... Con un pedazo de dura gallêta completó su almuerzo, no atreviéndose á tomar mate en la bombilla en que toda aquella plebe sorbía y babeaba...

Otra vez todos sobre el caballo, prosiguieron su camino con rapidez de cosacos á través de las estepas. Acostumbrados á

estas correrías, todos los jinetes iban tan frescos cómo si pasearan; sólo Regis sentía cada vez más cansancio. Dolíanle todos los músculos del cuerpo. Aunque hacía esfuerzos sobrehumanos para mantenerse derecho, su espalda se combaba; en la cintura sentía como un aro de hierro ardiente que le apretaba los riñones; las piernas caían sueltas y sin vida, pesándole las botas como esas piedras que los inquisidores solían colgar de los pies á los condenados que de los brazos suspendían; y temblábanle las manos á punto de que, incapaz de manejar el caballo, lo dejaba seguir á la par de los demás... Como Pantuci le observara que las riendas sueltas podía ocasionarle nuevas «rodadas» como la anterior caída, trató de acortarlas con sus dedos doloridos.

Así galoparon otras cuatro ó cinco leguas aún á través del inmenso desierto verde de la Pampa, todo llano, sin montes, sin bosques, sólo entrecortado, aquí y allá, por algún arroyo ó pajonal. De cuando en

cuando, un rancho interrumpía la monótona llanura.

Ya cerca del mediodía, llegó el escuadrón al pueblo de Luján, deteniéndose en la plaza pública, ante las puertas del Cabildo, en donde estaba preso, bajo la custodia del coronel Ramírez, jefe militar de la localidad, el general José-María Paz. Pantuci traía instrucciones de Rosas para el coronel, respecto al ilustre cautivo, quien, al oír llegar la cabalgata, salió á un balcón, que daba frente á la plaza.

Regis lo contempló con franca simpatía, saludándolo varias veces con la mano. El general prisionero, vestido sencillamente de paisano, no contestó al saludo, temiendo fuera de algún rosista que venía á mofarse de su impotencia, pues que al león agonizante hasta el asno lo cocea...

En efecto, cuando se hubo alejado Pantuci hacia la casa del coronel Ramírez, el cabo Ferragut gritó, señalando al general Paz en su balcón:

— ¡Mueran los cordobeses! ¡Comen piquillín y asesinan al general Quiroga!

Paz, hijo predilecto de Córdoba, palideció y entró en su prisión, cerrando el balcón con violencia... Hacía ya algunos meses que un bando de foragidos habían asesinado, en Barranca-Yaco, al general Facundo Quiroga, caudillo de La Rioja llamado el «Tigre de los Llanos»; y decíase que el crimen había sido cometido por los Reinafé, cordobeses, en connivencia con Rosas y con López, el gobernador-cacique de Santa-Fe. Rosas acusaba del horrible asesinato á los Reinafé, y Paz tembló ante la idea de que la calumnia lo manchara como si hubiese él también instigado, desde su prisión, el homicidio...

Comprendiendo Válcena toda la perversa cobardía del cabo Ferragut al insultar con sus mueras á tan virtuoso ciudadano como el prisionero, le mandó callar imperiosamente. Ferragut calló rezongando contra los «maricas» unitarios que se disfrazaban de federales para traicionar mejor á don Juan-Manuel... Con gran pena contuvo Regis su ira, esperando la vuelta del ca-

pitán Pantuci para dar al insolente su merecido. Temía que aquel escuadrón soez se le rebelase y lo prendiese, acusándolo de traición y de comunicación con el general Paz, preso incomunicado por orden del dictador.

Dejó la tropa al mando del sargento Martínez, entró al Cábildo, bebió en un balde que había sobre el pozo, en el patio, y se recostó á la sombra de un corredor, rendido por el dolor y la fatiga. Quiso conciliar otra vez el sueño, pero no pudo. Tenaces pensamientos aguijoneaban su espíritu. No acertaba á resolver en qué calidad hacía este viaje: ¿si en la de oficial ó en la de preso! Pantuci le había dejado siempre lugar á dudas: tenía orden de capturarlo si desertaba, y hasta de matarlo si se resistía... ¡Esto lo había comprendido bien el teniente! Pero, ¿qué es lo que se quería de él? ¿Alejarlo de la capital? ¿Escarmentarlo? ¿Atemorizar con él á su familia y á sus amigos, para que no soñasen en hacer política opositora, aunque fuese *sursum*

corda? ¡Bien verosímil era todo ello! Lo que no podía creer, es que, como Montero, estuviese destinado á morir fusilado una vez que cumpliese las órdenes recibidas...

¡No! Se trataba de «probarlo»; y después, ya conseguirían su baja ó su libertad, sus padres, su mujer y sus hermanos, de don Juan-Manuel, de doña Encarnación, de Manuelita, del ministro Arana... Todo lo que por el momento se proponía era no agravar su situación con la desobediencia; quería pasar desapercibido, empequeñecerse, humillarse, para hacerse perdonar el horrible delito de haber pensado con independencia y de ser, como ciudadano culto y enérgico, hombre temible para la tiranía.

Fué presentado al coronel Ramírez, en cuya mesa almorzó, con Pantuci, sufriendo, mudo de ira, algunas cuchufletas de su anfitrión, que era persona de la confianza del dictador. Y en esos momentos que tan rudamente se ponía á prueba su paciencia, tragando saliva, mordiéndose los labios

hasta sangrarse, recordaba la frase sublime del Redentor: «¡Haced, Señor, que pase por mí este cáliz de amargura!»

Durante el almuerzo, Ramírez anunció á sus huéspedes que antes de partir podían contemplar un espectáculo hermoso: el fusilamiento de un «traidor unitario» que había asesinado, en una «pulpería», á una joven... Porque todos los asesinos que se ejecutaban públicamente, eran, para las autoridades federales, «traidores unitarios», por menos que se relacionara, con sus ideas políticas, su crimen. Pantuci manifestó gran alegría de que el crimen, horrendo, que el coronel describía con obscenos detalles, no quedaría impune «para atemorizar con el castigo á los traidores unitarios».

Después de algún descanso, breve pero reconfortante, formóse el escuadrón frente al Cabildo, á contemplar el homicidio militar que debía sufrir el homicida civil. Todo el pueblo acudía á la ejecución, como á una fiesta. Y después de los vivas y mueras

de costumbre, aquéllos á Rosas y á la Federación, y éstos á los «salvajes inmundos unitarios», sonaron los seis tiros, que dieron en el vientre y la cabeza del desgraciado, á quien, ni en aquellos momentos, se le habían sacado los pesados grillos... ¡A esto se llamaba hacer justicia!

El comandante militar, hombre ignorante y brutal, era en realidad quien inquiría, quien juzgaba, quien condenaba, ¡y quien ejecutaba! Según las indicaciones del caso, el Juez de Paz instruía el sumario; pasábanse al Gobernador las notas rimbombantes de estilo; y éste, según ellas, redactadas siempre por el comandante militar, condenaba. Y como el comandante, para halagar al dictador, sólo quería muertes y más muertes, presentaba todos los casos de manera que Rosas los encontrase, ya predispuéstísimo como se hallaba, dignos de la pena de... muerte. ¡Así se ahogaba el espíritu de rebelión!

Después de presenciar este castigo intimidatorio, el escuadrón prosiguió su galope

hacia el arroyo del Medio, que separaba la provincia de Buenos-Ayres de la de Santa-Fe, el feudo de Rosas del feudo de López, ducado el primero, al cual rendía pleito homenaje el segundo, simple condado, aunque en teoría todos los gobiernos de la Confederación «fuesen republicanos y democráticos»... Pero, ¡qué Confederación, qué república, qué democracia... y qué gobernadores!

Deteniéndose aquí y allí, á largas jornadas, descansando poco y mal, cambiando caballos cuándo y cómo podían, acercábanse ya después de varios días de galope tendido, bajo el sol, la lluvia y el viento, á la ciudad del Rosario.

Regis caía como un saco inerte sobre su montura. Aquel viaje era su primer suplicio que Rosas le imponía, en forma de servicio militar. Las sensaciones de la fatiga se iban sucediendo: dolores en el cuello, en la agobiada espalda, en el pecho, en la nuca, un caimiento general, sed febril, dos invisibles torniquetes que apretaban las sie-

nes... ¡Y todo al frente de su escuadrón de gauchos, que despreciaban, como afeminado, al hombre de ciudad, al «pueblero», no curtido aún para tan rudos ejercicios!

El cabo Ferragut, cejijunto, asimétrico, con su repugnante fealdad física, menor siempre que la moral, alentaba sus guasadas criollo-andaluzas, con su ojillo sangui-nolento, relampagueante de siniestro regocijo... Cobarde y rastrero casi siempre, tan humilde con los fuertes como orgulloso con los caídos, sabía «oler» las víctimas á la distancia, y sobre ellas volcaba todas sus bajas pasiones antisociales. No considerando á Regis un superior, sino más bien su prisionero, pues secretamente le había encargado Pantuci que lo vigilase, esperaba hallar el momento oportuno de ponerle una barra de grillos ó de «estaquearlo».

Maestro era en este suplicio de las estacas, que consistía en clavar en el suelo cuatro sólidos postes, como vértices de un rectángulo, y atar respectivamente á cada uno de ellos, una extremidad del supliciado,

manos y pies, de modo que el hombre quedase suspendido en el aire, estirándolo cuanto fuera posible... Dejábasele ahí horas y horas, para que «se secase» al sol y al aire, como los cueros estaqueados, siendo esta especie de crucifixión horizontal, uno de los más largos martirios que aplicaban, en campaña, los caciqués gauchos, para arrancar confesiones, á quienes se acusaba de traición ó espionaje. Los que se resistían á delatar lo que se les pidiera, morían en una agonía lenta, conservando por días el conocimiento, ahí tendidos, siempre tendidos, agradeciendo la caridad de las aves de rapiña, que, como para que no se vieran á sí mismos, bajaban á devorarles los ojos.

Acostumbrados á aplicar esas penas á los vencidos, la plebe de color de los ejércitos, acaso por atavismo indígena, las realizaba con arte y las paladeaba con voluptuosidad. Como verdugos chinos de Asia, profesaban la pasión del Dolor; como bestias carniceras, saboreaban la Sangre; y como

perros de caza, olfateaban la Presa.—Regis debía ser aquí la presa: por sus modales, su lenguaje, su vestimenta, sus manos finas y largas, su tez misma, demasiado blanca... Todos le seguían, le esperaban, le deseaban, como fieras golosas que eran, cebados en sangre humana desde las primeras guerras civiles que estallaron, en 1820, una vez consumada la de la Independencia. ¡Y á estas guerras civiles, se les llamaba luchas de la «Organización nacional»!

Bien sentía Regis Válcena que una trahilla de perdigueros le venía mordiendo los talones; y se explicaba el hecho por odios de raza. Pero no dudaba que jamás esos perros-chacales clavarían sus colmillos en sus flancos, sin una orden expresa de su cacique, don Juan-Manuel; y creía que, al menos por entonces, no peligraba su vida en manos de Rosas, el compadre de su padre, amigo y pariente de su casa.

Valiente como era, conservaba un fondo de tranquilidad, una notable presencia de

ánimo. Si no hubiera temido que las venganzas del dictador cayeran sobre los suyos, se hubiese rebelado, huyendo á Montevideo, á engrosar las filas de la « oposición », como pensaba hacerlo alguna vez, si es que Dios permitía que la dictadura perdurase más tiempo. ¡Por ahora, había que someterse para acallar las sospechas, galopando, siempre galopando, aunque cada movimiento del caballo le arrancase una puntada como un lancetazo, aunque sirviese de pifia y escarnio á una soldadesca estúpida y cobarde, en cuya sonrisa cruel leía el íntimo deseo de atarlo, de llenarlo de pólvora y de yesca, de colgarlo así en la plaza pública, y de prenderle fuego, en aquel largo Carnaval de Sañgre, ¡como á un Judas de trapo!

VI

En el pueblo del Rosario, á donde llegaron al caer la tarde del tercer día de viaje, fueron obsecuentemente recibidos, en la comandancia, por el mayor Vayo, que, en ausencia del titular Esquivel, desempeñaba las funciones de comandante militar.

Pantuci despidió al sargento primero Martínez para que se volviese á Buenos-Ayres, á la mañana siguiente, con todo el pelotón de soldados, renovando su caballería en la estancia de don Francisco-Javier Acevedo, en el arroyo del Medio; él, su ayudante el cabo Ferragut y Regis seguirían solos su viaje en buque, remontando el río Paraná hasta la ciudad de Santa-Fé. Admiróse el teniente Válcena de que

el capitán se reservara un asistente sin darle á él ninguno, como era costumbre; asaltáronle extraños temores, pero, valeroso y resuelto, nada dijo... Pensaba siempre que, cualesquiera que fueran las pruebas á que se le sometiese, su vida no corría aún peligro y que su libertad se vería pronto á salvo...

— No te doy un asistente, — observóle luego Pantuci, — porque los hombres que hemos traído se necesitan en Buenos-Ayres: Ferragut nos servirá á los dos. Aunque sólo tenga un ojo, ve y sirve como si viera con millares. ¡Es un Argos!

Regis se encogió de hombros, como diciendo: «¡Puedes guardarlo para ti, que yo me entenderé solo!» Y miró de soslayo, casi involuntariamente, al cabo, cuyo único ojo, — ciclópeo, sanguinolento, de pupila pequeña y viva, — parpadeaba, pasando su visual de Válcena á Pantuci; con sus ademanes familiares de soldado de un ejército casi bárbaro, permitíase, mostrando sus largos y amarillentos colmillos de lobo,

una destemplada sonrisa, que quería hacer de secreta inteligencia con su capitán, sobre la condición y el destino de Regis...

El mayor Vayo se mostró todo un hombre culto, lo que en aquellas tierras y aquellos tiempos, no era bien frecuente... Les presentó, en la comandancia, una cena reparadora, en la que no faltaban «locro» y «arroz con leche», y un cómodo alojamiento para que pasaran la noche.

Tan cansado se hallaba Regis, que casi no pudo comer, retirándose al aposento que se le destinaba, y que debía compartirlo con Pantuci, pues había dos lechos. Vayo lo acompañó hasta allí y le proporcionó algunos remedios caseros para curarse de las llagaduras que le había ocasionado el sol de primavera, en el rostro, el cuello y las manos. Su estado de postración era lastimoso. Dolíale todo el cuerpo como si lo hubieran apaleado; las llagas de los muslos le ardían como el contacto de un hierro enrojecido por el fuego; en las sienes, seguíanle apretando los dos invisibles torniquetes de su fiebre...

Era tal su tortura, que hasta miró con indiferencia, después de varios días de traqueteo y de dormir incómodo sobre el «recado», las limpias y frescas sábanas blancas. Al tenderse sobre ellas, su contacto parecía aguzar sus dolores, que le entraban como punzas á lo largo de la piel. Con todo, su natural fortaleza y su juventud triunfaron pronto: pudo conciliar un sueño de plomo. Durmió once horas seguidas, sin pesadillas, sin sentir ni la diana que se tocó en el patio de la comandancia... Tal vez la oyera levemente, cayendo otra vez, ligeramente afebrado como estaba, en el sopor de su fatiga...

Cuando se despertó, ya alto el sol, sintióse más triste y desamparado que nunca. ¡Era un teniente especialísimo, sin uniforme, sin espada, sin mando, sirviendo al dictador, ya de prisionero, ya de correo!... Pensó entonces conversar con Vayo, que parecía un hombre bueno, abrirle su corazón, confiarle sus temores y pedirle un consejo; pero desechó esta

idea, recordando que entonces todo soldado era un espía de su caudillo, todo caudillo un espía del déspota... Y en cuanto á interrogar definitivamente á Pantuci, deteníalo una repugnancia instintiva é invencible. El mismo no hubiera conseguido leer claro en su espíritu, si intentara explicarse el origen de este sentimiento. Ahí lo sentía, dentro de sí, sin saber cuándo viniera ni para qué; era uno de esos tantos fantasmas que se levantan de pronto en la psiquis de un hombre, sin que éste extrañe su insólita, su ilógica presencia; como si su inexplicable aparición hubiese sido ya explicada, como si siempre hubiese estado allí, oculto, larvado, centinela de lo Inconsciente...

Por haber sentido despierto y en vías de vestirse á Regis en su dormitorio, anuncióse Vayo, con dos golpecitos discretos en la puerta. Entró é hizo los cumplimientos de estilo, manifestándole que el capitán Pantuci estaba ya en el puerto, contratando el buque que debía transportarlos

á la capital de la provincia de Santa-Fe, la ciudad de Santa-Fe, donde residía su gobernador-propietario, el gaucho y general don Estanislao López. Sentóse confianzadamente sobre la destendida cama, mientras Regis, ya bañado en una tinaja que al efecto le habían puesto en la habitación, terminaba su vestimenta; y díjole, en tono confidencial:

— He venido á verlo aquí porque quiero hablar unas palabras reservadamente con usted, Válcena.

Regis levantó la cabeza, prestando singular atención.

— Sé que usted va con un mensaje á don Estanislao y unos oficios... Todo lo que me ocurre decirle es que sea prudente, muy prudente, porque...

En esto entró Pantuci, saludando alegremente al «dormilón», y anunciándole que ya había contratado una lancha y que partirían esa misma tarde, después del almuerzo.

— ¡Lo que quiero es acabar allí pronto,

para regresar! — exclamó atropelladamente, añadiendo luego: — ¡Para que *regresemos*, se entiende!

El mayor Vayo, interrumpida su conversación con la llegada de Pantuci, no trató de reanudarla. En efecto, no era posible, porque, como si lo hiciese exprofesamente, Pantuci no dejó solo un instante á Válcena, siguiéndolo como su sombra. «Algo habrá sospechado de que Vayo pueda servirme, — pensó Regis, — y ¡sabe Dios qué órdenes ha recibido de Rosas y quiere cumplir!» Entonces recién el «teniente» pensó formalmente en la «deserción», temiéndolo todo, aunque no era cobarde. Pero ya no era tiempo, si no acudía á algún subterfugio muy hábil, pues Pantuci lo vigilaba de cerca y lo espiaba el cabo Ferragut, con su odioso ojo de verdugo. Además, sentíase en una ciudad hostil y desconocida... Había que esperar y esperar, nuevamente, el momento oportuno...

La frase interrumpida de Vayo lo pre-

ocupaba, lo obsesionaba: ¿qué se le había querido decir? ¿qué se quería advertirle? De un momento á otro esperaba que el mayor le aclarase su duda, por signos, por un billetito secreto, de cualquier modo; pero Vayo, una vez presente Pantuci, parecía haberse olvidado de la frase principiada; era el militar estricto y discreto, fiel cumplidor de las órdenes superiores que le había transmitido Pantuci...

Regis preguntó distraídamente á éste si ya había partido, de vuelta á Buenos-Ayres, la escolta que hasta allí los acompañara, para defenderlos de gauchos «cuatreros», de indios y acaso de enemigos. Pantuci repúsole que se había marchado al salir el sol, «aprovechando la fresca»...

Notó Regis que la vista se le nublabá; la noticia, que ya conocía, por cierto, parecióle nueva, y su situación, más terrible que nunca... Costóle dominarse y no preguntar, clara y categóricamente, una vez por todas, si iba en carácter de prisionero ó de soldado... Pero temía siempre empeo-

rar inútilmente su causa: se le diría que iba como «oficial» del ejército de Rosas... ¡y se le vigilaría más que nunca, no para que no «fugara», sino para que no «desertase»!

Presumiendo Pantuci los amargos pensamientos del teniente, por una involuntaria mirada despreciativa de éste, avergonzóse de que sospechara su deslealtad el antiguo compañero de su infancia, que, más fuerte ó más valiente, había sido su eterno protector en el colegio, contra las burlas y atropellos de los mayores; y, sonrojándose, observóle que, cinco ó seis días después de cumplida su misión en la ciudad de Santa-Fe, regresarían ambos, en el mismo buque que los iba á llevar, á Buenos-Ayres, directamente, sin hacer escala en el puerto del Rosario... Al escucharlo, Regis no pudo disimular una nueva mirada, llena de interrogaciones dolorosas, que Pantuci esquivó, encogiéndose de hombros. «Al fin y al cabo, — pensó quizá éste, — yo no hago más que cumplir órde-

nes superiores; y espero que este buen muchacho se salve».

Dieron las diez en la vecina iglesia, y Vayo indicó que era hora de pasar al comedor, si querían embarcarse temprano, á lo que prontamente asintió Pantuci.

Válcena, con voz insegura, manifestó que quería ir á comprar grasa de potro y otros ungüentos que necesitaba para curar su lacerado cuerpo; pero Pantuci, mirando fijamente á Vayo, dijo que ya se encargaría el asistente Ferrágut de agenciárselo todo y de traerlo; que él ya le había dado las instrucciones del caso, presumiendo que el teniente necesitaría esos remedios campestres... Palideció Regis intensamente, y Vayo pareció muy ocupado en observar, como si fuera un objeto raro que recién viera, el brocal del pozo que se hallaba en el medio del patio que atravesaban para ir al comedor.

El almuerzo fué callado y substancioso, con «puchero de oveja» y «mazamorra». Ni Pantuci, ni Regis y ni siquiera Vayo, que

era un atento anfitrión, parecían muy dispuestos á hablar, manifestando tanto desgano de conversación como de apetito.

Cuando terminaban, llegaron de visita el cura Nicasio Romero y el padre Lucero, acaso por curiosidad, oliendo alguna nueva aventura trágica... Presentados por Vayo, observaron con mal disimulada sorpresa á Regis, que no ocultaba ya su inquietud y su creciente mal humor...

— ¿No podría encontrar aquí, — dijo éste de pronto, firmemente, dirigiéndose á los sacerdotes, — sastre que me proporcionase algo que pueda pasar por mi uniforme militar, y quien me venda una espada?

— ¡Sí! ¿Cómo no? El Rosario es una población grande y bien provista, — contestó imprudentemente el cura don Nicasio.

Pantuci lanzó una mirada terrible al mayor Vayo, y éste otra, también como advertencia urgente, al bueno de don Nicasio, que, comprendiendo que no había

sido discreto, se sonrojó hasta la frente, murmurando como enmienda:

— Sería necesario, señor teniente, dar tiempo para que se haga el uniforme... Hecho no lo ha de encontrar, no, seguramente... Habría que mandarlo hacer...

— Y tal vez no haya paño... Y en cuanto kepí, ¡no lo hay! — agregó el padre Lucero, á una muda y elocuente indicación de Vayo.

— ¡Pero la espada! — exclamó Regis, sombrío. — Espadas ha de haber... ¡y esas no hay que mandarlas fabricar!

Aquí intervino Vayo, conciliando:

— Espadas... es decir, sables, como los de ordenanza, difícilmente se hallarán aquí en venta.

— ¡Como de ordenanza ó de cualquier forma que pudiera substituir la reglamentaria, por ahora! — replicó Regis, gesticulando casi y palpándose instintivamente el cinto de cuero, á ver si llevaba aún consigo el cuchillo en su vaina, tal cual lo colocara previsoramente en su casa, antes de partir...

— ¡Es que no hay tiempo! — observó Pantuci mirando su reloj. — ¡Tenemos que embarcarnos en seguida, y perderíamos horas y días en agenciarnos un uniforme y un sable!

Creyendo que se quería desarmarle, Regis se puso lívido; pero tranquilizóse al palpar sobre la ropa el cuchillo que buscaba, y que se le había dejado, pues, consigo...

— ¡Como quiera! — repuso, negligentemente. — Podemos partir ya...

— Lo que no me perdonaré, — observó cortésmente Vayo á Regis, — es no haber pensado anoche en presentarle una muda de ropa, Válcena; pues ese traje, que, según me han dicho, es el de sus bodas, no ha de ser el más cómodo para viajar...

— Estamos en Agosto y ya hace calor. Mil gracias, — repuso Regis, que iba ya perdiendo las esperanzas que en la generosidad de Vayo fundara.

Terminado el almuerzo, despidiéronse de los padres Romero y Lucero, y partieron,

en dirección al puerto, Vayo, Pantuci y Válcena, seguidos del cabo Ferragut, asistente común, entonces, del capitán y el teniente. Hallaron allí una gran lancha, cargada de madera, en la que los esperaban, á más del patrón y de los marineros, dos gauchos achinados, vestidos de poncho y chiripá, que, al verles llegar, hicieron militarmente la venia al mayor Vayo.

— Estos dos hombres van con nosotros, — dijo Pantuci. — Son isleños y conocen el río.

Si alguna duda hubiera cabido á Válcena de que se le custodiaba, debió disiparse al ver aquellos dos rústicos «isleños», de malísima catadura, probablemente soldados disfrazados de paisanos, que debían acompañarles á Santa-Fe. ¿Con qué objeto esta nueva escolta, sino el de evitar su posible fuga, que, para el capitán, no sería más que una «deserción»? Sin poder evitarlo, llenáronsele los ojos de lágrimas de ira...

Vayo, al despedirse, lo abrazó, como si partiese para un largo viaje. — Embarcá-

ronse el capitán, el teniente, el ayudante y los dos chinotes; soltáronse amarras y velas, y partió el buque, un lanchón de carga de poco calado, cuyo destino era traer maderas del Chaco, Misiones y el Paraguay. Contemplándolo Regis, no pudo menos de decir, con una imperceptible sonrisa sarcástica, á Pantuci:

— ¿Y éste es, Julio, el buque en que regresaremos juntos, después de cumplida nuestra misión, en cinco ó seis días, hasta Buenos-Ayres, sin hacer escala en el Rosario?

En efecto, no era esa una nave segura para bajar hasta el Río de la Plata, ni tenía una tripulación suficiente para resistir allí á ciertos piratuelos uruguayos, partidarios del caudillo oriental Rivera, que, aun sin estar todavía en declarada guerra con Rosas, robaban á las naves argentinas, cuando podían sorprenderlas...

— Es verdad, me he equivocado... Tendremos que cambiar de embarcación en el

Rosario, — repuso embarazadamente Pantuci.

— Yo contraté el lanchón chico que usted mismo me ha indicado, capitán, — observó con sorna Ferragut, el taimado cabo.

Al oír su maligna voz, Regis, que tomaba asiento en un banquillo sobre cubiérta, le dirigió la vista, como tocado por un resorte... Ahí lo tenía, frente á frente, al gaucho tuerto, sentado en el suelo, á la turca, clavándole como siempre, honda y agudamente, su ojo único, inyectado y rápido, cuya mirada lo irritaba como una larga caricia de víbora... Ahí estaba, espiándole como antes, con su faz ignoble, su sonrisa insultante y su ojo, que penetraba en sus carnes como un garfio ardiente... Hubiera deseado saltárselo, con la punta de su cuchillo; y tanto que, sin quererlo, llevó otra vez, por debajo de la casaca, una mano al cinto, para palparle el mango... ¡Cuál sería entonces su estupor al notar que, en la vaina, en lugar del cu-

chillo, para desarmarlo y engañarlo, habíasele colocado, durante su sueño, un leño inofensivo! Entonces recordó su conversación con Vayo, al vestirse, ¡y comprendió que esa plática no había tenido otro objeto que distraerlo, mientras se arreglaba, para que no se apercibiera del trueque, verificado mientras dormía!... El corazón latía como si le quisiera romper el pecho... Tuvo que dominar el impulso de saltarle al cuello á Pantuci, el amigo traidor; pues vió la despierta mirada del asistente y la de los dos rústicos que le acompañaban, fijas en él, acaso con orden expresa de sofocar todo movimiento de rebelión...

En la popa, tendido sobre un encerado y bajo un toldo, Pantuci parecía sumirse en una beatífica contemplación de las pintorescas riberas, con sus hondos barrancos...

El paisaje era realmente encantador, en una deliciosa tarde nublada. Todos los tintes del verde irisaban el follaje de las costas. Entrecortando el ancho río, hacia las orillas, emergían islas cubiertas de tiernisi-

ma gramilla y de profusos seibos, que ostentaban flores rojas como recientes heridas. De una de esas islas, se levantó una copiosísima bandada de garzas, que obscurecieron el cielo, como una nube. Regis siguió, con distraída mirada, su vuelo blanco y majestuoso, bajo el combo firmamento azul.

Y sintió por primera vez, en aquellos momentos, la comezón *física*, de la huída... Iba convencido de que, por entonces, debía beber hasta las heces el cáliz de su humillación, como los filtros de guerra que preparaban las hechiceras, antes de la batalla, para los antiguos soldados germanos; y asimismo, consciente de que en aquellos momentos no había escapatoria racional, sentía esa sensación puramente corpórea de escaparse... Veía el campo, el agua, el aire, y sus brazos se tendían solos, sin que interviniera su albedrío, hacia la libertad que perdía... Tuvo que reunir todas sus fuerzas, valientemente, para dominar esas impulsiones nerviosas, reflejas como el

gesto con que se retira rápidamente la mano del fuego. Esta lucha de su voluntad firme, de su espíritu equilibrado, contra una ciega tendencia de sus músculos, desenvolviéndose en el interior de su alma, era una nueva tortura moral. Sentíase intelectualmente corajudo y corporalmente cobarde; pues sólo podía atribuir á una latente cobardía sus tentaciones de arrojarse al agua, llegar á la costa á nado, como que no era un mal nadador, y salvarse...

¡Era una idea absurda! Cansado y débil como estaba, arrastraríanlo las corrientes de las aguas del río á una muerte segura; además, la gente del lanchón lo perseguiría, acaso tiroteándolo; los dos «isleños», que debían nadar como caimanes, fácilmente lo prenderían de nuevo lanzándose también al agua; y aun suponiendo que llegase sano y salvo á la costa, sin armas y sin caballo, á la vista de sus cuatro custodios, bien pronto sería alcanzado, y vejado con escarnecedora rudeza, como era costumbre tratar en aquellos tiempos

á los prisioneros que intentaban evadirse... ¡Las fuerzas morales le flaqueaban!

Mareábase, con un angustioso mareo de estómago, en aquel río tranquilo como un lago. Un sudor helado le corría por la frente; el estómago se le dilataba y convulsionaba, como subiéndosele á la garganta... Temió desmayarse allí mismo, bajo la mirada irónica del cabo Ferragut, que, enfrente suyo, sin moverse, lo espiaba con su ojo único, con su ojo inquisidor, cuyo redondo cristalino salía de una cuenca profunda como una tumba, profunda como un antro del infierno...

¡Ahí estaba ese ojo, siempre fijo, siempre inexorable, como una conciencia arrepentida! Para cualquier lado que Regis mirase, *sentía* la mirada del guaso, como una disonancia, un insulto largo, largo, sin fin, ¡como un suplicio demoníaco y eterno! Bajo esa mirada, descompuesto, tuvo que vomitar todo lo que había almorzado, y hasta la bilis... En las últimas arcadas, creyó lanzar las propias entrañas... Los

dos «isleños» miraban el río tranquilo, y mofábanse groseramente de esa nueva prueba que suponían de orgánica debilidad. Pero Ferragut, aunque mostrase sus colmillos de lobo, no se reía con su boca; se reía con su ojillo, con su único ojo, parpadeando...

Regis quiso abstraerse por completo de los hombres-bestias que lo despreciaban con su ironía brutal, y á quienes no era posible latigear en aquellos momentos, como bien lo merecían; quiso abstraerse de la mirada de fuego de Ferragut, que una á una le arrancaba, como con pinzas, todas las fibras, todos los nervios de su paciencia... ¡Y entonces volvía á sus fatídicas dudas! El deseo de aclararlas hacíaese intolerable; su lengua se le movía casi sola, mecánicamente, automáticamente; para exhortar á su antiguo amigo Pantuci á que, por Dios, en nombre de su viejo afecto, le expusiera la causa de su prisión y el «castigo» que le esperaba... Pero su dignidad y su desprecio, el alto concepto de sí mismo

y la bajísima idea de su carcelero, lo contenían... Arrepentíase amargamente de haberse manifestado expansivo y afectuoso, al partir de Buenos-Ayres...

Fué rememorando, con rara lucidez, la historia de su amistad; los malos recuerdos le brotaban en la agitada imaginación, como hongos venenosos en humedades de tormenta. Aunque él siempre había querido á aquel compañero más joven y más débil, con un cariño protector, éste, más de una vez, le había demostrado bajos sentimientos de celos, que él, afable y tolerante, nunca intentó ver... ¡Pero ahora sí que, en ese momento irreparable, los veía! ¡Ahora sí que, obligado á hacerse un juicio, iba haciéndoselo, acumulando hechos y más hechos, detalles y más detalles, y más y más síntomas que revelaban, en su antiguo amigo, un espíritu plebeyo, devorado por la Envidia!... ¡Y esta era una nueva lucha que se desarrollaba, sangrando, en su alma de patricio, altiva y silenciosa! ¡Así como la quietud, sintiendo locos impulsos de

huir, el silencio, sintiendo angustiosos deseos de hablar, lo fustigaba, lo hería, lo aniquilaba!

La idea de que debía ser fusilado por orden de Rosas y acto de López, que al principio desechara como insensata, iba poco á poco tomando cuerpo en su mente, hasta constituirse en una terrible convicción... ¡Ahora recién comprendía! ¡El dictador lo mandaba matar, para deshacerse del intelectual peligroso que había planeado á la juventud opositora un club logista!...

La flexible figura de Blanca se le presentó entonces, con tan nítidos contornos, que era casi una aparición. Ahí la tenía, amante y pura, al alcance de sus brazos, y no podía acariciarla; al alcance de sus labios, y no podía besarla... La sentía junto á sí, más bella que nunca, en momentos en que se le acercaba, á gigantescos pasos, la Muerte. — Y recordaba también á los suyos, al noble anciano don Valentín, á su generosa madre, á sus her-

manas, á sus hermanos, á Tito, el Benjamín, partiéndosele el corazón al pensar que nunca más los vería... Veía su casa desolada por el luto; los suyos tal vez perseguidos y maltratados por el dictador...

Como doblegándose anticipadamente al golpe de hacha del verdugo, su cabeza cayó entre sus manos, y así quedó penosamente meditando, largo, largo rato... Comprendiendo la horrible falsedad de Pantuci, crecía por instantes su desprecio, y se transformaba en cólera. Sus puños se cerraban, encajándose las uñas en la palma de la mano...

En la tarde que empezaba á oscurecer, levantó su pálida cabeza: dos gruesas lágrimas de rabia rodaban por sus mejillas... Pantuci, siempre tendido de espaldas en la popa, sobre el encerado y bajo el toldo, liaba tranquilamente un nuevo cigarrillo criollo, levantando el meñique, con su afectada finura de provinciano... Al verlo, sintió Regis que un nudo de hierro se le anudaba en la garganta y una nube de sangre

le nublaba la vista... Y adelantó hacia él, con un impulso ciego ¡y esta vez invencible! de interrogarlo... Vió que crispaban los delgados labios de su carcelero una sonrisa perversa que él conocía desde la infancia: la sonrisa de sus malos momentos, que acompañaba, como una sombra, sus malos actos... ¡Sí! ¡Bien conocía Regis esa sonrisa, que siempre había perdonado y olvidado, en razón de la misma debilidad del amigo de su infancia, á quien profesara la generosa ternura de los fuertes y los buenos! ¡Ya no podía perdonarla! Y, sin saber lo que decía, agolpándosele al corazón toda su sangre, se adelantó y lo increpó con una sola palabra:

— ¡Cobarde! — escupiéndole el rostro.

Pantuci saltó como si le atenaceara un escorpión, y vociferó, demudado:

— ¡Hijo de perra!... ¡Pónganle los grillos!

Antes de que terminase de formular su orden, ya los dos mocetones isleños, que parecían acechar ese instante, sujetaron á Válcena brutalmente, y el cabo Ferragut,

rápido como el rayo, sacó dos pares de esposas que ocultas y preparadas traía, y procedió á colocárselas en brazos y piernas.

— ¡Así aprenderás á insultar á tus superiores! — rugió Pantuci fuera de sí, con una retahila de palabrotas insultantes.

Y el cabo Ferragut, mostrando sus colmillos de carnívoro, mandó al prisionero, con la autoridad de un sátrapa:

— ¡A ver si te callas, ó te apaleo! — y le aplicó, con el dorso de la mano derecha, un terrible bofetón en la boca...

Bamboleóse Regis, y cayó, sangrándole las encías y las narices. ¡Y al caer, tenía la intuición indescriptible del ojillo sangui-nolento del cabo, que relampagueaba de alegría, dilatándosele como al olor de una presa exquisita, babeándole la lengua entre sus largos y amarillentos colmillos de lobo, con la alegría de un triunfo de felino!... — Las esposas hicieron un gran ruido de cadenas, enllagándole al preso las manos y los pies... Tal, enfermo, escarnecido, engrillado, rodó hasta la quilla del buque,

dejando un rastro de sangre... El cielo mismo se empurpuró, en aquella hora triste del crepúsculo, como si la sangre del sacrificio olímpico de alguna deidad adolescente, generosamente se desbordase de lo alto. Con sus pétalos de nubes enrojecidas, diríase una inmensa rosa sangrienta que se abría.

Sonambulizado por sus golpes morales y físicos, Regis yacía en el fondo, casi sin sentido, mordiendo, como una rata, con su boca seca, áspera, ardiente de sed, el maderamen de la quilla... Y en su estado general de inconsciencia, sentía claramente — ¡inaudito fenómeno! — que le penetraba por la nuca, como un largo y filoso estoque de acero, la mirada del ojo único, vivo, ¡y siempre vigilante! del ciclópeo cancerbero Ferragut...

Pantuci, en tanto, vuelto á tumbarse de espaldas en la popa, con su pachorra de hijo de los climas tropicales del interior, encendía el cigarrillo de chala que antes liaba, y, aunque algo pálido, silbaba entre dientes una «vidalita»...

VII

En tanto que Regis marchaba hacia Santa-Fe, su familia, en Buenos-Ayres, no omitía medio de reconquistarse la confianza del dictador Rosas, su esposa doña Encarnación y su hija Manuelita. Las varias tentativas hechas para averiguar algo más de lo poco que les había comunicado esta última, siquiera el paradero del novel «teniente», habían sido infructuosas. Don Valentín había ido casi diariamente á hablar á su compadre don Juan-Manuel, sin conseguir ni siquiera ser recibido... ¡Era para desesperarse!

Blanca, languideciente como un lirio á la sombra, habíase refugiado junto á su madre, doña Mercedes, cuyos achaques

hacían necesarios sus cuidados; pués Corina, su primita, era aún demasiado niña para atender á la anciana enferma.

La casa de los Válcena, hasta entonces tan alegre, sumíase en una profunda tristeza, como si estuviera de duelo. La misma Licia, tan decidora siempre, había perdido su animación de antes. Carlos, Laura y Clarita celebraban, á solas, largos conciliábulos sobre el probable destino de Regis. Doña Mauricia iba casi todas las tardes á llorar sus cuitas á casa de una cuñada del dictador, doña María-Josefa de Ezcurra, con quien la ligaba una antigua amistad. Esta mujer, nerviosa y absoluta, más rosista que el mismo Rosas, la consolaba con su voz agria y breve, y despachábala luego con buenas palabras, disimulando su impaciencia de solterona insensible ante tantos lloriqueos...

— ¡Vamos, doña Mauricia, no sea usted ridícula! — llegaba á decirle. — ¡Su hijo está de servicio, y en santas Pascuas! ¡Juan-Manuel no se lo ha de comer crudo!

—Pero usted que es tan buena, Pepita,— insistía la madre con angelical resignación, — debe pedírselo á don Juan-Manuel, que á usted nada le ha de negar...

— Pedirle ¿qué? ¿Que haga volver la pobre criaturita?

Doña Mauricia alzaba sus húmedos ojos al cielo...

— ¡Ya es bien crecido para cuidarse por sí mismo y para prestar sus servicios á la Federación! — añadía doña María-Josefa, irónica; y dulcificándose: — Por usted, por usted solamente, doña Mauricia, se lo recomendaré á Juan-Manuel... ¡Váyase tranquila!

Y cuando se iba doña Mauricia, doña María-Josefa tenía siempre tiempo de murmurar contra esa «chinché» insoportable, que de puro tonta venía á incomodarla... Debía ser una traidora unitaria, que había que vigilar... Sin embargo, doña Mauricia no era tan «traidora» como para rebelarse; ni tan tonta como para ignorar la mala voluntad de María-Josefa; mas sabiendo

que ésta podría ejercer alguna influencia sobre su cuñado, no desesperaba aún de conquistarla con sus lágrimas...

Quiso también captarse á la madre de don Juan-Manuel, doña Agustina López de Osornio de Rozás, que en otro tiempo fuera mujer activa y enérgica si las hubo; de ella, y no de su padre, don León, había heredado el dictador su carácter voluntarioso y tenaz. Pero entonces, doña Agustina, postrada desde años en su lecho de parálitica, aunque dirigiese todavía desde él su familia y su hacienda, no tenía ánimos para ocuparse de los extraños.

— Lamento, Mauricia, que usted ande en estas cosas, — la dijo; — pero yo ya no quiero saber nada de política... ¡Que Juan-Manuel haga lo que quiera! Yo me lavo las manos.

El amargo acento con que estas últimas palabras pronunciara fué una revelación para doña Mauricia: era evidente que, por prudencia, para no exponerse á las negativas que hacía presumir el espíritu inde-

pendiente de Rosas, su anciana madre no quería ya pedirle nada. ¡Ella siempre había sido orgullosa, toda una antigua ricahebra castellana!

De doña Encarnación de Ezcurra, la esposa de Rosas, poco esperaba doña Mauricia, pues era un espíritu sumiso é indolente. Y en cuanto á doña Pascuala Beláustegui de Arana, la mujer del ministro don Felipe Arana, poquitísimo ó nada podría, dado que el bueno de don Felipe no tenía gran poder de persuasión... ¡Como que, ya entonces, se decía que muchas veces, á modo de sangrienta bufonada, Rosas le daba á firmar en barbecho sus decretos, tapando el texto con la mano!

Vió asimismo á varias otras señoras para que intercedieran con don Juan-Manuel, y ninguna se comprometía á nada... Doña Agustina de Rosas, hermana del dictador y esposa del general Mansilla, hombre que se suponía de influencia, tampoco demostró mucho interés por esas «pequeñeces», mujer bellísima como era, inteligente, pero de

inteligencia harto frívola... ¡Es que no, había entonces ni hombres ni mujeres, en realidad, influyentes sobre Su Omnipotencia Rosas! Sólo Manuelita, su hija, esa niña vivaracha y de buenas intenciones, era capaz de pedirle tregua ó benevolencia; y ésta ya había prometido á los Vál-cena hacer, por Regis, cuanto pudiera...

Don Valentín, Silvio, Alberto Riglet y otros amigos, habían realizado, cada cual por su parte y todos sigilosamente, diversas indagaciones; pero sin llegar á descubrir cuál era esa misteriosa «misión» confiada á Regis... Quiénes le suponían en el Sud, con el general don Prudencio Rosas, hermano de don Juan-Manuel y comandante militar de aquella región; quiénes ante el Frayle Aldao, el sanguinario caudillo de la Rioja; quiénes, en fin, en Santa-Fe, con don Estanislao López... Pero los datos eran suposiciones, más ó menos fundadas, que ni coincidían ni se confirmaban.

Viendo que el tiempo transcurría, días,

semanas, sin traer las esperadas noticias, Silvio, en tan duro trance, resolvió consultar confidencialmente la opinión del profesor de filosofía de la Universidad, doctor don Diego de Alcorta, su maestro, hombre inteligente y bueno, que amaba á sus discípulos predilectos como á hijos, y de quien el ausente había sido alumno y amigo. Su casa de la calle del Restaurador (antes de la «Biblioteca»), á la vuela de las aulas, era, en aquellos tristes años, un sitio de selectas reuniones y de culta conversación.

Vivía el profesor con su esposa doña Josefa Belgrano, y una cuñada soltera, doña Carmen, dos hermosas jóvenes. Entre sus asiduos tertulianos de sobremesa se contaban don Manuel Belgrano, hermano de doña Josefa, Montes de Oca, Alagón, Somellera, Argerich, el viejo maestro, y de cuando en cuando, algunos discípulos preferidos como Manuel Balcarce, Félix E. Frías, Vicente-Fidel López, á quienes, joven y docto, trataba don Diego como

compañeros, con la modesta afabilidad de los hombres de estudio.

Sus discípulos habían resuelto, aquel fin de año, hacerle una demostración de aprecio y simpatía. Después de mucho buscar en qué forma conviniera manifestarse, optaron por rogarle se dejase sacar un retrato á la acuarela por el ingeniero italiano y pintor don Carlos Pellegrini, único artista notable que hubiese entonces en la aldea-capital, retrato que todo el curso costearía y con el que sería obsequiado, como recuerdo. Antes de formularle el pedido por escrito, en carta firmada por todos, Balcarce y Frías se comisionaron á « tantear » su voluntad, pues temían ofender su proverbial modestia. Con tal objeto, resolvieron visitarlo una noche, y Silvio se agregó á la comitiva, con el deseo de pedir, en esa oportunidad, á aquel espíritu prudente y afectuoso, sus consejos sobre el « caso » de Regis...

Recibiólos don Diego familiarmente, en el comedor, donde se hallaba platicando,

terminada la cena, con doña Josefa, doña Carmen y el teniente-coronel Maza, uno de los más distinguidos jóvenes del ejército, hijo de don Manuel-Vicente Maza, el presidente de la Cámara de Justicia y de la Sala de Representantes, el amigo y consejero de Rosas. Balbuceando, con el temor de una negativa, expuso Balcárce el unánime deseo del curso estudiantil. Don Diego contestó, muy conmovido, que aceptaba esa generosa demostración, pero que deseaba no le fuera formalmente formulada, por razones fáciles de entender, antes de los exámenes. Y así se convino, con el entusiasta aplauso de Maza, que profesaba el mayor respeto al profesor. También doña Josefa, con lágrimas en los ojos, agradeció la distinción de que era objeto su esposo, quien, para obsequiar á su vez á sus visitas, hizo servir un perfumado vino de Canarias que para las grandes ocasiones guardaba.

Como hacía calor, pasaron todos á conversar al patio, donde se sentaron en rueda, bajo el frondoso emparrado, haciendo reti-

rár las luces, que atraían á los mosquitos. Por ser general preocupación llevóse la plática á la política, y se discutió á Rosas. Don Diego, que fué diputado á la Sala de Representantes y había renunciado, se mostraba pesimista, muy pesimista.

— Las cosas van mal, — dijo, amargo, desalentado. — Yo dictaré mi cátedra y atenderé mis enfermos, sin volverme á inmiscuir en la cosa pública. Nuestro pueblo no se halla preparado para ejercer la Democracia. Nuestra raza no es apta aún para el gobierno republicano. Los antecedentes coloniales, los negros y mulatos que forman casi una mitad de la población de esta capital, y el mismo factor indígena de los campos, no constituyen en manera alguna el conjunto de un pueblo homogéneo y capaz de gobernarse, ¡hum!... Tal vez no estaba tan descaminado como creíamos el buen general Belgrano cuando proyectó hacer del antiguo virreynato del Río de la Plata, un imperio americano, un imperio incásico, es decir, elevando al trono un

príncipe inca, aquel pobre indio que quería casar con una princesa europea de la casa de Borbón, al que nosotros, los muchachos, llamábamos, riéndonos, Su Alteza el «Príncipe Patas-Sucias»!

Después de una pausa, habló el joven Maza:

— Sea como fuere, yo cifro esperanzas en don Juan-Manuel. Creo que, en el fondo, es un hombre bien intencionado... Y si no lo es, ¡tanto peor! ¿Quién podría reemplazarlo? ¡Antes la tiranía que una nueva crisis como la del año 20! ¡Antes la paz de Varsovia que las guerras civiles de Bizancio!

En esto llegaron Alagón y Somellera, inmiscuyéndose en la conversación, franca y abierta, pues todos se conocían y apreciaban, sin temer allí, en aquel hogar modelo, espionajes ni indiscreciones. Por lo numeroso de la tertulia y por el calor, suspendióse esa noche la cotidiana partida de tresillo.

El estudiante Frías se expresó con juve-

nil calor, contra la Suma del Poder público otorgada á Rosas en la legislatura y el plebiscito...

— ¡Era necesario! — observó Maza.

— ¡Lo peor es que aun no conocemos el pantano en que nos hemos metido y todo el lodo que tragaremos! — observó Balcarce, con el énfasis romántico peculiar de los jóvenes intelectuales de su generación, añadiendo: — ¡Ahí tenemos ya una víctima, el pobre Regis!

— ¡Regis! ¿Hay noticias de Regis? — preguntó alarmado don Diego.

— ¡No, no! Lo malo es, precisamente, que hasta ahora no tenemos noticias! Nadie ha querido dárnoslas... — repuso Silvio, ceñudo, aprovechando la ocasión de hablar.

Todos interrogaron, inquietos; y Silvio tuvo que contar detalladamente cuanto sabía, pidiendo á don Diego, que se secaba el copioso sudor de su frente con un pañuelo de batista, su «ilustrado consejo de maestro y amigo»... Intercedió doña Jo-

sefa, deseosa de mantener alejado de la política á su esposo:

— ¿Y qué quieren ustedes que sepa Alcorta? Ahora él vive metido en su casa, entre sus libros, corrigiendo su tratado de filosofía... Y, además, desde los últimos acontecimientos de la Sala, no se trata ya con don Juan-Manuel... Debían consultar á don Felipe Arana, ver á los Anchoarena, al general Mansilla, á don Manuel-Vicente Maza...

Silvio hizo un gesto de desaliento, como contestando que, hasta entonces, no se habían escatimado diligencias; y que todo había sido infructuoso...

— ¡Pues yo pienso que no hay nada grave en todo eso! — afirmó el joven Maza, con convicción. — Aquí, en confianza, puedo darles algunos datos ilustrativos para juzgar el carácter y la política de Rosas... Les diré que... que Rosas desconfía de todo el mundo, ¡hasta de mi padre, que es su mejor amigo!... ¡Hasta de... mí mismo, que incondicionalmente he puesto mi espada á su

servicio, y que tan bien me sabe, por conocerme desde niño, incapaz de toda traición!... Muchas cosas tendría que contarles á ese respecto; pero más me valdrá callarlas... Tiene la desconfianza del gaucho, que siempre prejuzga que el hombre de ciudad quiere engañarlo y burlarlo. Con su chiripá, su bota de potro y sus espuelas nazarenas, es, en cuerpo y alma, en sus habilidades de domador de potros y en sus malicias de caudillo, ¡la quinta esencia del gaucho!... ¡Ah, no hay que dudar, y lo he experimentado ya en cabeza propia, que don Juan-Manuel es un espíritu desconfiado hasta la exageración, hasta la locura, hasta dudar de su amigo Maza, de su hermano Prudencio, de doña Agustina, su virtuosa madre!... Pero si siente la desconfianza del gaucho, posee también algunas de sus virtudes; es generoso, agradecido, fiel amigo...

— Hum, hum... — interrumpió don Diego. — En fin, si tú lo dices, Ramoncito, así será... ¡Quiera el cielo que jamás cambies de opinión!

— ¡Pues curioso me parece que haya quien todavía pueda pensar así, conociendo como tú conoces al asesino de los Cerrillos! — exclamó impetuosamente Frías.

Don Diego intervino, conciliadoramente, para evitar una réplica ofensiva del joven militar, cuyo carácter vehemente y sincero conocía:

— ¡Que haya paz entre los príncipes cristianos! — dijo sonriendo.

— Entre los «príncipes cristianos», es decir,—continuó Frías,—los príncipes que veneran á un mismo Dios: á Cristo. ¡Pero aquél que, como Ramón Maza, pone su Dios en Rosas, no profesa al mismo Dios que yo profeso, Dios de Bondad, Dios de Justicia!

Por muy picado que se sintiera Maza por esta fogosa alusión, reprimiéndose y echándolo todo á broma, replicó:

— ¡Estamos, no en el templo de Marte sino en el de Venus! — y señaló galantemente á doña Carmen. — Ó acaso en la academia, ¡y en presencia del mismo Platón!

— é indicó á don Diego. — ¡No me parece, pues; oportuno disputar como plebeyos!

— Deberías poner en el patio también el letrero que pensabas poner en el comedor, Alcorta, — observó la dulce voz de doña Josefa, — con la leyenda de que «es prohibido hablar de religión y de política».

— Así debe ser en la casa de un verdadero filósofo como Diego, — añadió, en serio, don Manuel. — Porque un verdadero filósofo no discute: pontifica.

Alagón, Somellera y Argerich pasaron entonces al comedor, decididos á jugar al tresillo; y doña Carmen, á pedido general, trajo una guitarra, y cantó, acompañándose con gusto, unas hermosas canciones populares andaluzas. La paz, que hubo de alterarse, reinaba de nuevo en la tranquila casa del profesor de filosofía.

Aprovechándola, Silvio preguntó otra vez, con la energía de la angustia, sobre el partido que debían tomar, respecto á Regis... Don Diego vaciló; volvióse á secar

la frente con el pañuelo, y, exhalando un suspiro, repuso:

— ¡Esperar!...

Don Valentín, luego que Silvio le transmitió la opinión del doctor Alcorta, fué también, por su parte, — y como última tentativa, dado que su compadre don Juan-Manuel no quería aún darle audiencia y los días y las semanas pasaban sin recibir noticias fidedignas, — á consultar á su amigo el doctor don Manuel-Vicente Maza, el hombre de consejo del dictador y el hombre decorativo de la dictadura...

Con atención, meneando la venerable cabeza blanca á uno y otro lado, escuchólo don Manuel-Vicente; y cuando terminó, como si se hubiese apalabrado con don Diego, dióle, con voz sorda en la que vibraba una violenta emoción contenida, el mismo veredicto que á Silvio diera el profesor de filosofía:

— ¡Esperar!

Y todos los amigos, ansiosamente interrogados, pensaban y repetían lo mismo, á

don Valentín, á doña Mauricia, á Blanca, á Silvio, á Alicia, á Alberto Riglet: ¿había que esperar! ¿Sabían ellos lo que significa «esperar», cuando el alma se halla al borde de la Desesperación, que atrae con su Vértigo de Abismo?...

LIBRO SÉGUNDO

Engrillado Regis, que yacía inerte sobre la quilla del lanchón que lo transportaba á Santa-Fe, Pantuci dejó vagar su mente... En el humo de su cigarrillo criollo, veía formarse ¡él también! la silueta de Blanca Castellanos, la esposa de su antiguo amigo, entonces su prisionero. Recordaba, á su vez, su amistad de colegio, cuando Regis protegía al débil «provincianito», con la generosidad de sus puños de aristócrata. En agradecimiento, él lo admiraba... ¡Pero, nunca, ah, nunca lo había querido! Era Válcena demasiado superior para hacerse amar de un espíritu pequeño como el suyo. Su distinción innata, su inteligencia, su misma bondad, le chocaban, le herían

como insultos. En vano él, por su propia conveniencia, disimulábase hasta á sí mismo ese bajo-fondo de su alma plebeya; en frecuentes ocasiones instintivas palabras y hasta actos demostraban la oculta antipatía; desbordada como la cicuta en una copa demasiado llena.

Regis, en la hermosa confianza de su superioridad, en nada reparaba; creía en el cariño de Julio como en el suyo propio. Cuando algún tercero, su hermano Bernardo, por ejemplo, le revelaba alguna infidencia de su amigo, se encogía de hombros, con esa bella altivez de la ignorancia. Más de una vez alguna chocarrería de Pantuci hubo de enfadarlo; pero, entonces, éste pedía disculpas, humildemente... «¿Cómo has podido suponer que yo tuviese una intención mala?» le decía; y Regis, siempre dispuesto á creer lo mejor, se disculpaba también de su sospecha, enternecido. En su fuero interno, Pantuci se repetía luego, por centésima vez, que, decididamente Regis era un tonto; y, en

secreto, con otros amigotes de almas plebeyas como la suya, burlábase de su caballeridad.

Pasada la adolescencia, Regis fué ya más prudente, aunque conservando siempre su afecto. Había llegado á conocer un poco más á los hombres, y sospechaba la inferioridad moral del compañero de su infancia. Y tanto que, cuando volvió de Europa, no le extrañó ya mucho que le contaran los festejos de Julio, á Blanca, su prometida.

Si Pantuci hubiese podido leer claro en su propio espíritu; si no tendiese, por instinto, á ser más ó menos hipócrita consigo mismo, sabría cuánto pudo, sobre su pasión por Blanca, su vergonzante antipatía á Regis. ¡ Vencerlo, aniquilarlo, hacerle morde el polvo de la derrota, siquiera una vez! Luego, como siempre, él perdonaría; creería en una atracción violenta, irresistible, que dominara, en la una, sus amorcillos de niña, en el otro, su amistad de adolescente. Pero las cosas no pasaron así; á pesar de su cautela y su firmeza, Julio fué

rechazado. Y este contratiempo le enardeció; acabó por encender su pecho un verdadero amor, la verdadera llama, la inextinguible.

Preso en sus propias redes, al volver Regis de Europa, se sintió agonizar de celos... Para distraerse, ingresó al ejército, se entregó á Rosas en cuerpo y alma, acaso con el vago é inconfesable anhelo de que el Destino le deparara una revancha. ¡Y he aquí que esta revancha se le presentaba sola, casualmente, en una oportunidad que él no había buscado, pero que aprovecharía, ah, sí, que aprovecharía! ¿Cómo? Eso lo ignoraba aún, esperando todavía circunstancias más favorables de ese caprichoso Destino que tantas veces favorece á los mal intencionados... Embargábalo el firme presentimiento de que, en días acaso no distantes, las hallaría... ¡Y en esos momentos, sentía una gozosa compasión por Regis!

Al anochecer llegaron, mudos como si

hubieran todos perdido el habla, al puerto de Santa-Fe. Desembarcaron en la noche creciente, y llevaron á Regis, previo anuncio, á presencia del gobernador don Estanislao López, el caudillo aliado de Rosas. Este, un gaucho torvo y ladino, miró de soslayo á Válcena, escuchó en secreto á Pantuci, leyó las comunicaciones del dictador, y mandó que se pusiese al preso, que conservaba sus grillos, en la «Aduana», en la misma cárcel que, unas semanas antes, después de cuatro años de duro cautiverio, había abandonado el general don José-María Paz.

La Aduana era un edificio amplio, cuadrado, de dos pisos, techo de teja, con un gran patio en el centro, edificio que al propio tiempo servía de casa de gobierno, de aduana, de cárcel y de cuartel para un corto piquete de soldados, custodios de los presos y de la sagrada persona del gobernador. Allí fué transportado y encerrado en una pieza del piso alto, llena de polvo y telarañas, ventilada por un tragaluz que

daba al campo y otro al patio y puertas cerradas con infranqueables hierros, Regis Válcena, á quien, por un exceso de precaución, dejáronse las esposas que le enlagaaban las muñecas y los tobillos. — Un murmullo vago y exótico y un inmundo hedor de bestiarío romano subían desde unos galpones-jaulas del piso bajo, donde se hacinaban los indios prisioneros que esperaban la hora del sacrificio...

Los hierros de Regis sonaron toda la noche, que pasó insomne y exaltado, arrastrándolos de uno á otro extremo de la pieza, como una fiera encadenada...

Amaneció una aurora pálida, y Regis, postrado, cayó sobre un catre, en un sopor que casi era sueño... No pudo, empero, disfrutar de este descanso, porque muy pronto lo despertó el ruido de su cerradura que rechinaba; pensó que venían á anunciarle su muerte... Abrióse la puerta, y presentósele el cabo Ferragut, con un rebenque en la mano, de ancha lonja, de cuero, y con su peculiar sarcasmo cabrilleando en su ojo único...

— ¡Vamos á ver, maula, hasta qué horas piensas dormir!... ¡Tengo orden del señor gobernador López, de vigilarte, y aquí estoy pa servirte! — dijo, quebrando la cintura con su aire insolente de «compadre».

Regis se incorporó, cadavérico.

— ¡Vamos á ver, pues, *niño*, — agregó con pérfida ironía el cabo, — si no se encuentra cómodo con esos fierros que le pusimos ayer! Si promete portarse como Dios manda, se los sacaremos...

Por toda contestación, tendióse Regis de nuevo en el catre, que cimbraba bajo su peso, y dió vuelta la cara á la pared.

— Diga, *patroncito*, si no quiere que le sirvamos un mate... — agregó Ferragut con socarrona sumisión, haciendo chasquear su inseparable rebenque. — ¡Conteste, pues, el orgulloso, que á caballo mañero se le corrige á lonjazos! — y la lonja vibraba latigueando el suelo. — Supongo que ya se le irán yendo los humos; porque hay que acostumbrarse...

Seguía Regis en su mutismo, que exas-

peraba á Ferragut, el de funesta pupila, quien, encolerizándose, con su cólera sonriente de gaucho perverso, dijo:

— Sino, *patroncito*, habrá que calentarle los lomos á rebencazos, como á un salvaje unitario que es... ¿No es verdad, *patroncito*, que usted es unitario?... ¡Pero no seas orgulloso, que pa nada te servirá aquí tu orgullo!

Y sin más ni más, acercándosele, le pegó con su rebenque, en la cadera, un primer lonjazo, suave como una caricia. Regis saltó, como si le quemara; y, sintiéndose amarrado é indefenso, lanzó como un rugido que casi era un sollozo... El catre, bajo su cuerpo y sus movimientos, se desvencijó, cayendo ruidosamente al suelo... Entonces, con ruidosas carcajadas, poniéndole un pie en el cuello como á un potro boleado, Ferragut preparóse á descargar su ira en violentos rebencazos... En esto, lo sorprendió la alta figura negra de un sacerdote de largos y ondeados cabellos blancos, que llegó y se detuvo ante el dintel de la puerta, como un ángel salvador.

— ¿Qué haces? — preguntó al chino, con voz en que temblaba la indignación.

— Nada, padre,—repuso hipócritamente Ferragut, suspendiendo el rebenque. — Ha insultado á Nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes... y ha querido escaparse... y lo castigo, — y aquí alzó su lonja otra vez, sobre el cuerpo caído del preso...

Sin dejarlo continuar, el sacerdote le detuvo el brazo:

— ¡Fuera de aquí, insolente! ¡Ya verás cómo don Estanislao te castigará también á ti, por pegar á sus presos!

— Este salvaje unitario no es preso del general López sino del general Rosas. Soy el encargado de vigilarlo y le pegaré cuando se me dé la real gana, sin que pueda impedírmelo ni el fraile más pintado, — exclamó el tuerto, y salió, sonriendo provocativamente.

Cuando quedaron solos, el sacerdote ayudó á Regis á levantarse, diciéndole, con ternura:

— ¡Dios te dé paciencia, hijo mío!

— ¿Viene á prepararme para la muerte, padre? — preguntó Regis, alzándose, con la calma de la resignación.

— No, vengo á visitarte. Soy el cura doctor Amenábar, y conozco á don Valentín, tu padre. Vengo á ofrecerte mi ayuda, en lo poco que vale.

Conmovidó, Regis agradeci6.

— Tienes en mí un amigo, — añaadi6le el cura. — Yo intercederé por ti ante el gobernador López.

Alzóse de hombros Regis, como diciendo: «¿Para qué? ¿No debo morir hoy ó mañana?»

— ¡No, hijo! — observó el cura. — Hay un mal entendido en todo esto...

— Hay un mal entendido por el cual seré fusilado.

— No se trata aún de fusilarte...

— ¡Aún! Mañana se me dirá «*todavía* no se te fusila»; y al día siguiente... Vea, padre, aunque no soy muy buen cat6lico, estoy dispuesto á confesarme, para darle ese gusto á mi madre, cuando le llegué la noticia de mi muerte.

— Te confesaré, si lo deseas. Pero en cuanto á tu muerte, nadie piensa en ello.

— *Por ahora.*

— Por ahora, si así lo quieres...

— ¿Sabe lo que se me ocurre, padre...?

— Amenábar, hijo.

— Ocurrésemme que más me valdría acabar hoy, que mañana, que dentro de un año, ó cuatro ó cinco; como el general Paz, mi antecesor en esta prisión.

— Por ahora nadie piensa tampoco en fusilar á Paz. ¡Pero tú te salvarás! ¡No te quepa la menor duda, salvarás! Pantuci me ha dicho que tu prisión es una broma de Rosas.

Al oír nombrar á Pantuci, Regis no pudo dominar, en su rostro, una expresión de ira:

— Si Pantuci lo ha dicho, así será, — repuso, sombrío.

— Me explico que estés enfadado con tu antiguo amigo Pantuci; pero éste no ha hecho más que cumplir órdenes superiores. Está muy apesadumbrado por ti. Él me ha

pedido que venga á infundirte ánimo y paciencia... ¡Pantuci te quiere! Desengáñate! ¡Con los ojos húmedos ha ido á rogarme que interceda por tí ante López y te visite!... Si él no me lo hubiera rogado, acaso no hubiese yo venido, porque no me gusta meterme en estas cosas de política. Tengo mi iglesia y esto me basta.

— Y en suma, ¿qué es lo que ha venido usted á anunciarme, la muerte ó la libertad?

— Ni la muerte ni la libertad, hijo: la vida. La vida basta en estos tiempos sangrientos.

— La vida basta. Me echaré de bruces para que pase sobre mi espalda la tormenta de sangre, — agregó Regis, irónico, — así como los árabes en el desierto, cuando los sorprende la tormenta de arena.

— A eso vengo á exhortarte. A que te echés de bruces y dejes pasar la tormenta. Si quieres quedar de pie, te asfixiarás.

— ¿Y qué debo hacer, padre?

— Debes principiar por hacer justicia á Pantuci.

— ¡Hacer justicia á Pantuci! ¿Acaso no hago yo justicia á Pantuci?

— Debéis borrar uno y otro las ofensas recíprocas, para que él, de vuelta, no informe mal á Rosas...

— ¿Eso es hacer justicia, padre? ¡Eso es hacer política!

— Sea lo que quieras. Justicia ó política, debes hacerlo. Él se halla dispuesto á tenderte su mano. Ambos debéis olvidar el mal momento.

— Si es un mal momento, lo olvidaremos...

— ¡Está en tu interés, Válcena!

— ¿Entonces no es por humildad cristiana que usted me lo aconseja, padre? — preguntó Regis, más sarcástico que impaciente.

— Es por caridad cristiana que te lo aconsejo. He conocido á tu padre; sé tu historia; te compadezco y te deseo el bien.

— Gracias. ¿Y no me aconseja también estirar mi mano al chino que me reben-

queaba? — preguntó Regis, estremeciéndose de ira al recordar su humillación.

— No. Ese no es enemigo para ti.

— Pantuci lo es, entonces. ¿Y no me decía usted que Pantuci es mi amigo y que yo lo desconocía?

— El capitán Pantuci ha tenido que cumplir un deber penoso...

— Muy penoso, hum.

— Y lo siente. Yo no pretendo que sea un santo, pero no lo creo un malvado. En fin, piénsalo... Me voy á ver á don Estanislao para pedirle que te haga sacar las esposas. Iré con Pantuci.

— ¡No! — pidió enérgicamente Regis. — ¡Que me dejen las esposas, pero que me quiten de carcelero á Ferragut! ¡Pida esto, padre, pídale, si es usted cristiano, si usted es hombre!

Prometiolo el padre Amenábar, y salió, muy contrito, ofreciendo volver pronto. Regis quedó solo, sometido otra vez á Ferragut, que le alcanzó un almuerzo repugnante, compuesto de carne semi-corrom-

vida, impregnada del hedor de bestiaro que subía de los galpones-jaulas en que estaban hacinados los indios presos.

En la tarde, volvió el padre Amenábar, y saludando alegremente á Regis, exclamó desde la puerta:

— ¡Albricias!

— ¿Qué me trae, padre? ¿Los santos sacramentos?

— No, una orden para que te despojen de tus esposas... y algo más.

— La libertad, cuando menos...

— No, sentémonos y hablemos.

Y, en efecto, ambos se sentaron, el padre sobre una silla de paja, Regis sobre un nuevo catre que le había sido traído para substituir el que de puro viejo se había roto.

— ¿Recuerdas lo que te dije de Julio Pantuci? — observó el cura, acercando su silla, confidencialmente. — Pues bien, el capitán no es tan mal muchacho como supones. Está muy arrepentido de haberte

hecho engrillar cuando venías. Me rogó te presente sus disculpas, y, si las aceptas, vendrá él mismo á reiterarlas... Se halla abajo, esperando tu contestación...

— Mi contestación es ésta: ¡que es un miserable! Llévesela de mi parte. Y si no quiere, se la gritaré yo mismo, desde esta ventanilla...

Como el joven hiciera ademán de realizarlo, levantándose con la frialdad aparente de un sentimiento muy meditado, el sacerdote lo contuvo, con un gesto suave y su insinuante voz de clérigo:

— ¡No harás eso, hijo! Puedes no quererlo; podrás no perdonarlo, no perdonarlo jamás... Pero ¡entiéndelo bien, mi hijo, te conviene que vuelva como amigo y no como enemigo, *¡te conviene!*

— Y aunque yo cometiese la ingenuidad de admitir sus excusas, ¿no volverá siempre como enemigo? — interrogó Regis con silbante entonación.

— Tal vez. Pero la reconciliación no puede empeorar tu causa, y *podrá* mejorarla.

— Tal vez. Pero esa *reconciliación*, como usted la llama, me cuesta mucho, señor cura, ¡me cuesta mucho!

— ¡Por tus padres, por tu esposa, hazla!

— ¿Aunque se me caiga el rostro de vergüenza?

— Ponte una máscara. Además, nunca será acción indigna. Y en todo caso, adopta este temperamento hoy, que eres víctima; mañana, otra vez libre, pedirás las cuentas que creas se te deban...

— ¡Diplomacia católica!

— ¡Diplomacia humana, nada más que humana!

Y Regis, cortando la disputa, demudado por una violenta emoción, dijo:

— ¡Hágalo subir, padre!

El cura Amenábar desconfió de esta mudanza de actitud... ¿No querría hacerlo subir para insultarlo mejor?

— Hágalo subir, padre, — repitió Regis.

Pantuci, como si espíase la escena, se presentó entonces, entrando tímidamente.

— Como me hacían esperar tanto, he

querido subir solo... á pedirte disculpas, Regis. No he hecho más que cumplir con mi odiosa obligación de militar...

— ¡De esbirro querrás decir!

— Lo siento en el alma; pero Rosas y Corvalán me impusieron esta ingrata tarea... ¡Perdóname!

— ¿Y por qué no me dijiste la verdad cuando partimos?

— ¡La verdad! La verdad es que yo no te traía como prisionero... Pero tenía orden de aprisionarte y engrillarte si querías desertar... Y tú, cuando me insultaste no me diste tiempo de darte una explicación... ¡Estabas tan exaltado!

Así continuó, de pie, muy paciente, muy conmovido, dando razones, tendiendo sus manos conciliadoras... «¡No, esta vez ya no me engañas! — pensaba Regis. — ¡Ya basta! ¡Ahora seré yo quien mejor disimule, miserable!...» Y como obedeciendo á un nuevo impulso generoso, le tendió también las manos, que Pantuci apretó con el calor de la vieja amistad. — Tal fué la reconcilia-

ción que apadrinaba el padre Amenábar; y, cual si se la festejase, llamó éste á Ferragut para que quitase al preso sus esposas, cumpliendo una orden de don Estanislao, que había accedido á su súplica.

El capitán y el cura abundaron en frases de consuelo y de esperanza. López cumplía, al tener preso á Regis, un encargo secreto de Rosas; y el día menos pensado vendría otro encargo del mismo Rosas, el de la libertad... Entre tanto, tratarían de hacerle pasadera su prisión, visitándolo frecuentemente, hasta que llegara el momento de partir de nuevo... Pantuci debía volver dentro de unos pocos días, y llevaría á don Juan-Manuel los mejores informes sobre la sumisión, el estado de ánimo y las ideas de Válcena; y entonces daría fin el tirano á su pérfida broma... Sólo una cosa más debía Regis disculpar á Pantuci, y es que lo entregara á tan odioso carcelero como Ferragut: ¡era orden expresa del tirano!

Pasaban los días, tristes, monótonos, y,

una mañana, Pantuci anunció á Válcena que partía para Buenos-Ayres. Afectuoso como siempre, Regis sintió hondamente esta noticia, pues el trato diario y cariñoso de Julio, había borrado algo en su ánimo el anterior sentimiento de repugnancia. Si no llegaba á disculparlo aún, por lo menos ya no le odiaba, y hasta desconfiaba menos de sus amistosas protestas. ¡Un poco más, y lo hubiera apreciado otra vez, con su antigua amistad de aristócrata! No poco influía en ello el venerable cura Amenábar, visitante asiduo y á todas luces bien intencionado, haciendo siempre su cristiano papel de conciliador y confidente.

Pantuci ofreció á Regis llevar secretamente á su familia la correspondencia que quisiese encomendarle, y éste, después de mucho meditar, escribió dos cartas, una á sus padres y otra á su esposa, ambas lacónicas, serias y alentadoras, pidiéndoles que, por ahora, no trataran de verlo y limitaran sus buenas intenciones á interceder ante el Gobernador. Calló el lugar donde

se hallaba, por prudencia, á pedido de Pantuci, quien encargóse de comunicarlo verbalmente. Aunque quiso también escribir al mismo S. E. y á algunos personajes federales, el emisario negóse terminantemente á llevar estas cartas, porque tenía especial consigna de no hacerlo.

— Bastante hago con encargarme de las dos cartas á tu familia, exponiendo mi vida, — dijo. — Pero hablaré personalmente á don Juan-Manuel, pidiéndole tu libertad. Al fin y al cabo, tú no eres un revoltoso, un preso político, puede decirse... ¡Ya verás cómo bien pronto él te mandará llamar, para que le sirvas efectivamente en el ejército, y con sueldo y grado!

II.

La despedida de Pantuci produjo en el ánimo de Regis una melancólica sensación de soledad... ¡Ahora sí que quedaba solo, entregado á la merced del caudillo López! Verdad es que éste antes no se había mostrado nunca tan cruel como sus colegas Quiroga, de San Juan, el Frayle Aldao, de La Rioja, ó Rosas, de Buenos-Ayres; pero, con todo, en los últimos meses, al decir de las personas que lo rodeaban, su carácter había cambiado, agriándose más y más, acaso por una enfermedad, acaso por las humillaciones que Rosas le imponía...

El año anterior, habiendo vencido el término legal por el cual había sido elegido gobernador de Santa-Fe por la sala de Re-

presentantes, tratábase de elegir el nuevo gobernador; se le reeligió, como era natural, pues él era el cacique de la región; mas, siguiendo en esto el ejemplo de su compadre Rosas, renunció hipócritamente, para que se le rogara, de rodillas, que aceptase otra vez el mando... En momentos en que su inesperada renuncia causaba cierta indecisión y embarazo en la Sala de Representantes, apareció un pasquín, tildando á éstos de irresolutos y pusilánimes y manifestándoles que había otros santafecinos dignos de asumir el gobierno... Llegado el pasquín hasta el caudillo, su furor estalló como un rayo. Aceptó la reelección y procedió *ipso facto* á descubrir el panfletista. Ocurriósele que un señor Zañudo debía saber quién era, y le inventó un singular suplicio para que lo descubriese: atáronsele las manos con una cuerda y suspendiósele de una viga, gravitando su cuerpo en el espacio, hasta que hablara... Zañudo resistía, pero al sentirse desmayar, ofrecía una revelación que le proporcionara una

tregua, pues entonces se le descolgaba; y como, descolgado, nada tenía que revelar, y limitábase á protestar de su inocencia y su ignorancia, volvíasele á colgar de la viga... Este «jueguito» duró hasta que perdió el conocimiento, por los dolores y la debilidad... Como no muriera, ordenósele saliese de la provincia con otro señor, un tal Francisco Benítez; fuéronse ambos á Buenos-Ayres, donde el primero halló, más tarde, una muerte trágica.

También con los indios manifestábase el exacerbamiento de López. Una noche que daba un gran baile en el Cabildo, llególe la noticia de una sublevación en las Tolde-rías de San Javier, á unas tres horas de la ciudad, que produjo la muerte, á lanzazos, de un piquete de seis ú ocho soldados y de su comandante, Oroño. Furioso, mandó suspender el baile, determinado á vengarse...

Tenía, al efecto, en una cárcel especial, siempre á sus órdenes, por lo que pudiese suceder, herméticamente encerrados, unos ciento cincuenta ó doscientos indios, que

ahora serían sus primeras víctimas expiatorias. Seguiría aquí, una vez más, el ejemplo de Rosas, que, para castigar otra rebelión semejante, había hecho matar á balazos, después de pasearlas maniatadas por las calles de Buenos-Ayres, copiosas masas de indios pampas prisioneros, hombres, mujeres y niños; y como la pólvora era cara para gastar en ellos «tiros de gracia», mal heridos por las primeras descargas, habíaseles ultimado á bayoneta calada — en la plaza del Retiro, que en el período colonial fué de Toros, después de ser mercado de esclavos, — entre las risas y los aplausos de un populacho ebrio de sangre.

Pero López, con distinto carácter, vengóse de otro modo de la muerte de Oroño y sus soldados... Todas las noches una partida de policía sacaba dos indios de la cárcel, so pretexto de llevarlos á trabajar; los amarraba y arrastraba á latigazos, los ejecutores á caballo y los indios á pie, hasta un alto montículo de los barrancos del Paraná, llamado del Remanso. Allí se les dego-

Haba, con sables desafilados, y arrojábanse sus cuerpos al río, enrojeciendo sus aguas. Los esbirros volvían con algún trofeo cortado de los cuerpos agonizantes, quien con una mano, quien con una oreja, quien con la cabeza; y como no faltaba nunca alguien que, bromeando siniestramente, mostrase esos despojos á los indios presos, éstos sabían de antemano, á pesar del pretexto del trabajo, el destino de los dos desgraciados que se sacaban al azar, noche á noche. Conforme mermaban los presos, cada vez era, para cada uno, mayor la probabilidad de ser supliciado ese mismo día... Entonces, cuando se iban á extraer las víctimas de la noche, reñían entre ellos, cada cual por no salir y porque otros salieran, sin armas, ¡hasta degollarse con las uñas! Llegó á hacerse peligroso sacar de noche, al tanteo, la consabida pareja. A pesar de las precauciones que se adoptaban, la desesperación podía irrumpir en una revuelta confusa...

Por esto, López resolvió que se excar-

celaran á la luz del día, todas las mañanas, siete, ocho ó diez indios, se amarrasen de las manos, formando un «rosario» de grandes cuentas, y se transportaran á los galpones del piso bajo de la Aduana, esperando su hora. De allí se extraían, en el misterio inquietante del crepúsculo; atábanse los extremos del «rosario» á las monturas de dos buenas cabalgaduras, y llevábaseles, en hilera, «á la cincha», es decir, á la rastra, custodiados los flancos por otros jinetes; hasta el Remanso... Ya al atarlos, como á animales domésticos, domesticados por el terror, hacían los verdugos sus curiosas predicciones, avezados como estaban en ese sport: «Este va á berrear como un cochino»; «aquél se dejará destripar como un cordero»; «el de más allá sí que es tigre, con ese nos divertiremos, ¡qué ojazos!...» Y luego, sobre el promontorio de la ribera, frente al ancho río, repasaban, una á una, las cuentas del «rosario», como sacerdotes de una religión sombría y despiadada; y, como

complemento de sus ritos, arrojaban los cuerpos sangrando al agua del Remanso, para pasto de los peces.

Y es tradición que allí se criaban los dorados más sabrosos y más grandes, hasta de dos varas de largo; pero en la ciudad nadie quería comerlos, porque, al decir de la gente, tenían demasiado pronunciado un cierto saborcillo dulzáceo peculiar de la carne humana, aun de la de indio. En efecto, los sacrificadores, cuando lanzaban desde lo alto los cuerpos exánimes, veían correr, entre las mansas ondas de plata, estremecimientos de oro de las escamas de dorados gigantes como delfines, que acudían con sus grandes ojos negros y redondos y sus mandíbulas abiertas, coleccionando, á devorar, antes de que los vislumbraran los dormilones caimanes, las ricas presas diarias, que caían envueltas en imperiales túnicas de líquida púrpura.

Regis, desde su ventana, los veía partir, siempre mudos y taciturnos, bajo el cielo estrellado, en un convoy orientalmente

fantasmagórico. Algunas veces oyó exclamar, en el grupo de soldados, al cabo Luna, un gran voluptuoso de la sangre:

— Y á ese *niño* que está ahí arriba, ¿cuándo lo llevaremos al Remanso?

El cabo Ferragut, que, como gran aficionado, ayudaba á las ejecuciones, respondía, «compadreado»:

— *Ese*, dejémelo V. S., que á mí solo me corresponde, por especial encargo de don Juan-Manuel.

— ¡Qué don Juan-Manuel! Donde manda don Estanislao, no manda naides más.

— Si V. S. lo dice, así será, — agregaba Ferragut, mascando un gajo de olorosa albahaca, misterioso como quien sabe muchas cosas que calla...

Habiéndose improvisado en el piso bajo de la Aduana una cárcel de indios, pronto se colmó ésta, por una grande entrada de nuevos prisioneros. Batíaseles en toda regla. Y lo más extraño es que los indios sociables que servían en el ejército, y tenían su cuartel en la Aduana, veían impávidos

el sacrificio de sus hermanos. Eran Abipones del Chaco, entonces aplastados por la superioridad de los blancos y mestizos, pero antes feroces enemigos. Las hembras sobre todo, habían sido ¡y eran aún! habílisimas en el arte de supliciar, tan delicado y tan difícil...

En tiempos cercanos, habiendo enviado el gobernador de Corrientes tres indios principales á López, de regalo, éste decapitó dos, después de hacerles bautizar por el doctor Amenábar, lo que nunca se efectuaba con otros (hecho que comunicó luego al obsequiante, como una fina atención); y al tercero, hijo de un antiguo cacique enemigo de los Abipones, lo entregó á un toldería que éstos tenían en el Sauce, en prenda de amistad... Ellos, á su vez, lo confiaron á una india cuyo padre había muerto en manos del cacique...

La india amarró bien el prisionero, un fornido mocetón, á un árbol, y se entregó á su venganza sutil, sorbiéndola glotonamente, á traguitos: con su mano sabia,

mientras le corrían por el dorso estremecimientos de placer, hundíale por todo el cuerpo, sin matarlo, una larga y delgadísima aguja... Punzaba en silencio, la mirada encendida, serena como una reina que distribuye justicia, y punzaba y punzaba siempre, sacando y sumergiendo su aguja en aquella carne joven, como si la acariciase... A veces, llevaba á sus labios una perla roja y tibia que caía de la sedienta punta, y, cerrando los ojos, paladeaba deliciosamente su acre sabor.— Con los puntillos oscuros que dejaba la aguja en cada herida, formaba, sobre la tersa piel del mancebo, figuras geométricas dotadas de esa admirable simetría que hace la belleza de los primitivos dibujos de los pueblos ingenuos. Cuando la sangre borraba las figuras, limpiábala con un copo de lana; y cuando éstas reaparecían, — círculos de líneas punteadas, triángulos, estrellas, caprichosos arabescos, — se retiraba hacia atrás para gozar su efecto estético, entornando los párpados... Así

tuvo á su víctima cinco días y sus noches, hasta que expiró, desangrándose, sin descanso, gota á gota... ¡Y estos indios Abipones, que habían formado parte de las misiones jesuíticas, tenían nombres de santos, su calendario, su culto católico!

Ya por su asiduo visitante el doctor Amenábar, ya por un chinillo cordobés que le alcanzaba á veces las comidas, todos esos hechos llegaban á oídos de Regis, distraían su imaginación y llenaban de asombro su espíritu europeo. Porque en esos tiempos, preocupaba la vecindad de ciertas tribus del Chaco, antes aliadas y ahora enemigas de López. No hacía mucho que habían entrado á la villa, en ausencia del gobernador, á sangre y fuego, robando cuanto quisieron. Después, otros excesos como la muerte de Oroño, habían colmado las hostilidades, y López, como medio de intimidarlas, usaba el terror de sus diarias ejecuciones en el Remanso.

Amenazó repetidas veces Ferragut á Regis, con entregarlo á los indios del Sauce,

por medio de una embajada de lenguaraces, para que lo supliciaran. Todo, hasta eso, podía esperar el preso bajo la fría mirada de su odioso guardián, cuya única pupila centelleaba, sanguinolenta y cruel.

Consultó sobre el caso á Amenábar, quien se burló de sus temores. ¡No era posible que un buen día, entregara López, porque sí, á un cristiano selecto como Válcena, á esas garras de fieras! Lejos de ello, debía esperar más bien la libertad, que Rosas ordenaría en el primer chasque que enviase, acaso ya en camino...

— La bondad de Dios es infinita, hijo mío, — le dijo, — y tu caso, lejos de ser desesperante, es de los más benignos. Ayer he hablado de ti al señor Cullen, ese español que sirve de ministro al gobernador, y él me ha prometido pedir gracia para ti, por carta, al mismo Rosas. Te lo traeré un día, para que hable contigo...

Frente á la Aduana, erguía sus campanarios la iglesia matriz de la ciudad, de la

que era cura párroco el padre Amenábar. Y ¡cosa extraña! en el estupor en que cayó Regis durante sus primeros días de prisión, no llegó ni á apercibirse casi de la proximidad de esas campanas, que diariamente tocaban misa, al despuntar el sol, y al hundirse, el Angelus. En el sacudimiento total que su naturaleza sufriera, parecía haberse curado de *sus campanas*, puerilidades que fueron de hombre feliz...

Sólo que, ahora, los toques del vecino campanario, poco á poco, cada día con más claridad, fueron évocándole, por misteriosa asociación de ideas, otros recuerdos: el momento en que *otras* campanadas interrumpieron, en la noche de bodas, las primeras expansiones de su cariño, allá lejos, muy lejos, en el nido de novios... Conforme se debilitaba su naturaleza, en la reclusión, y hacía-se más y más impresionable su sistema nervioso, fué notando mayor y mayormente el doble campaneó diario del templo... ¡Llegó á amar esas campanas argentinas, como á compañeras

fieles y piadosas, como á visitas puntuales y consoladoras!

Instintivamente, despertábase á la madrugada para oirlas, y, muy recogido, oíalas de nuevo al crepúsculo... ¡Como si un ángel invisible le advirtiera cuando iban á sonar, él lo sabía, porque el corazón se lo anunciaba!... Para escucharlas mejor, poníase de pie en el momento preciso, esperaba, tendía el oído, paladeaba así sus metálicas vibraciones, y, cuando el último toque agonizaba en la atmósfera, caía sobre una silla como anonadado, como sumido en un transporte de éxtasis...

Doblaba entonces la cabeza, apoyaba los codos sobre las piernas, apretábase ambas sienes con las manos, hundiendo los dedos febriles en los ensortijados cabellos, cerraba los ojos, y veía,—veía tanto ó mejor que si fuera la realidad misma,—á Blanca, que en la noche nupcial, en su albo traje de encajes, despojándose del velo y de la corona de azahares, venía hacia él, tendiéndole los amantes brazos y la fresca y

sonriente boca, que se entreabría como un capullo de lirio al beso de la primavera... ¡Estas eran ahora *sus campanas*, este arrobamiento, este sueño que desfilaba, durante unos segundos, todos los días dos veces por su alma, dejando en ella un perfume de incienso y una estela de luz!

Regis pidió libros; pero en Santa-Fe no había más libros en venta que cartillas y devocionarios. El padre Amenábar le prestó algunos tratados de teología, escritos en castellano antiguo, y una Biblia. Aconsejóle que, para distraerse, se dedicase á algún trabajo manual, como á tejer cestos de mimbre, que fué la ocupación favorita de su antecesor en esa celda, el general Paz...

A veces, distraíalo el tumulto de un espectáculo favorito de López y sus soldados, que periódicamente se repetía en el gran patio de la Aduana: la lucha de dos indias beodas. Excitábanlas previamente; como á gallos ingleses antes de presentarlos á la

riña, y después las lanzaban, desnudas, vestidas sólo por un guñapo roñoso en la cintura, una contra otra... La pelea, que comenzaba como un juego obsceno, terminábase en estridentes alaridos, arañazos y revolcones; la turba aplaudía con entusiasmo, prodigando una ovación á la vencedora. Y cuando ésta caía rendida por la fatiga, no faltaba en la soldadesca algún fauno que transportase en sus velludos brazos la ninfa cobriza y trashumante, cubierta de polvo amasado con sudor y sangre...

Ferragut, cuya ferocidad habíase aplacado un tanto con la aparente sumisión de Válcena, permitíase también distraerlo, de cuando en cuando, con sus «bromas» de chino cebado en sangre humana. Cierta noche, llegó hasta robar un cadáver de indio á los hambrientos peces de oro del Remanso; y, aprovechando un sueño de mortal postración en su prisionero, introdujelo á su celda. Lo colocó de pie, apoyado en unas sillas, junto al lecho, con una mano extendida sobre la cabeza de Regis, que

dormía, como narcotizado por la debilidad, el cansancio y la fiebre. Y saliendo con una sonrisa triunfal en su ancha y carnosa boca, cerró el calabozo y dejó solos, frente á frente, al indio muerto y al blanco vivo...

Como á éste, que roncaba, de espaldas, lo importunase en su sueño la caricia de una mano helada sobre la calenturienta frente, dos ó tres veces intentó alejarla con la suya, como á un insecto incómodo... Después de algún tiempo, no consiguiendo librarse del importuno cosquilleo, dióse, medio dormido, bruscamente vuelta: un frío manotón sobre la cara lo despertó... Abrió los ojos, ¡y vió que era un fantasma descabezado, desnudo y sangriento quien lo cacheteaba!... Incorporóse, pasándose varias veces la mano por los ojos, como para sustraerse de una tétrica pesadilla...

Convencido de que aquello debía ser una alucinación, tendióse otra vez, cerró los ojos y quiso dormirse de nuevo; pero el fantasma lo perseguía... Sintió sobre su cuello el contacto de sus dedos de carne de

culebra... Pasó minutos y horas, tiritando, toda la piel hecha un pellejo de gallina... Y así amaneció, creyendo volverse loco, con los ojos cerrados, acurrucándose contra la pared... En momentos en que dormitaba, un olor nauseabundo despertólo: ¡las secreciones del cadáver! ¡Era, sí, no un fantasma de pesadilla, sino un cadáver de carne y hueso, un hediondo cadáver, al que derribó de un manotón histérico, en el momento preciso en que entraba Ferragut, riendo y guiñando alegremente su ojillo!

— ¡A ver, *niño*, si me deja quietos á mis muertos!

Y se llevó al muerto, arrastrándolo, sin que le hiciera Válcena el honor, en el digno silencio que se había impuesto, de dirigirle un solo reproche.

Una tarde, visitó al prisionero Cullen en persona, muy comedido, y tanto, que hasta le prometió libros profanos. Aprovechando esa coyuntura favorable, pidió

Regis que le cambiaran su carcelero por cualquier otro.

— No es posible por ahora, — repuso el ministro, despidiéndose. — Ha sido puesto allí por Rosas mismo. Pero, á indicación del padre Amenábar; yo le he hecho dar orden ya de que no lo maltrate... ¡Pierda usted cuidado!

Sintió Regis que toda su hidalga sangre se le subía al rostro, de vergüenza mortal, al recordar que había sido ¡en efecto! maltratado por un ser tan bajo y repugnante. ¡Aun tenía las señales en sus carnes flageladas por el rebenque!

Una idea fija le atormentaba el alma: la de huir, pasando sobre el cuerpo de su carcelero... Y era tan intenso su odio al cabo, que escapar sin dejarlo tendido de una puñalada, le parecía absurdo.

Su espíritu había sufrido un vuelco completo: el hombre culto, el artista, el cristiano, tenía ahora también, á su vez, sed de sangre, y tan ardiente, que ni la angelical visión de Blanca, que surgía en sus

noches insomnes, podía aplacarla. Piedra sobre piedra había ido construyendo en su alma hidalguísima el baluarte de su Odio; un Odio inmenso, que abarcaba á todos los tiranos de su patria: Rosas, López, Aldao, á sus tenientes, á sus esbirros y á sus verdugos... Y era tal el Odio que á su carcelero Ferragut profesaba, que, en el génesis de su fuga, mucho entraba su libertad como pretexto para partirle el corazón, para apagar por siempre la cínica mirada de su ojo de cíclope... Poco á poco, el Amor que antes llenaba su alma como un perfume de jazmines, había ido rarificándose, rarificándose, hasta substituirse por aquel Odio implacable. A su Confianza innata había sucedido una profunda Desconfianza de hombres y cosas; á su sentimental Alegría, incurable Amargura...

Preocupábalo singularmente el silencio de los suyos. ¿Por qué no le habían escrito? ¿Cómo no habían ido todavía á verlo? En su pesimismo, todo se le presentaba envuelto en trágicas tinieblas, hasta el amor de

Blanca, del que dudaba en instantes de doloroso desvarío.

Pasábase los días y las noches mirando el campo por su ventanilla, á lo lejos, con codicia, con hambre. Acechaba el momento oportuno de reconquistar el aire, la acción, la vida. En su espíritu ya se había hecho una firme, una inquebrantable decisión del empleo que debía dar, una vez reconquistado, á esa vida: combatir, contra la barbarie, ¡por la libertad! No sabía aún en qué forma: si con la pluma, si con la espada, si con el puñal... No, no se daría tregua hasta vencer aquellos malditos opresores, los Rosas, para que volvieran los Morenos, Belgranos y Rivadavia, la civilización; y luego reposaría su cansada cabeza en el regazo palpitante de Blanca. ¡La suerte estaba tirada! Cumpliría primero con su patria, después con su hogar.

Apaciguábalo en sus arranques de justicia el padre Amenábar, que parecía haberle cobrado sincero afecto.

— Una vez libre por las buenas, cuando

Rosas lo ordene, — decíale, — te vuelves á Buenos-Ayres. Haces de buen federal, liquidas lo que puedas de tus bienes, pides permiso para irte á Montevideo con tu familia, y emigras, esperando, para volver, mejores tiempos. Ó bien, puedes retirarte de la ciudad, del foco, é irte á esa estancia que tu familia posee en el Sud, cerca de Dolores, según me dijiste, y esperar allí que pase la tormenta...

— Sirviendo á S. E., *nuestro* Ilustre Restaurador de las Leyes, ¿no?

— No. Viviendo alejado de toda política.

— Si Ferragut no me lo impide...

Y la mirada de Ferragut asomaba por la rendija de la mal cerrada puerta:

— ¿Quiere algo el *niño*?

Válcena, sin contestar al espía, proseguía su conversación, rápido y exaltado.

Así pasó, prisionero, visionario y rencoroso, bajo la cancerbera vigilancia de aquel ojo maldito, días tan largos como semanas, semanas tan largas como años...

III

De vuelta en Buenos-Ayres, el capitán Julio Pantuci dió cuenta á S. E. el Ilustre Restaurador del cumplimiento de su comisión... Insinuóle que volvía convencido de que Regis Válcena era un terrible revoltoso, un unitario apasionado, al que convenía alejar por años de años, y acaso suprimir...

Clavándole fijamente en el rostro sus ojos fríos y desconfiados, Rosas le repuso:

— ¡Mucho me extraña lo que usted me cuenta, capitán, mucho!... ¡Y yo que creía á Válcena un buen muchacho!

Guardóse muy bien Pantuci, acostumbrado á las genialidades de S. E., de preguntarle por qué, si tan buen muchacho lo

creía, se lo había enviado á López, con el singular mensaje de que lo retuviera en Santa-Fe hasta nueva orden, de grado ó por fuerza, ya como presunto desertor, ya como preso político. Limitóse, pues, el comisionado, á hacerle una terrible pintura de la insubordinación de Válcena y de sus ideas «carbonarias» importadas de Italia, por lo cual se había visto obligado á presentárselo engrillado á don Estanislao...

— ¡Cómo! ¿engrillado? — exclamó Rosas. — ¡No es posible, Pantuci, no es posible!

— Ha sido indispensable, señor, indispensable. ¡Y por su insolencia lo mantiene preso en la Aduana el gobernador general López, en la misma pieza que antes ocupaba el faccioso cabecilla salvaje unitario Paz!

Hizo Rosas á su capitán un gesto imperativo para que callase y se retirara, del cual era difícil colegir si quedaba satisfecho ó descontento. Pantuci se volvió á su casa, donde vivía con su madre, doña Mar-

garita Vázquez, indeciso sobre el partido que debía tomar respecto á la familia de Válcena. Atraíalo el recuerdo de Blanca, cada vez con mayor fuerza, no siéndole extraña ¡y ni siquiera amarga! la idea de que, prematuramente viuda, llegase él á desposarla... Nunca podría perdonar á Regis su bondadosa protección del colegio, su superioridad moral, su corazón ingenuo, ¡y sus recientes desprecios! No le había dicho más que una palabra, «cobarde», escupiéndole en el rostro; pero, ¡qué mundo de altanería había encerrado en esas tres miserables sílabas!

Como un general que en vísperas de un gran combate reconoce el campo de batalla, procedió á estudiar la situación de la familia de Válcena, con hábiles recursos de espionaje que su temperamento le sugería...

Don Valentín, en vista que su compadre don Juan-Manuel se negaba á recibirlo, no deseando comprometer la crítica situación de Regis y temiendo siempre indiscreciones del turbulento carácter de Silvio,

revestíase de toda la firmeza de un viejo patriarca, y ordenaba á éste y á Carlos que partieran inmediatamente á la estancia «Baldelauquen» que en el Sud de la provincia poseía, á acompañar en sus tareas rurales á su hermano Bernardo. Quedaría él solo en la casa, con las mujeres y Tito, el Benjamín, de quien no podía separarse. Aunque muy contrariados, Silvio y Carlos cumplían la paterna orden, dejando la casa más triste y silenciosa que antes...

Por otra parte, á doña Mercedes Ruiz de Castellanos, la madre de Blanca, que iba empeorando paulatinamente su enfermedad á la vista y cada vez veía menos, le había salido un tumor en la rodilla izquierda, que crecía y la causaba un continuo malestar. Bien que, al principio, quisiera ocultar á su única hija la novedad, denuncióla una incipiente cojera. Los doctores Cosme de Argerich, un catalán de campanillas, y Diego de Alcorta, el profesor de filosofía, le aconsejaban el reposo, ensayando, para curarla, un

régimen de dietas y muchos unguentos y cataplasmas. Blanca, que estaba, en casa de sus suegros, esperando de un día para otro á su esposo, se trasladó á casa de su madre, la doliente matrona, pues Corina, la sobrinita que vivía con ella, no podía, á pesar de sus cariñosos esfuerzos, por sus cortos años, prodigarle los cuidados necesarios. Alberto Riglet y Licia eran ya novios, con el consentimiento de sus respectivos padres... Esta era la situación de las familias de Válcená y Castellanos, sospechadas ambas de unitarismo, marcadas ya tal vez con una cruz negra en las listas de la Mazorca...

Aprovechando una ocasión propicia, una noche en que estaban solas Blanca y doña Mercedes, después de cenar, acostada ya Corina, presentóse Pantuci en la casa, luciendo su vistoso uniforme de capitán de blandengues, muy acicalado, y anunciando á la criada que acudiera al zaguán, que traía noticias interesantes para las señoras... Recibiéronlo éstas, que estaban sen-

tadas en el patio «tomando el fresco», con inequívocas muestras de simpatía y de ansiedad.

Tartamudeando, como presa de una profunda emoción, Pantuci les dijo que venía á hablarlas de Regis, reservadamente, contra órdenes expresas de don Juan-Manuel, y pidióles, con misterio, que cerraran la puerta de la calle y pasaran á la sala... Hízose así, desfalleciendo Blanca.

— ¿No ha muerto? — interrogó.

— No, no. Vive, y me ha dado una cartita para usted.

— ¿Dónde está?

— Tengo especial encargo de callarlo. Aquí tiene la carta.

Con temblorosa mano tomó Blanca el papel que el apuesto capitán le entregaba, devorándola con la vista...

— Pero aquí no me dice sino que vive, — exclamó la joven, después de leer la carta de su esposo, junto á la lámpara, — que está sano y que espera verme pronto... ¡Dígame algo más usted, usted que lo sabe

todo y que es tan bueno, usted que ha sido su amigo, *nuestro* amigo! ¡Hable, por Dios!

Estaba deliciosa, con sus grandes ojos negros húmedos, pálida y suplicante. — Pantuci bajó los párpados, como si lo deslumbrara, sintiendo locos impulsos de besarle la mátida garganta que se entreveía por las blondas de su corpiño de verano... Sintió que el intenso perfume de magnolias y jazmines del Cabo que había en el patio, lo embriagaba, y sentóse, sonriente y amistoso:

— Aun no hay de que afligirse tanto, señora..

— ¡Aun!

— ¡Aun? — repitió doña Mercedes, como un eco.

— Quiero decir que está preso... ¡no! retenido...

— ¿Dónde? ¿Dónde, por Dios?

— Está en... la Rioja.

— ¿En manos de Aldao?

— Del Frayle Aldao.

Estremecióse Pantuci, indignado de su propia impostura, que había sido una páfida inspiración del momento; las señoras dejaron caer sus cabezas en sus manos, anonadadas... ¡Cuán horrible era en Buenos-Ayres la fama del llamado «Frayle Aldao», el más sanguinario de los caudillos del interior, el más criminal de los aliados de Rosas!

Este singularísimo personaje había sido un sacerdote católico, que acompañó á Chile, como capellán, en 1815, al ejército del general San Martín, que iba á independizar de la metrópoli á medio continente. Entre el humo de las batallas de Maipó y Chacabuco, levantaba en lo alto la Cruz, incitando á la matanza, ardiente como un fanático del Islam. Cuando los soldados se cansaban en la carnicería, dejaba la Cruz y tomaba la espada de algún caído, que, convertida en sus manos en una nueva Tizona, derribaba á diestra y siniestra. La pólvora y la sangre lo embriagaban hasta enloquecerlo. Amarillo,

flaco y anguloso, parecía un muerto resucitado por los fragores del combate. Con su negra sotana toda salpicada de sangre, infundiendo espanto como los dragones que usaban los chinos en sus estandartes para asustar á los tártaros, diríase el Angel del Exterminio. Su exaltación patriótica magnetizaba, haciendo de él, en la pelea, un núcleo de resistencia; más que un hombre, una máquina de guerra. Su empuje ciego, dominaba los ánimos; su cólera era contagiosa; su delirio encendía...

Terminada la guerra de la independencia, no tardó en convertirse, colgando los hábitos, en un prestigioso caudillo bárbaro. Una vez asentado su dominio, entregóse, recordando los antiguos apóstatas cristianos, á todos los vicios, las mujeres, la embriaguez, el juego. Como buen caudillo federal de la época, gobernaba á La Rioja, — provincia mediterránea, pobre y montañosa, — por el Terror; poseía sus cárceles, sus verdugos, y había un desierto para los desterrados, su pequeña Siberia. Y lo más

curioso es que, en poblaciones que durante el coloniaje habían sido españolamente religiosas, añadía á sus excesos una alta dosis de supersticiones pseudo-católicas; ¡bendecía y consagraba! En momentos críticos, para hacerse respetar de las turbas que se le insurreccionaban, dejaba el naípe y la botella, arrancábase de los brazos de las meretrices, bendecía una hostia en los altares, y presentábase en actitud inspirada, imponiendo el *noli me tangere*; que «¡quien me toque, profana á Cristo!» — Tal era el caudillo, harto más temible que Estanislao López, en cuyas manos había colocado á Regis Válcena una mentira de Julio Pantuci...

Luego, trató éste de tranquilizar á Blanca y á doña Mercedes, en el temor de que, en un acceso de desesperación, acabaran ellas por descubrir su falsedad...

— Pero si usted lo ha visto, díganos qué hace, qué piensa, qué espera... — rogó la esposa, juntando sus manos transparentes, con el alma de rodillas.

— Sí, sí... Lo he visto... Está bien, como la escribe, señora... Piensa en su pronta vuelta. Pero yo no puedo darles ahora más detalles; tengo que hacer; me esperan... — y aquí sacó el reloj. — Volveré mañana, á estas horas, á continuar mi conversación. Discúlpenme mi apuro; no puedo, *no puedo* quedarme ya más tiempo...

Sollozando en un sillón, Blanca besaba la esquila de su esposo. Había adelgazado notablemente durante su ausencia, afinándose los rasgos de su expresiva belleza, que el dolor aquilataba, como el crisol al oro. Recordaba, por sus formas hieráticas y su palidez extraterrestre, una Mater Dolorosa de las escuelas místicas prerrafaelistas...

Para concluir la penosa entrevista, aseguróles Pantuci que Regis no estaba preso; que era un oficial libre y que pronto volvería, cuando se lo permitiese el servicio militar que Rosas le había impuesto ante Aldao; y hasta les intimó á que solemnemente le prometieran no descubrir lo que les comunicaba, ni á los Válcena, si que-

rían que él, como amigo de Regis y federal insospechable, las protegiese... Las pobres mujeres lo prometieron, aterradas, invocando á Nuestra Señora del Carmen, Virgen de su devoción; y él, al retirarse, juróles, á su vez, visitarlas siempre que pudiese, y tenerlas al corriente de lo que ocurriera, para proceder, llegado el caso...

Interrumpió la despedida la inoportuna entrada de un pobre idiota, el «cotudo», mocetón de unos veinticinco años, don Josecito Castellanos, hermano de Corina, huérfanos ambos de don Eustoquio, un pariente. Inútil para todo trabajo, con su larga papada de buey, roja y gelatinosa, don Josecito vegetaba en el fondo de la casa, como una bestia inofensiva. De tiempo en tiempo, curioso por instinto, cuando su obscuro cerebro presentía alguna novedad, hacía sus incursiones al primer patio...

— ¡Conque tenías un nuevo novio, Blanca, y nada me habías dicho, nada! — exclamó al entrar, mirando al oficial, tarta-

mudeando, babeando y sonriendo con su absurda sonrisa.

— Es un primo mío, hijo del tío Eustaquio, — dijo Blanca á Pantuci; y la sangre que le subió á las pálidas mejillas parecía un clavel purpúreo florecido en la nieve.

Doña Mercedes expulsó severamente al recién llegado, y, cojeando, acompañó á Julio Pantuci hasta la puerta, con trémulas protestas de gratitud. — Allí se oía aún la voz del idiota, que, adentro, alborotado, riendo á carcajadas, gritaba á la gente de servicio:

— ¿Sabes, Josefa, sabes?... ¿Sabes, Manuel, qué Blanca tiene ya otro novio?... ¿Sabes?

IV

Preocupado, preocupadísimo se retiró Pantuci. Blanca, con su dulzura, su belleza y su melancolía, prodújole, renovando el pasado, y con mayor intensidad, una impresión inquietante é indeleble, que lo perseguía como el rencoroso fantasma de una víctima. Pensó que ella podía descubrir el paradero de Regis y su mentira, hoy ó mañana, por cualquier eventualidad, y que entonces lo despreciaría más que nunca... Este amargo pensamiento hundíale en el corazón sus ponzoñosos colmillos de áspid.

¿Porqué había mentido? Él mismo lo ignoraba... Fué una ocurrencia del momento, cuyo objeto instintivo entreveía ahora vagamente: separar más y más un esposo del

otro. Blanca podía ir hasta Santa-Fe, puerto del Paraná, á verse con su marido, como antes lo hicieron la madre y la prima del general Paz; pero no tan fácilmente á los desiertos mediterráneos de la Rioja, á arrostrar, ya la ira, ya la lujuria del Frayle Aldao...

Comprendió que debía hablar con don Valentín Válcena, entregarle la respectiva carta de Regis, y tramar cualquier nueva intriga, que, llegado el caso de que se descubriera su impostura, lo salvaguardase en el aprecio de Blanca... Y así lo hizo.

Fué á ver á don Valentín, en reserva, pidiéndole antes una entrevista secreta; contóle dónde y cómo se hallaba Regis, presentándole la carta que éste le entregara, y le dijo también que ya había visitado á Blanca, y que, al darle una otra esquila, habíase visto obligado á una «piadosa mentira»... Para que no fuera á aventurarse la joven hasta la ciudad de Santa-Fe, cuyo estado dictatorial describió á don Valentín con negros colores, habíale asegu-

rado que Regis estaba en La Rioja, en manos del Frayle Aldao... ;Convenía mantener el engaño, hasta la vuelta del ausente!...

Don Valentín, muy conmovido, agradecidísimo al antiguo amigo de la infancia de su hijo, lo abrazó, aprobándole su conducta para con Blanca... Pantuci sintió que le quemaba en la frente, como una estrella, una lágrima del patriarca. Y no tuvo que fingir para mostrar humedecidos sus vivos ojos de cóndor.

Dado que no le era posible entrevistarse con Rosas, porque el dictador se le negaba siempre bajo especiosos pretextos, propúsose don Valentín irse á Santa-Fe y verse allí con su hijo. Conocía al cura doctor Amenábar, y esperaba que éste intercediera á su favor ante al gauchi-político López. — Mas en esos días llegó la noticia de que don Estanislao se venía á Buenos-Ayres, á ver á don Juan-Manuel por « asuntos importantes». En la capital todos pensaban, secretamente, que el motivo de esta

visita era cambiar ideas sobre el asunto de los Reynafé y Santos Pérez. Santos Pérez era el militarejo que mandara la partida que asesinó al general Juan-Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos, el feroz caudillo de San Juan y La Rioja, «que empapaba en sangre el suelo que pisaba», y á su secretario el general Ortiz, atropellando la galería en que éstos iban, de Buenos-Ayres hacia el interior, en Barranco-Yaco. Estaba en la conciencia de todos que este crimen había sido preparado por los Reynafé, familia oligárquica de Córdoba, en complicidad con el caudillo santafecino López y acaso por insinuaciones del mismo brigadier-general Rosas... Rosas, empero, á cuya política de absorción favorecía grandemente el crimen de Barranco-Yaco, mandó traer de Córdoba, encepados, á tres de los cuatro hermanos Reynafé (uno escapó), y á Santos Pérez y comparsa. Preparó un proceso terrible, nombrando Juez especial comisionado al doctor don Manuel-Vicente Maza, el presidente del Superior Tribunal

y de la Sala de Representantes. Aunque su deseo parecía ser el vengar el horrible delito, el pueblo sospechaba que su intento era despistar la opinión pública, que le suponía, ó complicidad, ó tácita ad-quiescencia...

Sea como fuere, los homicidios de Barrancō-Yaco apasionaban la opinión, compadecida por la triste suerte que esperaba á los muchos acusados, á quienes, en sus cárceles respectivas, dábase inhuma-nísimo tratamiento. Y creíase que López, á quien también había favorecido extraordi-nariamente la muerte de su temible colega y rival Quiroga, vendría á pedir clemencia para los presuntos reos... Don Valentín pensaba agregarse á su comitiva, cuando ésta regresase á Santa-Fe. Pero pasaron todos los primeros meses del año 1836, sin que don Estanislao realizara la visita que, según generales decires, proyectaba; suponíase que temía afrontar la mirada clara é imperiosa de su compadre... Si ni Quiroga ni los Reynafé estaban seguros de la sin-

ceridad de la protectora amistad de Rosas, ¿quién podía estarlo?... Escribió don Valentín al doctor Amenábar, y al mes y medio recibió una extensa respuesta: Regis estaba preso en la Aduana; el anciano cura visitábalo continuamente; gozaba de relativa salud, y aun le enviaba, al dorso de la carta, unas cariñosas líneas escritas con lápiz; pero en cuanto á S. E. López, no estaba aún decidido á visitar á S. E. Rosas... Entonces don Valentín se resolvió á ir á Santa-Fe, y lo comunicó á doña Mauricia, que, dominada por una melancolía casi histérica, no cesaba un instante de pensar en su hijo preso.

— Iré contigo, — le dijo.

Aquí don Valentín tuvo que imponer, acaso por primera vez, su autoridad de esposo, casi por la violencia:

— ¡No es posible! Estás enferma y un viaje semejante te mataría. Primero iré yo, y si hay comodidades, luego te llevaré. Pero por ahora... ¡no es posible!

Aunque no sin dificultad resignóse doña

Mauricia, á quien encargó don Valentín el más profundo sigilo. Dijo á Blanca y á sus niñas que él también se iba á la «Baldelaucken», á verse con Silvio, Bernardo y Carlos, y que volvería pronto... Alicia le miró con asombro, como interrogándolo si ya se había olvidado de que tenía otro hijo, ¡y en situación bien difícil!... Sorprendiendo su mirada, don Valentín le contestó con un gesto, llevando el índice de la diestra á los labios, para que respetara su silencio.

— En ausencia mía y de mis hijos varones, eres tú quien queda de jefe de la familia; — dijo con voz solemne y enternecida, como empapada en lágrimas, tuteándolo por primera vez, á Alberto Riglet, cuyo casamiento con Licia proyectábase para fines de año.

— Señor, — contestó Riglet, enérgico y simple, — seré un hijo para doña Mauricia y un hermano para sus hijos.

Apretáronse virilmente las manos; y Licia, acordándose de Regis y pensando

que su padre correría nuevos peligros, al despedirse de éste, lloró sobre su pecho.

Tito, muy descontento, nada dijo; una sombría preocupación martillaba su alma de niño... Al fin la descargó, diciendo muy serio á su padre, al oído, con amargo tono de reproche:

— ¡Muy mal haces, papá, muy mal!

— ¿Muy mal, yo, tu padre?

— Sí, tú, porque te vas á la estancia y lo abandonas á Regis...

— En la estancia trabajaré por Regis.

— ¡Ah! — concluyó, satisfecho por esta explicación que le sacaba un peso de su alma de criatura precoz y sensible, mimado hijo de viejos.

Partió don Valentín, hacia mediados de Julio. En cuanto desembarcó en Santa-Fe, visitó á Amenábar y supo que López estaba ausente, en campaña contra los indios del Chaco. Ante sus impaciencias por estrechar á su hijo entre sus brazos, díjole el cura, y confirmóle Cullen, que ello no

era posible mientras no se obtuviera permiso de don Estanislao; había que esperar su regreso. Contentóse, una vez anunciado á Regis por el bondadoso sacerdote, con verlo de lejos, asomándose el cautivo al ventanillo de su prisión en la Aduana. Padre é hijo saludáronse; pero Regis tuvo que entrarse para ocultar su quebranto, la interna emoción que rugía en su pecho con ruidos de corriente subterránea... — Veíanse así, á la distancia, entendiéndose por señas, dos veces al día, bajo la vigilancia del tuerto Ferragut, que, de cuando en cuando, mascullaba ante el anciano caballero sus bromas siniestras.

¡Y la vuelta de López se retardaba! Copiosas lluvias habíanle dificultado la «caza de indios», una de las diversiones favoritas de aquellos gauchos semi-indígenas semi-inquisidores... Como se agravaran sus dolencias, tuvo que volverse al mes, con un puñado de unos cien prisioneros, para alimentar los grandes peces de oro del Remanso. Pero una vez re-

gresado, no le fué fácil verlo á don Valentín, á pesar de las instancias de Cullen y Amenábar. El caudillo enfermo se negaba, imitando hasta en ese detalle á su compadre don Juan-Manuel, erigido entonces en Nemesis del crimen de Barranco-Yaco.

Esperando el momento de que se le permitiera entrevistarse con Regis, don Valentín escribía largas cartas á su esposa y sus hijos, ordenando siempre el silencio y la prudencia, infundiéndoles esperanzas y ocultándoles la terrible verdad: ¡que aún no había podido poner su ósculo de patriarca en la frente del preso!

A Blanca, una gran reserva, para no destruir más sus pobres nervios con nuevas crisis, y también para que cuidara mejor á su madre, sin intentar una peligrosa escapatoria...

Entre tanto, Pantuci, cauto como una fiera hambrienta que ojea su presa, maniobraba. ¿Quién podría ahora descubrir su

pasión vergonzante y castigarla, si todos los hombres de la familia estaban ausentes? Y pensaba con orgullo que su habilidad de intrigante había tenido no poca parte en aislar á Blanca, la gacela rezagada que magnetizaban sus pupilas de boa.

Todas las noches acudía á verla, sentándose en el patio de la casa, bajo un perfume asfixiante de magnolias. Poco á poco, iba ganándose su confianza, hablándole siempre de Regis, é interesándola con nuevos detalles, nuevas anécdotas, nuevas noticias que inventaba su fantasía espoléada por su pasión. Aseguraba que quería hacerse enviar junto á Válcena, para acompañarlo, endulzándole su soledad con noticias amables de los suyos. Contaba sus incansables empeños ante Corvalán, Arana y el mismo Rosas, para que le hicieran volver pronto. Demostraba siempre un excelente corazón, sentimientos elevadísimos, renegando de la tiranía y sus excesos, que lamentaba pero que no podía evitar, aun-

que, para ello, daría gustoso su vida... Sincerábase de antemano, demostrándose sencillo y *bon enfant*; contra cualquier sospecha posible acerca de sus sentimientos de ciudadano y de hombre.

Para distraer á doña Mercedes, cuyo tumor en la rodilla no mejoraba y producíale una ligera fiebre intermitente y fuertes pun-tadas, la llevaba, en charla amena, todos los chismecillos de la capital-aldea, haciéndola reir á veces con sus chanzas inocentes é ingeniosas. Agradecíasele Blanca con una luminosa mirada, instándolo á que no las olvidase, porque, cuando faltaba, la señora pasaba una mala noche. Y como enternecido por los sufrimientos de la matrona, le trajo más de una vez remedios caseros que le daba su madre, y que doña Mercedes aseguraba que le probaban mejor que muchas de las drogas y ungüentos que le recetaban los doctores Alcorta y Argerich...

Así se sucedían sus visitas, esperadas y agradecidas. Pero á pesar de su asiduidad bonachona, ni un instante dejaba traslucir

Pantuci el estremecimiento mortalmente sensual que le corría por sus vértebras cuando, sentado entre doña Mercedes y Blanca, aspiraba el cálido olor de la mujer también enamorada, mas ¡ay! de otro. Las visitas, aunque tan frecuentes, eran rápidas, casi á hurtadillas, excusándose siempre de disponer de poco tiempo, realizándolas como quien cumple un penoso y fatigante deber de amistad, por cariño á Válcena, por compasión á los males ajenos. — Era hábil hasta en sus ausencias, siempre bien calculadas para hacerse extrañar y desear.

Y esas visitas, encantadoras para doña Mercedes, tenían para Blanca un sabor ácido, peculiar... Reavivaban continuamente sus más punzantes recuerdos; rememorábanle las de Regis, que antes, como novio, venía lo mismo, casi diariamente, á las mismas horas, en el mismo sitio, para sentarse en las mismas sillas, y casi... para hablarla, aunque por cuenta propia, de las mismas cosas: el amor, el matrimonio.

En un principio, tuvo, como mujer, una obscura intuición de que el continuo trato con Pantuci, podría renovar en éste ¡y bien peligrosamente! sus antiguos sentimientos. Pero el capitán hacía gala de tanta indiferencia hacia ella, de tanta amistad hacia Regis y de tan respetuosa compasión á doña Mercedes, que se convenció á sí misma de que nada tenía que temer de sus desinteresadas asiduidades, ¡y sí mucho que esperar!

Quien no parecía pensar así era el idiota, el cotudo, don Josecito, que, á pesar de las consiguientes reprimendas, anunciaba siempre á grandes voces á Pantuci, cuando llegaba, conociéndolo por el modo de llamar á la puerta:

— ¡Corré, Josefa! ¡Corré Manuel, que ahí está el novio de Blanca!... ¡Blanca, Blanca, ahí está tu novio!

V

Al volver don Estanislao López, seriamente enfermo, de su incursión contra los indios del Chaco, como para compensar sus dolores físicos, tributáronsele grandes honores en toda la república. Las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy, por órgano de sus respectivas legislaturas, le otorgaron el supremo grado de «brigadier general»; poco después, también Catamarca. — Presentóse entonces López ante la Honorable Junta de Santa-Fe, solicitando, por puro formulismo español, permiso para aceptar esos nombramientos, el que naturalmente le concedieron, por unanimidad, sus paniaguados los «Representantes».

Aprovechando la ocasión de felicitarlo, don Valentín Válcena consiguió verlo y pedirle la correspondiente autorización para

visitar á Regis en su celda, la que no le pudo ser negada. Padre é hijo tuvieron, pues, una penosa entrevista, que arrancó alguna lágrima furtiva al cura Amenábar, que la presenciaba. ¡Ya se había cumplido un año del casamiento y la prisión de Regis!...

Con intenso descontento, observó don Valentín que su hijo era otro hombre; su alma, demasiado llena de amarguras, se desbordaba; una vez libre, no habría ya medio de contener un apasionado rencor contra los «caciques blancos»... ¡Todo lo abandonaría para servir á los opositores, y en las conjuraciones y en las batallas!... Limitóse el buen padre á pedirle, cuando estuvieron solos, que, por ahora, disimulase sus sentimientos bajo una fría máscara de servidumbre...

— Lo haré, padre mío, mientras pueda. ¡Pero le juro, por las cenizas de mis abuelos, que antes que rueda mi cabeza de su tronco, si Dios me concede algunos años de vida, me habré vengado como hombre y como ciudadano!

— La victoria será de los que sepamos esperar, — objetó don Valentín, resignándose.

Y después charlaron, honda y largamente, de Blanca, de doña Mauricia, Silvio, Bernardo, los niños, alegrándose sinceramente Regis de los esponsales de Alicia y Alberto Riglet, á cuyo joven todos en la casa estimaban altamente. — Como Regis callara el incidente que tuvo con Julio Pantuci, don Valentín le habló con elogio de éste, y de sus amistosos sentimientos:

— Me dijo que en cierta ocasión se portó harto mal contigo; pero que ello fué por cumplir con su deber. Me pidió que te reiterase, en su nombre, sus disculpas. Es un buen muchacho.

Después de una larga pausa, repuso Regis, reconcentrado:

— Así debo creerlo, padre. Será un buen muchacho.

No mejorando la salud de López, Rosas le mandó obsequiosamente al doctor Lepar

para que lo asistiese; y éste le aconsejó que hiciera un viaje á Buenos-Ayres; el cambio de clima y las distracciones debían probarle bien. Así se resolvió, para fines de año, y don Valentín, especialmente invitado por Amenábar, dispuso agregarse á la comitiva de ida, así como antes pensó, en Buenos-Ayres, ir con la comitiva de regreso, lo que no pudo entonces por el aplazamiento del viaje, que ahora recién se realizaba. Escribió al efecto á su casa, diciendo que no se le esperase hasta los primeros días del año entrante, encorazonando á todos, como de costumbre, con las mejores promesas... Pero, ¿creerían todavía esas promesas, aleccionados ya por la larga, la interminable espera?

Regis recibió dos cartas: una de su madre y otra de su esposa, escritas ambas en el primer aniversario de su prisión, muy tiernas, muy largas, palpitantes de angustia. Ni en una ni en otra se mencionaba el nombre de Pantuci, silencio que extrañó Regis, pues éste había sido su primer men-

— Es que Julio les ha de haber pedido reserva en sus confidencias, — observó don Valentín. — Cualquiera indiscreción podía perderlo en el concepto del tirano. ¡Es un buen muchacho!

Y Regis repitió también, mecánicamente:

— Es un buen muchacho...

En los primeros días de Enero de 1837, embarcáronse, rumbo hacia Buenos-Ayres, el gobernador de Santa-Fe don Estanislao López, su señora y su comitiva, en la que iban, en primera línea, el cura doctor don José de Amenábar, el secretario don Manuel Leiva y el edecán don Juan-Manuel Echagüe, y como agregado casi anónimo, don Valentín Válcena.

Decíase que el gobernador traía al cura por dos motivos principales: para que le ayudase á interceder por los Reynafé ante Rosas y apoyase su pedido de que éste solicitara de Roma, como Encargado de las Relaciones Exteriores de la

Confederación, la creación de un obispado en la provincia santafecina. Cuyo obispado, naturalmente, correspondía á Amenábar, el sacerdote más caracterizado de la futura diócesis, presidente de la Honorable Junta provincial de Representantes. No creía posible López, que Rosas, su aliado de 1820, el fugitivo á quien asiló y encumbró en 1829, podía negarle á él, ya anciano y achacoso, esos dos fáciles favores...

El « Héroe del Desierto », el tigre de los desiertos pampeanos, recibió calurosamente al leoncejo-puma de los bosques chaqueños. Alojó á López, su señora y su comitiva en el antiguo Caserío de los Virreyes, llamado « El Fuerte »; púsoles guardias de honor, músicas militares, dianas y retretas, lujoso mueblaje, gran tren de mesa.

La capital-aldea presentaba entonces un cierto aspecto de pueblo de baños, que sorprendió á los santafecinos. Desde la fiesta de Nuestra Señora de la Concepción, 8 de Diciembre, en la cual los dominicos bende-

cían en una ceremonia solemne las májestas-
tuosas aguas del estuario del Plata, abriase
la temporada balnearia; y la gran diversión
de los pobres y los ricos que quedaban en
la ciudad durante los grandes calores del
estío, era irse á bañar á la playa, todas las
tardes, como si en las frescas aguas halla-
ran un lenitivo á los ardores de las revolu-
ciones y las dictaduras...

Festejó don Juan-Manuel á sus visitan-
tes con una función de gala en el Teatro
Argentino. Rosas lucía su vistosísimo uni-
forme azul, recamado de oro y púrpura,
y ostentaba en el pecho una gran divisa de
ancha cinta roja, en la que se leía: «Fede-
ración ó Muerte. ¡Vivan los federales!
¡Mueran los salvajes asquerosos inmundos
unitarios!» Todos los concurrentes lleva-
ban idénticas divisas sobre sus corazones,
mirando extrañados á don Estanislao, que,
sencillamente vestido de paisano y sin di-
visa alguna, hacía, en el palco oficial, un
extraño contraste con el deslumbrante
Restaurador de las Leyes.

Echagüe, edecán de don Estanislao, le observó al oído:

— Señor, se admiran de que usted no lleve divisa punzó...

Y López, el decano de los gobernadores federales, á quien muchos llamaban el «Patriarca de la Federación», picado por el ceremonial rosista, contestó en voz bastante alta para ser oído de los circunstantes:

— Diles á quienes te pregunten la causa, que el gobernador de Santa-Fe perdió su divisa en el Puente de Márquez. ¡Si quieren que la use, que vayan á buscarla!

Todos los ojos espionaron de soslayo la fisonomía de Rosas, quien, como si no hubiese oído, conservaba siempre su impassible máscara de emperador romano... ¡Puente de Márquez había sido una de las primeras batallas en que triunfaron las fuerzas federales unidas de López y Rosas, contra las unitarias, al mando del general Lavalle, y la victoria se debió casi exclusivamente á la pericia y al valor de don Es-

tanislao y sus tropas «montoneras», siendo medrosas y bisoñas las de don Juan-Manuel!... La frase, en contestación de una descortés exigencia, era, pues, impolítica, propia de un gaucho arrogante y guasón, y muy difícil de perdonar por un déspota tan engreído como el «Héroe»... Se hizo con frío, que trascendió á los corrillos...

Al día siguiente, en el primer momento oportuno, habló López á su aliado Rosas de los Reynafé y del obispado para Amenábar... El dictador frunció el ceño, suspiró, meditó, tósió, y después de una pausa repuso, socarronamente, que recapitaría sobre el «proceso de Barranca-Yaco», y que, aunque estaba muy deseoso de hacer justicia á los excepcionales méritos del padre Amenábar, tenía que consultar sobre el punto á «teólogos y canonistas»... Así quedaron las cosas, pendientes.

Y desde entonces don Juan-Manuel, como ofendido de tan inauditas pretensiones, se hizo invisible para sus visitantes; pretextó una enfermedad, se fué al campo, y

cansó de tal manera á López, que éste, convencido de su impotencia, corrido é indignado, resolvió un buen día regresar, sin dar aviso ni despedirse...

Don Valentín Válcena que, por su parte, había cifrado grandes esperanzas en la visita de López y en el ascendiente que presumió adquiriría el padre Amenábar, con su hermosa cabeza blanca, quien le había prometido interponer sus súplicas á favor de Regis; don Valentín Válcena, que creía que, al fin, en el regocijo de las consiguientes fiestas, iba á abordar á Rosas en horas propicias, — ¡sintióse nuevamente defraudado! Embargólo un mortal desaliento; dificultósele la digestión; agobiáronsele ligeramente las espaldas; y en sus manos, hasta entonces tan firmes como las de un muchacho, inicióse el temblequeo de la ancianidad. Amargado, su alegre genio de antes se transformaba en impacencias de neurótico. Los ojos de doña Mauricia, que tanto habían llorado por Regis, derramaron también sus lágrimas secretas por

la tranquilidad perdida, acaso para siempre. ¡Y don Valentín, que comprendía cuán injusto era en ciertos momentos, cuando su ira concentrada estallaba sobre víctimas inocentes, sentíase más y más anonadado por un destino implacable, que se personificaba en Rosas, su pariente, su antiguo amigo!

¡Era indispensable reaccionar! Pero, ¿cómo reaccionar, mientras Regis continuara preso? Las gestiones de las mujeres ante Manuelita, doña Encarnación y demás resultaban ineficaces; la salud de Blanca decaía; y menudeaban, de la estancia, las cartas de los muchachos, elocuentes de tácita rebeldía... Las almas estaban tirantes como cuerdas de violín... ¿Cuándo estallarían, desacordes y violentas, si invisible mano de hierro continuaba apretando las clavijas?...

Instantes antes de marcharse improvisadamente de regreso López y su comitiva, el padre Amenábar fué á despedirse de don

Valentín y su familia; hondamente contristado por la incalificable actitud de Rosas.

— Don Estanislao ha ordenado que nadie se despida de nadie, — les dijo. — Pero yo quiero hacer la única excepción con ustedes, para que tengan la seguridad de que, aunque bien poco influyente, Regis tiene un amigo que vela por él en Santa-Fe. Lo visitaré continuamente, como hasta ahora, pues ese joven ha despertado en mi corazón sentimientos paternales. Les ruego que me den las cartas, dinero, ú objetos que quieran enviarle.

La escena fué conmovedora. Doña Mauricia, á quien la prisión de su hijo había hecho propensa al llanto, suplicaba llorando á su esposo que la dejase partir á Santa-Fe, ya que Blanca, por la enfermedad de su madre, que siempre iba agravándose, no podía hacerlo...

Perdiendo la paciencia don Valentín, como ahora frecuentemente le acontecía, dijo que aquello era una locura en esos momentos; que se le dejara tentar ahora

un último esfuerzo ante el dictador, y que después verían... Y no queriendo dejar «irse solo» al digno sacerdote, prometió acompañar en su ancha carretela de familia á la comitiva hasta las afueras de la ciudad. Así lo hizo, con Alberto Riglet, su futuro hijo político, agregándose al convoy, que partió á la tarde.

López volvía más sombrío que si hubiera sido derrotado por una partida de indios Calchines...

En la Posta del Puente de Márquez, detuviéronse á comer, á la melancólica luz del crepúsculo...

Iba á despedirse para volver don Valentín, cuando se divisaron varias galeras, grandes carros de cuatro ruedas tirados por cuatro ó seis caballos, llenas de gente, que venían á gran galope á alcanzar á la comitiva, cuyo regreso era casi una huida... Pararon, bajáronse de ellas los que llegaban, y entre éstos, ¡Rosas el primero, muy efusivo, repartiendo abrazos, apretones de mano, obsequios!...

— ¿Cómo es eso, mi buen amigo López?
— dijo á don Estanislao, fingiendo una gran pena. — ¿Se va usted ya, y sin despedirse de mí?

— Estaba usted tan enfermo...

— Es cierto. No me siento bien... Hoy mismo estoy bastante mal... Pero ¿cómo iba á permitir que se fuese sin verme mi amigo don Estanislao? ¡No, no! He hecho un gran esfuerzo y he venido á darle un abrazo.

— Gracias, — repuso López, recobrando esperanzas de ser atendido, siquiera respecto al asunto del obispado.

Preparóse la comida; tendióse la mesa; y Rosas y López con sus correspondientes comitivas, sentáronse á comer, en una amable expansión de interprovincial afecto, que parecía borrar para siempre las anteriores disidencias. — Un edecán de don Juan-Manuel hizo dejar un asiento de honor vacío, entre don Estanislao y el padre Amenábar, «para un convidado que no tardaría en llegar», y que todos supu-

sieron fuera el ministro Arana... Sirvióse la sopa y corrió el vino; las lenguas empezaron á desatarse... Rosas estaba locuaz como nunca; el mismo López sentía que su hosco humor se despejaba; el banquete iba resultando animado... Cuando de pronto, el mismo edecán del gobernador de Buenos-Ayres que había hecho reservar el asiento, entra solemnemente y anuncia al convidado:

— ¡Acaba de llegar el Ilustrísimo y Reverendísimo Obispo de las Balchites!

Todos levantaron sus cabezas, pasmados; nadie conocía la existencia de tales «Balchites» ni de semejante obispo; hizo-se un silencio supremamente interrogante... Rosas, con ojos muy abiertos, en la más profunda admiración, miraba á todos lados, como diciendo: «¿Quién diablos puede ser ese obispo?» López espiábalo de reojo, hormigueándole en las venas una terrible cólera instintiva; y el padre Amenábar no levantaba su vista del plato, con el rostro tan blanco como su cabello...

Después de una pausa, balbuceó Rosas, perplejo:

— Que entre Su Señoría Ilustrísima...

Abriéronse las puertas de par en par, y entró Su Señoría Ilustrísima el Obispo de Tas Balchites... En todos los rostros pintóse el más intenso asombro... Caminando con majestuosa lentitud, el báculo en la diestra, la dorada mitra en la frente, con los ornamentos episcopales y arrastrando una larga capa pluvial de rojo terciopelo, encorvándose de modo que no se le viera del rostro más que unas desgreñadas barbas, adelantaba una extraña figura humana, que se detuvo en el umbral de la puerta, y empezó á prodigar á uno y otro lado bendiciones, con una mano roñosa en que las negras uñas parecían garfios, casi cubierto el dorso por la piedra de un anillo inverosímil... Todos lo reconocieron: ¡era el primer loco-histrión de la compañía de Rosas, el popular don Eusebio, el célebre don Eusebio de la Santa Federación, que, muy posesionado de su hierático papel, lo

representaba con una gravedad cómico-trágica! Seguíalo, suspendiendo la purpúrea capa, el segundo loco, el apodado «Padre Biguá», que, lleno de sacratísima unción, vestía rigurosa sotana...

Esperaba la concurrencia una seña del Restaurador, para dar rienda suelta á la risa nerviosa que le cosquilleaba la garganta; pero éste, como si no reconociese á su bufón bajo semejantes atavíos, como si fuera no un obispo sino un verdadero cardenal, levantóse y se adelantó á recibirlo, besándole el anillo:

— ¡Sea bienvenida Vuestra Señoría!

Siguiendo á Rosas, todos los comensales acudieron en masa á saludar al singular prelado, y con mayor respeto aun, quienes por adulonería, quienes por burla, y quienes, algunos incultos gauchos santafecinos, por ignorancia... Sólo siguieron inmóviles en sus asientos, como petrificados por un hada maléfica é invisible, López, su señora y el padre Amenábar... Las reverencias, los besamanos y las genuflexiones sucedíanse,

mientras el pseudo-obispo distribuía bendición sobre bendición, con un gesto tan grandioso como si quisiera abarcar el mundo con su brazo... Y no faltaron guasos que, por agradar al Restaurador, le besaron arrodillados las vestes y aun se prosternaron hasta estampar los labios en la tierra que pisara...

Con un ademán lleno de dignidad y de respeto, en el silencio de veneración que reinaba, Rosas designó al grotesco intruso el asiento vacío entre López y Amenábar:

— Si quiere honrar Vuestra Señoría Ilustrísima nuestra mesa...

Y, mientras el Padre Biguá prudentemente se eclipsaba, Su Señoría Ilustrísima tomó asiento, arrojando la capa pluvial sobre su vecino de la izquierda, el padre Amenábar, y el báculo sobre la derecha, el gobernador López... Echóse atrás la mitra, ¡y se agachó á beber la sopa que le habían servido, con la ancha bocaza sobre el plato, al modo de una bestia sedienta!...

Como Rosas continuaba callado y cortés,

mirando de arriba abajo al loco sin reconocerlo, todos imitaban su digna actitud... La señora de López desfallecía; don Manuel Leiva, secretario del gobernador santafecino, mordíase las uñas; el edecán Echagüe, los labios, hasta hacerlos sangrar; de los ojos del padre Amenábar, colgaba una lágrima; y el gobernador de Santa-Fe, el «Patriarca de la Federación», temblaba como una hoja arrebatada por un huracán de otoño. De sus ojos salían chispas, y su mano crispada desgarraba el mantel... Todos comprendieron que, si la sangrienta farsa se prolongaba un instante más, la cólera del viejo caudillo se desbordaría como las aguas de un torrente que sale de su cauce. ¡Fue un momento de una sublime intensidad dramática! ¡La puma domesticada iba á saltar al cuello de su amo, el «Héroe del Desierto»! — Rosas, con su sagacidad típica, lo comprendió, y, como apercibiéndose recién de quien era el pretendido obispo, dióse una palmada en la frente, levantóse, lanzó un bufido, y se

abalanzó sobre el desgraciado histrión, rojo de cólera:

— ¡Fuera de aquí, miserable, insolente, que así te permites burlarte de nosotros! — y lo arrojó al suelo á puntapiés y bofetones. — ¡Fuera, perro inmundo, que ahora mismo te haré ahorcar!

Y temblando como presa de la más fulminante indignación, hizo rodar á punta-piés al loco, que gemía como una bestia salvaje... ¡Fué una algazara indescriptible! Roto ya el hielo del respeto, cada uno, por agradar á Rosas, agregó su pequeño golpe contra el infeliz bufón, á quien sacaron de allí, entre risas y bromas é imprecaciones, medio muerto...

Y, á lo lejos, escucháronse desaforados alaridos, como un eco simpático, como una respuesta á los del ex-obispo: ¡era S. R. el Padre Biguá, que, — aunque se escabullera y salvase á buen tiempo, — revolcábase á solas y berreaba también, al oír á su colega, por puro compañerismo, por afinidad, por costumbre!

Cuando se apercibió de esta réplica don Eusebio, se paró, calló, alzóse como tocado de un resorte, prorrumpió en convulsivas carcajadas, corrió hacia su ex-familiar, y lo pisó á su vez y pateó, agarrándose el vientre para no reventar de risa... Tenía esa costumbre: hacer, en privado, á Biguá, que lo adoraba, lo que á él Rosas le hiciera, ¡y en esto se divertía más que con él el mismo Rosas!

Tal fué la forma en que resolvió el Restaurador ¡y bien astutamente! el proyecto de crear un obispado en Santa-Fe, curando para siempre al padre Amenábar de sus legítimas ambiciones. ¡Ello estaba en su interés de cacique! En efecto, no existiendo en la Confederación más obispado que el de Buenos-Ayres, cuyo obispo Medrano se tenía él dominado, pues por su senectud carecía de suficientes energías para resistirle, todo el clero argentino caía, personificado en su jefe, bajo su Suma del Poder Público. Y si se creaba un obispado en Santa-Fe y se proveía en él

á un hombre tan ilustrado y prestigioso como el padre Amenábar, la situación cambiaría...

¡He ahí porqué el loco don Eusebio de la Santa Federación fué esa tarde Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima el obispo del fantástico país, jamás señalado en mapa alguno, de las Balchites! ¡Y he ahí también porqué luego, por haber cumplido las órdenes de la fecunda inventiva de su amo, fué befado, pateado, ensangrentado y escupido por un *imperator* injerto en cómico y una turbamulta más cobarde y rastrera que una jauría de perros sarnosos!

El capitán Julio Pantuci, que venía en el cortejo del «Ilustre Restaurador», no bien divisó á don Valentín Válcena, acercóse á saludarlo cariñosamente, como á amigo respetado por sus años y sus desgracias:

— En cuanto López se despida y parta con su comitiva, — díjole, — le llegará á usted la oportunidad, señor, de abordarle

y hablarle de su hijo á don Juan-Manuel. ¡Abórdelo, pues! Hoy está contento.

Y así lo hizo don Valentín. Apenas López poníase en marcha con su gente, inmensamente sombrío, adelantóse Válcena á saludar á Rosas, en momentos que éste iba á subir á la galera que lo transportaría de regreso á Buenos-Ayres. — El dictador gaucho, taimado y zumbón como era, afectó no conocerlo...

— ¡Soy yo, compadre! — exclamó entonces Válcena, con forzada alegría, extendiéndole la mano. — ¿Me ha olvidado ya S. E.?

— ¡Don Valentín! Tanto gusto de verlo! — repúsole Rosas efusivamente, apretando su mano hasta hacérsela doler. — Hace varios días que estaba por mandarlo llamar porque tengo que hablar con usted de un grave asunto... muy grave...

— Hace varios meses, un año, mi compadre, que yo lo ando campeando sin conseguir audiencia...

— ¡Varios meses! ¡Ah, son tan pesadas

las tareas del gobierno que ni tiempo le queda á uno para ver á sus buenos amigos!

— Yo también quería hablarle, compadre, — murmuró Válcena, ahogándosele la voz en la garganta, — quería rogarle...

— Me verá pues mañana en Palermo, que se nós va haciendo tarde, — concluyó Rosas, haciendo un ademán de despedirse y de subir á la galera.

— ¡No!... ¡Ahora!... ¡Se lo ruego, compadre, ahora! — suplicó don Valentín, con voz trémula.

— ¿Y qué cosa tan especial tiene usted que decirme *ahora*? — preguntó Rosas, con voz cortante como un cuchillo, frunciendo el olímpico entrecejo como solía hacerlo...

Entonces don Valentín, asiendo la ocasión por los cabellos, le habló del caso de Regis... Era un buen muchacho; se le tenía injustamente preso; todos sus anhelos eran servir á la Federación y á don Juan-Manuel...

— ¡Regis! ¿Qué Regis? — preguntó Rosas con extrañeza, rascándose la frente.

— ¡Mi hijo! ¡Regis, mi hijo! — clamó el anciano, perdiendo la paciencia.

— ¡Ah, sí! Ya me acordó... — replicó Rosas, después de una larga pausa. — ¿Y?...

— Pido su libertad...

— Ese mozo no está preso.

— Está preso desde hace ya más de un año, desde la noche de su casamiento, en Santa-Fe, compadre...

— Creo que es un salvajón unitario, que proyecta logias para los estudiantes...

— Nunca se ha metido en política.

— ¡Hum! Pensaremos... Y si es posible se le pondrá en libertad...

— ¿Prontó?

— Ya lo veré... ¡Me acordaré de su Regis, compadre!... Pero ya anochece. ¿Quiere subir usted con nosotros, en la galera?... ¿No?... ¡Pues adiós, don Valentín! — y dándole un nuevo apretón de manos, subió á la galera, que inmediatamente se puso en marcha.

En tanto, don Estanislao López, tam-

bién en marcha, embañado por el más negro desaliento, sentía en las entrañas los efectos del veneno de su humillación, como los primeros aleteos de la Muerte.

..

LIBRO TERCERO

I

En inútiles gestiones acerca de la libertad de Regis, pasó todo el año de 1837 la familia de Válcena. La situación pública hacíase cada día más intolerable. A quienes desaprobaban la conducta del dictador no les quedaba más que una vía expedita: emigrar. Y todo el elemento de más representación social emigraba, á Montevideo, al Brasil, á Chile. La juventud protestaba sordamente; en el gremio universitario, reducidísimo por cierto, crecía el descontento. Rosas dispuso entonces que nadie podría recibir un título facultativo sin jurar adhesión á la Santa Causa Federal. El decreto cayó como una bomba entre los jóvenes, los intelectuales. En vano, aunque

no muy convencido, exhortábalos á la resignación, al menos por el momento, el doctor don Diego de Alcorta, el querido profesor de filosofía.

Temiendo alguna imprudencia del carácter impetuoso de Silvio, que había declarado terminantemente que no prestaría el consabido juramento, don Valentín tomó la resolución de irse con toda su familia á la estancia de Dolores, «Baldelauquen» llamada. El estudiante manifestó la intención de quedarse en la capital; y fué necesaria toda la autoridad del jefe de la familia; y hasta las lágrimas de doña Mauricia, para que los siguiera al campo. Partieron todos en una ancha galera, tirada por seis buenos caballos de posta, después de despedirse tiernamente de la pobre Blanca, que quedaba cuidando á su madre, enferma de un tumor en la rodilla. — Alberto Riglet, que no acertaba á separarse de su novia, la encantadora Alicia, los acompañó á caballo hasta más allá del puente de Barracas, prometiendo ir en breve á visitarlos.

Quien no se apesadumbró del alejamiento de los Válcena, fué el capitán Julio Pantuci, que así quedaba solo, dueño del campo de batalla, ó, por lo menos, del campo de sus estratégicas operaciones... Pero Blanca,— doncella, casada y viuda,— parecía un baluarte inexpugnable, y por su pasión conyugal y por sus virtudes... ¡Solamente el engaño ó la fuerza podrían rendirla! Y bien sabíalo el furtivo galán, el que poseía la cautelosa astucia de las serpientes y su paciencia en esperar el momento oportuno... ¡Ya llegaría!

Y así corrió, lento, monótono, todo el año. Pantuci maniobraba admirablemente: por una parte, hacía escribir á don Valentín que era imprudentísimo volver á Buenos-Ayres, porque había incurrido en las iras del tirano; y por otra, alimentaba la mala voluntad de Rosas hacia Regis, para que lo mantuviera preso en la Aduana de Santa-Fe. ¡Y todo aparentando ante Blanca y doña Mercedes la más sincera voluntad de servir las! Porque Blanca sé

desesperaba hasta el ascetismo. Había sufrido un sacudimiento total, en el que, según el diagnóstico del doctor Argerich, peligraba aun su vida. Ahora parecía más tranquila; y era Pantuci, quien, con sus asiduidades de amigo de Regis, la tranquilizaba, cuidando sin embargo de que no recibiera ni la más insignificante esquila de su esposo... Confiaba en que la ausencia favorecería el olvido; y luego, en aquella época terrible, un hombre como Regis no tenía muy segura su cabeza... ¿Quién garantizaba el porvenir?...

A principios de 1838, Pantuci anunció á doña Mercedes, que yacía en el lecho del dolor, y á Blanca, siempre languideciente, que debía partir en comisión para Córdoba. Vino de gran uniforme á despedirse; y la joven, en la esperanza de que se encontrase con Regis, confióle una larga, una inacabable carta. Él le prometió entregarla á su destinatario, si lo hallaba, besándole respetuosamente la mano, como á una

reina, cuando el idiota, don Josecito, que espiaba detrás de una cortina, los sorprendió con sus gritos destemplados:

— ¡Hola, primita, conque ya te besa las manos tu lindo novio! ¡Bien, capitán, bien, mi primo!

Y temiendo una reprimenda de su tía doña Mercedes, escabullóse el infeliz hasta el fondo de la casa, desde donde se le oía anunciar otra vez, gritando á todos los vientos, la buena nueva del casamiento de su prima con el capitán Pantuci. Blanca, al oirlo, pálida la frente y roja la mejilla, sentíase desfallecer de indignación contra su torpeza de insano. En cambio, Pantuci, que al besar la transparente mano había sufrido un violento choque interno, sentía que la sangre se le agolpaba al pecho y las lágrimas á los ojos. Para disimular su turbación, se marchó, guardando preciosamente la carta de Blanca, que lo oyó alejarse, con su ruido de espuelas y de espada...

Efectivamente, Rosas había dado una comisión al capitán Pantuci, que partió

esa misma noche en una galera, acompañado de dos asistentes. Y en el primer alto, á la luz de un mal velón, rompió el sobre de la carta de Blanca y la leyó... Toda ella, desde el primer renglón, respiraba una honda melancolía; entre líneas cabrilleaba la desesperación, una desesperación de mujer martirizada, que alza sus brazos hieráticos al cielo en demanda de una hora de tregua... Pantuci sintió que sus lágrimas, — sus lágrimas de aligador, — corrían al fin por sus mejillas de soldado, tostadas por el sol de las Pampas... Un nuevo sentimiento se revelaba en su alma contra su indomable amor: ¡la piedad! Sentía piedad por Regis, por Blanca, por doña Mauricia, por los Válcena. Pero este desfallecimiento fué breve. Sacudiendo la cabeza, se dijo que era necesario dominarse y vencer; recordó la dulce sonrisa de la virgen, y, frenético de pasión, se prometió una vez más, que la haría suya, ¡para siempre suya!

En Buenos-Ayres, durante la ausencia de

Pantuci, una noche, antes de la madrugada, llamó á las puertas de la casa de Blanca, la Mazorca, ¡la Mazorca, la pavorosa asociación de sicarios, que saqueaba y mataba, con el beneplácito de las autoridades gubernativas, en nombre de la Santa Causa de la Federación! ¿Qué iba á buscar en aquella inocua casa en que vivían dos mujeres y un insano?... Alguien, una voz anónima, había denunciado que allí existían, guardadas, loza y cortinas azul-celestes, color emblemático de unitarismo, y, por lo tanto, severamente prohibido por el dictador, cuyo partido usaba por distintivo el rojo.

«¡Es necesario escarmentar á esas salvajonas unitarias!», se habían dicho Parra, Cuitiño, Troncoso y otros corifeos de la asociación, desde hacía algún tiempo; pero las asiduidades de Pantuci, «federal neto», habíanlos contenido. ¡Ahora era llegado el momento de aprovechar su ausencia! Porque, en efecto, no sólo como poseedores de objetos azul-celestes, sino por sus vincula-

ciones con algunos unitarios y con el mismo Regis, los Castellanos eran gente sospechosa...

Blanca y doña Mercedes dormían en la misma habitación, bajo el suave resplandor de una lamparilla mural, muy fatigadas, la una como enfermera y la otra como enferma, cuando oyeron en la puerta, despertando sobresaltadas, ¡los tétricos aldabonazos! Madre é hija tuvieron un mismo pensamiento: «Es la Muerte que llega. ¡Bienvenida sea!» Y escucharon, en silencio, en el silencio del pánico... Los juramentos, los golpes, los vivas al Restaurador de las Leyes y las amenazas de muerte se oían en la soledad de la noche, confusamente, como sombras de ruidos.

— ¡Madre!... ¡Es la Mazorca! — exclamó Blanca, levantándose desnuda, cubiertas sus carnes marmóreas con un amplio camisón blanco.

— ¡Sí, pobre hija mía, sí, es la Mazorca...!

Y doña Mercedes lanzó un gemido, abrazó á su hija que se sentaba al borde de su

cama, y ambas prorrumpieron en angustiosos ayes, mientras que los intrusos volteaban la puerta de calle á puntapiés y penetraban tumultuariamente en la casa. Bien pronto llegaron, vestidos con ponchos rojos y ostentando grandes divisas federales de cintas encarnadas, y se detuvieron ante las dos mujeres que se abrazaban llorando. Una linterna que alguien llevaba, iluminaba con sus fantásticos claroscuros el patético cuadro... Como tocados por un repentino sentimiento de conmiseración y respeto, los mazorqueros guardaron una breve pausa...

— Se nos ha dicho que ustedes son unas salvajonas unitarias que tienen escondidos porcelana y trapos celestes... — balbuceó uno.

— ¡A ver pronto si nos dan las llaves para revisarlo todo! — exclamó otro.

— ¡Y si tienen ocultos papeles unitarios, avisen, que si no, les daremos la rebenqueada que se merecen!

— ¡Muévanse, pues, las muy maulas!

Como no contestasen las aterrorizadas mujeres, uno se adelantó, con un rebenque de lonja levantado, para intimarles una respuesta inmediata... Y Blanca, de pie, cubriéndose con un cobertor rosa del lecho de su madre, sacando fuerzas de flaqueza, dijoles:

— Nosotras somos buenas federales. Esta señora que veis aquí es mi madre y está muy enferma... No tenemos papeles unitarios... La porcelana azul está en las alacenas del comedor; pueden sacarla, pero déjenos solas por el amor de Dios, ¡que mi madre se muere!

Con las suplicantes manos extendidas, imploraba un poco de misericordia de aquellos rudos varones endurecidos en el crimen... Conmovidos algunos, más por su belleza que por su debilidad, quisieron apaciguarla:

— ¡Las llaves, dénnos las llaves, y las dejaremos en paz!

Blanca tomó un llavero de la mesa de noche de su madre, y lo entregó... Los asal-

tantes salieron en tropel... Sólo quedó uno, un hombre barbudo, de fealdad repugnante y torva mirada, como vigilándolas, repantigado en un sillón:

— ¿Y usted por qué no se va? — lo interpelló Blanca con cierta altanería de patricia, que no pudo disimular en su voz trémula.

— Porque no quiero, palomita mía, — repuso el bandido, requebrándola. — Me quedo aquí para cuidarlas...

— ¡Usted debe irse!

— No te enojés que es *pa pior*, palomita, — contestó el bandolero, cuyos pómulos se enrojecían y cuyas pupilas chispeaban ante la carne blanca de la virgen, que se entreveía por su desaliñado atavío... — Estoy aquí para cuidarte... No tengas miedo... No te voy á comer... ¡Porque te quiero mucho, mucho!

Blanca, temblorosa, ocultó la cabeza en el pecho de su madre. ¿Dónde estaban los criados? ¡Ah, mal podían esperar nada de los criados cuando se trataba de la Ma-zorca!...

De las habitaciones interiores oíase el estrépito de los mazorqueros que lo revolían y destruían todo, con juramentos de beodos. Porque, habiendo descubierto algunos toneles de vino en la bodega, muchos se embriagaban, prorrumpiendo en cantos, insultos y blasfemias... Doña Mercedes había cerrado los ojos, semi-desmayada, y Blanca perdía poco á poco el sentido...

— Dame un beso, palomita, que te quiero mucho y no te haré ningún daño, — oyó de pronto que le decía casi al oído, con su aliento aguardentoso, el mazorquero que las vigilaba en la habitación. — ¡Dame un beso, un solo beso!

Como si ya sintiese su contacto degradante, Blanca se puso nuevamente de pie, tan pálida, tan fría, tan amenazadora como una viviente estatua de piedra; sus labios se plegaban con un mohín de asco y de desprecio; sus manos abiertas se extendían como para ahogar al cobarde agresor, y como el cobertor que la envolvía había caído, su veste entreabierta descubría su

seno agitado por oleajes convulsivos de sangre orgullosa... Tan imponente era su aspecto, que el mismo mazorquero, como herido de un resplandor, se apartó:

— Vamos, no te enojés... Yo no te voy á hacer mal ninguno... Por el contrario, quiero hacerte feliz...

Y Blanca se sentía desfallecer más y más, debilitada como estaba por las vigi-
lias. Un pensamiento agudo le taladraba el alma: ¡si no se reponía, estaba perdida!... Esta idea le daba nuevas fuerzas; en medio de aquel infierno, sentíase ángel; inconscientemente, buscaba la espada flamígera que debían blandir su mano vengadora...

— Vamos, no te asustes, mi niña, — agregaba socarronamente el mazorquero, cerrando las puertas con misterio. — Estás sola conmigo...

— ¡Madre, madre mía! — gritó la joven, abrazándose al cuerpo de su madre, que, habiendo perdido por completo el conocimiento, no sentía su contacto ni podía oír sus desesperados sollozos...

De pronto, la patricia sintió, como el calor de dos brasas, sobre sus hombros desnudos, los labios del hombre... Instintiva, sin conciencia de su arrebató, dió un salto de pantera, y con un ademán rápido como un relámpago, arrancóle del cinto, con su diestra crispada, una pistola... El mazorquero echóse violentamente hacia atrás, como tomando á su vez impulso; y sintiéndose, con tan inopinada resistencia, más enardecido que nunca, lanzó una obscena interjección y se abalanzó sobre su presa... Sonó un tiro... Herido en el vientre y bañado en su sangre, el bandido lanzó un grito y todavía dió unos pasos hasta cerrar entre sus convulsivos brazos el busto de Blanca, en cuya mano humeaba la pistola descargada.

— ¡Hija de perra! Aun así me darás un beso...

Sintiendo la doncella que las manos del herido la estrangulaban en una caricia de fiera, dejó caer la pistola, y de su misma cintura le arrancó una daga... ¡La lucha era

mortal! — Doña Mercedes, vuelta en sí por la detonación, al lanzarse del lecho había volteado y apagado la lámpara, pidiendo socorro en la palpitante obscuridad en que se oía el choque de dos cuerpos que peleaban...

La Mazorca acudió, y como las puertas estaban cerradas, las derrumbó á golpes... — Un cuadro horroroso se desarrolló entonces ante la mirada atónita de los sicarios: el cuerpo del mazorquero yacía moribundo en el suelo, en un charco de sangre, con una bala en el vientre y el corazón partido por su propia daga, que aun tenía en sus manos Blanca, de pie, ensangrentada y desgrefñada como una bacante después de una orgía trágica, en una soberbia actitud de virgen y de reina.

Pasado el primer momento de estupor, los mazorqueros, con denuestos y vociferaciones infernales, sacaron sus cuchillos, disponiéndose á vengar á su compañero, supliciendo aquellas dos infelices mujeres... Contúvolos una voz, una voz imperativa:

— ¡No las maten, que el Restaurador no quiere que las matemos! ¡Después se las fusilará! Por ahora, saquen los rebenques, y, en la calle, azotémoslas por perras y unitarias!...

A la palabra siguió la acción. Encolerizados al rojo blanco los mazorqueros, tomaron á la anciana y á la joven de los cabellos y las arrastraron, desnudas como estaban, á la vía pública. — Don Josecito, el idiota, atraído por el barullo, se presentó entonces á defenderlas, esgrimiendo una barra de fierro...

— ¡A fuera, asesinos, á fuera, que yo os mataré á todos! — clamaba en un acceso de locura, riendo y llorando. — ¡Dejen á mi tía y á mi prima, que si no yo solo los mataré á todos, yo solo...

Prendiéronlo y lo arrastraron también hasta la calle, con feroces puntapiés de sus pesadas botas de gauchos y soldados. Allí se procedió primero á latiguar los cuerpos inermes de Blanca y de doña Mercedes, que perdieron el sentido, sangrando

sobre las piedras, bajo la recia lluvia de golpes...

Los vecinos, que habían oído el estrépito de la mazorcada y los chasquidos de los látigos, apuntalaban bien sus puertas, temerosos de que les tocara luego el turno si en el algo se entrometían. Y el sereno, que estaba de antemano avisado, dejábales hacer, y hasta ayudó un poco en el suplicio de Blanca, hallando quizá una extraña voluptuosidad en flagelar sus turgentes formas...

Para don Josecito, sobre quien no pesaba la prohibición superior de asesinarlo, propusieron algunos la «resfaloza», y otros, simplemente, «tocarle el violín». «Tocarle el violín» significaba, en la jerga de aquellos desalmados, degollarlo con un cuchillo filoso; la «resfaloza», con una daga mellada, una especie de serrucho, la que prolongaba y exarcerbaba el suplicio...

— Primero le afeitaremos la papada, — propuso alguno.

Todos asintieron, poniéndose á rebanarle

la larga y gorda papada de cotudo que le caía sobre el pecho... ¡Y el idiota, cambiando ahora de táctica, rogaba en todos los tonos que le perdonasen, enrojeciéndose la boca al besar á sus verdugos las ensangrentadas manos!...

— ¡Ya te enseñaremos á insultar á los buenos federales! — respondía uno, que, acostándole en el suelo y afirmándole la rodilla sobre el vientre, dirigía la inaudita operación, mientras el infeliz gritaba como un cerdo al que desuellan vivo...

II

Al despuntar la aurora, la Mazorca se retiró. Llevaba consigo al mazorquero moribundo, y dejaba extendidos en la calle tres cuerpos exánimes que nadie se atrevía aún á tocar: doña Mercedes y doña Blanca, sin conocimiento, y don Josecito, degollado. Además, numerosos trastos rotos que se habían arrojado esparcidos sobre la acera, y entre ellos la malhadada porcelana celeste, el Sèvres de familia, atestiguaban el paso vandálico de los seides de Cuitiño.

Por una de esas curiosas coincidencias del destino, el capitán Julio Pantuci regresaba esa misma madrugada del cumplimiento de su comisión oficial. Y por uno de esos caprichos peculiares á los enamora-

dos, quiso, antes de ir á su casa, pasar á caballo por la de Blanca; ver aquellas paredes tan queridas, que en su viaje no se habían despintado un instante de su memoria... ¡Cuál no sería, pues, su sorpresa al contemplar, pocos momentos después de retirados los mazorqueros, en plena calle, el tétrico cuadro, cuyas causas se explicó con una sola palabra: la Mazorca!...

En tales circunstancias, procedió como un amigo sincero. Con ayuda de sus propios criados (los de la familia habían huído) depositó en sus lechos respectivos á doña Mercedes y á la esposa de Regis. Llamó médicos, y llevó á su misma madre, doña Mariquita Vázquez, á que atendiese á las dos desgraciadas señoras. Por los golpes recibidos, el tumor de la anciana se había reventado y supuraba; el doctor Argerich, que la vió sin tardanza, urgía por una operación inmediata, so pena de gangrena... Blanca parecía haber enloquecido.

Al inanimado cuerpo de don Josecito, Pantuci lo dejó en la calle, para que, como

era costumbre con los asesinados por la Mazorca, lo llevase el carro de basuras, cuando pasare, más tarde, y lo arrojase luego á los depósitos de inmundicias de las afueras de la ciudad... Porque el cadáver de un unitario era como el de un apestado, que ninguna mano, por piadosa que fuere, se atrevía á recoger. ¡Más aún, era como el de un hereje, al que no se podía dar sepultura en camposanto!

Cuando doña Mercedes recobró el uso de sus facultades, no manifestó más que un deseo: irse de aquel federalísimo infierno; emigrar con su hija á Montevideo, donde debía hallarse su cuñado el señor Juan-Pedro Castellanos, que las atendería; huir del poder mefistofélico de la dictadura... Si se la hablaba de la urgente necesidad de operarle el tumor, negábase: en Montevideo se la operaría... Hubo que conformarse á este capricho, á esta obsesión de la enferma.

Pantuci arregló todas las dificultades; consiguió el permiso necesario para que

se expatriaran; fletó un buquecillo; y á los dos días las embarcó con una criada y la niña Corina, que habían escapado á la Mazorca ocultándose en un altillo, para la Banda Oriental, que la anciana veía como una tierra de Promisión. Y era admirable la entereza de Blanca para resistir á tantos horrores y sacrificarse por su pobre madre. Había reaccionado; nuevamente era la valiente enfermera de antes, y la inmaculada esposa que esperaba, firme y resignada, el momento de estrechar entre sus brazos la cabeza adorada de su hombre.—A sus preguntas sobre Regis, Pantuci contestó, tranquilizándola, que le había mandado su carta, y que, aunque no lo había visto, creía que se hallaba bien... Y le prometió ir él también á visitarlas á Montevideo, en cuanto pudiese, ¡y con mejores noticias!

Después de una travesía incómoda, llegaron á la otra margen del Plata doña Mercedes, Blanca y Corina. Allí, en Mon-

tevideo, se respiraba mejor, en una atmósfera de libertad. Varios amigos recibieron á los nuevos emigrados, ávidos de novedades. Pero ¡ay! entre esos amigos no estaba don Juan-Pedro Castellanos, el hermano político de la señora de Castellanos, á quien ésta iba á pedir hospitalidad: había partido la semana anterior para Europa. Y como la buena señora no traía sino una exigua suma de dinero y se hallaba seriamente enferma, afiebrada y con el tumor de la rodilla supurando, ¡la situación era bien apremiante!...

En tan tristes circunstancias, Blanca desplegó una hermosa energía de hembra fuerte. Pidió alojamiento á una familia amiga de emigrados, los Suárez; instalóse con su madre, su primita y la criada en dos estrechas habitaciones; reunió médicos en consulta; y como éstos coincidieron en su diagnóstico con el del doctor Argerich, resolvió hacer operar á su madre, sin mayores dilaciones. Doña Mercedes se sometió, vencida ánte la inquebrantable decisión de su hija.

— ¡Es necesario que vivas, madre! —
díjole Blanca.— No te lo pido por ti sino
por mí misma... ¿Qué haría yo sola, abandonada en tierra extraña, con la pobrecita Corina, y tal vez viuda!... ¡Ten piedad de nosotras, si no la tienes de ti misma!...

Y como la pobre joven no pudiese contener ya el llanto, salió de la alcoba, y no sin la promesa de la anciana de permitir la encarecida operación quirúrgica... ¡Lo que aun no sabía la enferma y sólo sospechaba la asistente, era que la tal operación consistía nada menos que en amputarle la pierna, más arriba de la rodilla! Fué preciso declararlo, y los médicos lo declararon, titubeantes, conmovidos. Blanca misma, en los dinteles de la desesperación, vacilaba en repetírselo á su madre, cuando ésta, presumiendo lo que pasaba, se adelantó, con angélica mansedumbre:

— Quieren cortarme la pierna... ¿No es verdad, mi hija?... ¡Pues que la corten si es necesario, que yo quiero vivir para ti, hasta que te vea feliz!

— Gracias, madre, — repuso Blanca, simplemente.

Y la enferma continuó hablando, con la halagadora esperanza de no morir antes de dejar á Blanca y á Regis felices, reunidos en su dorado nido de novios. — La niña la escuchaba, de rodillas ante su lecho, sonriendo tristemente bajo la sombra protectora de la descarnada mano con que la anciana, como si su hija fuese aún chiquela, le acariciaba los cabellos.

¡La operación quirúrgica fué terrible! Acostaron á doña Mercedes sobre una mesa; desnudaron y laváronle la rodilla enferma, cuya llaga verdosa y amoratada despedía una supuración fétida; levantáronle la piel, más arriba del tumor, en un círculo; cortaron su carne en rededor como un carpintero que tornea un tronco; y luego le serrucharon el hueso... La paciente, con los cegatones ojos vendados, rigurosamente sujeta por tres hombres robustos, conservó su conciencia durante

todos los dolorosísimos preliminares, sin exhalar una queja; Blanca, dando la espalda á los médicos, sin mirar la nauseabunda carnicería, la reconfortaba, con la mano entre sus manos... En vano rogaron y exhortaron á la joven á que se retirase, diciéndole que no podría soportar la vista del desangre; quedó impertérrita junto á su madre, acariciándole la mano helada, calentándola con su propia fiebre...

Perdió doña Mercedes el conocimiento, y aun entonces su hija negóse á retirarse, siempre de pie, con los ojos fijos en las queridas facciones de la infeliz que la ciencia tan despiadadamente mutilaba. Por una rara intención de mujer nerviosa, por un extraño fenómeno psicológico que no se ha explicado aún, la joven veía — ¡sí, *veía!* — lo que pasaba á sus espaldas: el primer lavaje, el corte de la piel y los músculos externos, la herida circular hasta el hueso, el serruchamiento de éste, la separación completa del órgano amputado, la hemorragia...

Recién entonces, cuando sin mirar *vió* que llevaba en sus brazos un ayudante la pierna tumefacta cercenada, que despedía humores de todos los matices del iris, entonces recién cayó de rodillas, con el rostro entre las manos, sollozando una plegaria suprema á la Santa Virgen de los Dolores... ¡Y aun así, así aún, no permitió que se la transportara á su lecho, obcecadísimá en permanecer hasta el fin, aunque postrada en el suelo, junto á su madre, cuya hemorragia le empapaba los vestidos! Y presenció el vendaje, la limpieza del aposento, la reinstalación de la operada en un lecho fresco y limpio...

Cuando ésta volvió en sí, el primer contacto que sintió fué el de la cabeza de su hija, que perdía el conocimiento cayendo, pálida y fría, sobre el lecho.

Sin novedad pasó doña Mercedes los primeros días subsiguientes á la operación. No se quejaba ya de grandes dolores. Las terribles puntadas que antes sintiera, y que

todo su sistema nervioso conmovían, habíanse calmado. Mostrábase resignada en haber perdido su pierna, con tal de recobrar una relativa salud. En ciertos momentos, ya por un vago desequilibrio que sufriera su mentalidad, ya por animar á Blanca, mostrábase ilusa, risueña, hasta bromista.

— Todavía hemos de casar á Corinita antes de que muera, — murmuraba sonriendo.

— ¿Y por qué no, mamá? — apuntaba Blanca.— Los médicos prometen que usted recobrará por completo la salud, y yo se lo pido á Dios todos los días...

Una de las más tenaces preocupaciones de la anciana se refería á su sobrino don Josecito, el pobre idiota tan cobardemente asesinado por la Mazorca, cuyo destino se le había ocultado. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Quién lo cuidaba ahora? ¿Por qué no se hallaba con ellos?—Blanca, que sabía la verdad por boca de Pantuci y que no había tenido el valor de manifestársela á

su madre, la engañaba: Josecito había quedado en Buenos-Ayres, á cargo de la familia de Mauro; estaba bien; ya habría más adelante, cuando volvieran á su casa, de atenderlo y quitarle las malas mañas que habrá tomado lejos de su bondadosa y severa protectora... Y aunque doña Mercedes sospechaba la fúnebre realidad, en parte por cobardía moral y en parte por no angustiar más á su hija, fingía y fingíase ignorarla.

Como la vida no era fácil en Montevideo y las dos señoras carecían de recursos, Blanca, ayudada por Corina, se dedicó á coser para afuera, sin que faltaran familias que, compadecidas de sus infortunios, les pagasen sus labores como podían en aquella época de guerras y escaseces. Asimismo, y á pesar de todas las bondades de la familia de Suárez que generosamente les hospedaba, y por ser ésta también pobre, pasaban todo género de privaciones. En cuanto á los Válcena, estaban incomunicados, á muchas millas de distancia, y segu-

ramente ignorarían el precario estado en que la esposa de Regis se encontraba. Por entonces, nada se podía esperar de ellos.

No les quedaba sino la Divina Providencia, que alimentó, por medio de las aveci-llas del cielo, á Daniel en la cueva de los leones; y la Providencia Divina, como si escuchara los interminables rosarios que aquellas mujeres abandonadas rezaban todas las tardes, les deparó un consuelo en una señora llamada doña Petrona Tréllez de Altamirano, emigrada argentina que conservaba en la Banda Oriental alguna posición, y que se había refugiado, con un hijo mozo, aislándose del mundo, en un campo que en la Colonia poseían y que les rendía alguna renta. En otros tiempos, esta matrona había sido grande amiga de doña Mercedes; á quien, hallándola ahora emigrada también y en tan precaria situación, instó, con cariño, para que le acompañase en su casa de campo, donde podría esperar tranquila que pasara la tormenta de sangre de la dicta-

dura. Era una tabla salvadora que se les presentaba, y doña Mercedes se asió á ella, inundando de lágrimas, en un largo abrazo, el cuello de su amiga. Así fué que, en cuanto se sintió mejor, en vías de una completa cicatrización de su herida, partió con su hija, Corina y la criada, á «San Antonio», que así se llamaba la hacienda de los Altamirano. Acogióselas allí con la respetuosa simpatía á que sus desgracias las hacían acreedoras. Doña Petrona era una mujer de corazón, que se sentía feliz al haber encontrado aquellas compañeras que le endulzarían el poético aislamiento de su huerta. Aunque la casa era vieja y un tanto sucia, el retiro era amable, sito sobre las altas y pintorescas barrancas del río, rodeado de corpulentos árboles, y no demasiado lejos de la población, que lo ponía así á cubierto de los asaltos de las soldadescas y las indiadas.

Con la asidua y alegre cháchara de su amiga, que le recordaba mejores épocas, doña Mercedes iba recobrando ánimo,

poco á poco. Pero cuánto más ánimo doña Mercedes recobraba, tanto más lo perdía Blanca...

La continua preocupación de la salud de su madre, había distraído hasta entonces la imaginación de la joven, de sus propias preocupaciones. Casi tenía olvidada la ausencia de Regis y la terrible noche en que la Mazorca asaltó su casa... Y ahora, conforme iba tranquilizándose respecto á su madre, se intranquilizaba más y más respecto á sí misma... El recuerdo, hasta entonces vago y confuso, de los incidentes de la mazorcada de que fué víctima, tomaba cada día contornos más precisos. Las borrosas figuras de sus verdugos, iban, rasgo á rasgo, animándose en el teatro interno de su memoria. Diríase que una malhadada vara mágica se complacía en mover aquellos espectros patibularios, y en hacerles hablar, andar y obrar, repitiendo siempre el mismo drama, en su fantasía de virgen impresionable.

En vano recurría á la oración y hasta á

la penitencia. En vano la absolvía, en el confesonario, el viejo padre Filiberto Rodríguez, que todos los domingos decía misa en el templo de la Colonia; en vano repetíale que era una santa, que su alma era tan pura como un sueño de poeta... Ella sentía, en su conciencia, un horror invencible. A veces, ya despierta, ya dormida, se miraba las manos teñidas en sangre, en sangre humana, y, como lady Macbeth, pensaba que todas las aguas de los mares no podían lavar esa pequeña mano; que todos los perfumes de la Arabia no podían quitarle su acre olor de crimen... El infausto episodio en que ella había descargado una pistola y blandido un puñal, volvía á su mente, como el asediante fantasma del Remordimiento.

«Pero yo he obrado en mi propia defensa, y hasta inconscientemente. Yo no he dado muerte á nadie. ¡Ese hombre se ha muerto á sí mismo! ¡Dios lo perdone! ¡Dios lo perdone!» se decía á veces, con su recto sentido de hembra fuerte. Y una

voz interna le objetaba: «¡Cáin! ¿Qué has hecho de tu hermano?» Entonces, allá en las soledades del templo, ó del bosque de San Antonio, ó de su lecho, se sentía anegada en amarguísimo llanto... Se sentía la última de las criaturas; envidiaba á los desamparados, á las aves, á las plantas, y hasta á los verdaderos criminales que ignoran las agonías del arrepentimiento. — En su habitación pasábase las noches en blanco, con las rodillas desgarradas sobre las frías baldosas, enjugándose las lágrimas con los cabellos. A la mañana siguiente, comprendía, con su sana razón, que esos accesos y excesos de dolor minaban su salud; que el recuerdo tenaz de la muerte de su agresor iba conquistándola, como una monoidea, hasta que cayera en la locura.

¡Y ella conocía la Locura! La había visto pasar, vestida de roñosos andrajos y relumbrantes cascabeles, riendo y vociferando... Por la calle, los pilluelos le arrojaban lodo é inmundicias... «¡No,—pensaba,—

la Locura no, antes la Muerte, sí, la Muerte!» Pero entonces, ¿quién cuidaría de las últimas horas de su madre? ¿Quién expiaría su delito, si es que *aquello* fué delito?... ¡Debía regenerarse! ¿Y cómo regenerarse?... ¡Cuán injusto era Dios, cuán injusto!... Y esta blasfemia interna, provocábale nuevas penas, nuevos rezos, nuevas maceraciones! ¡Ah, debía ser muy fuerte para resistir, como un pino solitario en una cumbre, todos los huracanes del mundo!

El Secreto era una de las formas de su martirio. Hasta ahora, á nadie, salvo al padre Rodríguez, en el confesonario, había dicho: «¡Yo he muerto un hombre!» Su madre misma lo ignoraba, pues habiendo perdido la cabeza en el tumulto de la catástrofe, no llegó á comprender que de quince mazorqueros que asaltaron su casa, sólo catorce salieron vivos. La sangre, el pistoletazo, todo lo creía obra de ellos mismos; y su imaginación, debilitada por la edad y los achaques, no se representaba ya conscientemente los sucesos de

que había sido incónciente testigo. No recordaba nada, ni quería recordar. Y en Buenos-Ayres era casi seguro que, por miedo á la cólera del Restaurador, los foragidos de la Mazorca habrían disimulado el *pequeño* drama íntimo, que permanecería así *ab eternam* en la obscuridad. Esa obscuridad aterrorizaba á Blanca como una fantástica proyección de su virginal remordimiento. «¡Nadie sabe que yo he manchado mis manos en sangre, yo lo callo, yo lo oculto, — decíase, — cuando debiera gritar mi abominación á todos; proclamarla en público, para que, por ese acto de suprema humillación, me perdonase Dios!»

En las primeras semanas de este tan inquietante despertar interior de sus recuerdos, Blanca hacía fervorosísimos votos por la pronta vuelta de Regis. Débil mujer, buscaba por instinto, en un trance mortal, el apoyo de su hombre. A él se lo contaría todo; él la perdonaría; él le explicaría su inocencia absoluta, de la cual no le con-

vencia, con todo su saber y todo su corazón; ni el buen padre Rodríguez. En el augusto aislamiento del matrimonio, la mitad fuerte y sana fortalecería y sanaría la mitad débil y enferma. Ella se lo diría todo, llorando sobre su pecho varonil, buscando el calor de su corazón varonil, como esos insectos tropicales que se agrupan al rededor de la llama para salvar su vida cuando soplan las ráfagas heladas del invierno.

Y como su espíritu se fuera quebrantando é hysterizando más y más, la asaltó una duda: ¿la perdonaría realmente su esposo de haber muerto á un hombre, aunque fuese en defensa de su honor y de su vida? ¡Sí, debía perdonarla! Pero aun en el perdón, ¿no sufriría cierta repugnancia al sentir al rededor de su cuello manos tintas en sangre?... Perdonaría, sí; mas ¿seguiría amándola como antes?... Este pensamiento, que al principio desechara como un absurdo inconcebible, iba tomando en su mente el cuerpo de un mons-

truo de piedra... Mucho hizo por des-
echarlo primero y luego por combatirlo; su
buen sentido sucumbía en aquella perpetua
lucha de dragones; cada vez sentíase más
aislada, ¡hasta terminó por convencerse de
que ya no podía ser feliz con Regis!... «Si
me desprecia, moriré impenitenté,— pensa-
ba. — Si me perdona, le contagiare mis te-
rrores y lo haré á él también desgraciado...
¿No vale más que me sacrifique y nunca
más le vea?»

¿No valía más hacerse religiosa para
expiar el homicidio? Esta nueva idea la
obcecaba, hasta el punto de que, por un
presentimiento loco, se suponía viuda,
¡se *creía* viuda! «Dios no permitirá
que Regis padezca por mí; ha de haber
muerto», se decía, soñando con que la paz
del claustro aquietaría alguna vez su pobre
espíritu de mujer fuerte, neurastenizado
por pruebas inauditas.

En el colmo de esta exaltación paulatina,
creyó, como algunas místicas de la edad
media, que estaba «maldita». Este nuevo

concepto iluminó los vaivenes de su espíritu enfermo como una clave mágica. «¡Estoy maldita!... Por ello derramo la desgracia en torno mío: la sufren Regis, mi madre, los Válcena... ¡No hay duda! ¡Estoy maldita!» Y sentía deseos, en el paroxismo de su nerviosidad, de gritarlo á todos los vientos...

Hasta entonces, había sufrido reservadamente sus luchas internas, que, excepto el padre Rodríguez, todos ignoraban. Con una fuerza de voluntad sobrehumana, por no acongojar más á su madre, fingía una melancólica placidez. Cuando la arrebatava un movimiento brusco, corría á orar al reclinatorio de su habitación; y si el movimiento se traslucía, los presentes se lo explicaban considerando su destino singular. ¡Demasiado resignada se mostraba bajo el peso de tanta desgracia! Sin embargo, su madre, el ojo avizor de la madre, enturbiábase en ciertos instantes, angustiada por un presentimiento vago pero infinitamente doloroso... «¡Cuándo

vendrá Regis!» se decía entoncés la anciana, esperándolo todo de la vuelta de Regis, el Mesías de paz...

Una vez, Blanca no pudo contenerse. Era una hermosa tarde de primavera. En su cochecito de mano, doña Mercedes, á la sombra de un amplio sauce llorón, desde el borde de los barrancos, pasando maquinalmente las cuentas de un rosario, contemplaba con sus cegatones ojos el magnífico paisaje del río de la Plata, lamiendo mansamente sus verdes riberas. De pronto dejó caer el rosario y exhaló una débil queja, y otra, y otra...

— ¿Qué tiene, madre?

— Me duele...

— ¿Qué?

— Me duele... la rodilla...

— ¿Qué rodilla?

La anciana, en un arranque de dolor, sin poderlo disimular más tiempo, exclamó:

— ¡La rodilla que me han cortado y está enterrada en el cementerio de Montevideo!...

Aquello fué una abrumadora revelación para Blanca. Ella sabía que su madre se quejaba á veces, aunque ocultamente; pero nunca habría llegado á suponer, en su ignorancia de medicina, que pudiera dolerle el miembro amputado... ¿No era diabólico sufrir dolores en una parte del cuerpo de la cual se carecía?... ¿Cómo calmarlos? ¿Dónde colocar entonces los emplastos y cataplasmas?...

— ¿Y el dolor, madre, — preguntó después de una pausa, con inusitada frialdad, — es fuerte, tan fuerte como... antes?

— Sí, ya no te lo puedo ocultar, Blanca; es fuerte, ¡es muy fuerte! — repuso la anciana, vencida por el sufrimiento. — Me ha empezado hace unos días, y aumenta y aumenta...

Los ojos de Blanca giraron en sus órbitas, vidriosos, videntes; su faz se contrajo en una mueca rara, muy rara; extendió los temblorosos brazos; y, perdiendo su lucidez, sin poderse ya refrenar, con un acento en

el que vibraba sordamente la locura, exclamó:

— ¡Soy yo, pobre madre, la causa soy yo!... ¡Soy yo, que estoy maldita!... ¡Soy yo, que derramo la desgracia, yo, yo!... ¡Yo, que he traído la desgracia, á mí misma, á ti, á Regis, á los Válcena, á mi patria, á todos, á todo!... ¡Soy yo que estoy maldita! ¿Sabes? ¡Estoy maldita!

Incorporándose en su cochecito y abriendo desmesuradamente sus ojos con cataratas, en un ademán de anonadamiento, la pobre madre exclamó:

— ¡Tú, hija mía! ¡Tú, mi buena, mi santa hija, tú, maldita! — Y no pudo continuar, porque la voz se le ahogaba en la garganta...

Aquel grito casi afónico de la madre sonó de tal modo en el oído de Blanca, que, como despertándola de una visión indefinible, trayéndola á la realidad, la hizo recobrar momentáneamente su lucidez de hembra fuerte:

— ¡Es que soy tan desgraciada, madre.

mía! — clamó sollozando, en el regazo de la inválida, casi á gritos...

Y la anciana que le besaba tan untuosamente los cabellos como si fueran la más sagrada reliquia, repetía, trémula:

— ¡Tú, tan bella, tan niña, tan santa, tú, maldita!...

III

Recibió don Valentín Válcena, en Baldeauquen, dos ó tres cartas de su amigo don Manuel-Vicente Maza, el presidente de la Legislatura de Buenos-Ayres, quien, consultado al efecto, le aseguraba que había caído en desgracia con S. E. Rosas. Era, pues, prudente permanecer con su familia en el retiro del campo, como se lo había aconsejado antes el capitán Pantuci.

Largos meses transcurrieron en aquellas vastas soledades de la estancia que Bernardo administraba, sin que nada se supiera de Regis ni de Blanca; y esta ausencia y esta ignorancia hacía cada vez menos llevadera á los cariñosos padres, que un buen día resolvieron trasladarse á la

capital... Empeñáronse Alicia y Silvio en acompañarlós: Alicia, porque su novio Alberto Riglet no había podido ir á hacerles la prometida visita, pues ahora servía, obligado por ciertas circunstancias, en los ejércitos de la dictadura, y la joven ardía en deseos de verlo; y Silvio, porque su naturaleza fogosa vibraba por entrar en la acción, siquiera por contemplar de cerca el sistema político rosista... No halló inconveniente don Valentín en llevar á Alicia, pero sí á Silvio, de cuyo temperamento temía siempre funestas imprudencias. Mas, el mozo abogó tan elocuentemente por su causa, llegando hasta amenazar con que, en último caso, prescindiría del permiso paterno, que los viejos, aunque embargados de un vago é inquietante presentimiento, accedieron. Bernardo asumiría entonces la jefatura de la familia, que, en Baldelauquen, quedaba compuesta de la tía Dámasa, Carlos, Laura, Clarita y Tito, el Benjamín.

Los abrazos de despedida fueron enter-

necedores, especialmente de parte de doña Mauricia, cuyo pecho se desgarraba con aquella separación. — En los últimos momentos quiso llevarse también á Tito; pero don Valentín se opuso, porque no era ni cómodo ni juicioso arriesgar al niño en aquel viaje. Ya se verían otra vez pronto, á la vuelta, dentro de dos ó tres meses, cuando regresaran triunfantes, ¡con Blanca y Regis!

Después de un largo penoso viaje, porque era tiempo de lluvias y la Pampa estaba anegada, cruzaron al fin, en la galera, el puente de Barracas, penetrando en Buenos-Ayres. Era la hora del crepúsculo y la ciudad dormía en un sueño prematuro. Todas las casas, cerradas, estaban pintadas de rojo ú ostentaban grandes insignias rojas, en demostración de federalismo. Un gran luto oficial lo cubría todo con sus crespones: doña Encarnación de Ezcurra, la esposa del Ilustre Restaurador, llamada la Heroína de la Federación, había muerto. Sus funerales habían sido, como los de una

princesa bizantina, suntuosísimos. Gobernadores, obispos, diplomáticos, todos los funcionarios públicos, el clero, el ejército, la marina, habían tomado parte en una demostración imponente, cuyos voceros fueron los cañones del puerto. Desde los púlpitos, aclamóse á la muerta la más grande mujer de América, que nunca, ni en tiempo de los Incas, presenció acaso exequias tan solemnes. Decretóse un luto general, ¡y guay del menguado que olvidase el crespón en el sombrero!...

Sin embargo, la crónica secreta que se murmuraba á los oídos, contaba que la extinta que ahora tanto se honraba, había sido una mártir del carácter del tirano... Verdad ó mentira, decíase que, habiendo solicitado un confesor en sus últimos momentos, él se lo había negado, so pretexto de que ella poseía secretos políticos que no se debían revelar á un «fraile». Pero el «fraile», que espiaba la oportunidad en las antesalas, había pedido permiso á Rosas para confesar á la moribunda; el marido

había contestado, evasivamente, que aun no era tiempo; insistía el sacerdote, negábase Rosas, doña Encarnación se moría...

Y como el « fraile » no cesara en su tentativa, S. E. le preparó una farsa monstruosa: esperó á que expirase la agonizante y llamó luego al loco Biguá, al bufón, al aposento; lo metió debajo de la cama para que, á gatas, arqueando el lomo, moviese de ahí los colchones poniendo en actividad á la muerta; y entonces hizo pasar al sacerdote, diciéndole, con delicado respeto, que « tenía tiempo de confesarla y absolverla porque aun vivía y se agitaba, tal vez por remordimiento de algún pecadillo... » Sentóse el religioso á la cabecera de la cama y quedó solo con la muerta, que de pronto, mientras Rosas espiaba con la peculiar sonrisa de sus delgados lábios detrás de una cortina, por hábiles maniobras de Biguá, empezó á moverse, como incorporándose y cayendo y cayendo é incorporándose... El confesor, que observaba aquellos manejos de un grotesco sublime, oró largamente y

salió de la estancia en silencio, aterrificado, hasta jurarse que jamás volvería á intentar el menor entrometimiento en los asuntos de aquel singular gobernador, histrión satánico.

..

¡Mal momento era aquél final del año de 1838 para acercarse á Rosas pidiendo el engraciamiento de Regis, cuya injustísima prisión duraba ya tres años! El tirano estaba inquieto. Sus bélicas cuestiones con Francia se dificultaban más y más; el nuevo plenipotenciario, conde Wolewski, era un diplomático agudo y pretencioso; en el congreso francés Thiers lo llamaba á boca llena «bandido»; su escuadra bloqueaba los puertos; y, para colmo, los emigrados argentinos en Montevideo le hacían, por la prensa, una guerra sin cuartel; guerra que, bajo el amparo de los buques bloqueadores y los auspicios del gaucho Rivera, un muy ambicioso pardo presidente de la República del Uruguay, podría acaso pronto darle batallas en campo abier-

to. Además, el presidente Santa Cruz, de Bolivia, un audaz indio aymará casi puro, oponíale las resistencias de una nueva guerra internacional, y en el interior, amagábanlo con una franca rebeldía algunos gobernadores provinciales, como Beron de Astrada, de Corrientes; Cullen de Santa Fe; el mismísimo Ibarra, su antes fiel aliado, de Tucumán. ¡Bien crítica era la situación de la Santa Causa! Y S. E. el Restaurador, nervioso y siempre trágicamente irónico, había englobado, para el público, todas sus inquietudes en la «pena eterna que le causaba la irreparable muerte de la Heroína de la Federación, — su ilustre esposa»: Las notas de adhesión en forma de pésames, escritas con el estilo servil y altisonantemente oriental de moda, llovían sobre el gobernador. En todas las ciudades y pueblos se efectuaban vistosas exequias de la Heroína, que terminaban en banquetes, en cuyos brindis se declamaban décimas de oportunidad. Luego la prensa amordazada de Buenos-Ayres publicaba

los partes oficiales de los alcaldes, las crónicas, los versos. El sistema terrorista, que daba cohesión á los elementos federales, se expandía ahora en una nota única, larga, monótona, de un fúnebre cómico: la condolencia, que venía á substituir á los plácemes de antes por cualquier fantástico atentado sobre la ilustre vida del gobernador, ó á las felicitaciones por no menos fantásticas victorias...

Don Valentín y doña Mercedes escribieron también respectivamente sus largas epístolas de pésame á don Juan-Manuel y á Manuelita, en las que se hablaba de las «virtudes casi divinas, y que podríamos llamar divinas, de la augusta finada»... Porque ni S. E. ni su hija se dejaban ver en tan terrible trance de inenarrable congoja: sólo por escrito se les rendía homenaje.

Despistado en aquel tumulto del luto federal, Silvio halló pocos amigos en la ciudad: Alberto Riglet, como Julio Pantuci, se hallaba en campaña, al mando del gene-

ral Pacheco; Echeverría, el poeta, se había refugiado en su estancia; Alberdi, el sociólogo, disponíase á emigrar á Montevideo... Lo que más contristaba á Silvio era saber á su íntimo amigo, á Alberto, casi su hermano, sirviendo bajo las tropas del déspota, sino por convicción, por circunstancias conminatorias, acaso por debilidad de carácter... ¡No lo reconocía en este acto!

Su círculo universitario había fundado una especie de logia política, tal cual Regis la planeara, llamada la «Asociación Mayo», donde se estudiaba, se pensaba, se opinaba... ¡hasta que la Mazorca pintó una noche, en las puertas del salón de estudio, varios palos rojos, símbolos que se llamaban «vergas federales»! Esta amenaza había desparramado á aquellos ardientes jóvenes, que preparaban un libro llamado el «Dogma Socialista», donde expondrían las doctrinas de la libertad de la filosofía romántica de Montesquieu, Diderot, D'Alembert, Rousseau...

También Alicia sufrió un hondo desen-

canto, al no hallar á su prometido en la capital. Aunque se esforzase en fingir indiferencia ante las bromas exasperantes de Silvio sobre el «apóstata», desconsolábase en secreto.

El general desasosiego de la época pesaba como una lápida sobre la tranquilidad de la casa de los Válcena, en la calle del Empedrado. La atmósfera era asfixiante, cargada de terrores, de súplicas, de fantasmas. Aquellos amplios patios plantados de naranjos, tan alegres antes con la presencia de la larga familia, veíanse ahora solitarios como los claustros de un convento en ruinas. — Y la historia de la mazorcada que sufrieran doña Mercedes y Blanca, y su ausencia, venía á colmar la melancolía de aquellas cuatro personas, las dos viejas y las dos jóvenes, cuyos pechos, en el antiguo caserón, se poblaban de ecos y de sombras.

Otra vez Silvio manifestó á su padre su firme intención de ir á Santa-Fe á ver á Regis, y hasta insinuó la idea de ayudarlo

á fugarse á Montevideo; y otra vez don Valentín opuso una enérgica resistencia, considerando que ello traería nuevas dificultades á la familia... Al fin transaron, dándose un plazo de tres meses, durante los cuales se intentarían, ante Rosas, los últimos esfuerzos; si éstos fracasaban, Silvio era libre de proceder como quisiera.

Ansioso de ver á Blanca y de socorrerla, si lo necesitaba, don Valentín solicitó un pasaporte para Montevideo, el que le fué negado, en un decreto en que se hablaba de «prohibir terminantemente la escapatoria á la vecina villa de los inmundos traidores infames unitarios, vendidos al asqueroso oro francés»... ¡La réplica era contundente, y tanto, que don Valentín la ocultó á los suyos, diciendo que retardaba el viaje hasta que hubiera practicado nuevos empeños respecto á Regis! Pero la nueva contrariedad—¡bien sintomática de su desgracia con la Santa Causa!—lo dejó aniquilado, consumiéndose en sus preocupaciones; se sentía ya un hombre perdido.

por una senectud prematura... Diríase que sus manos le temblaban, como cansadas del continuo esfuerzo que hacían en levantar una invisible losa de piedra...

Calurosísimo se inició el verano. El 7 de Diciembre, á la madrugada, efectuóse la ceremonia tradicional de la inauguración de la temporada balnearia en las extendidas playas del Río de la Plata: los frailes dominicos bendijeron una vez más las aguas.—La única diversión de las familias que quedaban en la ciudad consistía entonces en ir á pasear por la ribera, bajo los sauces, y bañarse en la mansísima corriente. Prohibíase toda otra fiesta por el «luto federal», ¡y había que guardarlo, vive Dios, so pena de caer bajo la cuchilla de la Mazorca!

Como intentaran infructuosamente varias veces los esposos Válcena el entreverse con la familia de Rosas, que se hallaba entonces en las afueras de la ciudad, en la hermosa quinta de Palermo, don Valentín

decidióse, por consejo de su amigo Maza, á escribir al Restaurador. Al efecto redactó, con sumo cuidado, dos piezas, una carta particular á su compadre don Juan-Manuel y una solicitud oficial á S. E. el magistrado. En ambas se sinceraba de ser un federal de cuerpo y alma y pedía gracia para Regis, atribuyendo su prisión á error. El estilo era respetuoso, humilde, suplicante; la letra, por él decaimiento físico y la emoción, irregular y vacilante. Y, naturalmente, las dos misiones iban encabezadas en la forma de práctica: «Años tantos de la Independencia, tantos de la Libertad, tantos de la Confederación Argentina, el mes, el día. ¡Viva la Federación! Mueran los salvajes inmundos traidores unitarios,» etc., acostumbrada retahíla federal de denuestos... Aseguróse de que el Restaurador recibiese sus empeños; los confió á persona fidedigna; y asimismo, pasáronse varias semanas, dos, tres, cinco, siete, los primeros del año de 1839, sin que recibiese respuesta...

Exaltada doña Mauricia en vista de la inutilidad de ésta tentativa, resolvióse á ir ella misma en persona á atacar á la fiera en su guarida, y una tarde, así lo hizo. Modestamente vestida se dirigió á Palermo y penetró en la quinta hasta el despacho de S. E.; los guardias la dejaron pasar creyéndola una proveedora cualquiera de la casa. Allí sorprendió al Restaurador, que conversaba con su edecán Corvalán y un italiano, el señor De Angelis... Los tres suspendieron la charla al verla, de improviso, tan demudada y vacilante.

— ¿Qué desea la señora? — preguntó el coronel Corvalán, no reconociéndola ó fingiendo no reconocerla.

— Hablar al señor Gobernador, — replicó con segura voz la matrona.

— Aquí estoy, á sus órdenes, — interrumpió Rosas, con entonación cortante, mirada iracunda y fría sonrisa.

De Angelis se despidió y se fué, y Corvalán mismo pasó á otra habitación. Quedaron, frente á frente, el verdugo de Regis y su madre...

— Puede sentarse, señora.

— Estoy bien así, gracias, don Juan-Manuel... — Y sin poderse contener estalló: — Vengo á suplicarle, á suplicarle de rodillas, señor...

— Pero ante todo, ¿quién es usted? — interrumpió Rosas, que bien la conocía, frunciendo el entreceño.

— La señora de Válcena, la madre de Regis Válcena...

— Siéntese entonces, mi comadre, — insistió Rosas con correcta amabilidad. — Perdóne que no la hubiera reconocido. Y ¿qué es lo que la trae por aquí?

— ¡Mi hijo!

— Sí... He sabido que don Valentín ha estado varias veces á verme; pero estoy tan ocupado con los asuntos públicos... ¡Estoy tan triste por la muerte de mi pobre esposa!

Aquí, el Restaurador esperó las ruidosas protestas de condolencia que estaba acostumbrado á recibir; pero doña Mauricia, siempre de pie, limitóse á murmurar:

— Yo la quería mucho. ¡Pobre Encarnación! — y después de una gran pausa, prosiguió: — Ella me había prometido también interceder por Regis, que es un buen federal, y hace ya más de tres años que está preso en Santa-Fe por una equivocación, señor, ¡por equivocación!

— ¡Hum! No recuerdo bien...

— ¡Recuerde, recuerde V. E.! — gimió la desolada mujer. — ¡Regis Válcena, hijo de don Valentín Válcena, mi hijo, que es un buen mozo, sin vicios, sin defectos, absolutamente adicto á V. E.!

— ¿Y qué quiere usted de mí, señora? — preguntó Rosas recalcando las sílabas con mal disimulada impaciencia, casi con dureza.

— ¡Que lo perdone, por la Virgen Santísima, por la memoria de Encarnación, á quien Dios salve, que lo perdone!

¡Mal día era aquel para pedir una gracia! El dictador acababa de recibir las más alarmantes noticias: el general Lavalle, prestigioso jefe unitario, preparaba

un ejército en Montevideo para invadir la república; en el Sud se hablaba vagamente de una revolución próxima á estallar; y en la propia ciudad, alguien le había insinuado la existencia de una conjuración secreta, la que sospechaba fuera organizada por los jóvenes del círculo social de Regis... Precisamente, hacía unos minutos que el gobernador conversaba sobre tan ingratos temas con De Angelis y Corvalán...

— ¡Por ahora, señora, — repuso duramente, — nada puedo hacer!

Al oírlo, doña Mauricia cayó llorando á sus plantas, en una rogativa suprema, descubriendo la insondable sima de sus ansias de madre... Escuchábala Rosas, envolviéndola en una glacial mirada de odio de sus ojos claros, mientras, allá en su fuero interno, meditaba el modo de deshacerse de aquella incómoda é inoportuna visita... Y sugirióle un medio su fecunda inventiva:

— ¿Dice usted que su hijo es un buen federal?

— ¡Lo juro por Dios!

— Pues entonces, levántese, señora, y sométase á una prueba terminante; si Dios le ayuda, su hijo será inocente y merece perdón; si no, su hijo es culpable y quedará preso...

Sintió doña Mauricia transfigurársele el rostro; una esperanza secreta iluminaba su alma como un rayo de luz divina; ¡Dios no podía, si era justo, desoirla! Púsose de pie, con una plegaria en los labios, y dijo:

— ¡Sea la voluntad de Dios!

Muy formal, Rosas llamó entonces á don Eusebio de la Federación, el bufón idiota, iluminado él también, el tirano, por una sonrisa; mas por una cruelísima sonrisa de neurópata, que, sintiéndose oprimido en un día de lucha, alégrase, instintivamente, de que se le presente una oportunidad propicia para distender sus nervios con alguna profanación infame; con algún atroz sufrimiento ajeno, que equilibre, distraiga y calme sus propias y cobardes inquietudes internas... Dió á su loco una orden en voz

baja, y éste se puso, no sin refunfuñar, ¡en cuatro pies!...

— Señora, — dijo Rosas entregando á la dama un rebenque que sobre la mesa estaba, — esta es la prueba que la depara el Cielo. Monte usted á caballo en don Eusebio. Si don Eusebio no la voltea, indultaré á su hijo; si usted cae, Regis continuará en Santa-Fe...

Sin comprender bien, con ojos espantados, la mirada de la matrona pasaba del déspota al histrión, que, á gatas, la esperaba, relinchando como un potro, y coceando y piafando... Tomó maquinalmente el rebenque, y, conteniendo su sangre de rica-hembra que la impulsaba á cruzar con él el rostro de Rosas, lo arrojó y exclamó entre dientes:

— ¡Es usted un cobarde!

Rosas, siempre tan exigente y soberbio, sonrió ante aquel mortal insulto, y adelantóse á detener en la puerta á la matrona, que se retiraba, digna y pálida:

— No, señora, no es para tanto, — le

dijo, con suave, muy suave insinuación. — No hay de qué enfadarse... Es una ocurrencia que Dios me ha inspirado... ¡Fíjese usted bien lo que hace! Si usted se niega á esta prueba, yo debo creer que Regis es aún más culpable que lo que lo suponía, y lo mandaré fusilar... Sí, doña Mauricia, — agregó cada vez más melifluo, — me veré en la triste necesidad de hacerlo fusilar... ¡Pero Dios no lo puede querer!... En cambio, si usted sale bien, lo que espero, lo indulto... Y si cae, lo dejamos como está... ¡Fíjese bien en lo que hace! Por su orgullo usted perderá á su hijo, y luego se arrepentirá... ¡Usted se arrepentirá de su orgullo, señora, y ya será tarde, muy tarde!

Aquí se detuvo un momento, como para dejar que sus palabras, zalameramente pronunciadas, con una voz acariciante que rarísimas veces usaba, produjeran todo su efecto; y, entrecerrando la puerta, prosiguió, siempre muy respetuoso:

— Y usted nada perderá, doña Mauricia, con someterse á la prueba... ¿Acaso le exijo

yo algo que rebaje su honor?... ¡Y le juro, le juro por la salvación de mi venerada esposa, que cumpliré mi palabra!... Soy un caballero, aunque no siempre lo parezca, señora, — agregó con una melancolía que sentaba admirablemente á su bello rostro varonil. — ¡Soy más caballero de lo que usted supone, y por sangre y por sentimientos! Sólo la política, esta endiablada política me hace á veces aparecer como un mal hombre; pero, ¡nunca como un villano, señora, nunca!

Mareada por este flujo de palabras, doña Mauricia se acercó maquinalmente al loco, como para montarlo; mientras éste, cansado de la incómoda posición en que lo colocara su amo, habíase enderezado, de rodillas... Al verlo así, el Restaurador lo arrojó otra vez sobre sus manos, de un tacazo tan violento, que la matrona, nuevamente sublevada en su dignidad de patricia, repitió su ademán de retirarse, de huir, enferma de asco. Pero Rosas, deteniéndola como antes en el umbral de la

puerta, díjole, con entonación triste pero amenazante:

— ¡Usted juega con la cabeza de su hijo, señora! — agregando luego con su voz más aterciopelada: — ¡Un esfuerzo, doña Mauricia, y acaso Dios la ayude! Nadie la verá; nadie lo sabrá,—y cerró las puertas, los postigos para que no los vieran desde el patio. — ¡Hágalo por su hijo, se lo ruego, aquí en secreto, entre cuatro paredes que no ven ni oyen!

Como inspirada por una resolución repentina, preguntó doña Mauricia:

— ¿Jura usted por la salvación del alma de su esposa cumplir su palabra?

— ¡Lo juro!

Y después de una pausa, abriendo violentamente todas las puertas, no dijo, sino gritó la matrona, con admirable energía:

— ¡Pues no á oscuras y solos, sino á la luz del sol, ante los ojos de los hombres como ante los de Dios, quiero someterme á su prueba, y demostrar ante el mundo, no

sólo la inocencia de mi pobre hijo, sino que Juan-Manuel Rosas, hijo de don León Ortiz de Rosas y de doña Agustina López de Osornio, es un canalla!

Y sin más, á la vista de algunos personajes que estaban en la inmediata galería esperando al gobernador, se enhorquetó en la arqueada espalda del bufón, que, bajo el peso de aquella gruesa dama, comenzó á correr en cuatro pies, á relinchar, á corcovear como un centauro epiléptico...

De una habitación inmediata, el «Padre Biguá», el otro bufón, que había olfateado la escena, observábala por entre el cortinaje de la puerta abierta, con creciente interés, todo ojos, todo oídos... Sin quererlo ni saberlo, en atención delirante, arqueaba él también el espinazo, imitando las salvajes sacudidas de su compinche... Tanta gracia le causaba el cuadro, que, conteniendo la respiración y saltándosele las pupilas, apretábase el vientre, según su costumbre, como para no reventar de

risa... Y se acercaba, y se acercaba, agi-
tándose y riéndose, hasta olvidar sus te-
mores y la presencia del mismo Rosas,
hasta trasponer el cortinaje y entrar al apo-
sento, tendiendo al bellaco don Eusebio
sus dilatadas narices... Diríase que iba ya
á olerlo, ó acaso á metérsele entre las ja-
deantes mandíbulas, como un mono gris
en las fauces de una serpiente india, que
lo magnetiza con las convulsiones de su
danza del hambre...

En tanto, el bellaco humano bufaba y
sudaba bajo el enorme peso que le aplas-
taba el lomo... La escena duró todavía
algunos instantes, porque la valerosa ma-
dre, abrazada á su cuello, apretando las
cansadas rodillas, desplegaba un inaudito
vigor en mantenerse firme sobre el potro de
ignominia... Temiendo don Eusebio que si
no volteaba á su jinete le castigase su amo
con algún suplicio de su inventiva, hizo un
gran esfuerzo, dió un berrinche estridente,
y de un salto violento arrojó, en efecto, á la
señora, cuya cabeza, al caer, chocó contra

la punta de una mesa, ensangrentándose sus canas...

Apenas se produjo el golpe, Biguá, despertando de su fascinación, tomóse las nalgas con ambas manos, como si ya sintiera en ellas la bota del amo; y, antes de que su colega se pusiese de pie y lo apercibiere, huyó veloz, desesperada, locamente...

Enderezado don Eusebio, miró á todos lados con sus atónitos ojos de imbécil, sin ver á nadie, pues el mismo Rosas había desaparecido como por encanto... Cuando fijó su vista en la gruesa matrona que yacía con la cabeza enrojecida por una herida traumática, casi sin sentido, irrumpió en una serie de soeces risotadas... Presentóse un asistente, muy correcto, que levantó á doña Mauricia y la invitó respetuosamente á que se retirase, en vista de que la prueba había fracasado... Cubriéndose el rostro con las manos, la dama salió, sin ver que todos los hombres que del corredor habían contemplado la escena, oficiales y diplomáticos, haciendo contraste

á las crecientes risotadas del bufón, lloraban de vergüenza.

En tanto, Biguá, que había atravesado todo el parque en su disparatada carrera, penetraba en el bosque de sauces llorones de la ribera y se detenía en un claro tapizado de lujuriosa maleza... Allí miró para todos lados, sin ver á nadie... Una bandada de cuervos que se levantó graznando, sacudióle el cuerpo en un violento calofrío, que lo mantuvo algún rato suspenso... Luego, cuando quedó seguro de que nadie lo espía en aquellas melancólicas soledades, púsose en cuatro pies, y, remedando precisísimamente á don Eusebio, relinchó, coceó, piafó, corrió, corcoveó sin parar, hasta que, rendido de fatiga, cayó de boca, quedándose dormido...

Por su parte, el compañero, don Eusebio, que había calzado espuelas y blandía un enorme rebenque, buscábalo desalado por toda la casa, para jinetearlo á su vez; y, como no lo encontrara, exclamaba entre dientes, jurando obscenamente:

— Esta vez te escapaste, maula; pero no te escaparás otra, no...

Y era tanto su furor, qué, gimiendo de cólera, acabó por acurrucarse en un rincón, como una bestia herida...

IV

Llegado era el momento de intentar el último recurso por la libertad de Regis: facilitarle la fuga, para que, escapando á la Banda Oriental del Uruguay, se reuniese á su esposa, cuya desolación bien se presumía, aunque Rosas hubiera prohibido severamente todo correo ó comunicación con la otra orilla del Plata, foco de unitarismo. Silvio, autor del proyecto, decidió su realización. Pero una serie de entorpecimientos lo detenía, especialmente la precaria salud de sus padres. Ambos, debilitados por tantos sinsabores, sentían decaer diariamente sus fuerzas, á punto de que, á fines de 1838, no habían conseguido trasladarse aún á Baldelauquen, donde se ha-

llaban Bernardo y el resto de la familia. Con ejemplar abnegación, atendíalos Alicia, un tanto consolada porque su novio, Alberto Riglet, los visitaba ahora, cuando se lo permitía el servicio militar...

Recién á principios del siguiente año, 1839, hallándose algo repuestos los viejos, determinóse Silvio á trasladarse, disfrazado de gaucho, á Santa-Fe, para operar allí como fuere conveniente; y así lo hizo, juntándose en el Rosario á un grupo de cuatro isleños casi salvajes, quienes le prometieron ayudarlo en sus planes, que, cauteloso, sólo les comunicó á medias.

Dándose maña, supo que Regis estaba aún preso en la Aduana. El gobernador de Santa-Fe don Estanislao López había muerto, poco después de la humillación que sufrió en su última visita á Rosas. Para sucederle interinamente fué electo por la legislatura provincial, don Domingo Cúllen, un español de Canarias inmigrado, que por varios años había desempeñado la secretaría general de la gobernación. Como

este personaje no era simpático al Restaurador, los federales santafecinos le opusieron como candidato, para las elecciones definitivas, á don Juan-Pablo López, hermano natural del finado don Estanislao, á quien llamaban, por su feo rostro picado de viruelas, «Mascarilla». Ocupado en luchar contra Mascarilla, olvidó ó aplazó Cullen, que no comulgaba con Rosas, el dar libertad á Regis...

En circunstancias de que los caudillos Cullen y Mascarilla se ponían en campaña con sus guerrilleros gauchos, una obscura noche de invierno, Silvio desembarcó sigilosamente en Santa-Fe. Acompañábanle los cuatro isleños, adictos merced á una buena paga. Dejó dos en la lancha, disimulada en la maleza, y bajó á tierra con los otros dos. Todo estaba desierto, en un silencio de cementerio. Ocultándose, atravesando el puerto, descalzos para no hacer ruido, llegaron hasta la Aduana sin que nadie los percibiese, salvo algún perro indiscreto, al que «despacha-

ron» los isleños, de un diestro dagazo en la carótida.

En la puerta del edificio, casualmente, por ausencia de otros soldados, velaba el cabo Ferragut, el de funesta pupila, con su único ojo de carcelero, vidrioso y sanguinolento. Dormido de pie en su casilla, y antes de que hubiese podido defenderse ó dar la voz de alarma, sujetóle Silvio vigorosamente del cuello, arrojólo al suelo, clavóle una rodilla en el estómago, y púsole de punta sobre el corazón un amenazador puñal, diciéndole:

— ¡Si no me entregas inmediatamente la llave del calabozo de Válcena, te mato!

— No la tengo, — replicó despabilándose atónito el chinote.

— ¡Sí! ¡Sé que tú efes el cabo Ferragut, y la tienes! Entrégala inmediatamente ó clavo el cuchillo...

— ¡Pero si usted me tiene las manos nada puedo entregarle! — replicó vencido el centinela, después de un momento de reflexión

A una señal de Silvio, registráronle los isleños, sacándole del cinto un manojo de tres llaves.

— Ahora me dirás cuál es la de la prisión de Válcena.

— Si digo me fusilarán...

— Y si no dices te mato...

Ferragut indicó una llave, tal vez al acaso. De todos modos Silvio se conocía, por descripciones, de memoria, aquel heterogéneo edificio, que era aduana, cuartel, cárcel, suplicario y casa de gobierno. Ordenó á sus ayudantes que trincaran y vigilaran al cabo mientras él iba hacia el interior, con una linterna, en busca del prisionero... Fácilmente reconoció la celda... Quitó las barras de hierro que atravesaban la puerta; descorrió el cerrojo de un candado monstruo; é, inmensamente conmovido, entró:

— ¡Regis!

El preso, que dormía, incorporóse sobresaltado en su lecho, pasándose la mano por la frente, como para distraer una ingrata pesadilla.

— Regis, soy Silvio y te traigo la libertad, — añadió; siempre á media voz el animoso joven, echando los brazos al cuello de su hermano.

Como tocado de un resorte, Regis, comprendiendo, púsose de pie...

— Vamos, no hay tiempo que perder porque nos sorprenderían. ¡Vamos!

Regis señaló sus grillos, con una mirada dolorosa; y sacando de su faltriqueras una lima, Silvio los rozó hasta romperlos, con nerviosa rapidez. ¡Y había algo de intensamente dramático en el premioso silencio de aquellos dos jóvenes tan ávidos de hablarse!...

— Ya está; vamos, — repitió terminantemente Silvio, ayudando á vestirse al prisionero.

— ¡Vamos!

Y después de casi cuatro años de encierro, abandonó Regis ¡para siempre! su cárcel, sin lanzarla ni una última mirada de despedida... Sólo guardó en un bolsillo un trozo de sus hierros, diciéndose tal vez

que ese sería el talismán para su premeditada revancha...

En la puerta, hallaron á Ferragut, trincado. Por toda despedida, Regis le lanzó una mirada de desprecio.

— ¿Este es, — preguntóle Silvio, — el infame que te vigilaba, según me han contado el padre Amenábar y papá?

— Sí es, — contestó Regis, adivinando una secreta intención de su hermano; — pero déjalo tranquilo. No merece nuestra atención, que debemos llevar á más altas miras... ¡Sigamos!

— Un momento, — objetó firme Silvio; y sacando su daga cortó rápidamente ambas orejas al repelente chino, diciéndole irónico: — ¡Para que lleves un recuerdo mío hasta la muerte!

Al sentirse desorejar, lanzó el cabo un bramido formidable; intentó desesperados esfuerzos para desasirse de sus cuerdas, sin conseguirlo; y á las risas de los isleños que con los Válcena se alejaban, gritó, entre blasfemias y denuestos, llenando de

espumarajos sus gruesos labios, mortales amenazas.

Tan debilitado estaba Regis por su larga reclusión y engrillamiento, que hubo casi que arrastrarlo hasta la lancha que les esperaba fondeada en la ribera.

Una vez embarcados y libres, comunicóle Silvio, en una larga expansión fraternal, todas las novedades: Blanca se hallaba en la Banda Oriental y sus padres estarían ya en la estancia del Sud, Baldelauquen, donde Castelli, Rico y otros patriotas preparaban una gran campaña contra el dictador; lo sabía de buena fuente y comunicábaselo con el sigilo del caso... Hablaba inflamado de un vivo ardor bélico; tenía fe en el triunfo de la revolución próxima á estallar...

— He pensado mucho sobre lo que te conviene hacer, Regis, — terminó. — Puedes tomar uno de estos dos partidos: ó escapar al Uruguay y juntarte á Blanca, que se halla allí con su madre, ó cruzar la Pampa hasta Baldelauquen, donde hallarás á mamá, á papá y á toda la familia...

— ¿No me decías que dejaste á mamá, á papá y á Alicia en Buenos-Ayres?

— Sí; pero cuando yo partía para acá, ellos se disponían á trasladarse á la estancia, donde tal vez te esperan...

— ¡Ellos y la Revolución! — agregó pensativo Regis. — Y de Blanca, ¿qué más sabes?

— Poco; que se hallan bien, ella y su madre, emigradas en Montevideo, como te dije, — repuso Silvio, con la intención de tranquilizar á su hermano, y aunque en realidad nada sabía, por la interrupción de comunicaciones.

— ¿Por qué han emigrado?

— Por huir á la Mazorca... y por juntarse con don Juan-Pedro Castellanos, el tío, un segundo padre para Blanca.

— ¡Por huir de la Mazorca! ¿Cómo, por huir de la Mazorca?

Aunque titubeante y disimulando la crueldad del episodio, narróle Silvio que la Mazorca, cuando ellos estaban en Balde-lauquen, había asaltado una roche la casa

de doña Mercedes, buscando porcelana y cortinas celestes y correspondencia unitaria...

— Pero ahora se hallan á salvo, por suerte, — agregó. — No así nuestros pobres padres, Regis...

— ¿Qué tienen? — preguntó Regis, con sombría sobreexcitación.

Silvio, mientras la lancha bajaba plácidamente el Paraná, haciendo zigzags entre las islas, negras como tumbas, contó, con reconcentradísima ira, cuanto sabía de los trabajos infructuosos que realizaron sus padres por la libertad del primogénito; sus angustias, sus humillaciones, y hasta lo que ocurriese en Palermo á doña Mauricia, que sabía por boca de extraños, y de cuyas resultas tan enferma estaba...

— ¿Y tú, — preguntó Regis con voz ronca y ojos cuajados de lágrimas, — no has clavado aún un puñal en el pecho de *ese*?

— ¡No! ¡Aun no ha llegado el momento! — respondió con exaltación Silvio. — ¡Pero ya se acerca; ya se acerca!

— ¿Dónde?

— ¡En la revolución del Sud, en la que Bernardo, Carlos, yo, todos colaboraremos!... Menos Alberto, que, por intimación de su padre, sirve en los ejércitos de Oribe... ¿Y tú, qué harás tú? ¡Tu madre, por ti hoy acaso agonizante, nos espera allá, y tu madre patria, que también agoniza, Regis, que agoniza!... — Y con indisimulable ansiedad, preguntó: — ¿Qué harás, pues?

Regis sacudió la cabeza, como rechazando un sueño carísimo, la inoportuna visión de Blanca, y, llevándose la mano al pecho, solemnemente repuso:

— He jurado, Silvio, vengarme del tirano; y hoy, ante ti, ante Dios, ¡juro otra vez, y por la felicidad de Blanca, mi esposa, que no pararé hasta cumplir mi venganza de hombre y de ciudadano!

Y en silencio, ambos se estrecharon la mano, como sellando solemnemente un pacto. ¡Se entendían!

Por indicación de Silvio, refugiáronse

en una isla del delta del Paraná, esperando que se disipara la tormenta de la guerra civil santafecina, para dirigirse después, en días de tregua, á Luján. De allí partiría Regis para Baldelauquen, cruzando las Pampas con un baqueano que Silvio tenía apalabrado, y éste correría á Buenos-Ayres á comunicar á los conjurados de la capital con los revolucionarios del Sud, á quienes se incorporaría. Porque, iniciado en los secretos del coronel Ramón Maza, sabía que simultáneamente debían estallar de un día á otro, tres movimientos: la conjuración de Buenos-Ayres, encabezada por este joven; la marcha del general Lavalle, con un «Ejército Libertador», de Montevideo sobre Buenos-Aires; y la revolución del Sud, á la que pertenecía en cuerpo y alma. ¡No podía quedar la menor duda: Rosas, centro de tantas oposiciones, caería, como un falso ídolo!

Alojados en una pobrísima choza de pescadores, de estilo lacustre, Regis y Silvio aguardaban la ocasión favorable de desem-

barcar en la ribera. Llegáronles allí algunas noticias... Mascarilla había vencido á Cullen en Cayastá... Cullen buscaba un refugio en Tucumán, donde pidió asilo al gobernador Ibarra... Ibarra, dominado por el terror rosista, lo entregó á Rosas... Rosas lo había hecho degollar en el Arroyo del Medio... ¡La provincia estaba pacificada! Y, por consiguiente, hicieronse transportar á Luján, desde donde Regis partió, con el baqueano, directamente á Baldalauquen y Silvio á Buenos-Ayres, montados ambos en excelentes cabalgaduras. Y éste, al despedirse, como angustiado por oscuro presentimiento, balbuceó á su hermano:

— Si muero, dí á mamá, á papá, á todos, que he muerto pensando en ellos... ¡Viva la patria! ¡Adiós!

Llegó Silvio á Buenos-Ayres á primera noche, cinco días después de la decapitación de Cullen. Apresurado dirigióse á su casa, dejando el caballo en una cuadra vecina al cuartel del Retiro; y al pasar por

la casa de la Sala de Representantes, notó un movimiento anormal. Preguntó qué había á don Pedro de Angelis, con quien tropezara...

— ¡Váyase pronto á su casa, joven Vál-cena, — repuso el amable extranjero, — que acaban de asesinar al doctor don Manuel-Vicente Maza!...

¿Quiénes? ¡No había que preguntarlo! ¿Quiénes podían ser sino los esbirros del tirano? Y Silvio sintió que la sangre le latía en el pecho como las olas de un mar agitado... ¿Habríase descubierto la conjuración, y por castigar al hijo, al joven coronel, se asesinaba al padre? Sobre la sangre del gobernador interino de Santa-Fe, inmediatamente caía la del presidente de la Sala de Representantes, y presidente de la Suprema Corte, el juez *ad hoc* de los Reinafé, ¡el hombre de confianza y el hombre decorativo de la dictadura!... Unos minutos antes, habíase él hallado escribiendo en su despacho oficial. La mesa en que escribía daba frente á la puerta que

comunicaba con el zaguán. Dos hombres embozados entraron; y mientras el uno lo asía por los cabellos, dábale el otro innumerables puñaladas... ¡Ahí estaba, caído de su silla, muerto, con su blanca cabeza en un charco de sangre!... Y al oído se susurraba que los asesinos eran un tal Gaetan y un tal Moreira, del Cuerpo de Serenos, sucursal de la Mazorca...

Corrió Silvio á su casa, donde halló solo á su padre, con la servidumbre. Acababa su cena, y al verlo entrar tan demudado, saltó de su silla:

— ¿Qué ha pasado á Regis?

— ¡Regis vive, padre! ¡Está bueno y salvo! Ahora se dirige, disfrazado de tropero, con buenos caballos, á la estancia!... ¿Y mamá?... ¿Y Alicia?

— En la estancia... Pero tú, ¿qué tienes?... ¿De dónde llegas?... ¿Qué has visto?... ¡Serénate!... Bebe una copa de vino...

— No... nada... ¡Padre! ¡Acaban de ase-

sinar á don Manuel-Vicente Maza! — exclamó el joven, con una mueca extraña, dejándose caer sobre un sofá.

— ¡No es posible!... ¡Te han informado mal!... ¿Quiénes lo han asesinado?

— Los verdugos de Rosas, por orden de Rosas.

— ¡No es posible! ¡Maza asesinado!... ¡No, no, no es posible!

— ¡Lo he visto!

Y luego, sin transición, violentamente, exasperado, con una exasperación dominante, casi insolente, casi amenazador, el joven increpó á su padre:

— ¿Y por qué no te has ido tú también con mamá y Alicia? ¿Qué piensas hacer aquí? ¿Por qué no te vas ahora mismo, mañana mismo?...

— ¿Qué? ¿Te estorbo? — replicó el anciano con irónica dignidad.

— No, padre, pero tú aquí corres peligro, — repuso el joven, misterioso.

— ¿Peligro?

— ¡Sí!

— ¿Hay... revolución?

Silvio cerró las puertas y manifestó en secreto á su padre que creía que el joven Ramón Maza preparaba una conjuración.

— ¿Por eso crees que han asesinado á su padre? — preguntó el anciano, añadiendo, solemne: — Mira, hijo, nunca fuí un cobarde en mi juventud, y no quiero serlo ahora cuando debo daros ejemplo... ¡Si estás comprometido en la conjuración, vete, cumple con tu deber de ciudadano, que yo, tu padre, como viví sabré morir!

Conmovido, comunicóle Silvio lo que sabía respecto á la conjuración proyectada, á la marcha de Lavalle y á la revolución del Sud, añadiendo que él se había comprometido con Castelli, Rico y demás...

— Vé entonces allá, hijo, que yo me quedo...

— Pero tú, ¿por qué te quedas?

— Eso se lo dirás á Regis. Me quedo para socorrer á Blanca, que, según mis noticias, tal vez se esté hoy muriendo de miseria, de hambre, en Montevideo...

— ¿Y su tío?

— Está en Europa. Las dos mujeres se hallaban abandonadas, con la chicuela Corina... No me verán por la estancia hasta que haya conseguido ayudarlas, ó yéndome oculto ó enviando un emisario.

— Pero eso es una empresa difícil... ¡Déjamela á mí!...

— Tú estás comprometido con la gente del Sud, y yo, que soy un anciano y no puedo ya pelear, iré á socorrer á las mujeres!... Pero dime, dime por Dios, ¿qué es eso de Maza?...

Pasaron la noche don Valentín y Silvio, comentando los sucesos, y especialmente la evasión de Regis. Al día siguiente, después de un breve descanso, tuvieron nuevas noticias, ¡pero no muy alentadoras! Era verdad que, por la denuncia de un traidor, Rosas había descubierto la conjuración; *ipso facto* había hecho aprehender al joven Maza; luego se había asesinado, aunque fuera á todas luces extraño al movimiento,

al viejo Maza; á altas horas de la noche el cadáver de éste fué llevado á la policía en un carro de basuras; á la madrugada, sin forma de proceso, fusilóse al joven en la cárcel, juntáronse los dos cadáveres en el mismo carro, y fueron arrojados á la fosa común del cementerio, que devora hasta los nombres de los que en ella caen...

Varios días transcurrieron, de mortal inquietud para don Valentín y Silvio, en el temor de que éste fuera sospechado como partícipe en la abortada conjuración, ó bien como cómplice en la fuga de Regis... Sin embargo, no hubo novedad, hasta que, dejando ya más tranquilo á su padre, que no abandonaba su idea de comunicarse con Blanca, partió Silvio para Baldelauquen... ¡Pero no llegó muy lejos! Al cruzar el puente de Barracas, notó que galopaba hacia él una partida de policía, con sus consabidos amplios ponchos rojos, que flotaban en el aire como olas de sangre. Silvio, dudoso, afectó tranquilidad, esperando que pasaran de largo... Mas no fué

así; de lejos los policiales, que lo vigilaban desde algunos días, gritáronle:

— ¡Alto, en nombre del Restaurador!

Instintivamente, el animoso joven, que iba á caballo á tomar la galera más adelante, viéndose acosado por cinco buenos jinetes, sacó del cinto una pistola y se detuvo:

— ¡Al que me toque lo mato!... Soy un buen federal que marchó á mi estancia... ¡Déjenme seguir!

Viendo que el pelotón avanzaba, ciego de ira, descargó una pistola sobre el que parecía su jefe; y, sin mirar si acertara el tiro, emprendió la fuga, á uña de caballo... Como el pistoletazo no diese en el blanco, traspasando simplemente el poncho del policial, sus alas de sangre, los cinco esbirros, como lebreles detrás de un ciervo, iniciaron, á través de la Pampa verde, extendida y solitaria, una persecución desenfrenada: tenían orden de prender al fugitivo, y de prenderlo vivo ó muerto, como eran tácitamente todas las órdenes de detención en aquellos tiempos.

Por ligera que fuera la cabalgadura de Silvio, no le iban en zaga las de sus perseguidores. Aquellos corceles de las llanuras, acostumbrados desde muchas generaciones salvajes á recorrer el desierto ilimitado, poseían incalculable resistencia. La carrera duraba extensas millas, sin que los lebreles rosistas recuperasen la ventaja que les ganara Silvio en el arranque... El caballo de uno de los policiales rodó; quedaron cuatro siempre á la misma distancia del que huía... Silvio vadeó un arroyuelo; vadeáronlo también los rojos emponchados... De pronto, uno de éstos empezó á «castigar» y á ganar terreno... Sacó unas «boleadoras» de la montura; enarbolólas, hízolas silbar en el aire con diestrísimo pulso, y partieron... El caballo de Silvio, boleado en las dos patas de atrás, cayó pesadamente, quebrándose las delanteras, y exhaló un relincho de dolor casi humano; el jinete saltó por las orejas del animal, dióse de frente contra el suelo, y quedó allí

Con un gesto de júbilo, los policiales, bandada de hambrientos buitres, rodeáronlo, lo desarmaron, lo ataron, y lo cargaron sobre el más robusto de sus «pingos»; transportándolo así al Cuartel de Serenos, que debía servirle de cárcel...

Instruyósele allí un sumario secreto, porque se había hallado su nombre en una lista de los conjurados y porque Rosas, instruído de la evasión de Regis, temía que fuera su cómplice... El joven defendióse como pudo de la primera imputación; y en cuanto á la segunda, después de algunas tretas hábiles de sus jueces y carceleros, declaró que era verdad, que había coadyuvado en la fuga de su hermano...

Y como se le preguntase dónde se hallaba éste, deseando despistar á sus verdugos, repuso que Regis, perseguido por la policía federal en el Rosario, se arrojó al río, con la intención de pasar nadando á la vecina orilla, pero que, según le habían contado, faltáronle las fuerzas y se ahogó... Con esta mentira quería evitar nuevas persecu-

ciones á su hermano, y acaso algunas mazorcadadas á su familia... No hallándosele interés egoísta en esta declaración, puesto que ya había confesado su complicidad, le creyeron. Pero como quedaban dudas sobre lo demás, el proceso, de carácter político-militar, siguió adelante, siempre secreto...

Mientras se substanciaba, entre otros espectáculos sangrientos, Silvio, desde su celda, una inmunda celda, vió fusilar á Gaetán y luego á Moreira, los asesinos del doctor Maza... ¿Por qué, si ese crimen lo realizaron probablemente instigados por el mismo Restaurador? Un carcelero le respondió que era porque habían cometido luego dos homicidios «por cuenta propia»... ¿Qué importaba á S. E. dos crímenes más?... Dos crímenes más, nada; pero dos confidentes menos... Como Cleopatra á sus cómplices de amor de unos instantes, Rosas eliminaba á sus cómplices de odio.

V

En San Antonio, la propiedad de los Altamirano; separados del río de sangre de Buenos-Ayres por el ancho río de la Plata, platicaban doña Petrona, la dueña de casa, y su huésped, doña Mercedes, en presencia del padre Rodríguez. Tratábase de la salud de Blanca. Muy desasosegada, manifestó doña Mercedes los más graves temores...

— ¡Si su esposo volviese pronto, se salvaría! — observó doña Petrona, haciéndose eco de un pensamiento de su amiga.

— Lo peor es que ahora le ha dado en creer que Regis ha muerto, — manifestó tristemente doña Mercedes.

— Es natural que después de tantos sustos, — observó doña Petrona, — su sistema

nervioso se desequilibre; pero ya sanará, ya sanará... ¿No lo cree usted así, padre Rodríguez?

Como el sacerdote no respondiese, continuó doña Mercedes, fija en su idea:

— Lo peor es que cree que Regis ha muerto, y aunque no me lo ha dicho, mucho me temo que, suponiéndose viuda, quiera hacerse religiosa... ¿No es verdad, padre Rodríguez?... ¡Díganoslo usted que la confiesa!

El anciano sacerdote, cuya piedad hacia Blanca se iba trocando en una paternal pasión, respondió, melancólico:

— Es verdad, señora. Tiene ese pensamiento.

— ¿Lo cree usted realizable, si no volviese Regis?

— Por ahora, no.

— *Por ahora...* sí, ya sé; mientras yo, su madre, viva, tiene que cuidarme, — y aquí doña Mercedes se interrumpió con un disimulado quejido. — Pero *después...*

— ¿Después?

— Sí, después, cuando yo muera, lo que ustedes saben que no tardará mucho en ocurrir...

— Pues ya que usted me lo pregunta, señora, le diré que pienso que *en ningún caso* su hija debe hacerse religiosa ni puede...

— ¿Por qué?

— Porque sus nervios, ya demasiado débiles, no resistirían la soledad. Sería un suicidio, y yo se lo he dicho á ella misma.

— ¿Cree usted que mi hija nunca podrá hallar en el claustro la tranquilidad y la salud?

— *Nunca* es mucho decir, señora. Lo que sé, y permítale esta opinión á un viejo ingenuo, en lo que ella valga, es que Blanquita no podrá hacerse religiosa mientras no cure; y el médico dice que en menos de tres ó cuatro años de seguir un sistema higiénico, no curará...

— ¡Usted teme que muera! — saltó de pronto la madre; y como el sacerdote nada respondiese, repitió: — Sí, usted teme que muera...

— Si no cura pronto. Y esa cura está en las manos de Dios... Es preciso que su marido vuelva... Un mes, dos, seis meses más, será quizás demasiado tarde... Esta es mi humilde opinión, la opinión del cariño, — añadió, sonándose y secándose el sudor de la frente con un gran pañuelo á cuadros de chillones colores.

— Usted es demasiado pesimista, padre, — interrumpió doña Petrona, observando huellas de la más honda pena en el rostro de doña Mercedes. — ¡Dios salvará á esa buena niña!

— Todo está en las manos de Dios, señora.

— Todo está en las manos de Dios, — repitió ansiosamente doña Mercedes, como un eco.

En ese instante, interrumpióse la conversación por la llegada de un apuesto jinete, en un caballo espumante de cansancio. Era el capitán Julio Pantuci, vestido de gaucho. Saludó con gravedad, tomó asiento, y á las apremiosas preguntas, dijo, con voz firme, clara, muy digno:

— Venía á hablar particularmente con usted, doña Mercedes; pero ya qué están aquí también doña Petrona y el padre, mejor; les pido á todos que me escuchen... Traigo noticias...—Y aquí se cortó, demasiado enternecido. — Traigo noticias de allá... Las cosas van mal... Regis... ¡Ruégoles que hagan coraje!

— ¡Regis ha muerto! — exclamó lloriqueando doña Mercedes.

— Sí, señora... Ha muerto... Se ahogó en el río Paraná al evadirse de su cárcel... Está comprobado en un proceso que se sigue á Silvio, por complicidad en su evasión... Traigo los documentos.

Hízose un silencio, en el que se oían los sóllozos de doña Mercedes, á quien consolaba su amiga doña Petrona, con simpática solicitud...

— Pero aun tengo algo más que decir,— añadió con entonación conmovida y caballeresca Pantuci. — Tengo que decirle, que suplicarle, señora... — y la voz se le anudó en la garganta.

Viendo que no continuaba, que la situación se hacía insostenible y que de un momento á otro podía llegar Blanca, el sacerdote, con modesta autoridad, tomó la palabra:

— Este joven viene á pedir á usted la mano de Blanca, señora...

Pálido y asombrado miró Pantuci al sacerdote, como preguntándole cómo lo sabía...

— Este joven, doña Mercedes, que está locamente enamorado de Blanca, pide su mano... Yo lo sé por inducción. ¡No era difícil adivinarlo!

Suspendiendo el llanto, doña Mercedes interrogó al padre, atónita, sobre lo que debía hacer...

— Es un caso grave, y hay que pensarlo.

Abrióse una nueva pausa, que cortó Pantuci:

— Lo que el padre dice, es verdad, señora. Vengo á pedirle la mano de su hija y deseo que se me responda pronto, porque de esa respuesta depende mi felicidad ó mi

desgracia... Además, estoy apremiado por mis deberes militares, y en el plazo de quince ó veinte días, según lo que ustedes dispongan, debo tomar una resolución definitiva: la emigración ó el servicio. El servicio, si me rechazan; la emigración, si me aceptan.

— Pero yo, ¿qué puedo contestar yo? — exclamó doña Mercedes, cogiéndose la cabeza con ambas manos. — ¿Qué dice usted, Petrona?... ¿Qué me aconseja usted, padre?

— Yo creo que la salvación de Blanca estaría en que aceptase á este mozo por marido, — observó sentenciosamente la señora de Altamirano.

— ¿Y usted, padre? ¿qué piensa usted?

— Creo que es muy posible que tenga razón doña Petrona, señora. Blanca necesita distraerse, sacudirse...

— ¡Necesita amar! — interrumpió doña Petrona.

— Perfectamente, como ustedes quieran, — prosiguió el padre, meneando la cabeza, mientras doña Mercedes rezaba mental-

mente un padre-nuestro y una salve. — Ya he dicho que su situación no puede prolongarse, y que en el claustro no podrá hallar más tranquilidad que la de... la tumba.

— ¡Dios mío, apiadaos de nosotros! — clamó doña Mercedes, que, cuando se sintió más serena, dijo á Pantuci: — El caso no depende de mí sino de ella... Yo desde ahora ya doy mi consentimiento... ¡Pobre Regis!... ¡Ojalá se pudiera! — Y continuó hablando, casi incoherentemente, aunque de sus palabras se colegía que tenía esperanzas en que se realizara la boda...

— Hay que proceder con tino, — manifestó doña Petrona, — porque Blanca está muy delicada. Todos trabajaremos por usted, señor Pantuci, pues sabemos que usted es una buena persona. ¡Quiera Dios que consigamos salvar con ese casamiento á Blanca!

— Y á mí, doña Petrona, — repuso Pantuci, con sincera sencillez.

— Usted nos ayudará, padre, ¿no es ver-

dad? — agregó la dama, encantada con la idea de volver á la vida física y moral á la dulce niña.

— Yo... ¿Qué puedo hacer yo?... — exclamó timoratamente el viejo.

— ¡Mucho, mucho!

Y acercándose á Pantuci, díjole el sacerdote, casi al oído:

— ¿Está usted seguro que ha muerto su... amigo?

— Aquí tiene usted las pruebas del proceso, — respondió Regis, entregándole unos papeles.

— Entonces... veremos.

Con una rápida ojeada orbservó el sacerdote los documentos; despidióse Pantuci «hasta pronto», pues no era prudente que viera ya á la joven; y desde entonces, todos de acuerdo en San Antonio, procedieron á *catequizar* á Blanca. Doña Petrona expuso su plan de campaña, que fué aceptado. Era un complot.

Sin perder tiempo, á solas con su hija,

después de muchos circunloquios, doña Mercedes dióle á entender que había quedado viuda...

— Lo sabía, — repuso ésta, simplemente.

— ¡Cómo! ¿Lo sabías y nada me has dicho?...

— Quiero decir que... tenía el presentimiento.

— Pobre, hija mía, — exclamó la buena matrona, abrazándola desde su coche de manos, anegada en lágrimas.

Menos el padre Rodríguez, que entonces se hospedaba también en San Antonio, todos esperaban una natural explosión de amargura... Nada de eso: Blanca, al menos en público, no exhaló un solo suspiro, no derramó una sola lágrima. Parecía de antemano resignada. Su esbelta figura no se agobió un instante; siempre reconcentrada y pensativa, cuando pasaba, diríase que sus plantas de ángel no tocaban la tierra... Doña Petrona, doña Mercedes, el padre Rodríguez, hasta Corinita, todos confabulados, prodigábanle sus esfuerzos

para distraerla, consiguiendo apenas arrancar, de cuando en cuando, una pálida sonrisa de sus labios.

Después de algunos días, y de un funeral solemne que se rezó por el alma de Regis Válcena en la iglesia de la Colonia, doña Petrona, con habilidad de matrona casamentera, comenzó á «preparar el terreno». El capitán Julio Pantuci venía todos los días á informarse de la salud de Blanca... ¡Era un joven tan simpático!... Su hijo le había hablado mucho y muy bien de él... Era necesario que se le recibiese, á pesar del luto, para agradecerle sus infinitas atenciones... Y como Blanca nada objetara, recibiósele una tarde... Al verlo, la joven, ya porque le recordara á su esposo, ya por las sugerencias de que era objeto, estalló, por primera vez á caso desde el día en que se le notificó su «viudez», en nerviosísimos sollozos... Tuvo que retirarse á su habitación. Para la señora de Altamirano, éste era un síntoma favorable, y así lo manifestó. «¡Ya verían en una segunda visi-

ta!...» Y en uná segunda visita, vieron, en efecto, que Blanca soportó mejor la vista del antiguo «amigo» de su esposo. En fin, tras de muchos preludios y reticencias, una mañana, doña Mercedes, considerando ya á su hija bien preparada, la habló, suplicante, decidida, incoherente de emoción:

— Julio ha pedido tu mano... Julio te ama... Es un buen muchacho... Yo lo quiero ya como á un hijo... Me haría muy feliz este casamiento... Entonces moriré tranquila... Doña Petrona y el padre Rodríguez apoyan su solicitud... Debes sacrificarle y contentar á todos... Yo te lo ruego, hija mía, ¡yo te lo ruego!... Escucha tu corazón, que tal vez ya lo ama... Eso será para ti la salud, la vida... ¡Y para tu madre que tanto te quiere, para tu madre!

Dejó Blanca pasar aquella marea de frases rápidas y agitadas como olas, y luego repuso, con suave pero decidida intención:

— No puedo, madre. Perdóname. Quiero quedarme á tu lado.

— ¡A mi lado! Pues á mi lado quedarás;

pero con él, que será nuestro apoyo... Con él, digo, si no te repugna...

— Nadie me repugna, madre, nadie; pero tampoco amo á nadie. Hace apenas un par de semanas que me han traído la noticia de la muerte de Regis, y, aunque no fuera más que por las conveniencias sociales, debiera esperar siquiera un par de años...

— ¡Un par de años! En un par de años más morirás de inanición, hija mía!... ¡Las conveniencias! ¿Ha tenido el mundo conveniencias para nosotros? Además, Regis, á quien Dios guarde, no ha sido para ti más que un novio, pues que en el instante de casarse se separó para siempre... ¡Has llevado más de cuatro el luto de un novio, y no hay dos juventudes!

— Yo no tengo ya más juventud, madre.

— ¡Que no tienes más juventud á los veintitrés años!... ¡Eres una niña aún, y es tiempo de que te hagas mujer!... ¡Tu pobre madre te lo suplica al borde de su tumba!

Doña Mercedes argumentaba, exhortaba, imploraba, y tanto, que Blanca, al fin, dejó

ver el fondo de su pensamiento: quería hacerse religiosa.

— ¡Religiosa, hija!... ¡Y me abandonarás!

— ¡No, madre, nunca!...

— Entonces, si yo te abandonara, si yo muriera... ¡Pues bien! ¡Niégate á la razón, niégate á vivir, y yo me moriré! ¿Qué me atará ya á la vida? Así saldrás con la tuya y te encerrarás en un claustro... ¡Te haré el gusto!

Desesperada, extraviándose, perdiendo otra vez su lucidez, Blanca contestó, con las pupilas fijas y dilatadas:

— Soy muy culpable, madre... Tengo mucho que orar para salvar mi alma... ¡Deja que consagre mi vida á orar!

— ¡A orar! Eso será matarte, pues no tienes salud para el claustro. Eso no es servir á Dios, ¡eso es cobardía!... El médico, el sacerdote, la madre, todos te decimos que, por lo frágil de tus nervios, te será imposible soportar la vida religiosa... ¿Quieres entonces suicidarte?... Te concedo

¡oh santa niña! que tengas que orar mucho, mucho, mucho; pero para orar necesitas vivir, y para vivir...

— ¡Debo casarme!—y la joven, exaltada por aquella lucha de razones, demasiado fuerte para su debilidad, ya casi en los dinteles de la locura, exhaló una carcajada muy larga, muy sonora...

Acudieron el padre Rodríguez y doña Petrona, alarmadísimos por tan insólita risa, cuyos ecos llenaron la casa, y atendieron á Blanca, que, desvaneciéndose, reía aún y gritaba:

— ¡No hay duda! ¡Debo casarme! ¡Debo casarme!

Sobrevinole á Blanca una nueva crisis nerviosa, en la que su razón peligraba; y luego, cuando iba en vías de mejorar, una aguda fiebre cerebral en la que peligraba su vida... Cuidósela con el más exquisito cariño, y á fuerza de cuidados se logró verla más tarde, si no restablecida, convaliente.

Muy desmemoriada, recordaba, como en un sueño, todos los últimos cuatro años de su vida, desde el instante en que, recién casado, Regis se marchó para no volver más, y aun eso, se lo representaba más como si le hubiese ocurrido á una persona extraña, que no á sí misma... Sentía como superpuestas en ella tres individualidades: una, esfumadísima, absolutamente independiente, la de los últimos años; otra, no tan esfumada, pero siempre independiente, la anterior á su casamiento; y otra, en fin, real é íntima, la presente, que desligaba de las anteriores... Había perdido, pues, la ilación de su personalidad, dividiéndola en tres hipóstases.

En tal estado no era difícil sugerirle la idea de que aceptase á Pantuci como esposo, que cuanto más débil está la persona, es más sugestionable; y, en efecto, las súplicas de su madre, las maniobras de doña Petrona y la aprobación del padre Ramírez — la decidieron...

Pocas semanas más tarde, retirábase el

capitán Julio Pantuci del ejército argentino; liquidaba algunos negocios; casábase con Blanca Castellanos en el templo de la Colonia, bendiciendo la unión el padre Filiberto Rodríguez; y la pareja se instalaba, con doña Mercedes y Corina, en una bien alhajada casita de la apartada villa...

Pero Julio Pantuci se engañó al creer que su desposada era la Blanca Castellanos que amara tantos, tantos años. Aquella niña romántica, llena de ideales y de vida interior, había muerto; en su cuerpo quedaba una mujer marmórea, indiferente, casi egoísta...

Cuanto más nostálgica se revelaba la esposa, más amable, más obsequioso, más apasionado mostrábase el marido, devorando la pena que le roía el alma... Así esperaba, aunque débilmente, triunfar algún día de aquella figura bella y glacial, que adoraba con una pasión violenta, cada vez más violenta, acrecida por el obstáculo de sus actitudes de esfinge...

Sintiéndola superior, la respetaba como á una santa... Ni en los momentos de mayor desaliento, atrevióse á inculparle su frialdad. Aceptábala como era, pero con el corazón desgarrado, devorando en silencio sus lágrimas más amargas...

La salud y los sufrimientos de doña Mercedes empeoraban, pero ni eso conmovía ya á aquella hija tan cariñosa otrora... Y en este estado corrieron uno, dos, cuatro, seis meses...

Un día, la esfinge sintióse madre, y se lo reveló á su hombre, sin exaltarse, sin temores, sin la menor emoción, abstraída siempre en su mundo impenetrable, siempre sonámbula... Mirándola en los ojos, el esposo, que apenas podía creerla, pensó qué monstruo de desafecto llevaría en su seno aquella singular mujer...

Doña Mercedes, que veía y no se explicaba el cambio de carácter de su hija, sin esperanzas ya de vislumbrar la felicidad en la tierra, clamaba por la muerte. Y la

muerte, que nunca se hace esperar de quienes sinceramente la llaman, vino. Esta desgracia pareció al fin sacudir un poco el espíritu de Blanca. Su marido, al verla llorar á la cabecera del lecho mortuario, descubriendo que aun le quedaban sentimientos, le prodigó los más dulces consuelos.

— Eramos tres, — decía gimiendo la huérfana; — papá, mamá y yo. Papá se fué. Mamá se ha ido. Yo quedo y ellos me llaman. ¡Yo también quiero irme!... ¡Eramos tres, y queda uno, que también debe irse!... ¡Sí!... ¡Quiero irme!

Tomándole las manos y besándolas como un galán antiguo, el esposo le dijo, al oído, muy quedo, muy humilde:

— No erais tres, que erais cuatro, Blanca mía, erais cuatro... Quedáis dos...

La joven, muy asombrada, repuso:

— ¿Cuáles? — y sin pensar en la criatura que palpitaba en sus entrañas, acordándose acaso de Regis, pero muy vagamente, muy vagamente, agregó, fija en sus visiones: — ¡Ah, sí, ya sé, cuatro!

VI

En una larga fuga fantástica á través de las Pampas, burlando todo género de peligros y emboscadas rosistas con su disfraz de gaucho tropero, llegó á Baldelaquen, la estancia, Regis Válcena, sano y salvo. Para despistar allí un posible espionaje de la servidumbre, presentóse como un peón sin trabajo que buscaba conchavo, y pidió hablar á solas con el patrón.

Hiciéronle entrar, contra su voluntad, al comedor, donde estaba reunida la familia menos doña Mauricia, enferma en cama. Bajo el polvo del camino, la tostada tez, las desgredadas barbas y el hirsuto cabello, nadie le reconoció; y Tito, que era ya, al decir de las gentes, por su reflexiva

precocidad, todo un hombre, se refugió en las faldas de la tía Dámasa. Esfuerzo violento costó al recién llegado, cuyos ojos llenábanse de lágrimas, el contenerse y no gritar á todos, en un abrazo general, quien era... Pero temiendo descubrirse ante los criados que podían espiar, que espiarían seguramente tan extraño intruso, limitóse á pedir á Bernardo una conferencia á solas. Al oír esa voz, mirólo éste en los ojos y se levantó como tocado de un resorte; pero un gesto de Dámasa lo contuvo: no era prudente recibir á solas, en aquellos tiempos, un hombre de semejante catadura...

— Ahora te necesitamos aquí, Bernardo, — dijo la solterona. — Manda á ese hombre á aguardarte en las cocinas y más tarde podrás recibirle en tu despacho...

— ¡Sí! — asintió Tito. — Acuérdate, Bernardo, que hoy es domingo y que tienes que jugar á la lotería con nosotros, ahora mismo, como siempre...

Pero el extraño no se movía, ni pedía

disculpas, ni insistía; ahí estaba, silencioso como la estatua del Comendador, mirando á todos con sus raras pupilas de salvaje...

Carlos creyó deber intervenir:

— Si usted no ha almorzado, vaya á almorzar á la cocina de los peones, y luego vuelva, que el patrón lo atenderá entonces...

Asimismo, como petrificado, el vagabundo miraba fijamente, con tan penetrante mirada, que Laura y Clarita huyeron despavoridas al dormitorio de su madre, á cuyos oídos dijeron:

— ¡Madre, ahí hay un desconocido, creemos que un rosista, que quiere hablar á solas con Bernardo!

— ¡Un desconocido!... — é inspirada por un súbito, incomprensible é indefinible presentimiento, la matrona se incorporó y pidió sus ropas á las atónitas chiquillas...

— ¡No, mamá, no salgas!...

— ¿Qué haces, mamá?

Sin oirlas, á medio vestir, rápida como una tigre que divisa á lo lejos su perdido

cachorro, la madre se lanzó al comedor, y desde el umbral de la puerta donde se detuvo, envolviendo todo el cuadro en una mirada febril, reconoció una y mil veces, bajo su burdo disfraz, al primogénito de sus entrañas... La curiosidad de los criados, á quienes vió espiar en la puerta de enfrente, la contuvo... Y Bernardo, sin decir una palabra más, iluminado por el rostro de la madre, hizo una seña al intruso, y ante sus asombrados hermanos lo llevó á su despacho, donde se encerró con él hasta que llamó también á la puerta doña Mauricia...

Después de las efusiones y aclaraciones del caso, convinieron los tres, á puerta cerrada, que Regis permanecería incógnito en la estancia, como capataz general, hasta que estallara la revolución. De esta manera, en continuo contacto con la peonada, constituíase á su vez en espía del espionaje de abajo, el más peligroso. También, si se hacía querer de ese elemento gaucho, en ocasiones tan caballe-

rescamente fiel, podía aportar después, como caudillo, un valioso contingente á los revolucionarios.

Y en cuanto á la familia, resolvieron que el capataz «Roque Núñez», que tal nombre adoptó Regis, debía evitar todo género de expansiones que pudiesen denunciar su superchería. Así fué que, de los demás, sólo Carlos, Alicia y la tía Dámasa, que por inducciones comprendieron lo que pasaba, abrazaron á escondidas al capataz Roque Núñez... Con el tiempo, también los chicuelos, — Laura, Clara y Tito, — familiarizados ya con el nuevo empleado, llegaron á honrarlo con su amistad.

Tito, que acabó por hacerse su inseparable compañero en las horas de siesta, distraíalo con sus largas chácharas confidenciales.

— Nosotros somos más hermanos, — solíale decir. — Somos ocho. ¿Tú eres solo? ¡Debe ser aburrido ser uno solo!... Tene-mos en la familia además de los que tú

conoces, y de papá que está en Buenos-Ayres, un hermano que se llama Regis y otro que se llama Silvio. Regis está preso por orden de Rosas, y papá y Silvio lo van á sacar... Pero no digas á Bernardo que te he contado estas cosas, porque me lo tiene prohibido y me reprendería... ¡Es que tengo tanto gusto en hablarte de Regis, por lo que lo quiero! Era muy bueno, muy inteligente, muy trabajador. Se había casado con Blanquita, una niña que lo quería mucho y que ahora debe estar esperándolo en Montevideo... ¡Pobre! ¡Debe ser tan desagradable estar preso, entre cuatro paredes, sin haber hecho nada malo, y tantos años!... Por eso mamá y papá están siempre tristes...

— Pero si está preso, por algo ha de ser. Habrá hecho algo malo que tú no sabes... Habrá robado, asesinado...

— ¡Robado, asesinado! ¿Estás loco, Núñez? ¡Si lo conocieras no dirías eso! ¡Y no lo repitas, porque si lo dices otra vez, me enojo para siempre contigo! — añadía el

chiquillo casi llorando de indignación. — ¡Era el mejor de todos!... Todas las noches yo rezo por él con tía Dámasa, y hasta solo... Siempre me acuerdo de él. Me acuerdo muy bien, muy bien, como si lo viera... ¿Y á ti no te gustaría verlo?

— ¿A mí?... ¡Hum!... Como no lo conozco, no me importa.

— ¿No te importa? ¡Es que no lo conoces! Yo, si lo viera, ¡ah, si lo viera! lo tengo tan presente que lo reconocería en seguida y le daría muchos, muchos abrazos...

Tres meses después de la llegada de Regis á Baldelauquen, estalló la revolución del Sud. En la madrugada del 19 de Octubre de 1839, los habitantes de la ciudad de Dolores despertaron sobresaltados: el redoble de un tambor, batiendo generala, retumbaba en las solitarias calles. Un grupo de hombres decididos, encabezados por el comandante don Manuel Rico, recorrían la población dando estrepitosos mueras á Rosas.

Alarmadas las familias asomábanse á las puertas y ventanas para inquirir la causa de semejante alboroto; las casas de negocio permanecían cerradas y silenciosas, mientras que patronos, dependientes, artesanos y jornaleros, ricos y pobres, á pie ó á caballo, con las armas que encontraban, acudían á engrosar las filas de los insurrectos. En las primeras horas de la mañana ya se formó en la plaza pública un pelotón de ciento setenta ciudadanos, y se mandaron sacar setenta lanzas, únicas armas existentes en la casa del comisario, para munir á los desarmados.

Entonces Rico, cubierto aún con el polvo del camino y seguido de algunos oficiales, penetró en el cuadro de á caballo y lanzó una enérgica proclama, la que concluyó en estos términos:

— Este pueblo heroico, cansado de tanta humillación, y amenazado en la vida é intereses de sus hijos, se pone en armas. Juremos todos no dejarlas mientras no hayamos dado en tierra con el amo y el

último de sus esclavos... ¡Patriotas del Sud! ¡Viva la libertad! ¡Abajo el tirano Rosas!

Estruendosos vítores acogieron estas palabras. El terreno estaba preparado. Levantóse un acta del pronunciamiento, y leída que fué, aclamósela.

Luego, cinco hombres fueron á buscar el retrato del dictador, que ocupaba en el Juzgado un lugar prominente. Era un cuadro al óleo de vara y media de alto que representaba al Restaurador de las Leyes y Héroe del Desierto en gran uniforme de brigadier, conducido por la Fama al templo de la Inmortalidad. Lleváronlo ante Rico, gritando los pilluelos de la calle, exaltadísimos:

— ¡Aquí va la figura! ¡Aquí va!

Llegado que hubo el retrato, pisoteáronlo y lo despedazaron, en la mayor algazara, mientras que Rico, arrancándose el obligado velillo negro que, en señal de luto por doña Encarnación de Ezcurra, la Heroína de la Federación, la esposa del dic-

tador, llevaba en el sombrero, exclamaba, arrojándolo al suelo:

— ¿Por quién llevamos este luto? ¡Fuera con él! — Y haciendo lo propio con la divisa de cinta encarnada que llevaba al pecho: — ¿Y qué significa esta marca ignominiosa que usamos sobre el corazón?... ¡Ya no somos lacayos! ¡Abajo la librea!

Imitáronlo los presentes, despojándose de sus lutos y divisas federales, que substituyeron por la escarapela azul y blanca de la guerra de la independencia; y la plaza quedó sembrada de innumerables trapos negros y cintas rojas, cuyos colores, pisoteados, parecían sintetizar sangre y tinieblas...

El clamoreo de Dolores halló eco simpático en todos los pueblos comarcanos. En Chascomús y en Monsalvo congregáronse otros dos pelotones de revolucionarios. Regis y Carlos Válcena, con un grupo de peones adictos, fueron de los primeros en incorporarse al pelotón de Castelli, en

Monsalvo, dejando á su familia y á la hacienda á cargo de Bernardo. En muy pocos días reuniéronse más de tres mil hombres, bajo la bandera azul y blanca. Estas fuerzas, al mando del coronel Rico, debían operar en connivencia con el «Ejército Libertador» del General don Juan Lavalle, que invadiría por el Norte la provincia de Buenos-Ayres. Y como no llegase este ejército, acamparon los del Sud junto á la laguna de Chascomús.

Allí fueron desgraciadamente sorprendidos y derrotados, por tropas regulares del Restaurador, al mando de su hermano Prudencio. Crámer, el caudillo de Chascomús, y Castelli, el de Monsalvo, murieron. Sus cabezas fueron puestas, para aterrorizar á la población, en la plaza pública del pueblo de Chascomús.

Desbandáronse después de la sangrienta derrota los revolucionarios, huyendo unos seiscientos al mando de Rico, entre los cuales hallábanse los dos Válcena, que salieron ilesos del combate, hasta el puerto

del Tuyú, donde fueron recogidos por botes de los buques franceses que bloqueaban aquella costa. Embarcados, transportóles la escuadra extranjera hacia el Norte, á incorporarse al «Ejército Libertador» que operaba en Corrientes.

Después de un penoso viaje de cuarenta días, llegaron, en 12 de Enero de 1840, á ese ejército, que acampaba en un punto denominado «Ombú», y se pusieron ardiendo de entusiasmo á las órdenes del general Lavalle, que los recibió con los brazos abiertos en una fraternal expansión cívica. A Regis Válcena, reconociéndole sus excelentes cualidades y recordando su vieja amistad con don Valentín, confirmólo en el grado de capitán con que había servido á las órdenes de Castelli é hizolo, al poco tiempo, su ayudante; á Carlos, antes sargento, graduólo de alférez.

En sus nuevas funciones, el ojo inteligente de Regis no tardó en comprender ; y con harto dolor! que muy difícilmente podría triunfar, aquel llamado Ejército de la

Libertad, de las tropas federales. En efecto, Rosas había comprendido la superioridad de las tropas regulares, bien disciplinadas, y el ejército del general Lavalle era, como él mismo lo había llamado, un «Ejército-Pueblo». Es decir, un gran conjunto de hombres armados y sometidos á jefes militares, pero que carecían de cohesión disciplinaria. Sus armas no eran uniformes, y sus movimientos eran lentos, porque iban seguidos de una enorme tropa de carretas... Más que un ejército, eran el embrión de un ejército, aunque voluminoso, débilmente vertebrado. ¡No, á pesar de todo el prestigio de su jefe, un caudillo altanero y caballeresco, no podía dar batallas de gran mérito estratégico, ni realizar campañas definitivas!

Profundamente desalentado, insinuó Regis algunas de estas reflexiones al general Lavalle, quien le repuso con la arrogancia de un héroe:

— ¡El Ejército Libertador es el ejército del Pueblo, y el Pueblo ya ha condenado á muerte á su tirano!

Aunque esta respuesta, admirable para una epopeya medioeval, no convenció al novel ayudante, éste, impulsado por nobilísimos sentimientos, prometió solemnemente á su jefe acompañarlo hasta la muerte; dar por la Causa de la Libertad hasta la última góta de su sangre...

La campaña se inició bajo auspicios favorables. El ejército colecticio derrotó al ejército organizado de los federales en Entre-Ríos, en Don Cristóbal y en Sauce Grande. Aunque estos triunfos carecieron de importancia, inflamaron de santo entusiasmo á los «cruzados de la libertad». Protegidos por los buques bloqueadores, los «cruzados» avanzaron, derrotando otro ejército federal, que mandaba el general Pacheco, en Tala, donde el alférez Carlos Válcena recibió una leve herida en un hombro.

Desde Tala, el ejército revolucionario adelantó hasta Merlo, que quedaba á seis leguas de Buenos-Ayres, y allí acampó. ¡Lavalle estaba *ad portas!*... Pero, ya por

no considerarse este general bastante fuerte para tomar la ciudad, ya por sentirse amenazado de algunos caudillos del interior como Mascarilla y Echagüe, y por el general Oribe, después de seis días de extraña inacción, emprendió una retirada hacia el Norte, de donde venía...

Con esto renació el ánimo en el círculo oficial de Rosas, donde días antes reinaba el desconcierto... ¡Lavalle, el general *ad portas*, se retiraba! ¡La capital estaba salvada del temido golpe de los nuevos «cruzados»! Y, pasado el peligro, era necesario reconfortar á los federales y aterro- rizar á los unitarios! Al efecto, inventá- ronse grandes baladronadas y ejecutáronse siniestras venganzas.

Propalóse que los generales de Rosas habían rodeado á Lavalle, — al «salvaje traidor unitario Lavalle, vendido al in- mundo oro francés», — con diez mil hombres, y que éste había escapado en rapidísima fuga. Hubo las iluminacio-

nes, festejos, borracheras, proclamas y odas de rigor. El retrato de Rosas se paseaba por las calles, en carros triunfales y procesiones que por su boato tanto se asemejaban á los del culto católico, que, al verles pasar, arrodillábanse las mujeres y los niños. Oficiábanse, en acción de gracias al Todopoderoso, solemnísimos Te-deums en todos los templos, al efecto embanderados, reemplazándose el Cristo en los altares por la imagen del Ilustre Restaurador. Sólo los jesuítas opusieron resistencia á esta curiosa substitución; negándose á decir misa ante la imagen profana. ¡Cuánto debió indignar tan magna ingratitud al dictador, á quien esos mismos jesuítas, antes expulsados, debieron su reingreso al país, y hasta la destitución de San Martín, el antiguo patrono de la ciudad, que trocó por San Ignacio de Loyola!... En castigo, decidióse á expulsarlos otra vez, y á destituir otra vez al patrono, al nuevo, para que el antiguo recuperase sus perdidos derechos...

Y junto á lo grotesco, lo sublime del martirio... Habiéndose prohibido las patillas, los federales afeitaban con sus cuchillos «en seco», en la calle, á quienes por ignorancia ó descuido las llevasen; á las mujeres que habían olvidado su escarapela federal en la cabeza, pegábansela con encendida brea... La Mazorca se desbordaba en ríos, en torrentes de sangre... Hembras azotadas, hombres quemados vivos en barricas de alquitrán, fusilamientos y degüellos diarios, siempre sangre y más sangre...

En los negocios de carne de los mercados públicos, por ser el gremio de carniceros ejemplarmente federal, ostentábanse frescas cabezas de «unitarios», adornadas, como las de lechón, con perejil y rábanos. Los serenos de más garbo, paseaban por las calles luciendo, colgantes de las colas de sus briosos caballos, otras cabezas de «unitarios», emperifolladas de cintas y escarapelas celestes. En ciertos salones federalísimos, veíanse orejas y ma-

nos de muertos sobre las elegantes consolas de estilo imperio. Y más de una vez los vendedores ambulantes de fruta que pasaban en carros por las calles pregonando á gritos su mercadería, «duraznos blancos y amarillos», sacaban, por broma, á la criada que los detenía y preguntaba el precio de la docena, como ésta pidiera una muestra, cabezas rubias y morenas...

Ante tantos horrores, sabedor del descalabro de la revolución del Sud pero ignorante de la suerte de sus hijos, é imposibilitado de trasladarse á Baldelauquen, don Valentín Válcena encerróse en su casa de la calle del Empedrado, en la más triste soledad. Sabiendo que, por la rebelión de los muchachos corría ahora peligro su persona, estaba más decidido que nunca á emigrar. A ese objeto, apalabróse con cuatro compañeros á embarcarse sigilosamente una noche, en un barquichuelo fletado al efecto, para la Banda Oriental. Llegado el momento, deslizóse entre las

sombras al punto de cita, donde se reunieron los cinco apalabrados.

Pero como el barquero, un italiano, aterrizado por la Mazorca los denunció, fueron sorprendidos, en el momento de embarcarse, por diez ó doce jinetes emponchados, que cayeron sobre ellos como fieras...

Una feliz casualidad deparó á don Valentín, en la playa, un hondo hoyo de arena, donde se ocultó, ágazapándose. De allí escuchó la lucha y la carnicería, los golpes de los verdugos y los ayes de las víctimas, que le penetraban por los oídos y le helaban los nervios... De súbito sintió que un líquido tibio y viscoso goteaba sobre su nuca, le penetraba por el cuello del gabán y le corría á lo largo del dorso: era la sangre de sus compañeros, que corría en un hilo sobre la hondonada del foso...

— Son cuatro y eran cinco... ¿Dónde está el otro? — escuchó que vociferaba uno de los esbirros federales.

— ¡No puede estar lejos, busquémoslo!

Y oyó, siempre agazapado, muy agazapado, que aquellos energúmenos lo revolvían todo en los alrededores... Friísimo sudor corría por su cuerpo; agitábanlo espasmos de pánico; por la espina dorsal, le entraban como puntas de hierro las gotas de la sangre que corría; y la piel se le desprendía como en tiras... Sonaron pasos alrededor del pozo, y el anciano temió que lo denunciaran, como golpes sobre un yunque, los latidos de su generoso corazón de patriarca... Uno de los verdugos llegó á mirar al fondo... Él sintió la aguda mirada sobre su cuello... Pero, demasiado indolente, el mazorquero nada vió...

— Se ha de haber escapado...

— ¡Ya caerá otra vez! ¡Vámonos! — ordenó entonces una voz dominante.

Y oyó que montaban á caballo y se alejaban en la noche, como furias infernales sobre sus hipógrifos...

Después de una hora de mortal espera, el anciano salió de su milagroso escondite,

escurriéndose á lo largo de las calles hacia su casa... Pero esta vez no tuvo suerte; ya en la calle del Empedrado descubrióle un sereno, que, al contemplar su extraña facha, todo salpicado de sangre y lodo, lo llevó preso al cuartel, á pesar de sus altivas protestas... Encarcelósele en un calabozo inmundo, y á la mañana siguiente fué llevado por el mismo sereno que lo prendiera, que iba muy orgulloso con su presa, ante un oficial superior.

Este, un pardo de ojos crueles, exclamó al verlo, como rendido por una jubilosa emoción:

— ¡Usted es don Valentín Válcena!... ¡Sí, lo reconozco!... Quería escaparse á Montevideo, y el sereno lo prendió anoche muy tarde, ¿no?... ¡Bien, sereno, bien!... — Aquí hizo, para liar y encender un cigarrillo de tabaco negro, una breve pausa, prosiguiendo luego: — Pues llega usted, don Valentín, muy á tiempo, porque tengo para usted una gran sorpresa, una gran sorpresa...

Nada respondió el anciano, muy turbado ante la enigmática sonrisa de los dientes blancos y cortantes del galoneado mulato... Esperaba que la sorpresa fueran cuatro tiros en el pecho, y ardientemente los deseaba, anhelando concluir cuanto antes.

Ni en esto le hicieron el gusto. Transportáronlo á una habitación limpia y clara, y atáronlo fuertemente, de los pies, de las manos, del cuello, de la cintura, á unos sólidos postes... «¿Qué suplicio me reservan? — pensaba el anciano. — Cualquiera será bueno si es rápido...»

¡Cualquiera será bueno! Es que el caballero no podía concebir la sorpresa que se le reservaba... Pidió un sacerdote; negáronsele pretextando que «ya había tiempo»... Entonces, abstrájose, aunque sentía á su alrededor un inusitado movimiento y cuchicheos de avispero, y cerró los ojos, preparándose á morir...

Toda su vida pasó vertiginosamente por su imaginación, en un archilúcido esfuerzo instintivo de su memoria; hizo un acto

mental de contricción, y oró largamente, largamente, por sí y por todos los suyos, que uno por uno recordaba... El último que imaginó, al abrir los ojos, cuando volvía á la realidad, tal vez porque era el secretamente preferido, pues sobre todos se hallaba igualmente inquieto é ignorante, fué Silvio... Y vió, frente á él, en una pica, una cabeza pálida y exangüe, ¡la cabeza de Silvio, del hijo querido!... Sus ojos, fuera de sus órbitas, no se atrevían, ¡no podían reconocerlo, no!... ¡Pero era él, era Silvio, sí, Silvio, esperanza de su nombre y de su patria!

El cuerpo todo del padre, á tan tremendo choque, dió, en sus ligaduras, una sacudida sobrehumana, que hizo temblar la casa y vibrar los cristales... ¡Y sus ojos miraron, y volvieron á mirar aquella cabeza pálida, que la gentuza del cuartel, que espiaba curiosamente agolpada á dos puértas de la celda, había puesto allí, profanada, con los párpados altos como si fijase en su padre una eterna mirada de sus rígi-

das pupilas de vidrio! Ésas pupilas magnetizaban al anciano, cuya vista no podía apartar, cuyas facciones se contraían en espasmos tales, que ahí, aherrojado al muro, su rostro, más que una figura humana, parecía una de esas grotescas máscaras de piedra que los bárbaros esculpían en los frisos de sus templos...

El suplicio duraba días y noches, bajo la luz del sol y la luz de la luna...

Y cuando el anciano caballero llegó á delirar ya completamente enloquecido, después de una agonía de sesenta horas, en la que alimentábanlo á la fuerza sus verdugos para que no muriera de inanición, lo desataron; animáronlo con duchas frías; vistiéronlo de general, irrisoriamente, con grandes galones, plumas celestes en el sombrero elástico y una espadita de lata; cosiéronle en la espalda un letrero en que decía, con gruesos caracteres, «soy el cabecilla Lavalle»; y lanzáronlo á la plena luz de la vía pública...

Numerosos pilluelos federales, que avi-

sados al efecto, lo esperaban, recibieronlo con una lluvia de gritos, silbidos é inmundicias... Sonámbulamente, el delirante patriarca echó á huir, bajo aquella creciente mesnada de chacales que lo perseguía, de la cual ninguna mano caritativa podía defenderlo, so pena de caer cortada por la cuchilla de la Mazorca...

Cuando le faltaban fuerzas y rodaba al barro, los pilluelos, á pedradas, obligábanle á andar y á andar bajo la befa y la rechifla...

VII

La retirada hacia el Norte del «Ejército Libertador», el «Ejército-Pueblo», fué una creciente serie de désastres... Aprovechando Rosas el desahogo en que quedaba, ordenó una «leva» ó enrolamiento de los criados y antiguos esclavos de todas las familias de la ciudad; amenazó de muerte á los patronos ó amos que los ocultasen ó diesen escape; y como se sabía que no habría clemencia para quien desobedeciere sus mandatos, en pocos días completó los cuadros deficientes que tenía acuartelados, formó siete batallones que daban un total de tres mil hombres, y los lanzó á campaña, para que fueran á reforzar el ejército con que su lugarteniente el general Oribe amagaba al general Lavalle.

¡La situación de éste, acampado en Santa-Fe, era desesperante! Había perdido sus caballadas; quedábanle pocos viveres y escasísimas municiones; y en la gente, en número harto inferior á la del enemigo, cundía el desorden y la indisciplina. Para colmo de desventuras, la escuadra bloqueadora y aliada habíase retirado, y Rivera, el presidente de la vecina República del Uruguay, olvidaba falazmente sus promesas á los unitarios, para pactar con Rosas.

En estas circunstancias, Tucumán, con su gobernador don Marco Avellaneda á la cabeza, pronuncióse contra la tiranía; y el general Gregorio Araoz de La Madrid, que servía á las órdenes del Restaurador, sublevóse allí con un ejército. Formáronse grupos revolucionarios también en Córdoba y Salta. La situación de los patriotas de Lavalle, á cuyas fuerzas incorporóse La Madrid, mejoraba...

Pero no se supo ó no se pudo aprovechar esta mejora. Oribe alcanzó á Lavalle

en Quebracho-Herrado y lo derrotó completamente; decíase que se redujo su acción á «cañonear, arrollar y degollar hombres que de antemano iban deshechos, desorganizados, desmontados y en una palabra, vencidos». Poco después, el general Pacheco, otro lugarteniente de Rosas, derrotaba á La Madrid en Rodeo del Medio. Y más tarde, en Septiembre de 1841, tenía lugar el desastre final del Ejército-Pueblo, en la cruentísima batalla de Famaillac. Las tropas rosistas incitadas á la venganza y al salteo, decapitaban por millares á los vencidos, dando á los degüellos el pintoresco nombre de «overtura á violín y violón», ¡y el concierto federal era una estrepitosa sucesión de «overturas» de sangre!... Avellaneda fué tomado; enhestáronse su cabeza y sus miembros; y el cuero de la espalda, cortado en lonjas, sirvió para hacer «maniotas» á los caballos de los jefes del ejército rosista...

Por varias felices casualidades, Regis y Carlos Válcena huyeron á las montañas,

salvos aunque con leves heridas. Congregáronse en el último núcleo que rodeaba al general Lavalle, en su retirada hacia el Norte, siempre al Norte, pues del Sud y del Este lo batían los cañones; del Oeste, la cordillera de los Andes. Derrotado en Famaiyac, huía á Salta; pero siéndole imposible sostenerse allí porque lo acosaban las guerrillas de «montoneros», y sin más empeño que salvar á los que iban bajo su amparo, escapó hasta Jujuy... ¡Siempre al Norte!... ¡Quedábanle unos ciento y tantos hombres de los millares que lo acompañaban al iniciar la desgraciada campaña!...

Alojáronse en la ciudad de Jujuy, en una casa frente á la plaza principal...

Una mañana, sintiéronse gritos y un tropel en la calle... Era una partida de «montoneros» que iba á batirlos en su última guarida... El centinela cerró el portón, y Lavalle en persona puso su ojo en la cerradura para ver pasar los montoneros, que, seguramente, según su sistema de gue-

rrrear, viéndolos en estado de defensa huirían al galope de sus caballos, para volver más tarde y sorprenderlos... Pero varias balas atravesaron de pronto las maderas, y una de ellas hirió mortalmente al valiente general en la garganta...

Desde ese instante, los edecanes, los oficiales, los restos del ejército que se había llamado donosamente el «Libertador», no pensaron más que en salvar el cadáver del general-caudillo para que no fuese violado con las bárbaras mutilaciones de práctica en la gente de Rosas... Emprendieron nuevamente la fuga, con los despojos mortuorios, hacia las infranqueables montañas de Bolivia, ¡siempre al Norte!...

El Restaurador pidió el cadáver del «inmundo cabecilla Lavalle», y Oribe lo puso á precio, despachando partidas á que persiguieran los fugitivos; mientras ellos marchaban al ostracismo, después de haber regado ochocientas leguas con su generosa sangre, después de haber combatido por la libertad en cien batallas, después de haber

perdido, con la muerte del jefe, la última esperanza de redimirla...

Eban lentamente, anonadados, como un verdadero convoy fúnebre, cuando, no lejos de la ciudad que abandonaban hacia la frontera, la algazara de una chusma fanatizada que los perseguía vino á prevenirles que los enemigos estaban á retaguardia, sacándolos de su estupor... ¡Y al Norte, siempre al Norte, lanzáronse nuevamente á la carrera, con su piadosa reliquia á cuestas, como un símbolo, como una cruz!...

A veinticuatro leguas de Jujuy, en un lugar llamado Guancalera, fué necesario hacer la autopsia del cadáver, que despedía un hedor insoportable por su estado de putrefacción... En medio de un páramo, á la luz de un fogón improvisado, mientras unos velaban con los caballos ensillados por si venían los guerrilleros, otros descarnaban los huesos de sus fétidas vísceras, para volver á emprender con ellos aquella huída macabra, á través de páramos y montañas desnudas...

Hambrientos, enfermos, moribundos, después de muchos días de una travesía casi imposible, llegaron, al caer una noche, á la ciudad de Potosí, que al verlos, creyó eran espectros vomitados por las viejas tumbas españolas del tiempo de los conquistadores... Reconocidos, oyeron de los labios del prefecto de aquella capital boliviana, palabras de respeto y de piedad; y al día siguiente procedióse á la ceremonia del sepelio.

Eran las once de la mañana cuando el prefecto de Potosí, acompañado de todas las corporaciones civiles y militares, así como de un batallón de línea vestido de gran gala, llamaba á las puertas de la posada que alojaba á los proscriptos, y éstos, cubiertos de harapos sahumados de pólvora, con el semblante mustio y el corazón partido, colocábanse á la cabeza del cortejo, llevando en una urna los restos del mártir. Depositáronlos en la Catedral, donde el teniente-coronel Lacasa pronunció una breve alocución fúnebre, en la que decía á sus hospitalarios amigos bolivianos:

— ¡Potosinos! Queda entre vosotros este depósito sagrado. Conservadlo. Los argentinos desgraciados os lo encargan por el eco de mi voz. Algún día, cuando nuestros sucesos políticos hayan pasado por el crisol del tiempo, cesará el huracán de las pasiones; los hombres y las cosas tomarán su verdadero lugar, y entonces el pueblo de Buenos-Ayres os dará las gracias por haber conservado en vuestro seno al primer defensor de su libertad...-

Y en los marchitos, escuálidos, bronceados, patibularios rostros de aquel puñado de campeones, formaban un singular contraste, corriendo libremente, gruesas lágrimas de ternura.

Después de algunas semanas de reposo, cuando ya se suponía más calmada la fiebre de exterminio de los federales, Regis y Carlos proyectaron volverse, si no á su patria, cuyo territorio les era vedado pisar, á la Banda Oriental, á reunirse en Montevideo con los emigrados argentinos.

¡La empresa no era fácil!... Podían elegir dos caminos: ó dirigirse á Chile y de ahí, por mar, al Río de la Plata, ó volver á Salta, atravesar el Chaco, llegar á Corrientes y allá embarcarse para Montevideo. — Después de mucho titubear, optó Regis por el segundo, indudablemente el más peligroso; pero, en cambio, más rápido y más barato, circunstancias considerables para quien carecía de recursos pecuniarios y ardía en deseos de ver á su esposa idolatrada...

¿Qué sería de Blanca? Iban ya para siete años de ausencia y de casi completa ignorancia de su destino... Pero Regis, siempre confiado por temperamento, no dudaba de que la hallaría fuerte y firme, junto á su madre, aguardándolo en Montevideo, en casa de su tío don Juan-Pedro, segura de que al fin triunfaría de su malhadada estrella... ¡Ni un instante en su largo éxodo, había abandonado al joven esta esperanza! A través de las frías llanuras, de los desiertos montes, de los

tropicales valles que había cruzado; dormitando al raso, en las tiendas de campaña, en las chozas del campo, en las casas de las ciudades; en el reposo como en la batalla, en las victorias como en las derrotas, siempre entreveía, á lo lejos, muy lejos, muy lejos, tendidos hacia él, los dos amantes brazos de su esposa, como diciéndole: «¡Aquí te esperó!» — Y ahora, agotados ya sus esfuerzos, había sonado la hora de volver...

Aunque Regis se empeñara en que Carlos tomase rumbos hacia Chile, éste no quiso separarse, decidido á acompañarlo para la difícil ruta que se había trazado; y una tarde, con otros quince proscriptos y un baqueano, partieron para la frontera. Cuando llegaron á Jujuy, su primer cuidado fué proveerse de ponchos rojos y vistosas divisas federales, para no ser reconocidos. En Salta contrataron un grupo de indios concedores de las vírgenes selvas del Chaco, y lanzáronse con ellos en una expedición arriesgadísima.

Inenarrables fueron sus padecimientos, producidos por la sed, el sol, las serpientes, los felinos, los indios salvajes y ciertos tábanos más terribles que las fieras y hasta que los hombres... Al fin, después de dos meses de travesía y habiendo dejado en el camino dos de sus quince acompañantes, muertos uno de insolación y otro de disentería, llegaron al Río Paraná; y, trasponiéndolo en rústicas canoas, desembarcaron en la ciudad de Corrientes.

La provincia, gobernada por los Ferré, continuaba en abierta lucha contra Rosas, habiendo confiado su ejército á un expertísimo estrategista cordobés, el general José-María Paz, el antecesor de Regis en la celda aquella de la Aduana de Santa-Fe... Carlos y los trece proscriptos que llegaban se incorporaron á estas fuerzas, y Regis, que se sentía demasiado quebrantado para continuar sirviendo, pasó á la Banda Oriental, prometiendo volver á reingresar con las tropas revolucionarias, después de que hubiera visto á su esposa...

Para no causarla una sorpresa demasiado violenta, despachó primero un correo con una carta para la señora «Castellanos de Válcena», en la que la anunciaba, con palabras vibrantes de pasión y de júbilo, su próximo arribo...

Pocos días después, una hermosa tarde, llegaba él en persona á Montevideo, palpitante de angustia... Dirigióse á la redacción de «El Nacional», un periódico escrito por emigrados porteños, opositores decididos de Rosas. Encontró allí á dos señores, en quienes reconoció á don Florencio Varela y don José Rivera-Indarte, que hablaban de los sucesos argentinos. Sin darse á conocer, los interpeló, preguntando dónde vivía el doctor don Juan-Pedro Castellanos...

— ¿Don Juan-Pedro? — repuso uno. — Don Juan-Pedro se fué á Europa hace unos cuatro años, y desde entonces no hemos tenido noticias de él...

— ¿Y su hermana política, doña Mercedes Ruiz de Castellanos?...

— Su hermana política... ¿La recuerda usted, don Florencio? — preguntó Rivera-Indarte.

— Sí, hombre. Es aquella señora que vivió en la huerta de Altamirano, en la Colonia...

— ¿Y esa señora? — interrogó ansioso Regis, agregando, como no se le respondiera: — ¿Ha muerto?

Los dos periodistas se miraron, sin contestar...

— ¿Cuándo ha muerto? — concluyó Regis, con la autoridad de la pasión.

— Hace como unos dos ó tres años, — respondió casi sin querer Rivera-Indarte.

— ¿Y su hija?

— Su hija vive, casualmente aquí cerca, á donde se ha instalado hace pocos días, — aclaró Varela, acompañando á Regis hasta la puerta de calle, para mostrarle la casa que buscaba...

Tan hondamente turbado que ni se acordó de dar las gracias ni de despedirse, lanzó el joven hacia la casa indicada á presurosísimos pasos, que, como si le faltaran

fuerzas, fué acortando y ralentando conforme se acercaba... Ya en la puerta, temeroso de un síncope, tuvo que apretarse el pecho con ambas manos, porque el corazón se le subía á la garganta... Llamó y entró... Una sala abría una puerta sobre el zaguán; penetró en la sala... Allí, un hermoso chiquillo de dos á tres años, jugaba, sentado en el suelo, con unos soldaditos de cartón. Al verlo, levantóse, con aire cómicamente amenazador:

— ¿Qué *quere*? — dijo en su media lengua de niño que recién comienza á articular palabras.

Llamó otra vez Regis...

— No hay *naidé*, — observóle la criatura, muy formal. — La criada fué hasta la *equina*, á *compar* pan...

Sintiendo una opresión tan rara como si se asfixiara por falta de aire, Regis tomó asiento.

— ¿Qué *quere* usted? — volvió á preguntar el niño, ya decididamente amenazador, mientras Regis observaba, lívido, sus facciones...

— ¿Quién eres tú? — preguntóle éste, dominando su emoción para no asustarlo y atrayéndolo sobre sus rodillas, para que no escapase.

— Soy el nene, — repuso el niño, con la más absoluta convicción.

— ¿Cómo te llamas?

— Me llamo... el nene. ¿Y usted?

— ¿Quién es tu... mamá?

— Mamá es mamá.

— ¿Cómo se llama?

Poniéndose las manecitas atrás y mirando despreciativamente á un interlocutor tan ignorante y tan curioso, no sin impaciencia, categórico como si cerrase un silogismo escolástico, respondió el pigmeo, después de una pausa:

— ¡Yo soy el nene y mamá es mamá!

En esto, Válcena, que se había sentado de espaldas á la pared que daba al zaguán, sintió que entraba una mujer sin verlo ni ser visto... la sangre le golpeaba las sienes como martillazos...

— Es mamá, — dijo el chicuelo.

Y en efecto, desde una pieza vecina una melodiosa voz de mujer llamó:

— ¡Nene! ¿Estás en la sala?

Al oirla, Regis cerró los ojos, tendió los brazos y retrocedió instintivamente, como si un puñal invisible le amenazara el pecho... Y el niño, con el índice sobre la boca, burlón y misterioso, se escondió detrás de un sofá... Hízose un silencio, que interrumpió el chillar de un grillo, en el crepúsculo que caía como un velo gris.

— ¿Estás ahí, nene? — volvió á interrogar la voz.

— ¡No! ¿A que no me encuentras? — gritó el niño, chacotonamente.

Y la mujer entró, alta, esbelta, majestuosa como una reina de leyenda... Al ver á un hombre, á Regis, que se ponía de pie, vaciló, se estremeció y pasóse la mano por la frente, como para arrancar de ella una tétrica alucinación que la imagen del intruso le sugiriese...

— ¿A quién busca usted? — preguntó luego, ya serenada.

— ¿A quién puedo buscar, — rugió Vál-cena fuera de sí, — á quién sino á mi esposa?

Blanca, que no había recibido la carta dirigida á la «señora de Vál-cena» anunciándole la llegada de su «esposo», lanzó un grito y quiso huir; pero quedó paralizada de terror... «¡Ah, indudablemente, esto es una nueva alucinación», — decíase con su buen sentido de mujer fuerte.— Ese es un hombre cualquiera á quien he confundido... Yo enloquezco... ¡Y es necesario vencer mi locura por mi hijo!»

Y el hijo, asustado por la exaltación del extranjero y el grito de su madre, refugiándose junto á sus polleras, la volvió á la realidad. Sin mirar al visitante, serenándose otra vez un tanto, díjole la dama:

— Dispense usted... Estoy enferma... Había creído reconocer y oír... Yo no puedo atenderlo en este momento... llamaré á la criada...

Y cuando hizo ademán de irse con el niño de la mano, Regis la tomó brutalmente de la muñeca:

— ¡No! Usted, Blanca Castellanos, no ha creído reconocer y oír, sino que ha oído y reconocido á su marido, ¡Regis Válcena!

¡No! Esta vez no era una alucinación!... La desgraciada joven comprendió que no era la locura, sino un misterio mucho más horrible lo que la ponía frente á frente á Regis Válcena, el muerto...

— Yo creía que las tumbas no lanzaban sus espectros sobre los vivos, así, en pleno día, — murmuró extraviada, delirante.

Esta frase fué para Regis como un golpe de luz deslumbradora...

— ¿Creíste que yo había muerto, Blanca? — preguntó con dulzura, soltándole la muñeca que le había amaratado con sus dedos de hierro...

En esto, apareció en el dintel de la puerta la figura de Julio Pantuci, cuyos ojos revelaron la consternación y el espanto...

— ¿Creíste que yo había muerto y te casaste con ese miserable? — preguntó Regis, con creciente dulzura.

— ¡No! — pretextó Blanca, siempre delirante. — ¡Ellos, ellos me casaron!

— ¡Ellos! ¿Qué ellos?

— Ellos... Mamá, el padre, ellos...

— ¿Y *él* te engañó, diciéndote que yo había... muerto?

— Sí, *él*, el miserable...

Regis sacó y amartilló una pistola, apuntando al pecho de Pantuci, que, paralizado de sorpresa, no comprendía bien...

— ¡Pero no lo mates, Regis! ¡Es el padre de mi hijo!... Si lo mataras, yo creería que *tú* tienes celos de *él*, el miserable.

Bajó Regis la pistola y dijo, también como en un sueño:

— Tienes razón, Blanca. No es digno de que lo mate. ¡Adiós!

— ¡No, no, espera! — gritó la hembra con un grito ardiente como un arroyo de lava. — ¡Espera! ¡Quiero verte todavía un momento! Mirarte en los ojos como... ¡cuando nos amábamos!

— ¡Ah, cuando nos amábamos!

— ¡No, Regis, no! ¡Ni un momento he

dejado de amarte, te lo juro! ¡Muerto ó vivo, te amo lo mismo, Regis, te amo! — y le tendía los brazos, como el soldado los había soñado allá lejos, muy lejos, bajo el cañón del enemigo... — ¡Él, el miserable, me engañó; pero yo te amo siempre, siempre!

Temblando de ira, protestó Pantuci:

— Yo te juro por mi sangre, por mi patria, por mi Dios, por *nuestro* hijo, Blanca, que yo no te he engañado... ¡Regis Válcena había muerto!

— ¡Calla, miserable, calla! — interrumpió Blanca, con la soberbia de un visionario. — No quiero que me hables... Nada quiero saber de ti...

— ¿Lo ves? — increpó Válcena á Pantuci con una suprema ironía. — Ruin, falso, perverso, cobarde y envidioso, has creído vencerme con tus embustes... ¿Me has vencido?... ¡Ah, no!... Leo en tus ojos que idolatras á Blanca, *tu* esposa; pero ¡óyelo bien! esté yo presente ó ausente, vivo ó muerto, la madre de tu hijo no será

más que *mi* viuda. Tú siempre serás el ser inferior, protegido ó despreciado. ¡Gózate de tu obra! Yo nada más tengo que decirte. ¡Adiós!

— ¡Un momento, Regis, un momento todavía! — suplicó Blanca en un espasmo de ternura. — Deja que *él* se vaya; tú, quédate un instante más para que mis ojos te vean, para que mis ojos te acaricien...

Comprendiendo Pantuci que era peligroso prolongar su presencia ante aquella mujer enloquecida y aquel hombre desesperado, salió, vagando al acaso por las calles, agitado por los más contrarios sentimientos, mientras Blanca murmuraba á Válcena:

— Un beso, Regis, y la despedida para siempre, siempre... ¡Nada más que un beso!

Sintió Regis que, ahí, de pie, iba perdiendo la conciencia de cuanto lo rodeaba; contemplábase como á un tercero, sin la sensación de su propia vida... cuando lo

despertó á la realidad una campana que, en la vecina iglesia, daba el Angelus. Sin saber cómo, transportado, desplomóse sobre una silla; clavó los codos sobre sus piernas; hundió sus dedos en los ensortijados cabellos de sus sienes, apretando sus latidos; y, siempre por una extraña asociación de ideas, las campanas evocaron en su alma, como cuando estaba solo en su cárcel, una como aparición divina... ¡Era Blanca, con su albo traje nupcial, coronada de azahares que le tendía sonriente, como antes, sus labios y sus brazos!...

Y esta vez, respondiendo á la visión, oyó una voz, la voz *física* de esos labios y esos brazos, que repetía murmurando apasionadamente, quedo, muy quedo:

— Un beso, Regis, y la despedida para siempre, siempre... ¡Nada más que un beso!

Regis la rechazó con las manos, en un ademán inconsciente, y tan intenso, tan intenso, que más que trágico parecía hierático...

Volvióse á oír, en la creciente noche, el grillo que lanzaba su triste, su fría, su diabólica disonancia...

Hizo Regis un esfuerzo sobrehumano para levantarse y huir, sintiendo que, como un joven roble que se arranca violentamente del fecundo limo en que ha nacido y crecido, dejaba allá las raíces de su vida... Y huyó, por evitar aquel beso supremo, huyó...

Sola Blanca, abrazó á su niño, que lloraba silencioso y aterrorizado, como despidiéndose de él...

— ¿Te vas, mamá?

— Sí.

— Yo quero ir contigo... Quero ir contigo...

— ¿No quieres quedarte con papá?

— No, si tú no te quedas... ¡Quero ir contigo!

«Tal vez sea mejor que acabe también este niño de mala raza», — dijo Blanca, ya radicalmente trastornada, y asintió:

— Bueno, vámonos.

— Pero no puedo salir á la calle así...
Voy á vetirme.

— ¡No! ¡Vamos así, pronto!

Y la joven, resuelta á morir, se perdió para siempre, con su hijo de la mano, entre las sombras de una noche sin aurora.

FIN

10/10/10

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Filosofía.

PRINCIPIOS DE PSICOLOGÍA INDIVIDUAL Y SOCIAL. — 1.^a edición, Madrid, 1903.

Pedagogía.

EVOLUCIÓN DE LA EDUCACIÓN. — 3.^a edición, Madrid, 1903.

LA EDUCACIÓN CONTEMPORÁNEA. — 3.^a edición, Madrid, 1903.

TEORÍA DE LA EDUCACIÓN. — 3.^a edición, Madrid, 1903.

Sociología.

NUESTRA AMÉRICA. — 1.^a edición, Barcelona, 1903.

EL FEDERALISMO ARGENTINO. — 1.^a edición, Buenos-Ayres, 1898.

Novelas.

XARCAS SILENCIARIO. — 1.^a edición, Barcelona, 1903.

LA NOVELA DE LA SANGRE. — 1.^a edición, Barcelona, 1903.

